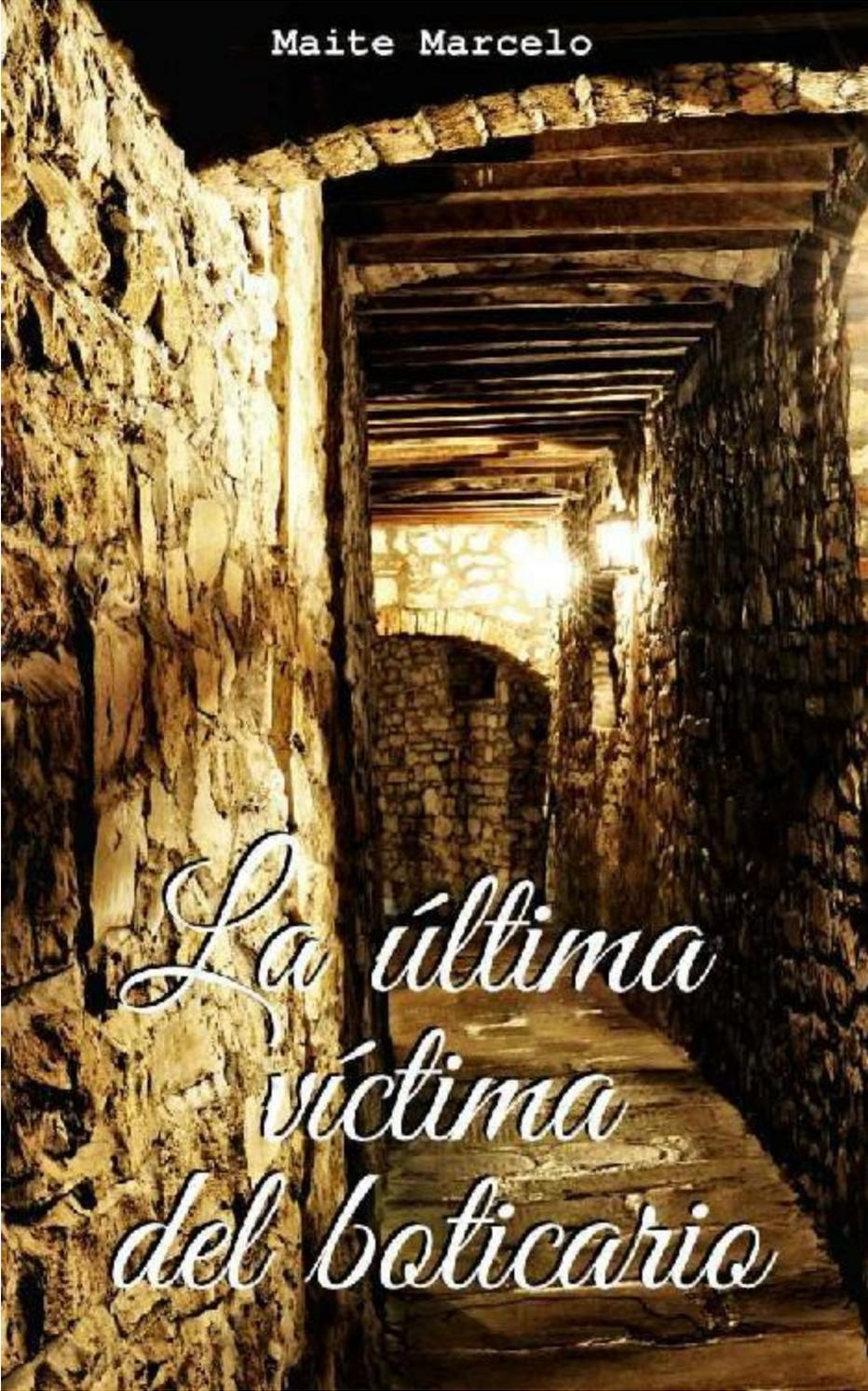


Maite Marcelo

*La última
víctima
del boticario*



Maite Marcelo

*La última
víctima
del boticario*

La última víctima del boticario

Maite Marcelo

Copyright © 2018 Maite Marcelo

@maite_marcelo

Todos los derechos reservados

ISBN:

ISBN-13:

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual.

La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

Sinopsis

Guillermo Caba planea, junto a su fiel ayudante, capturar a la que ha prometido será su última víctima. A pesar de haber asesinado a más de una docena de muchachas, que él cree un sacrificio necesario que la humanidad juzgará con benevolencia, jamás ha levantado ninguna sospecha. Pero ahora, una chica cercana a él ha desaparecido y ha puesto a todo el mundo en alerta, así que debe encontrar al secuestrador antes de que su plan se vea comprometido.

Sin dejar de lado su objetivo principal, seguirá con su acomodada vida en una buena familia burguesa catalana de principios del siglo XX, donde su padre ha decidido que ya es hora que forme una familia, algo que el boticario no concibe.

Todo se vuelve aún más extraño cuando alguien de su pasado, a quien había conseguido olvidar, llega al pueblo.

Índice

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Sinopsis](#)

Gracias por vuestro incansable apoyo y por creer en mí.

Os quiero.

No echaba de menos las mañanas en las que se veía obligado a subir a la galería de la Real Academia de Medicina de Barcelona, para observar oculto, como los prepotentes cirujanos diseccionaban los cuerpos que habían perdido la vida en sus manos y no tenía más remedio que exhibir ante todos.

Para deshacerse de aquellas chicas que sacrificaba, mandaba a su fiel ayudante con los cadáveres para que los entregara al receptor, que sin hacer preguntas, los colocaba junto al resto de cuerpos que allí se acumulaban. La gran mayoría provenían del vecino hospital de la Santa Creu. Los fallecidos sin familia ni recursos para permitirse un entierro, se depositaban sin contemplaciones en la avenida del Corralet y después de clasificarlos por edad, sexo y posible causa de la muerte, eran introducidos en el depósito situado en los bajos de la Real Academia para que los estudiantes pudieran realizar sus prácticas con ellos. Otros llegaban allí, entregados por sus familiares u hombres de dudosa reputación, que amén de ganarse algún dinero, los llevaban con la conciencia tranquila, diciéndose que contribuían a la ciencia. En aquel cuarto, donde nacían las pesadillas de los niños barceloneses, no había ventanas, era oscuro y el olor a putrefacción lo inundaba todo. Algunos permanecían allí hasta una semana antes de ser trasladados a la mesa ovalada de mármol blanco de la sala de disección. Una vez llegaban ante los médicos, cirujanos y curiosos, al centro de la fría sala, los despedazaban sin remordimiento alguno capa a capa hasta dejar sólo los huesos, que posteriormente serían colocados meticulosamente en una construcción macabra entre las paredes de los edificios adyacentes a la Academia.

Odiaba ver las manos de los especialistas tocando los cadáveres de las muchachas, pero los necesitaba para poder avanzar en sus conclusiones. Él había estudiado farmacia, especializándose en las patologías que producían los fármacos en los órganos. Lo suyo eran los remedios, placebos y ungüentos. Carecía de los conocimientos de endocrinología, gastroenterología o nefrología, que tanto necesitaba para entender porque aquella horrible enfermedad afectaba al sistema respiratorio, muscular y endocrino de los

enfermos.

Allí, oculto en el piso superior de la sala de disección, observaba a los médicos discutir y poner de manifiesto todo aquello que a él se le había pasado por alto, no por falta de minuciosidad, sino por falta de conocimientos, pero estaba dispuesto a aprender. A pesar del desprecio que sentía por aquellos hombres, se obligaba a subir las escaleras de caracol hasta el primer piso y esconderse tras las ventanas de pan de oro, para observar y tomar notas. De forma anónima, sin ser visto y dejando que los demás se llevaran la gloria de lo que él había creado, miraba y aprendía en silencio cuanto podía absorber su fatigado cerebro después de noches en vela estudiando todo lo que caía en sus manos sobre toxicología y química.

Por aquel entonces no podía hacer otra cosa, pero ahora cuando Barcelona quedaba tan lejana y aquellos días de voyerismo eran historia, él era el forense. En la penumbra de su escondite, junto a su última víctima, recordaba aquella ocasión en que observaba al doctor Bartomeu Robert dar una clase magistral sobre la isquemia cerebral. Aprendió que la falta de oxígeno en el cerebro, provocaba la parálisis facial y muscular en el paciente. Fue una larga disertación sobre la muerte de la joven que, sobre la mesa de mármol blanco, exhibía su cráneo ante la expectante mirada de estudiantes y médicos. En aquellos momentos era un mero observador, pero ahora se sentía feliz de ser el brazo ejecutor. Ante él otra chica. Cómo se llamaba, de dónde era, qué edad tenía o a qué clase social pertenecía, eran cuestiones que intentaba no plantearse. No se lo podía permitir. Para él era solo un cuerpo con el que experimentar. No se sentía orgulloso, nunca lo estaba cuando después de largos días y eternas noches sin dormir para observar, probar y reprobar remedios contra aquella toxina, el resultado final era la muerte de la paciente.

No siempre fue así, en sus comienzos experimentaba con ratas o cobayas. Había leído muchísimo a Mateo Orfila, Koch o Müller y tras los descubrimientos del belga Emile van Ermengem, quien en 1895 pudo reproducir en animales de laboratorio signos de parálisis, demostrando la existencia de un tóxico, quiso seguir sus pasos con humanos. Incluso se había instalado un carísimo equipo científico con microscopio, instrumental quirúrgico, mesa de disección, alambiques y demás material médico para reproducir la enfermedad e intentar frenar su crecimiento en las personas. Nada de eso le había valido hasta el momento. Después de ocho años seguía casi como el primer día. Sus “pacientes” eran siempre chicas jóvenes,

delgadas y menudas, igual que su madre al morir de aquella horrible infección. Recordaba cuando con sus finas y suaves manos, le acariciaba el rostro después de una charla sobre música, el sonido de su risa cuando bailaba con su padre en el salón y su perfume a lilas cada mañana al salir de su habitación. Deseaba profundamente que su muerte no hubiera sido en vano. Se había convertido en químico por ella. Su padre esperaba que siguiera sus pasos en el bufete, ya lo habían hablado en más de una ocasión y parecía que la decisión estaba tomada, pero tras la muerte de Carmen y los posteriores casos que se dieron entre vecinos, se propuso encontrar una cura para el Botulismo. Se conocían sus efectos y causas pero no había salvación para los infectados. Él estaba dispuesto a descubrirla.

—Jaime, pásame el bisturí que hay en la bandeja del instrumental, por favor.

Mientras su ayudante iba a por el objeto, Guillermo acababa de afeitar el cuero cabelludo a la chica muerta cubierta con una sábana blanca hasta la frente que tapaba el torso cosido tras haber sido abierto en canal desde los hombros hasta el pubis.

—Gracias, ahora tráeme ese barreño con un poco de agua y un trapo limpio.

Después de hacerle un pequeño agujero en la parte posterior del lóbulo frontal, introdujo una aguja de succión para sacar una muestra de la corteza motora y la dejó sobre la bandeja de muestras. Luego se dispuso a sacar otra muestra del intestino delgado. Usó el enterótomo para hacer un corte transversal con mucho cuidado para que el contenido que pudiera quedar en su interior no se desparramara por la cavidad abdominal de la chica. En menos de tres minutos tenía una jeringa llena de jugo intestinal que más tarde observaría en el microscopio. Ahora debía obtener la tercera y última muestra, la más difícil de todas, la de la columna vertebral. El invierno anterior lo había visto hacer en un par de ocasiones al doctor Ramón y Cajal en la Real Academia de Medicina y conocía el procedimiento, pero solo lo había practicado en animales, así que no estaba seguro de poder extraer una muestra de suficiente calidad como para que fuera viable.

—Jaime, ayúdame a ponerla boca abajo. —Él ya se había situado en el lado izquierda y tiraba del brazo del cadáver mientras su compañero lo hacía del lado contrario y sostenía el cuerpo para darle la vuelta—. Voy a necesitar algo más de luz, ¿puedes acercarme aquella lámpara?

El muchacho con su habitual mutismo, algo que Guillermo agradecía

más que cualquier otra de sus cualidades, hizo lo mandado y después de bajar el faro de lo alto del armario lo sujetó a escasos centímetros del lugar donde su amo debía hacer la punción.

—Aguanta la respiración y reza, si lo consigo, quizá sea la última vez que debemos vernos en esta situación, creo que lo que busco desde hace tantos años podría estar aquí dentro. —Introdujo la aguja de succión, algo más gruesa y larga que las anteriores y, haciendo un gran esfuerzo para clavarla en el lugar preciso, la empujó hasta notar que la punta de metal dejaba de ofrecer resistencia, señal inequívoca que había llegado al líquido espinal. Tiró del émbolo y cuando tuvo la jeringa llena de una sustancia casi transparente, con mucho más cuidado del que había tenido al introducirla, la sacó del cuerpo. Sin dejar que la jeringa tocara nada, se la llevó enseguida al microscopio.

—Trae las luces aquí —le ordenó de nuevo a Jaime.

Obediente y rauda, portó una lámpara en cada mano y las situó a ambos lados de la mesa de trabajo. Guillermo vació parte del contenido de la jeringa en la platina y tras cubrirlo con un tinte azul, lo observó en silencio durante un largo rato. Manipulaba el objetivo y hacía anotaciones en una pequeña libreta con las tapas de cuero negro, sin apenas levantar la cabeza. Tras varios minutos se derrumbó en la silla.

—¿No ha salido bien, patrón? —Preguntó el muchacho con algo de temor ante la reacción imprevisible de su amo.

—Aún no lo sé, creo que aquí puede estar la clave, pero no estoy seguro de lo que estoy buscando. Deberé estudiarlo a la luz del día y hacer más pruebas, quizá si... —Volvió a levantarse y colocó de nuevo el ojo en el ocular— ¡Eso es! A lo mejor con un poco de...

Mientras el boticario seguía observando y tomando notas, Jaime ya había empezado a limpiar la sangre, los restos de trapos sucios y el instrumental, que esparcidos por la pequeña habitación, conferían al lugar el aspecto de un macabro escenario de un horrible crimen sangriento. Además sabía que cuando su patrón estaba en aquel trance, ni oía ni decía nada que él pudiera entender.

Pasaron la noche en vela, encerrados en la Torre, cada uno concentrado en lo suyo y en total silencio, roto en ocasiones por los murmullos que el boticario emitía cada vez que algo no resultaba como esperaba y los ir y venir del sirviente con los cubos de agua que echaba en el suelo para que todos los desperdicios, sangre y fluidos resbalasen por la trampilla del suelo. Cuando los primeros rayos de sol asomaron por las estrechas aspilleras

situadas en lo alto de la pequeña habitación, ya no quedaba ni rastro de la autopsia, a no ser por el cadáver que seguía cubierto por la tela blanca, ahora con grandes manchas de sangre.

—Patrón, si le parece bien, me marchó. Ya lo he limpiado todo. Esta noche vendré con el carro y me llevaré a... A la chica y la dejaré con las demás.

—Está bien Jaime. Gracias —dijo el boticario con un gesto de la mano pero sin despegar la cara de un gran libro con gruesas tapas marrones.

—¿Va a necesitar me en las próximas horas?

—Más tarde para que me lleves a la farmacia.

—Claro, entonces hasta luego.

—Adiós, Jaime.

El mozo se despojó del grueso delantal de cuero y lo colgó en un clavo detrás de la maciza puerta de madera de la salida. Se caló la gorra, se puso el chaleco de lana que cogió del mismo gancho donde había dejado el delantal y tras cambiarse las alpargatas sucias y mojadas por unas limpias, salió de la Torre sin hacer ruido. Guillermo siguió con sus anotaciones un largo rato más, hasta que al volver a mirar su reloj se dio cuenta que hacía más de una hora que debería estar en casa. Su padre se ponía furioso cuando no desayunaban juntos, y ya llevaba varios días faltando a las cenas y sobremesas como para darle más motivos de enfado. Se apresuró a coger su chaqueta y tras una fugaz mirada al cuerpo de la chica, salió a paso ligero por el pedregoso camino mientras el impertérrito castillo de los Saladeures le daba los buenos días desde lo alto del cerro.

Mientras recorría las escasas dos millas hasta Villa Carmen, una idea revoloteaba por su mente. Sabía que estaba muy cerca de algo, las muestras extraídas de la última chica fallecida eran prometedoras, mucho más esclarecedoras de lo que jamás había visto, ahora solo debía encontrar el modo de hacer que la toxina no llegara a las neuronas para que estas siguieran mandando los impulsos al sistema nerviosos y el infectado no muriera por no poder respirar.

A las ocho llegaba a Villa Carmen. El servicio estaba retirando en aquel momento los restos del desayuno y su padre que ya se preparaba para salir por la puerta camino de su despacho, le interpeló en la puerta.

—Hoy tampoco has venido a desayunar, ¿se puede saber qué es eso tan importante que impide que cumplas mis mandatos tantas veces últimamente?

Guillermo se quedó momentáneamente paralizado en la entrada sin oír

las palabras que salían de su boca, mientras el vaivén hipnótico de su bigote lo transportaba años atrás cuando era reprendido por aquel hombre recto y nada permisivo cuando llegaba tarde a cenar.

—Lo siento padre, he salido temprano para atender un mandado del señor Tuneu y no me he dado cuenta de la hora que era.

—No mientas Guillermo, sé que no has dormido aquí —dijo Emilio Caba cogiendo la cartera del suelo—. Llevas la misma ropa de ayer y Juanita me ha dicho que tu cama no estaba deshecha.

—De veras padre que...

—No sigas hijo, me trae sin cuidado donde hayas estado, pero sabes que no tolero la impuntualidad y ya te avisé ayer que esta mañana debía hablar contigo de algo importante.

—Lo sé padre, lo siento. —No cabía réplica alguna ante la evidencia.

—Bien, hablaremos más tarde, durante el almuerzo. Espero que no faltes, el tema que debemos tratar es de suma importancia.

—Claro padre, a las doce estaré aquí como un clavo.

—Buenos días.

—Buenos días padre.

El respeto que fingía sentir por su progenitor era solo de apariencia. Lo creía un hombre más bien débil, sin aspiraciones y esclavo del qué dirán. Por el contrario desde que murió su madre, él se había convertido en el hombre fuerte de la casa. Tenía las ideas claras, la fuerza y el coraje para enfrentarse a cualquiera que le pusiera en duda. Nunca había tenido en cuenta lo que los demás pensarán de él, muy al contrario, se crecía ante las adversidades y si alguien era capaz de plantarle cara de forma directa, y sus argumentos parlamentarios no lo persuadían, en más de una ocasión sus puños acababan por convencerle. Jugador acérrimo y bebedor en las noches en que su cupo de desatinos y fracasos superaban lo soportable, en Barcelona lo conocían por su humor irascible y la alegría con que se gastaba la fortuna familiar. Raro era el día en que alguien del círculo de amigos de su padre no le contara a este la última hazaña de su primogénito haciéndole enrojecer de vergüenza. Incapaz de hacer que sus salidas y despilfarros fueran a menos, Emilio tomó la decisión de marcharse de la capital para instalarse definitivamente en la casa de campo construida a gusto de su esposa fallecida, de ahí el nombre de Villa Carmen. Cada vez que pisaba aquella mansión su recuerdo le asaltaba golpeándole como una maza en el pecho. Jamás se habría mudado a aquel pequeño pueblo, pero visto que en Barcelona su presencia ya

no era bien acogida y muchos de sus nuevos clientes relacionados con negocios del textil, también se habían instalado en la comarca, Emilio Caba creyó que sería la mejor opción para que su hijo se alejara de aquel ambiente de vicio y juego y viviera una vida más tranquila. Ahora su esperanza estaba puesta en que sentara la cabeza con una muchacha de buena familia y dejara todo aquello atrás. Nada más lejos de lo que pretendía Guillermo, a quien las mujeres no le interesaban lo más mínimo, a no ser para un desahogo esporádico, y cuyo tiempo físico y mental, era ocupado casi por completo por su investigación, a excepción de aquellas noches en que se gastaba muy a gusto el dinero de su padre en timbas y apuestas en los locales clandestinos de Vic y sus alrededores.

Aquella mañana después de pedir que le subieran un café a su habitación y tomárselo mientras se cambiaba de ropa, se fue a trabajar.

—Deberé bajarte el sueldo si sigues llegando tarde —le reprendió el señor Tuneu desde detrás del mostrador de recetas mientras preparaba un sobre con hierbas.

Guillermo no dijo nada y se dirigió a la rebotica para ponerse la bata y seguir con el trabajo que había dejado a medias el día anterior. Básicamente todos los días hacía lo mismo: pesar, medir, mezclar y preparar remedios en forma de píldoras, grageas, jarabes o supositorios siguiendo las recetas del médico. Eran muchas y variadas las dolencias de sus paisanos y ya fuera para el dolor de estómago, hinchazón de articulaciones, fiebre, insomnio o cualquier otro tipo de enfermedad, todos pasaban un día u otro por la farmacia del pueblo, entre otras cosas porque era la única que había a más de quince kilómetros a la redonda.

El viejo señor Tuneu había heredado la botica de su padre y este antes lo hizo de su abuelo. Era un hombre muy querido en Santa Eugènia. A sus sesenta años, viudo y sin hijos, aquella farmacia era todo lo que tenía. Cada día muy temprano estaba allí entre albarelos y tarros, hierbas y drogas, para que a ninguno de sus vecinos les faltara su remedio, y por la noche, nunca se marchaba antes que Guillermo, procurando que cualquiera que requiriese de sus servicios no se encontrara con la puerta cerrada. A decir verdad, tampoco había nada que lo reclamase en sus casa, un lugar demasiado grande para él, según decía siempre, y demasiado vacío como para encontrarse a gusto en su propio hogar. Se sentía mucho más acompañado y querido entre aquellas cuatro paredes donde sus conciudadanos le demostraban cada día el aprecio por su labor. A Guillermo le tenía en muy alta estima, y a pesar que fuera solo

su ayudante, lo trataba como a su igual, le daba manga ancha y aunque en ocasiones le recriminaba sus ausencias, lo cierto era que se lo permitía casi todo, convencido que sería quien seguiría con el negocio cuando él faltara.

—¿Tienes listo el jarabe para la tos de Pilarita? —Preguntó Antonio entrando en la rebotica.

Guillermo sin darse cuenta que su jefe había irrumpido en la habitación, siguió mezclando heroína con zumo de limón y azúcar en un pequeño bote de cristal. El hombre se dio cuenta que no le había oído, y quitándose las lentes que llevaba siempre en la punta de la nariz y dejándolas sobre el gabinete, alzó la voz.

—Guillermo, ¿me has escuchado?

—Perdone señor Tuneu, ¿qué decía? —Soltó de golpe la cucharilla junto a la balanza de precisión y se giró hacia el anciano.

—Te preguntaba si ya tienes listo el jarabe para la tos de Pilarita.

—Ahora mismo lo estaba preparando, pero no entiendo si esto de aquí es un cuatro o un nueve.

Le mostró la receta de la clienta en la que el médico anotó las cantidades de cada producto para hacer la preparación del jarabe.

—Ha de ser un cuatro, nueve gramos de heroína serían demasiados para una niña tan pequeña.

—Claro, tiene razón, no sé cómo he podido dudar. —Su voz cansada y las pronunciadas ojeras hicieron que Antonio se preocupara.

—¿Duermes bien últimamente? Hace días que pareces ausente y no tienes buena cara.

—Estoy bien, nada que unas gotas de cocaína en una taza de café no puedan remediar.

—Bien, ahora te preparo uno, yo también iba a tomármelo.

Tras un par de minutos el viejo señor Tuneu entraba de nuevo en la rebotica y le ofrecía a su ayudante una taza humeante de café.

—¿Quieres azúcar?

—Una cucharada, para contrarrestar el sabor amargo del narcótico.

El hombre volcó el edulcorante en la taza de Guillermo ayudándose de una cucharilla de mango largo que había extraído de un tarro de plata, mientras el chico había ido a buscar la droga y echaba algunas gotas en la bebida.

—En unos minutos te encontrarás mejor, la cocaína obra milagros en

los cuerpos y las mentes cansadas. Aunque alguna vez deberías dormir toda la noche seguida, no es bueno que andes siempre tan cansado cuando debes trabajar con productos tan peligrosos como los que tenemos aquí.

—Tiene usted razón, si no le importa hoy me marcharé pronto e intentaré dormir después de almorzar.

—Claro hijo, si así evitamos que te pasees por aquí como un alma en pena y me quemes la farmacia en un descuido...

Cuando hubo acabado de preparar el jarabe y recogió lo que había usado en ello, se despidió de su jefe y se dirigió a la Torre. Tenía una hora antes de ir a almorzar con su padre y por supuesto no quería desperdiciarla descansando, había algo que le bullía en la mente desde aquella mañana y no podía esperar a ponerlo en práctica.

Poco antes de la hora acordada, Guillermo esperaba a su padre sentado en el sillón orejero con el típico estampado victoriano en negro y blanco. En una mano sostenía una pequeña copa de jerez dulce para ir abriendo boca como era su costumbre antes de cada comida, y en la otra un ejemplar de la Vanguardia del día anterior abierto por la página que llevaba como título “En la Universidad”, donde el Doctor Bartomeu Robert, eminente médico barcelonés, se explayaba sobre “La enajenación mental ante los tribunales de justicia”. Cuando iba por la mitad del artículo, se oyó una voz masculina en la puerta de entrada:

—¿Santiago ha llegado ya mi hijo?

—Sí, señor —respondió en su tono neutro habitual el mayordomo—. Ahí lo tiene, junto a la ventana que da al jardín.

—Bien, entonces ordena que nos sirvan el almuerzo, tengo prisa. Antes de las tres debo estar de vuelta en el bufete.

—Ahora mismo, señor.

El mayordomo se alejó con el sombrero y el abrigo de su amo, mientras Emilio accedía al comedor por la puerta de doble hoja.

—Guillermo.

—Sí padre, ahora mismo voy. Me gustaría acabar de leer este artículo.

—Si no te importa ya lo harás luego, debemos tratar un asunto importante que no puede esperar.

—Claro —dijo con un notable fastidio en la voz.

Los dos se sentaron en sus respectivos sitios, Emilio presidiendo la mesa y su hijo a su derecha. Una vez colocada la servilleta sobre sus rodillas, las copas llenas de vino y listos para recibir el primer plato, empezaron por despachar los asuntos banales.

—¿Cómo van las cosas en la farmacia?

—Como siempre. La gente se sigue poniendo enferma y nosotros intentamos aliviarlos con paliativos y ungüentos.

—Lo dices con desdén, ¿no es eso lo que debe hacer un boticario?

—Quizá, aunque yo esperaba poder experimentar y tener la

oportunidad de crear nuestros propios remedios para las dolencias más graves que aún no tienen cura.

—¿A caso crees que eres médico? —Su tono era despectivo y algo burlón.

Guillermo no pudo contestarle, Juanita ya aparecía por la puerta del comedor que daba a la cocina, llevando en sus manos una gran sopera de porcelana blanca.

—¿Les sirvo ya la sopa, señor?

—Por supuesto Juanita. ¿De qué es?

—De verdura y pollo, señor.

—Excelente, mi favorita. Con este frío nos sentará bien. ¿Verdad Guillermo?

Su hijo se había quedado absorto pensando en el comentario que le había lanzado su progenitor justo antes de que la sirvienta entrara en la estancia. Mientas esta les servía el caldo, Emilio volvió a repetir.

—¿No tengo razón?

—¿Sobre qué? —Parecía que hubiera despertado de un largo sueño.

—Que la sopa de pollo es el mejor remedio para prevenir los catarros.

—En realidad no hay nada para prevenir los catarros, ni nada para curarlos. Solo existen algunos remedios para aplacar sus síntomas.

—Pues ya sería hora que a estas alturas hubiera algo más para una enfermedad tan común como un simple resfriado.

—No hay nada de simple en las enfermedades, padre. Pero tiene razón, aún nos queda mucho por descubrir.

Cuando no quedaba ni rastro de la sopa en los platos, Juanita que estaba siempre atenta esperando de pie junto al aparador situado detrás de ellos, retiró los platos hondos y regresó de la cocina con una bandeja ovalada llena de carne de cordero con patatas asadas y zanahorias como guarnición. Colocó la bandeja en el extremo opuesto de los comensales y les sirvió una buena porción de carne y guarnición a cada uno. Igual que hizo después de servir el primer plato, se dispuso a esperar junto al mueble de roble para poder retirar los platos antes del postre, pero Emilio no se lo permitió:

—Juanita, puedes retirarte y dile a Francisca que hoy nos saltaremos el postre y tomaremos el café en cuanto terminemos con el cordero. Debo ir al despacho y Guillermo me acompañará.

Su hijo se quedó de piedra al oír esas palabras. Esperaba disponer de algo de tiempo antes de regresar a la farmacia para pasar de nuevo por la

Torre y comprobar el estado de las muestras que había dejado bajo la luz. El tiempo era crucial en ese tipo de cultivo y si se retrasaba más de la cuenta, debería tirar las muestras y empezar de nuevo con el experimento.

—¿Quiere que vaya a su trabajo?

—Sí, quiero presentarte a alguien.

—¿A quién?

—A un cliente importante que posee una colonia textil en Les Masies de Roda.

—¿Quién es?

—Pierre Bernard Coteur, pero todo el mundo le llama Monsieu Pedro o Don Pedro. Es el nieto del fundador de la colonia Salou, seguro que has oído hablar de ella. Hace tres años, cuando murió su padre Antonin Bernard, se hizo cargo de la empresa junto a sus primos Antonio, Juan y Manuel. Es un hombre inteligente y con una fuerte personalidad. Gran amante de las armas como yo. Creo que te impresionará su forma de pensar.

—¿Y para qué quiere que le conozca?

—Porque tanto él como yo hemos llegado a la misma conclusión sobre ti.

—¿Han estado hablando de mí?

—Los dos creemos que ya ha llegado el momento de que te cases.

—¿Cómo? —A punto estuvo de atragantarse. A pesar de lo mucho que le estaba gustando la comida, soltó los cubiertos y dejó de comer para oír con atención la explicación de su padre.

—Ya has cumplido los treinta años y desde que llegamos a Santa Eugènia no has mostrado interés por ninguna chica, creo que deberías conocer a Marie Bernard. Estoy seguro que sería una fantástica esposa y madre.

—Pero padre, ¿qué está diciendo? —Se levantó de la mesa dejando caer la servilleta que sostenía en su regazo y con los nudillos de las manos apoyados sobre la mesa, se irguió para enfrentarse a su padre—. ¿Cómo ha podido hacer tal cosa?

—Ya no eres un chaval Guillermo, y puesto que tu hermana está delicada de salud y yo no voy a estar aquí para siempre, debo hacer lo posible para dejarte bien atendido antes de irme.

—¿Y usted cree que buscarme una esposa es la mejor manera de proceder?

—Sí, lo creo.

—¿Y qué pasa si no me agrada?

—Imposible. Es una belleza, una mujer encantadora y, como ya te he dicho, su familia tiene mucho dinero.

—Para mí lo más importante es mi trabajo y no tengo tiempo para mujeres. Además, no necesito más dinero.

—Claro, porque tienes el mío. Lo único que haces es fingir que trabajas de día y por las noches despilfarras la fortuna familiar en el juego y la bebida. Como ya sabrás, el dinero no crece en los árboles y con lo que ganas en la farmacia no tienes ni para pagarte el traje que llevas puesto. Si no fuera por mí dinero —enfaticó el “mi” dejando un breve espacio entre las palabras— no podrías costear tus vicios.

Emilio también se había levantado y le sostenía la mirada a pesar que su hijo le sacaba una cabeza y era el doble de corpulento que él. Los dos permanecieron así unos segundos hasta que Emilio relajó el rostro, se sentó y con un gesto de la mano, le indicó a su hijo que hiciera lo mismo.

—Solo quiero que la conozcas —suavizó el tono—. Esta tarde va a ir con su hermano al bufete y quiero que vengas conmigo para que pueda presentaros. Me consta que ella está deseando conocerte.

Guillermo no dijo nada. Volvió a sentarse y bajó la cabeza mientras apretaba los puños intentando contener su furia. Al final pensó que sería mejor no agravar la situación y permitir que en aquella ocasión su padre se saliera con la suya. Le costaría un par de horas de su tiempo y mostrar su mejor cara, pero era un pequeño precio si quería seguir gozando de la confianza de su padre para poder entrar y salir a su antojo.

—Está bien, le acompañaré y conoceré a...

—Marie Bernard.

—Pero no se haga ilusiones, sepa que no quiero nada serio con ninguna mujer, por muy hermosa y encantadora que sea.

—Estoy seguro que en cuanto la conozcas cambiarás de opinión.

A punto estuvo de replicarle, pero no quiso seguir discutiendo, así que retomó los cubiertos para terminarse el cordero en silencio sin volver a mirar a su padre a la cara.

El reloj de madera y plata que Emilio Caba tenía sobre el escritorio, tocó la típica sintonía de Westminster. Eran las tres y cuarto de la tarde, cuando la secretaria anunciaba la llegada de Pierre Bernard y su hermana al despacho. Parecía que la noticia de que aquella iba a ser la presentación

oficial de la pareja, había corrido por el despacho, pues tanto la ayudante personal del abogado como su pasante y la taquígrafa de este, parecían algo alterados por la visita de los eminentes clientes. La rechoncha señorita Puig, con su elegante vestido gris y su pelo recogido en un moño alto falsamente descuidado, se apresuró a abrir la puerta del despacho del jurista.

—Señor Caba, el señor Bernard y su hermana están aquí —dijo en un tono demasiado alegre.

—Hágales pasar en seguida, Carme y traiga vasos y jerez por favor.

—Ahora mismo señor.

—Buenas tardes, pasen por favor.

Emilio ya se había levantado y salió de detrás del escritorio con la mano alzada para estrechársela a Don Pedro, un hombre muy bajito y fornido apoyado en un bastón con empuñadura de marfil debido a una leve cojera en la pierna derecha. Llevaba levita negra que le hacía parecer aún más bajo, sombrero de copa, pantalones oscuros con rayas grises y una corbata negra sujeta por una elegante aguja de oro con cabeza de perla. A su lado, agarrada de su grueso brazo, iba Marie, una muchacha que al contrario que su hermano, había heredado la belleza y elegancia de su madre: figura esbelta, cabellos rubios cubiertos por un pequeño sombrero blanco y flores rosas, piel de porcelana, labios rojos y carnosos y mejillas sonrosadas igual que las de una chiquilla avergonzada.

—Imagino que usted debe ser Marie. —Emilio le tomó de la mano derecha que ella ya le ofrecía algo tímida y la besó sin que sus labios llegaran a tocarla—. Sean bienvenidos a mi despacho.

El señor Caba se irguió y se dio media vuelta para mostrarles el espacio. Se apartó a un lado y dejó paso a su hijo para hacer las presentaciones.

—Este es mi primogénito Guillermo. —Igual que había hecho antes su padre, tomó la mano derecha de la muchacha e hizo el gesto de besarla—. Si me lo permiten pasaremos a la sala contigua y tomaremos un jerez.

—Con mucho gusto —dijo el señor Bernard dirigiéndose hacia allí con su hermana aún del brazo.

El lugar era una prolongación del despacho, una sala acogedora con las paredes cubiertas de papel pintado con un patrón repetitivo en negro sobre un fondo verdoso y pequeños cuadros con escenas campestres en dos de sus paredes. En el centro una mesa redonda con cuatro sillas a su alrededor y cojines lisos en el mismo color que el fondo de la pared. El conjunto quedaba

iluminado por los tímidos rayos del sol filtrándose a través de la vidriera plomada. Claramente aquella estancia no la había decorado un hombre, pues había flores frescas encima de la mesa y plantas en cada esquina de la habitación, además de unas cortinas demasiado estridentes para el lugar.

—Por favor si son tan amables. —Emilio les indicaba con un gesto de la mano el lugar que debían ocupar alrededor de la mesa de estilo francés.

En ese momento la señorita Puig entraba con una bandeja de plata portando cuatro finos vasos de cristal tallado y una botella de jerez de igual diseño.

—¿Van a necesitar algo más? —dijo la secretaria soltando la bandeja en el centro de la mesa.

—Eso es todo Carme. Por favor que nadie nos moleste.

—Claro señor.

Se marchó sin prisa tras lanzarle una intensa mirada a Guillermo que este no percibió por tener sus ojos fijos en el rostro de Marie Bernard. Desde el mismo instante en que la vio entrar en el despacho, no había podido dejar de mirarla. Aquella cara aniñada, de piel casi transparente, labios carmesí y ojos vivos, lo habían hipnotizado por completo. El abogado llenó los vasos con el líquido ámbar antes de levantar el suyo y pronunciar un brindis.

—Por los hijos, para que sus actos nos enorgullezcan y podamos sentirnos dignos padres de ellos.

Claramente aquellas palabras iban dirigidas a Guillermo que sin mirar a su padre, supo que este le estaba instando a que tomara la iniciativa.

—Señorita Bernard, me ha dicho mi padre que está usted interesada en seguir los pasos de los hombres de su familia y ponerse al frente de las fábricas de hilatura.

—Así es. —Puso el vaso sobre la mesa y continuó con su explicación—. Desde que era una niña he vivido en ese mundo y mi padre me enseñó todo lo que sé sobre el negocio. Ahora que mi hermano va a abrir otra colonia en Sant Adrià del Besós, estoy dispuesta a aprender lo que me falta para algún día, poder hacerme cargo de la empresa.

—Entonces es usted de esas mujeres que rompen con la tradición de aquellas que tienen como único propósito casarse y tener hijos.

—Yo creo que una cosa no debe estar reñida con la otra. En nuestras fábricas hay muchísimas mujeres que compaginan perfectamente el trabajo con la crianza de sus hijos.

—A mí me parece que cuando una mujer decide equipararse a un

hombre, pocos son los que se le van a acercar para pretender hacerla su esposa. El lugar de una mujer está en casa, cuidando de los hijos y atendiendo a su marido.

Aquel comentario era solo una prueba que Guillermo quería ponerle a Marie para ver si esta reaccionaba como esperaba o por el contrario callaba y otorgaba, aunque no tuvo tiempo de comprobarlo, pues sus palabras exasperaron tanto a Emilio, que su gesto hasta entonces relajado y afable, se había tornado un rictus de desaprobación hacía lo que acababa de oír, así que para evitar que aquella conversación siguiera adelante la cortó de raíz.

—Señor Bernard, me dijo en su última carta que además del terreno de regadío que ya le ha comprado a Joaquín Font y Vinyals, está interesado en hacerse con otro de secano junto al río.

El señor Bernard también agradeció aquel cambio de tercio antes de saltar sobre Guillermo como un perro de presa al ver el gesto de su querida hermana mudar de la alegría al desconcierto. Optó por contestar a su abogado y obviar de momento aquel desafortunado comentario.

—Así es. Creemos que finalmente las naves y demás edificios que pretendemos construir en la colonia de Sant Adrià, ocuparán más de lo previsto y el terreno que ahora tenemos se nos ha quedado algo pequeño.

—¿Entonces quiere que empiece con las negociaciones?

—Cuanto antes mejor, y si logra sacarlo a un buen precio, me plantearé venderle ese revólver Colt del 45 que tanto ansía tener.

Tras un par más de comentarios relacionados con su mutua afición por las armas de fuego, dieron la visita por finalizada. El primero en levantarse fue Don Pedro. Retiró la silla y se dirigió hacia la puerta de salida dando a entender que era hora de marcharse. El señor Caba fue el siguiente en hacer lo mismo, seguido por Marie. Guillermo permaneció sentado mientras apuraba su vaso de jerez. Solo cuando su padre y sus invitados llegaban a la salida, se levantó y se apresuró a alcanzarlos.

—Espero volver a verla, señorita —le dijo agarrándola de la mano con delicadeza para besarla. Esta vez los labios sí tocaron su piel.

—Creía que había dicho que no era una mujer apta para que un hombre se acercara a mí.

—Oh no, claro que no —dijo Guillermo mientras se erguía y soltaba su mano—. Usted puede ser cualquier cosa menos una mujer no apta. Al contrario, creo que puede llegar a ser válida para muchas cosas. —Le guiñó un ojo y le ofreció una sonrisa torcida.

Aquellas palabras y el gesto posterior, enfurecieron a su padre aún más que su comportamiento en la mesa. No entendía como Guillermo podía llegar a ser tan descarado. Estaba deseando quedarse a solas con su hijo para soltar la ira que había acumulado durante los últimos minutos. Don Pedro tampoco pareció agradarle lo más mínimo aquel último envite del joven Caba. Agarró a su hermana del brazo y sin despedirse de las secretarias y el pasante que desde sus mesas en el exterior del despacho no perdían hilo de la salida de los Bernard, desaparecieron a paso ligero por la puerta que daba al Paseo.

—¿Se puede saber por qué te has comportado así con nuestros invitados? —Su nerviosismo era tal que no sabía si agarrar a su hijo del cuello, servirse otra copa de jerez o pedirle a Carme que le trajera algo más fuerte para calmarlos.

—No entiendo porque lo dice, ¿acaso no he puesto mi mejor sonrisa y he alagado a Marie con palabras amables?

—No me lo puedo creer. ¿Es que has perdido la poca sensatez que te quedaba? —Gesticulaba mientras recorría arriba y abajo el despacho.

—De verdad creo que le he gustado, padre. Diría que a estas alturas Marie Bernard está totalmente prendada de mí.

—¿Pero tú te estás oyendo? Nadie con educación y clase podría percibir las horribles cosas que le has dicho a la señorita Bernard, como un halago.

—Pues yo no estoy de acuerdo. ¿Cuánto tiempo hace que no corteja a una mujer, padre? —Emilio lo miraba de hito en hito, totalmente incrédulo ante aquella actitud desconocida de su hijo—. Yo le digo a usted que esa muchacha caerá rendida a mis pies en menos de lo que espera.

—Da gracias si Monsieur Bernard sigue siendo mi cliente después de tu desfachatez. Mucho me temo que tus palabras hacia su querida hermana, a la que adora más que nada en este mundo, lo habrán enfurecido de tal manera que no quiera volver a pisar esta empresa nunca más.

—Tranquilo padre, hágame caso y espere.

Después de dejar a su padre en el despacho tomándose un vaso de agua con unas gotas de láudano que Carme le había llevado, Guillermo le pidió a Jaime, que lo acercara lo antes posible a la farmacia para cumplir con su turno de tarde. Su deseo habría sido volver a la Torre de inmediato, ya que habían pasado demasiadas horas desde que dejó las muestras bajo la luz, pero antes de marcharse a comer, el señor Tuneu le había pedido que abriera la farmacia porque debía visitar a un importante proveedor, así que no le quedó otro remedio que quedarse hasta la hora del cierre atendiendo clientes. Cuando ya se estaba preparando para marcharse, apareció el farmacéutico con cara de disgusto, profundamente agotado y casi arrastrando los pies. Al momento Guillermo supo que al anciano le ocurría algo grave.

—¿Qué le pasa Antonio? —Lo agarró con ambas manos por el codo y el antebrazo y lo ayudó a llegar a la rebotica para que se sentara.

—Me acabo de enterar que ha desaparecido otra chica.

Guillermo se quedó helado ante aquella noticia. Era imposible que hubieran denunciado la desaparición de la que aún reposaba en su mesa de trabajo. Normalmente sus víctimas no eran echadas en falta y si alguien las buscaba, era cuando aún las retenía vivas, después ya tomaba las precauciones suficientes para esconder sus cuerpos en un lugar donde nadie pudiera encontrarlas. Pero la última chica, era una huérfana a la que había engañado para que se fuera con él con la falsa promesa de cama y comida, a la que nadie habría importado que desapareciera. Así que el farmacéutico no podía estar hablando de ella.

—¿Cómo se llama?

—¿Quién? —El hombre parecía ido, totalmente ajeno a lo que le rodeaba y Guillermo creyó que ni siquiera se había percatado que él estaba a su lado.

—La chica desaparecida, ¿cómo se llama?

—Dolors. Dolors Tuneu.

—¿Tuneu? ¿Acaso es familiar suya?

—Es mi sobrina. La hija menor de mi hermano Carlos. —La voz del

hombre era solo un susurro.

—¿Cuándo ha desaparecido?

—Ayer por la noche.

—¿Cuántos años tiene?

—Dieciséis. Ya la conoces. Ha venido por aquí alguna vez a traerme recados de mi hermano.

Guillermo hizo memoria, la recordaba vagamente. Aunque no visualizaba su cara ni ningún rasgo físico, sí recordaba que era una muchacha alegre, con una voz cantarina y algo aniñada para su edad.

—¿Ya lo han denunciado?

—Ahora iba a acompañar a mi hermano y a su mujer a la Guardia Civil. —Le temblaban las manos y no era capaz de levantar la vista del suelo —. Ellos no están acostumbrados a tratar con las autoridades. Viven alejados del pueblo, en una pequeña granja en el camino que va a Taradell y me han pedido que los acompañe porque yo sé leer y escribir.

—¿Quiere que vaya con usted, Antonio?

—No hace falta hijo. Cierra la botica y mañana por la mañana intenta llegar temprano por si yo no puedo abrir. Ahora vendrán a recogerme con el carro e iremos a Vic a poner la denuncia.

Estuvieron un buen rato esperando en la farmacia hasta que oyeron las voces de sus familiares fuera. Guillermo acompañó a su jefe a la calle y lo ayudó a subir a la carreta de madera, algo destartada y tirada por una jaca de pelaje oscuro y morro blanco que parecía tener más años que el propio carro. El padre y la madre de la chica desaparecida, parecían cansados y tristes. La mujer tenía los ojos rojos e hinchados, señal inequívoca que había estado llorando largo rato, y el hombre, alto y corpulento, miraba al suelo incapaz de dirigirse a alguien como Guillermo, quizá por falta de autoestima o por no querer exteriorizar su estado de ánimo. Después de despedirse con un ligero movimiento de cabeza, los tres partieron a paso ligero por la calle mayor para tomar el camino que tardarían en recorrer unas horas hasta llegar a su destino. Mientras tanto Guillermo apagó las luces y cerró la farmacia para dirigirse a pie a su escondite.

Cuando la noche había caído y los únicos sonidos que le llegaban eran los de los animales del bosque, pudo relajarse por primera vez desde aquella mañana. En aquel lugar donde no había gente, donde los cascos de los

caballos golpeando el suelo no llegaban, donde nadie sabía lo que ocurría en el interior de la Torre, Guillermo se sentía tranquilo y a gusto con él mismo. Había descubierto ese lugar una mañana cuando fue a visitar a los señores del castillo. Les preguntó por la construcción y le dijeron que era un antiguo calabozo donde se encerraba a los esclavos acusados de robo o cualquier otra falta o delito, siglos atrás. También le dijeron que no se abría desde hacía varias décadas y fue entonces cuando una idea le sobrevino de repente: podría acomodarla y usarla como laboratorio si los dueños le daban su permiso y la llave. Así lo hicieron. En deferencia a la amistad que tenían hacia Emilio Caba, le permitieron ir cuando quisiera, siempre que prometiera dejarla en su estado original. Le entregaron la única copia de la llave que existía y cuando les contó que iba a usarla como almacén y secadero para sus hierbas medicinales, nunca más le preguntaron. Se sentía muy cómodo entrando y saliendo de aquel lugar apartado del pueblo y lo suficientemente retirado del castillo como para no tener que pasar por delante de la entrada principal cuando iba. Tenía un acceso propio por un camino de tierra estrecho y en bastante mal estado, pero que no quiso arreglar para que ningún curioso que paseara por los alrededores tuviera la tentación de seguir el sendero y encontrarla. Por supuesto a su padre nunca le dijo nada del acuerdo con los Saladeures, de modo que tan solo él y su fiel ayudante Jaime, sabían lo que ocurría en su interior.

Cuando estuvo frente a la construcción de piedra, vio que la puerta estaba abierta y el carro de la paja aparcado en la entrada. Se apresuró a llegar y en cuanto entró, pudo ver al cochero cargando con el cuerpo de su última víctima.

—¿Quieres que te ayude? —Preguntó mientras corría hacia él con los brazos extendidos para agarrarla por el lado opuesto.

—No hace falta patrón. No pesa mucho. La pobre era muy menuda.

—Lo sé, en cuanto contraen la enfermedad y no pueden tragar alimentos sólidos, adelgazan a un ritmo vertiginoso.

Guillermo dejó que Jaime fuera a esconderla entre la paja que llevaba en el carro y en cuanto volvió a entrar le preguntó:

—¿Sabías que ha desaparecido otra chica?

El muchacho se rascó la cabeza pensativo sin entender del todo lo que su patrón le estaba preguntando.

—Me ha contado el señor Tuneu que ayer por la noche, Dolors, la hija menor de su hermano, no llegó a casa. Se ve que por la tarde se fue a visitar a

una vecina enferma y ya no regresó. —Explicó Guillermo mientras el chico aún seguía sin entender nada.

—Es la primera noticia que tengo, patrón. ¿Ha sido usted? ¿Usted solo fue a por ella y la tiene escondida?

—¡Claro que no, botarate!

A veces Jaime podía sacarlo de sus casillas. Era un buen chico, callado y obediente, pero no tenía muchas luces y aunque eso era algo que iba a su favor la mayoría de las veces, cuando intentaba mantener una conversación con él, casi siempre debía desistir porque el mozo no daba más de sí.

—¿Dónde quieres que la tenga escondida? ¿A ti te parece que la chica está aquí?

Señaló el interior de la habitación.

—No lo creo, patrón. ¿Entonces se ha escapado?

—Aún no lo sé. El boticario ha ido con los padres de la muchacha a la Guardia Civil para poner la denuncia. Supongo que en unos días lo sabremos.

—Está bien patrón. Cuando acabe de esconder el cuerpo, me pasaré por la taberna e intentaré averiguar algo.

—¡Miedo me das! Si preguntas demasiado empezarán a sospechar de ti. Es mejor que no digas nada. Ya veremos que hacemos si al final se confirma que alguien se la ha llevado, de momento solo ten las orejas y ojos bien abiertos por si ves algo raro en el pueblo, luego me lo cuentas. ¿Entendido?

—Sí, sí claro, patrón, como usted diga.

Jaime se despidió y se montó en el carro rumbo al pantano. En un lugar a poco más de media milla de donde estaba la Torre, había un pozo profundo con poca agua, al que nunca iba nadie y el que fue elegido por Guillermo como último descanso de las desgraciadas chicas que habían muerto en sus manos. No podía enterrarlas en el bosque y arriesgarse a que atraídos por el olor, las alimañas y otros animales, las desenterraran. Tampoco podía dejarlas en cualquier lugar para que las encontraran después de haber estado varios días desaparecidas, porque se evidenciaría que alguien había experimentado con ellas. Por otro lado aquel era un lugar tan apartado y recóndito que no temía que a nadie se le ocurriera buscar nada allí ni por casualidad. Tanto el pozo como el pantano estaban en las tierras de los señores del castillo, una familia muy apreciada y bien considerada en la comarca y nada sospechosa de esconder un secreto tan terrible cerca de su hogar. Por todo ello, el pozo era el lugar ideal para dejar descomponiéndose los cuerpos.

Cuando Jaime llegó al lugar, se bajó del carro y tiró de los pies de la chica para poder alcanzarla mejor. La sábana que la cubría se movió, dejando al descubierto su cuerpo desnudo lleno de cicatrices, costuras y agujeros. El cráneo era visible en la parte sin pelo y el rostro que un día fue agraciado y sereno, ahora mostraba una horrible mueca. Intentó apartar la mirada de ella y se santiguó tres veces. La volvió a cubrir haciendo un fardo con la tela y una cuerda gruesa y la lanzó al pozo. Inmediatamente después echó un par de sacos de cal viva y esperó a notar el calor que desprendía al hacer reacción con el agua. Sabía que entonces empezaría a descomponerse el cadáver. Aquello le heló la sangre. Ya había llevado allí a más chicas de las que jamás hubiera imaginado cuando aceptó ayudar a su patrón. Siempre eran tan jóvenes e inocentes que no podía por menos que sentirse tan culpable de sus muertes como lo era el boticario. Guillermo las elegía, estudiaba sus costumbres y planeaba el modo y el momento de raptarlas, pero él era el brazo ejecutor. Ya eran diez los años que llevaba a su lado, primero como mozo en las cuadras de la familia Caba realizando las tareas que nadie quería hacer como limpiar el estiércol, cepillar a los caballos, poner a punto los arreos y hacer todo tipo de recados. Más tarde cuando solo tenía doce años, Guillermo empezó a requerir de sus servicios para que le consiguiera ratas, ratones, gatos y perros para sus experimentos y fue entonces cuando pasó a ser su ayudante personal. No había estudiado y a duras penas sabía leer y escribir cuando lo acogió para que fuera su mano derecha. Él lo instruyó y procuró que a su familia no le falta de nada. Con el tiempo el muchacho demostró tener pocos escrúpulos, además su complexión fuerte, su decisión en el momento de realizar los trabajos más penosos y el ser obediente y callado, eran cualidades que le valieron la confianza del señorito. Durante el último año que vivieron en Barcelona, Jaime se casó y Guillermo instaló a la pareja en el barrio del Rabal, en un apartamento de dos habitaciones con cocina, baño y comedor, un lujo para alguien que había vivido siempre con sus padres en lo alto de las cuadras de la casa de los Caba en la calle Pelayo. El enclave del apartamento fue minuciosamente elegido por Guillermo, el cual buscó un edificio que estuviera a tiro de piedra de su casa para que cuando lo necesitara pudiera acudir enseguida. El muchacho se sintió agradecido por todo lo que el señor había hecho por él, así que cuando decidieron trasladarse a Santa Eugènia, no dudó en marcharse junto a la promesa de seguir sirviéndole si este le proporcionaba techo y sueldo para mantener a su mujer e hija que estaba en camino. Hasta el momento Guillermo había cumplido con su promesa y Jaime con la suya de

obedecer y callar, aunque ya hacía algunos meses que cada vez le costaba más desempeñar su papel de cómplice. Cuando el químico pasó de experimentar con animales a hacerlo con personas, tuvo sus reticencias a ayudarlo. No era lo mismo cazar a animales que en muchas ocasiones hacían más mal que bien sueltos por las calles, que secuestrar a muchachas que aunque también vagaban por las aceras porque solían ser huérfanas sin recursos o prostitutas, no dejaban de ser personas con sentimientos, miedos y quizá algunas tuvieran seres queridos que las echarían en falta. Guillermo siempre le había asegurado que las chicas elegidas eran pobres criaturas sin familia, además de insistirle en que lo que él descubriría, en un futuro no muy lejano, haría mucho bien al mundo y ellas serían mártires que se habrían sacrificados para ayudar a sus semejantes. Pero lo que realmente acabó por convencerlo fue ver como una chica del servicio de los Caba, una camarera a la que tenía mucho aprecio, murió a causa del Botulismo. La mujer estuvo casi doce días sufriendo espasmos musculares, fuertes dolores abdominales acompañados por vómitos, parálisis en casi todo su cuerpo y al final dejó de comer, hablar y respirar hasta que murió con un horrible rictus en su cara. Aquello le marcó profundamente y aunque, cuando pasó era un niño y no sabía lo que le depararía el futuro, cuando supo que el hijo del señor estaba investigando una cura para aquella enfermedad, se convirtió en el lacayo de Guillermo convencido que lo hacían en pos de un bien superior.

Ahora, recordaba aquel hecho como si hubiera pasado en otra vida cuando su alma aún guardaba algo de compasión y empatía. Lo único que le infundía fuerzas para seguir con aquello era su hija. Una niña que nació enferma, con una extraña cardiopatía que impedía que la sangre circulara de manera regular haciendo que los niveles de oxígeno en su cuerpo fueran muy bajos y el tamaño de su corazón demasiado grande para que funcionara con normalidad. Para evitar que la niña sufriera episodios de taquicardia y bradicardia y pudiera respirar correctamente, necesitaba regularmente medicamentos muy costosos que solo podían conseguir a través de Guillermo, quien se había hecho cargo de comprarlos y suministrarlos a Amelia desde que supieron de su enfermedad. Aún así no había día en que no deseara marcharse a vivir con sus padres a Hospitalet de Llobregat. Allí tenían una pequeña casita en el campo que habían heredado años atrás de una tía de la madre de Jaime. De vez en cuando recibía una carta de ellos, pidiéndole que fuera a visitarlos para poder conocer a su nieta que aún no habían visto desde que naciera hacía más de un año. Jaime siempre les respondía lo mismo: la niña

todavía es demasiado pequeña para soportar un viaje tan largo en las condiciones en que se encontraba. Deberían esperar a que pasaran unos años y pudiera hablar para que ella misma les avisara cuando tenía un ataque, porque en esos momentos tan solo sabían que se ahogaba cuando sus labios y uñas se volvían moradas, momento en que debían administrarle el fármaco para que el nivel de oxígeno en la sangre aumentara y el ritmo del corazón volviera a la normalidad. Era por eso que Camila, la mujer de Jaime, se pasaba todas las horas del día y de la noche, vigilando a su pequeña para poder actuar en el momento en que viera que eso pasaba, pues de no suministrarle a tiempo el medicamento, significaría su muerte por hipoxia en pocos minutos.

Eran casi las ocho y media cuando Guillermo miró la hora en su reloj de bolsillo, donde había una dedicatoria de su madre que decía: «No juzguéis, para que no seáis juzgados». Esa frase era primordial para ella y la utilizaba cada vez que alguien en su presencia hablaba mal de otra persona por algo que creía reprobable o moralmente cuestionable. Carmen Anaud fue siempre una mujer adelantada a su tiempo. A pesar de haber tenido una niñez muy marcada por el machismo extremo de su padre y la displicencia de su madre, creía que cada cual era dueño de sus actos y que nadie podía estar por encima de otro por el mero hecho de ser hombre, tener más dinero o una posición social mejor. Era la menor de siete hermanos y la única que seguía viviendo en la residencia familiar cuando su madre murió teniendo ella diez años. A su corta edad, soportó a diario el mal humor de su padre cuando se enfadaba por cualquier cosa que lo alterara mínimamente, podría ser que la comida estuviera fría, un juguete mal colocado, una palabra inapropiada o una mirada que él creyera de reproche hacia su persona. En esas ocasiones Carmen era casi siempre el objeto de su ira y quien cargaba con los castigos y encierros del viejo maestro. Era entonces cuando su padre le obligaba a leer la Biblia durante horas, muchas veces durante toda la noche, porque según decía, llevaba el mal dentro y memorizando la palabra de Dios conseguiría expulsarlo. Ella lo leía con interés, no porque temiera que su padre se enfadara todavía más si no era capaz de recitarle de memoria los versículos aprendidos durante su lectura, sino porque le parecía que era un libro cargado de verdad. Entre mucha paja e historias que ella cría bastante inverosímiles, encontraba frases como «quien esté libre de pecado que tire la primera piedra», «ama a tu prójimo como a ti mismo», «No hay árbol bueno que pueda dar fruto malo, ni árbol malo que pueda dar fruto bueno. Cada árbol se conoce por su fruto» y la que se convertiría años más tarde en su leitmotiv «No juzguéis, para que no seáis juzgados». Se la grabó a su hijo en un lugar donde pudiera verla todos los días para que no olvidara que todos erramos pero es necesario no juzgar a aquellos que lo hacen porque nosotros somos tan o más culpables que el primero. Con esa premisa siempre presente en su vida,

Guillermo vivía y dejaba vivir. Esperaba de los demás no ser juzgado por aquello que creía correcto, aunque el modo de hacerlo pudiera resultar cuanto menos reprochable.

Aquella noche, después de pensar largamente en su madre y en la promesa que se hizo después de su muerte, se concentró en elegir a otra chica de las que tenía en su lista para que fuera la próxima paciente en la búsqueda de la cura para el Botulismo. Las muestras que había extraído de la última chica muerta no eran viables. Se habían echado a perder después de pasar casi un día entero bajo el foco incandescente. Ahora no tenía otro remedio que volver a empezar e intentar que todo saliera igual de bien que con la anterior, porque a pesar de que la paciente había muerto, bajo el microscopio halló algunas cosas que ahora podría poner en práctica y quizá fuese la última vez que debiera hacer aquello. Sabía que casi lo había conseguido. Presentía que la respuesta estaba en el modo en que las células se comportaban cuando la toxina entraba en contacto con algunas enzimas del intestino, pero todavía no sabía el modo de pararlo o evitar que el proceso de degeneración de estas, empezara. También era consciente que a partir de ese momento debería ser mucho más cuidadoso con la elección de las chicas, pues habiendo desaparecido Dolors, la sobrina del señor Tuneu, no podía llamar la atención raptando a otra muchacha del pueblo o las zonas colindantes. Entre aquellas que había creído dignas de poder usar para su causa, se encontraba una doncella de una masía de Vilalleons que conoció hacía algunos meses cuando fue a llevar un medicamento a la casa. También había seleccionado a una muchacha de una familia humilde, hija de un chatarrero que casi siempre estaba sola pues su hermano mayor y su padre viajaban a menudo por su trabajo y no tenía a nadie más viviendo con ella, de modo que se pasaba largos días completamente sola cuidando de la casa y los animales. Otra posible candidata, y quizás la más conveniente por su lejanía de Santa Eugènia, era María, la pubilla del campanero. Según le había contado su padre el día que los presentó al salir de misa, vivía en una casa retirada a las afueras de Arbúcies con una tía a la que cuidaba desde hacía tiempo. Aquella chica, por estar lejos y vivir prácticamente sola en un lugar apartado, no despertaría tantas sospechas si desaparecía como las otras dos, y en caso de que la buscaran, no era probable que lo hicieran en aquel pueblo, pues ¿quién iba a tomarse la molestia de ir tan lejos para llevarse a una moza que no tenía ni dinero, ni ninguna belleza especial? Por el contrario, no era más que la hija de un hombre que la había confinado al culo del mundo para cuidar de su hermana

enferma y quedarse sin cargas financieras y morales para poder beber y fornicar con quien le placiera, ya que era bien sabido que al campanero le gustaba hacer ciertas cosas cuando su jornada laboral acababa, a pesar de lo cual, nunca fue amonestado por ser la única persona que podía tocar las campanas de un modo tan melódico y puntual como él lo hacía desde que aprendiera de su padre a los doce años.

Elegida pues, su próxima paciente, se preparó para dejarlo todo listo y marcharse en unos días a Arbúcies. Necesitaba pensar una buena excusa para ausentarse por lo menos una o dos semanas y estudiar los movimientos de la chica, sus costumbres y horarios. También debía tener un buen plan para llegar de Arbúcies a Santa Eugènia sin ser interceptados por alguna patrulla de la Guardia Civil con la chicha inconsciente. Y como siempre, una vez en la Torre, la mantendría tumbada y si era necesario atada y amordazada hasta que la toxina le hiciera efecto. Normalmente en pocas horas el bacilo empezaba a reaccionar y causaba los primeros síntomas de la enfermedad, pero se habían dado casos en que durante días no había habido señales de alteraciones en las infectadas, por lo que debía mantenerlas drogadas para evitar que se escaparan. Sabía que contaría con la ayuda de Jaime, quien se encargaría de asaltarla por sorpresa en el momento preciso y llevarla a la calesa para poder transportarla hasta Santa Eugènia en pocas horas, pues era preciso llamar lo menos posible la atención para no ser descubiertos.

A las diez se sintió satisfecho de su trabajo y después de apagar todas las lámparas y cerrar con la pesada llave, que siempre escondía bajo una roca junto a la puerta, se marchó a descansar, sabiendo que al día siguiente debería empezar con un nuevo cultivo de la toxina y preparar las estratagemas para que su padre y su jefe dejaran que se marchara unos días sin hacer demasiadas preguntas.

Por la mañana temprano, Guillermo bajó a desayunar con su padre para empezar a preparar el terreno de su futura escapada. La mesa estaba servida, como siempre, con abundantes bizcochos y bollos dulces, pan y embutido, varios tipos de fruta fresca y una jarra grande de café y otra de leche. Emilio se sorprendió gratamente al ver aparecer a su hijo en el comedor para compartir aquella comida que él consideraba la mejor del día.

—Buenos días padre. ¿Cómo ha dormido?

—Buenos días. He dormido bien, esas hierbas que me diste me hacen

efecto enseguida y duermo como un lirón.

—Me alegro mucho, cuando se le acaben dígamelo y le daré más.

—Por supuesto, me temo que sin ellas ya no podría conciliar el sueño, antes de empezar a tomarlas me era imposible no pasarme un par de horas dando vueltas en la cama antes de coger un sueño tan ligero que con el mínimo ruido me despertaba. Ahora en cambio puede caerse la casa que no me enteraría.

Los dos hombres se rieron mientras Santiago, el mayordomo, servía café humeante en las tazas. Después dejó la jarra en la mesa y se retiró a la cocina.

—Aunque debo reprocharte tu actuación de ayer ante los Bernard — dijo Emilio dejando de reír en seco.

—Ha de relajarse padre, verá como en los próximos días recibimos noticias de ellos invitándonos a su casa o pidiendo vernos en su despacho.

—Espero que tengas razón, sería una catástrofe perderlos como clientes y como... —Dejó la frase a medias y bebió un sorbo de café.

—¿Familia política iba a decir?

—Sí. Aunque te rías esa muchacha, a parte de ser hermosa y muy inteligente, posee una de las fortunas más importantes de la comarca y sería muy conveniente para nosotros que os casarais. ¿A caso la chica no te gusta?

—Me gusta. Como usted bien dijo es muy hermosa y tiene las cosas claras. No parece una de esas mujeres que esperan al hombre en casa y que solo hablan de banalidades. Creo que podría ser una buena esposa, si es que quisiera casarme.

—¿Y por qué no querías? Ya tienes treinta años y va siendo hora que sientes la cabeza.

—Tengo la cabeza muy bien asentada, padre.

—Ya sabes a qué me refiero. —Emilio soltó la servilleta sobre la mesa con un gesto disgustado y se levantó—. Ya hemos hablado del tema miles de veces y creía que por fin estabas preparado para hacerte un hombre. No quiero que andes por ahí todas las noches de bar en bar apostando y bebiendo. Necesitas a una mujer que te guíe, que te dé hijos, a una mujer...

No pudo acabar la frase, Guillermo también se puso en pie y se encaró a su padre.

—Una mujer que me ate corto, ¡dígallo!

—Pues sí, por qué no. Desde hace años navegas sin rumbo, eres como esos hombres que siempre buscan nuevas emociones, algo que les haga sentir

que están vivos a pesar que por dentro están huecos. Desafían a la muerte haciendo excesos y llevando una vida de perdición. Van dando tumbos sin tener en cuenta que la vida es muy corta y que la verdadera felicidad está en entregarse a quien amas.

Aquellas palabras impactaron a Guillermo. Era la primera vez que oía hablar a su padre de aquel modo. La primera vez que sus palabras sonaban sinceras y tristes. Sabía que hablaba de su madre, a quien quiso por encima de todo y a quien nunca mencionaba quizá para no tener que admitir que cuando murió, su propia alma murió con ella. Emilio se puso serio y se acercó a su hijo para agarrarlo del brazo y decirle con voz calmada y un tono sereno:

—Eres mi hijo y te quiero, pero no puedo dejar que sigas desperdiciando tu vida. Vinimos a este pueblo, al que nunca hubiera querido regresar sin tu madre, para alejarte de la ciudad y sus vicios, pero veo que aquí tus salidas nocturnas, ausencias y excusas, se han multiplicado. No entiendo porque quieres perder tu tiempo y tu talento en esos tugurios de mala muerte donde solo hay gente que no tiene otra cosa que hacer que ahogar sus míseras vidas en vino barato y juegos de azar. Tú vales mucho más que eso, eres un Caba Anaud y como tal debes comportarte. —Se alejó un paso de Guillermo y mirándolo fijamente a los ojos le dijo tajantemente—: O te comprometes a hacer lo posible para que Marie Bernard se case contigo o ya puedes dar por seguro que no vas a tocar ni un céntimo más de mi dinero.

—No puede hacer eso. Ese dinero algún día será mío y no quiero esperar a ser viejo para gastarlo.

—Te olvidas que yo aún sigo aquí y que puedo hacer con mi dinero lo que me plazca, como por ejemplo dejárselo todo a tu hermana Victoria.

Guillermo enfureció, tragó saliva, miró a su padre con ira, y mordiéndose la lengua para no decir lo que pensaba, dio media vuelta hasta el vestíbulo donde recogió su chaqueta y sombrero para marcharse dando un sonoro portazo.

Ya en la calesa, de camino a la farmacia, le estuvo dando vueltas a las palabras de su padre, porque a pesar de todo, sabía que tenía parte de razón. No en lo de desperdiciar su vida en tugurios, como él los llamaba, pues hacía semanas que no iba por ninguno de ellos, sino en lo de sentar la cabeza con una buena mujer. Aunque solo fuera por contentarle y guardar las apariencias, sería bueno que en un futuro no muy lejano se planteara dar el paso y Marie Bernard era una buena candidata ya que parecía más interesada en dirigir los negocios familiares que en tener hijos y quedarse en casa aguardando el

regreso de su esposo. Si era así, Guillermo estaba dispuesto a esforzarse para enamorarla. El dinero de los Caba y los Bernard era un gran aliciente y además la chica era realmente bella. Estaba bastante seguro que iba a salir bien, ya que a pesar de lo que pensara su padre, intuía que Marie se fue complacida ante su actitud arrogante, o al menos eso era lo que quería creer él. Por eso decidió mandarle una nota de disculpa a Pierre Bernard, aquella misma mañana.

Cuando Guillermo llegó a la farmacia encontró la puerta cerrada y gente esperando fuera, entonces recordó la conversación que mantuvo con el farmacéutico la noche anterior. Se sacó las llaves del bolsillo y se dispuso a abrir y dejar pasar a las dos mujeres que esperaban. Una vez dentro y con los postigos abiertos, una de ellas se acercó a Guillermo y le preguntó:

—¿Se sabe algo de la sobrina de Antonio?

—Nada, señora. Aún no he podido hablar con él.

—Pobre chica —soltó la mujer colocándose bien el chal de lana y cruzando los brazos sobre él—. Era tan joven y buena.

—No hable de ella en pasado, todavía no sabemos si está muerta.

—¡Oh Dios no lo quiera! —Exclamó la mujer marchándose—. Pero si se la han llevando los mismos que a las demás, me temo que no volveremos a verla.

Guillermo sabía perfectamente a qué se refería. Tanto en Santa Eugènia de Berga como en los pueblos de alrededor se buscaba a una cuadrilla de hombres que al parecer estaría secuestrando a chicas para emplearlas como moneda de cambio, esclavas o convertirlas en sus esposas. Era bien conocido que en otros tiempos, varios grupos de bandoleros, atemorizaron a todo el territorio catalán, saqueando caminos, masías y locales apartados para abastecerse de víveres, dinero y cuanto pudieran encontrar para seguir con su vida al margen de la ley. Ya habían pasado tres siglos de todo aquello, pero el impacto social fue tal, que muchos años después, y sobretodo a consecuencia del injusto reparto de las tierras tras la guerra carlista, y las imposiciones que esto conllevó, junto con el empobrecimiento de la población acentuada por la invasión francesa, dio pie a un nuevo florecimiento del bandolerismo. Ahora se sabía que al menos un grupo de hombres armados se escondía en la Serra de les Guilleries y bajaba a los pueblos para realizar sus pillajes. La Guardia Civil no tenía ninguna prueba de que fueran ellos los que se llevaran a las

chicas, pero eso no les importaba, los bandoleros se habían convertido en un asunto personal para las milicias y cuerpos de seguridad y no necesitaban ninguna excusa para perseguirlos y matarlos si se diera el caso. Por ese motivo Guillermo estaba tranquilo. Nadie sospechaba de él, pero aunque solo fuera para averiguar la verdad, quería investigar la desaparición de Dolors. Sabía que era poco probable que hubieran sido los bandoleros y por supuesto él tampoco, así que quedaban dos opciones: o había sido alguien próximo, que aprovechándose de las sospechas sobre los forajidos cometía sus actos, con lo cual Guillermo quería saber quién era ese depravado; o la chica había huido, en cuyo caso, solo cabía esperar a que regresara. Guillermo decidió que de momento se limitaría a observar e intentar averiguar cuanto pudiera de ella: amigos, conocidos, costumbres y sobre todo intentar seguir todos sus movimientos del día anterior a su desaparición.

La mañana en la farmacia fue tranquila. Apenas hubo clientes, así que Guillermo ocupó su tiempo en preparar la toxina que unos días más tarde necesitaría para infectar a María. También escribió y mandó a través de un mensajero, una nota al hermano de Marie que decía:

Estimado señor Bernard,
Siento profundamente mi comportamiento de la otra tarde, creo que me excedí en mis comentarios y si le ofendí a usted o a su hermana de cualquier modo, les pido mis más sinceras disculpas. Para demostrarle que mi arrepentimiento es verdadero, le ruego que acepte una invitación para asistir mañana por la noche al Casino de Vic en la calle Jacint Verdaguer, a una velada con mi padre y conmigo.
Esperando su confirmación, le mando un saludo cordial.
Guillermo Caba Anaud

La respuesta del empresario no se hizo esperar y aquella misma tarde recibió una nota confirmando su asistencia. Con el ánimo algo más tranquilo y de mejor humor, Guillermo se dispuso a cenar con su padre. A las siete en punto, padre e hijo se encontraron en el comedor donde aquella misma mañana habían discutido.

—Buenas noches, padre —dijo a modo de saludo Guillermo viendo que su padre torcía el gesto al verlo sentado en su butaca junto a la ventana.

—Hola.

—Veo que sigue disgustado por lo de esta mañana.

Emilio no contestó, se limitó a servirse una copa de jerez de la mesa supletoria que había junto a la pared, detrás del sofá de dos plazas de estilo modernista.

—Creo que la noticia que tengo que darle le mejorará el ánimo. — Emilio seguía sin decir nada. Se sentó en el sofá y tomó un sorbo de licor—. Esta mañana he mandado una nota a Monsieur Bernard invitándole al Casino. —Dejó la frase a medias a propósito esperando ver una reacción en el rostro de su padre. Al comprobar que arqueaba las cejas como hacía siempre que algo le interesaba, prosiguió con su relato—. Me ha contestado esta misma tarde aceptando.

—Me alegro por ti. A lo mejor aún tienes una oportunidad de excusar tu comportamiento.

—Eso espero. En la nota le he pedido disculpas y le he dicho que tanto usted como yo le esperamos mañana por la noche en el Club.

—Está bien, te acompañaré —dijo Emilio como si aceptar aquella invitación le supusiera un fastidio—. Pero tú deberás disculparte. Yo solo iré porque hay asuntos que debo tratar con él, pero no esperes que interceda por ti.

—En realidad no lo esperaba, pero creía que le alegraría saber que Don Pedro ha aceptado hablar con nosotros, tal y como se despidió el otro día en su despacho y el modo en que se quedó usted, pensaba que tenerlo como cliente era algo de suma importancia.

—Y lo es, pero ese asunto ya quedó resuelto al día siguiente de su marcha. Fui a verle en persona a la colonia y estuvimos hablando largamente. —Hizo una pausa para beber de nuevo y después de paladear el jerez, retomó la conversación—. Me aclaró que con quien tenía un problema era contigo y no conmigo, me dejó claro que está muy satisfecho con mis servicios y que el hecho de haberme desplazado hasta allí, le demostraba que es importante para mí, así que te va a tocar a ti intentar convencerle que eres digno pretendiente de su hermana y que tus desafortunados comentarios no volverán a repetirse.

—Por supuesto, ya soy mayorcito para sacarme las castañas del fuego sin su ayuda. Solo le había invitado a usted porque creía que querría retomar las relaciones con él, pero visto que eso ya lo ha solventado...

—Hijo mío, siempre he sido muy capaz de arreglármelas solo. Si hubiera tenido que esperar que otros hicieran el trabajo por mí, ¿dónde estaría

ahora esta familia? Ya cuando mi padre vivía, tuve que labrarme mi propio futuro. Él, muy al contrario de ayudarme, solo me ponía trabas. Sus continuos desplantes, falta de confianza en mí y las inversiones fallidas durante los últimos años de su vida, hubieran dejado a esta familia en la bancarrota si yo no llego a encauzar las finanzas. Por fortuna llegué a tiempo para evitar que todo nuestro dinero naufragara junto a los barcos en Cuba. Mi visión de futuro y el dinero que tan hábilmente invertí en la Exposición Universal de 1888, donde por cierto conocí a los Bernard, nos han valido estar donde estamos hoy.

—Por una vez debo darle la razón.

Parecía que tras aquel último comentario, Emilio había mejorado considerablemente su actitud hacia Guillermo. El muchacho conocía muy bien a su padre y sabía que teclas tocar para conseguir de este lo que quisiera. Ahora ya estaba predispuesto a escuchar sus peticiones.

—Hay un tema del que quería hablarle esta mañana pero como tuve que irme tan precipitadamente...

En aquel momento entró Santiago con una bandeja cubierta por una campana que dejó sobre la mesa y anunció a los dos hombres que la cena estaba servida. Ambos se sentaron y tras esperar que Juanita les sirviera las verduras cocidas al vapor con pescado, retomaron la conversación.

—¿De qué querías hablarme? —Preguntó Emilio llevándose un trozo de espárrago triguero a la boca.

—De mi viaje.

—¿Te marchas de viaje? ¿A dónde?

—Debo irme unos días a Arbúcies.

—¿Arbúcies? No conocemos a nadie allí.

—Usted quizá no, pero allí vive un antiguo compañero de la facultad a quien hace tiempo que no veo y me ha invitado a pasar unos días en su casa.

—Ah, no creo que me hayas hablado nunca de él. —Soltó los cubiertos y con las manos plegadas bajo el mentón añadió—: ¿No sería mejor que fueras a visitarlo en verano, durante tus vacaciones?

—Se marcha a Estados Unidos y no regresará hasta dentro de un par de años y antes quiere entregarme algunos libros y fotografías que le pedí hace tiempo.

—Muy considerado por su parte, pero con todo lo que está pasando últimamente no parece el mejor momento para que dejes solo al señor Tuneu.

Guillermo tuvo que admitir para sus adentros que a su padre no le

faltaba razón. Era algo inoportuno que quisiera marcharse justo cuando la sobrina del farmacéutico había desaparecido y el anciano andaba de gestiones con su familia sin poder atender el negocio. Él era el único que podía hacerse cargo de la farmacia y no creía que hubiera nadie más en quien Antonio confiara para hacerlo.

—Sí, quizá tenga usted razón, supongo que debería posponer mi viaje hasta que Dolors aparezca.

Emilio pareció satisfecho, no era propio de su hijo admitir que su padre llevara razón en algo. Después de pensarlo un rato mientras se terminaba su plato de pescado con verduras, Guillermo llegó a la conclusión que si quería ir a buscar a la siguiente chica para sus experimentos, debería acelerar su trabajo detectivesco y averiguar qué había pasado con la sobrina del boticario. Para ello necesitaría la ayuda de Jaime y de todo el tiempo que pudiera robarle a sus horas de sueño. Empezaría aquella misma noche después de cenar. Haría una ronda por las tabernas donde habitualmente se reunían jugadores, ladrones, estafadores y la flor y nata de los bajos fondos de la comarca.

Mientras Emilio Caba se tomaba su habitual tisana con semillas de adormidera para meterse inmediatamente después en la cama, su hijo se había cambiado de ropa para mimetizarse con el ambiente de la noche Ausetana. En aquella ocasión tanto él como Jaime prefirieron ir cada uno en un caballo y dejar la calesa para poder moverse con más soltura hasta Vic. El primer local que visitaron quedaba relativamente cerca de su casa, por la parte trasera de las tierras de los Caba, a menos de una milla y en un paraje donde solo había campos de cultivo y alguna casa aislada. Escondido tras altas cañas de maíz se alzaba desde el siglo XVI el Hostal del Bulló, antes conocido como Hostal d'en Jaques. Aquel edificio había pertenecido a la misma familia desde 1661, cuando Jacinto Bulló, el bisabuelo del actual propietario, lo compró y siguió con el negocio original como posada. Al estar en la encrucijada de caminos que llevaba a Vic, Olot, Taradell, Moià y Barcelona y ser paso obligado para los viajeros, eran muchos los que allí paraban para pasar la noche. En aquel hostel también fue apresado el conocido bandolero Serraller en el siglo XVIII, del que se hizo una canción que había hecho famoso el lugar. Ahora, de día era carnicería y de noche hospedería y taberna; en sus estantes podían encontrarse los caldos más añejos y variados junto a jamones y longanizas que colgaban del techo tras la barra. Lo más interesante, pero, lo guardaba el mesonero en el sótano, un aguardiente de alta graduación que según decía su creador quemaba al entrar, pero mucho más al salir. Cuando se apearon de sendos caballos, Guillermo se entretuvo atándolos mientras su ayudante se adelantaba para pedirle a Albert Bulló que le preparase la mesa donde siempre se sentaban a jugar a cartas. Aquella noche la visita sería más breve pero al ser la primera parada, no iba a desperdiciar la ocasión de jugar algunas manos con los habituales, mientras intentaba sacarles información de lo ocurrido con Dolors. Al entrar, Guillermo se encontró con la típica niebla de humo de tabaco que cubría todo el local. Era temprano para que estuviera lleno, aún así, cuatro de sus cinco mesas alargadas con bancos de madera a ambos lados, estaban ocupadas. En su mayoría los clientes eran viajeros que dormían en las habitaciones del segundo piso; y algunos obreros y payeses de Santa Eugènia y

Vic. Guillermo se dirigió directamente a la mesa del fondo junto al gran hogar de piedra rústica que ardía con vigor. A los dos minutos de estar sentado, se le acercó un hombre viejo, con una larga barba blanca, mal vestido y tuerto de un ojo que con confianza le dijo al oído:

—Albert ha dicho que esta noche no se pueden hacer apuestas. —El anciano miró a su alrededor y cuando vio que nadie les prestaba atención siguió hablando—: hace un rato una pareja de la Guardia Civil se ha pasado por aquí y el jefe no quiere arriesgarse.

Guillermo se extrañó ante aquella declaración. Sabía que el juego de apuestas estaba prohibido desde hacía algunos años en todo el territorio español, pero en aquella casa, tan lejos de la ciudad nunca habían tenido problemas con eso.

—¿Para qué han venido? —Preguntó también en voz baja.

—Están buscando a una chica del pueblo que ha desaparecido.

—¿Aquí?

—Están patrullando por la zona y han pasado a preguntar por si alguien hubiera visto algo raro en los últimos días.

—¿Y alguien lo ha visto?

Era la mejor oportunidad que tendría para preguntar sin levantar sospechas, ya que él no había sacado el tema.

—No. Nadie ha dicho nada, aunque ya sabe que aquí nadie hablaría con ellos.

Guillermo conocía la animadversión que sentía la gente de la zona por la Guardia Civil, principalmente por haber sido el cuerpo sustituto de las Escuadras de Cataluña, organismo mucho más afín y querido por ser fieles a los municipios y diputaciones. Otra de las causas eran los constantes abusos de fuerza, montajes y asesinatos a los que estaba sometido el movimiento obrero por parte de esta organización, que cumpliendo órdenes del Gobierno central perseguían y detenían a quienes se manifestaban u organizaban en contra de la patronal.

En aquel momento el ambiente era mucho más relajado que de costumbre, la gente bebía y jugaba pero Guillermo se fijó en que no había dinero sobre las mesas. Normalmente el acaloramiento del juego, cuando había apuestas de por medio, era mucho mayor; el griterío y los insultos solían inundar el local e incluso en alguna ocasión los nervios habían causado peleas con la posterior expulsión de los implicados y una advertencia firme de Albert, que a pesar de ser un hombre bastante permisivo y dar manga ancha en

lo que a modales y comportamiento se trataba, no toleraba en absoluto la violencia física en su establecimiento. Inmediatamente después que Jaime se sentara junto a su patrón portando un par de jarras de cerveza, un chico joven ataviado con la típica vestimenta de los payeses de la zona, con barretina, faja, chaleco y alpargatas gastadas, entró en la posada y se sentó en la mesa a la derecha de la de ellos, la que quedaba en el rincón más oscuro del local. Parecía alterado, sudaba a mares y su respiración era acelerada. Ni Guillermo ni su acompañante pudieron oír la conversación que estaba manteniendo con Nadir «el Judío», un prestamista al que solían acudir aquellos que necesitaban dinero urgente sin tener que dar demasiada información de la procedencia del objeto que querían vender o empeñar. El muchacho sin tomar ninguna precaución ni percatarse que estaba siendo vigilado por la gran mayoría de hombres de la taberna, se sacó del bolsillo trasero del pantalón una pequeña tela en la que llevaba algo envuelto. Dejó el paquete frente a Nadir y este con mucho cuidado lo desenvolvió. A simple vista no parecía nada demasiado valioso, solo un colgante en forma de libélula atado a una cadena que parecía de oro. El perista lo examinó con más atención y una expresión de incredulidad saltó a su rostro.

—¿De dónde lo has sacado?

—De una tía que ha fallecido —dijo tocándose nerviosamente la cicatriz de la ceja.

El hombre volvió a examinarlo, esta vez lo sostuvo en la mano en un gesto cotidiano que hacía varias decenas de veces al día, luego lo rascó contra un plato de cerámica blanca que tenía enfrente y al comprobar que la marca que había dejado era dorada y no negra se sorprendió sonriendo al chico que seguía respirando agitadamente y miraba sin cesar hacia la puerta de entrada.

—Está claro que es oro. ¿Quieres que te lo compre?

—Sí —respondió acercándose al prestamista y bajando todavía más la voz.

—Veamos de cuanto oro estamos hablando.

El hombre que iba bien preparado para atender su negocio en el que casi todas las noche alguien entraba por la puerta de la posada y le traía algún objeto para vender, sacó una pequeña libreta donde iba anotando las peculiaridades del objeto. Luego metió la pieza en un vaso de agua donde observó minuciosamente el volumen que este había desplazado para poder calcular el peso más o menos exacto del collar. Volvió a anotar algo en la libreta mientras el chico, cada vez más nervioso, no dejaba de sudar y de

mirar a los allí presentes que ya habían perdido todo interés por el recién llegado, volviendo a sus juegos y conversaciones.

—Es una buena pieza —concluyó el prestamista mientras la examinaba más de cerca buscando alguna marca o número que le indicara su procedencia o el joyero que la había realizado.

—Tengo prisa —dijo el muchacho con una voz mucho más segura y firme de lo que correspondía a su lenguaje corporal.

—Tranquilo chico, debo asegurarme que el dinero que te voy a dar por el colgante es suficiente para ti y a mí me deja un margen para poder ganarme la vida. —Miró al horizonte, se rascó el mentón y en un gesto estudiado y usado miles de veces con los nuevos «clientes», dijo—: Puedo darte cincuenta pesetas.

—¡Me ha tomado por tonto! —Casi gritó el chico.

Guillermo y Jaime se volvieron para mirarlo mientras este agarraba el colgante y lo envolvía de nuevo en la tela negra en la que lo había llevado.

—Está bien —dijo el Judío agarrando al chico por el brazo para impedir que se levantara y se fuera—, te daré sesenta pesetas.

El muchacho se posó de nuevo en el banco y volviendo al tono de voz inicial dijo con firmeza:

—No voy a aceptar menos de cien pesetas.

—¡Cien! Creo que el que me ha tomado por tonto eres tú.

El vendedor pareció perplejo ante aquella expresión. Sabía que el objeto que tenía en sus manos era valioso. Según le habían dicho estaba hecho por un gran orfebre francés de fama mundial y algunas de sus piezas se habían vendido por diez veces más de lo que él pedía, pero también sabía que en aquel lugar no contaba con ningún tipo de protección, por lo que debía tomar una rápida decisión y deshacerse de la joya cuanto antes. Aún así quiso tensar un poco más la cuerda y ver si se rompía.

—Sé que vale mucho más de lo que pido, así que me da cien pesetas o me voy.

—¿Cómo estás tan seguro que es valioso?

—Creo que lo hizo un francés que se llama René Lalique.

El prestamista volvió a observar la joya. Su diseño era curioso, y nunca había visto otro igual. Se notaba a simple vista que la composición estaba trabajada a mano, los detalles e incrustaciones estaban hechas por un gran maestro joyero y el color mate del oro en contraste con los colores vivos de las piezas de cristal eran típicos del Art Nouveau tan en boga. En conjunto era

un objeto exquisito que Nadir no podía dejar escapar, así que tras unos minutos dijo:

—Está bien, te daré lo que me pides. Pero solo porque es una pieza rara y me gustan las cosas diferentes. Además quiero que la próxima vez que se te muera una tía y te deje otra joya me la traigas a mí el primero —dijo guiñándole un ojo.

Se sacó un pequeño saco de cuero que llevaba colgado al cinto. Volcó su contenido sobre la mesa y contó las monedas dos veces antes de dárselas al chico.

—Aquí tienes, cien pesetas. No te las gastes todas de golpe. —Se rió mientras volvía a guardar el resto en el saco.

El chico se levantó y sin despedirse ni mirar atrás salió de la posada como alma que lleva el diablo. Guillermo que había estado observando en silencio casi toda la operación, sentía curiosidad por saber cuál era aquel objeto que Nadir seguía mirando con atención a contraluz.

—¿Quién era el chico?

—No lo sé. No lo había visto nunca por aquí.

—Parecía nervioso, ¿no crees? ¿Qué es lo que te ha vendido?

Nadir era un viejo conocido de todos los parroquianos que frecuentaban habitualmente la taberna. Aquel era su lugar de trabajo y aunque no contaba con la simpatía de los lugareños, eran muchos los que iban frecuentemente a pedirle un préstamo o a intercambiar algún objeto por efectivo para poder vivir durante un tiempo. Más tarde, si el objeto era valioso para ellos, lo recuperaban una vez que hubieran vendido un animal en el mercado. Como casi todos los de su etnia era desconfiado, poco hablador y muy inteligente. Albert Bulló lo conoció cuando iba de paso hacia Gerona y al saber de sus negocios, le propuso quedarse y ofrecerle comida y techo a cambio de una sustanciosa comisión. Le permitía realizar sus chanchullos en el local porque de cada operación que hacía se llevaba más dinero que con todas las pintas juntas que pudiera vender tras la barra, así que desde hacía algo más de un año, aquella era la oficina del perista.

—He conocido a muchos como él. Son pequeños rateros que algún día tienen un golpe de suerte y cae en sus manos una pieza valiosa como esta. — Le mostró el colgante tan solo un instante antes de envolverlo de nuevo en la tela—. Les quema en las manos y no saben qué hacer con ella. No pueden venderla en ninguna tienda, ni pueden llevarla a tasar sin levantar sospechas, así que acuden a mí. Yo no les hago preguntas sobre su procedencia ni les

juzgo. Les doy lo que creo justo, siempre barriendo para mi tejado y ellos se van contentos porque se han desecho del objeto. Aunque este colgante es especial, no sé, creo que...

No terminó la frase temiendo que ya hubiera hablado de más. Era una faceta intrínseca de los hombres como Nadir ser precavidos por naturaleza, no en vano solía hacer negocios con ladrones, asesinos y otros tipos de mala reputación a los que no les gustaba que aireasen sus trapos sucios en público. Así que la discreción era algo que iba inherente con su oficio. Tras guardarse la joya en la misma bolsa del dinero, anotó algo en código de números y letras en su inseparable libreta y tras apurar su chato de vino, se marchó dando por acabada la jornada laboral casi antes de empezar.

—Se ha comportado de un modo un tanto extraño el Judío, ¿no crees?
—Preguntó Guillermo a Jaime mientras veían marchar a Nadir.

—Creo que se ha puesto nervioso al preguntarle por el collar.

—¿Has podido ver de qué se trataba?

—No, solo que era un collar dorado con algo azul. Desde aquí no podía verse bien.

Le quitaron importancia a lo sucedido, jugaron algunas manos al tresillo con un par de comerciantes de Granollers que habían hecho parada en la fonda y casi a media noche se marcharon a otro local cercano a Vic.

Un par de horas más tarde, Nadir regresaba a su habitación en la primera planta del Bulló, cansado y algo borracho. En cuanto abrió la puerta vio un papel en el suelo, que no sin dificultad se agachó a recoger. Era una cuartilla doblada por la mitad que con letra pulcra y clara decía:

*Quiero recuperar la libélula.
Mañana a ocaso te espero bajo el puente de Queralt.
Te pagaré bien.
L.*

Aquella nota no le gustó nada, no sabía quién era L y le intranquilizaba encontrarse con alguien bajo aquel puente tan alejado, aunque la última frase hizo que se decidiera a ir.

—Ya lo recitaba aquel sabio: Poderoso caballero es don Dinero — dijo en voz alta Nadir arrugando el papel y dejándose caer en el catre.

En el siguiente local el ambiente era más bien triste, solo había una decena de personas repartidas entre la barra y un par de mesas y al no ver a ningún conocido entre sus clientes, Jaime y Guillermo decidieron seguir su camino al centro de Vic. En los bajos de un viejo edificio de la calle de la Riera, se encontraba el bar clandestino del Topo. Para entrar debía utilizarse una puerta trasera que daba a un patio, que a su vez quedaba escondido tras una tapia muy disimulada. Cualquiera que hubiera estado enfrente de esa puerta habría leído el cartel que anunciaba que aquel era el taller de un cubero y al entrar se habrían encontrado en realidad con las herramientas y enseres propios del oficio. Pero para aquellos que sabían de qué se trataba, podían acceder al bar yendo hasta el fondo del taller y empujando un enorme tonel que en realidad era una puerta. Una vez dentro se encontraban con una sala poco iluminada y repleta de mesas y sillas en forma de botas y barriles donde la gente de la clase social media alta de la ciudad, acudía a beber buen vino, escuchar música, jugar a cualquier cosa donde se pudiera apostar y hablar de todo menos de política. Algunos, la mayoría escritores y pintores, iban sobretodo a encontrar inspiración en la absenta. Allí tenían todo lo necesario para tomarla como mandaban los cánones franceses: una copa de cristal con el tamaño exacto para el ajenjo, junto con la típica cuchara con perforaciones en la cazoleta donde se sostenía un terrón de azúcar que se iba deshaciendo a medida que el agua fría caía hacia el cáliz, mezclándose con el líquido verde y dando como resultado la bebida blanca que tan de moda se había puesto desde hacía varios años.

Cuando Guillermo entró solo en el bar, porque Jaime siempre esperaba fuera, sonaba en el gramófono música de salón, aunque en aquel momento nadie bailaba. La mayoría de personas sentadas en los taburetes y sofás, hablaban animadamente con copas de bebida en sus manos. En una de las mesas, junto al pequeño escenario, Guillermo vio a un compañero de correrías del que no sabía nada desde hacía algunas semanas.

—Querido Miguel, que gusto encontrarte aquí —dijo alargándole la mano para estrechársela.

—¡Dichosos los ojos! —Miguel se levantó y rechazando su mano lo abrazó cariñosamente.

—¿Puedo acompañaros?

—Pues claro, siéntate por favor.

Antes de hacerlo, su amigo le fue presentado uno a uno a los ocupantes de la mesa. A su derecha había un hombre bastante más joven que el resto, que según dijo Miguel se llamaba Josep Maria Pericas y era un arquitecto que empezaba a despuntar. El otro caballero alto, bien parecido, de pelo canoso y párpados caídos se llamaba Josep Canaleta, era miembro de la Asociación de arquitectos de Cataluña y según contó él mismo, estaba pasando unos días en casa de su amigo Pericas, admirando y empapándose de la corriente modernista que se estaba viviendo en los últimos años en Vic a juzgar por la afloración de edificios de ese estilo en el centro como la casa Vilà, la casa Domènech o la casa Comella entre muchos otros. Junto a Josep Maria se encontraba una dama algo mayor que su acompañante, que por su vestimenta y joyas parecía estar fuera de lugar en aquel sitio. Acabadas las presentaciones, el chico más joven invitó a la dama a bailar mientras el otro hombre fue a la barra a buscar algo para beber. Aprovechando que estaban solos, Guillermo quiso ponerse al día con su amigo.

—Dime Miguel, ¿qué has estado haciendo en las últimas semanas?

—Eso mismo podría preguntarte yo. Te marchaste algo molesto después de nuestra partida de bridge y no he vuelto a saber nada más de ti, hasta hoy.

—Sí, he estado ocupado en mis... experimentos.

Por supuesto nadie sabía nada de lo que ocurría en la Torre de Saladeures, a excepción de su ayudante Jaime, al resto, los de más confianza, les contaba que en sus ratos libres, después del trabajo, experimentaba con plantas y hierbas medicinales para hacer sus propios remedios.

—Me alegro de verte, hay alguien a quien hace días te quiero presentar.

Guillermo se quedó intrigado. Su amigo siempre presumía de conocer a los personajes más variopintos de la comarca y en varias ocasiones se lo había demostrado presentándole a gente curiosa, algunos estafalarios y otros verdaderos artistas que siempre le divertían y estimulaban su imaginación. Como a Miguel le gustaba decir «si yo no le conozco, es que no merece ser conocido». Miguel era para Guillermo como un Relaciones Públicas capaz de emparejar a dos personas sabiendo exactamente qué se podían aportar mutuamente. De estatura media, complexión media y rasgos comunes, Miguel no destacaba por su físico, sino por su labia. Era capaz de hablar durante

horas de cualquier tema con cualquier persona, hombre o mujer, joven o mayor, banquero o cocinero y siempre salir airoso por muy comprometido que fuera el tema a tratar. Conocía bien a las personas y con un par de minutos de conversación podía hacerse una idea muy aproximada de lo que ocultaban en lo más profundo de su alma. Por eso casi al instante de conocer a Guillermo se hicieron inseparables, ya que leyó en sus ojos que algo muy negro escondía en su interior, aunque nunca supo que era, siempre decía que prefería tenerle como amigo que como enemigo. Por eso Guillermo le tenía tanto aprecio, porque a pesar de tener ese don, no juzgaba a las personas, las trataba a todas por igual y no hacía distinciones.

—¿A quién quieres presentarme?

—Ahora mismo no la veo por aquí. Seguro que no tardará en llegar.

—La, ¿se trata de una mujer?

—Sí, es una mujer y muy guapa por cierto.

—¿Quién es?

—Se llama Leonor Piera y vive en Barcelona, pero está pasando unos días aquí.

A Guillermo se le heló la sangre. La imagen de una mujer rubia de facciones delicadas y sonrisa angelical le pasó por la mente provocándole un vahído momentáneo. Su amigo percibió el cambio en su gesto y se preocupó.

—¿Es que la conoces?

—Sí.

—Y parece que no te trae gratos recuerdos.

—En realidad no puedo decir nada malo de ella, al contrario, mientras estuvimos juntos fueron los mejores años de mi vida.

Ahora el que palideció fue Miguel. En más de una ocasión su amigo le había hablado de sus años en Barcelona, de la facultad de medicina, de sus noches en los mejores casinos clandestinos y de las muchas aventuras amorosas que había tenido, pero nunca le había dicho que tuviera pareja y a juzgar por sus últimas palabras, Leonor fue alguien importante para él durante mucho tiempo. Ahora, después de la reacción de Guillermo y conociendo su mal carácter cuando algo no le agradaba, no sabía si preguntar o esperar que fuera él quien hablara sin presión. La respuesta no se hizo esperar, Guillermo se levantó y se marchó sin darle tiempo a su amigo a reaccionar. Una vez en la calle y junto a Jaime, con el aire fresco dándole en la cara, parecía que podía respirar con normalidad por primera vez desde que escuchó el nombre de su antigua prometida.

—Debemos irnos enseguida, Jaime. ¿Dónde están los caballos?

—Los he dejado en el amarradero de la esquina. ¿Ha sucedido algo ahí dentro? —El ayudante preocupado agarraba a su patrón por el brazo mientras este miraba a lado y lado del patio esperando no encontrarse con Leonor.

—Nada. Quiero irme, estoy cansado.

Su jefe nunca se cansaba hasta que el sol no despuntaba por el horizonte. No serían más de las dos de la madrugada y aquel comportamiento no era propio de él, aún así, no quiso preguntar, soltó a Guillermo y los dos se encaminaron a la calle principal en busca de los equinos. Antes de poder llegar al amarradero, Miguel les alcanzó y con cara de sentirse profundamente dolido por el modo en que su amigo se había tomado su propuesta, dijo:

—Lamento que te marches así, no tenía ni idea que esa mujer hubiera sido tu pareja en el pasado, ella no me dijo nada.

—¿Le hablaste de mí?

—Sí, bueno no... fue ella quien me preguntó. Quería conocer a un caballero que pudiera llevarla a la ópera y al teatro, y como tú siempre dices que no encuentras acompañante para tales esparcimientos, creí que os entenderíais.

—Pues te has equivocado —le espetó mientras se disponía a subirse al caballo y marcharse cuanto antes.

—Espera Guillermo, no te vuelvas a ir enfadado, te prometo que no sabía que os conocíais, de haberlo sabido... De todos modos acabas de decirme que fuiste feliz con ella, ¿por qué no quieres verla?

—No es asunto tuyo, pero te diré que dejé aquella vida atrás hace tiempo y no quiero volver a ella.

Sin decir nada más, le dio media vuelta al caballo y se encaminó a galope tendido por las empedradas calles de Vic y no paró hasta cruzar el puente romano de Queralt. Cuando creyó que ya estaba lo suficientemente lejos como para dejar de correr, recuperó el paso y se tomó un momento antes de pedirle su opinión a Jaime.

—¿Te acuerdas de Leonor?

—¿La señorita Piera?

—Sí.

—Claro, como olvidarla. Es una mujer bellísima y la veía casi a diario en su casa de la calle Pelayo.

Guillermo pensó en las palabras de su ayudante. Tenía razón, Leonor era una mujer hermosa. Su belleza serena, su piel fina y clara en contraste con

sus gruesos labios y sus intensos ojos azules, no tenían parangón con los de ninguna otra mujer que hubiera conocido a lo largo de su vida. Además era elegante y transmitía tanta dulzura y fragilidad... Dudaba si aún sentía algo, aunque tan solo fuese la necesidad de protegerla. Incluso de él. Fue por esa razón por la que provocó la ruptura. Cuando se dio cuenta que su obsesión comportaba tener que hacerles cosas horribles a las chicas, no le pareció justo que una mujer como Leonor tuviera que compartir su vida con alguien como él. Nunca le habría hecho daño, pero su alma estaba corrompida, las muertes de aquellas muchachas pesaban demasiado sobre su conciencia y no creía ser capaz de compaginar la búsqueda del remedio para el Botulismo con una vida junto a alguien tan buena y dulce como Leonor. Se merecía algo mejor y por eso se alejó de ella de la peor manera. Aún no creía estar preparado para volver a verla, pero la curiosidad de saber qué la había llevado hasta allí era poderosa, así que se plantearía hablar con ella para intentar averiguarlo.

Apenas pudo dormir aquella noche. Se metió en la cama casi a las cuatro de la madrugada y a las siete ya estaba en pie. Bajó a desayunar antes de que su padre saliera de la habitación. Debía llegar temprano a la farmacia. Una vez frente al comercio vio que la luz de la entrada estaba encendida y la puerta entreabierta, así que supuso que el señor Tuneu había vuelto al trabajo. Empujó una de las hojas de la puerta doble de medio punto y entró sin hacer ruido. En una silla tras el mostrador de recetas, estaba sentado el farmacéutico con la mirada fija en la balanza de precisión mientras jugueteaba con los pesos sin hacer nada concreto. Sin percatarse de la presencia de Guillermo, Antonio levantó la vista sorprendido al encontrarlo delante.

—¡Ah, ya has llegado! —Lo dijo de un modo neutral como si acabara de despertarse.

—Sí, he venido temprano porque no sabía si usted estaría aquí.

—Ya hemos hecho todo lo que estaba en nuestra mano por Dolors y no quería quedarme en casa.

Su rostro acusaba las horas de sueño y su mirada tristes y perdida, reflejaba la pena que sentía por su sobrina desaparecida.

—Si no se encuentra bien o prefiere estar con su familia, me quedaré a cargo de la botica. Usted ya sabe que puedo apañarme solo.

—Lo sé, pero prefiero estar aquí. El trabajo me entretiene y ahora mismo no quiero pensar.

Guillermo se sintió identificado. En los momentos en que tenía la cabeza llena de demasiadas preocupaciones e ideas, su vía de escape era el trabajo. Por eso esperaba pasar el día ocupado en la elaboración de la toxina, pero estando el señor Tuneu allí, debería aplazarlo para otro momento.

—¿Quiere que abra el resto de las luces y empiece con la preparación de los remedios? —Preguntó Guillermo quitándose el sombrero y la chaqueta para colgarlos en el gancho de detrás de la puerta de la trastienda.

—Claro, como quieras, yo atenderé a los clientes.

A pesar de ver el abatido estado de ánimo del anciano, Guillermo necesitaba saber todo lo que pudiera sobre la desaparición de Dolors y la

investigación que se estaba llevando a cabo. No quería que Antonio se sintiera peor, pues a la vista estaba que la situación lo superaba, pero no podía quedarse con las ganas de preguntar.

—¿Han tenido noticias de su sobrina?

—Nada. Hace dos noches fui con mi hermano y mi cuñada a la Guardia Civil, como ya sabes, y pusimos la denuncia, pero no nos han dicho nada.

—Sé que ayer estuvo en el hostel del Bulló una pareja de guardias preguntando.

—Imagino que lo estarán recorriendo todo por si alguien ha visto o sabe algo.

—¿Y nadie ha visto a su sobrina desde el lunes?

—No. Ya te comenté que por la tarde se marchó a visitar a una vecina enferma a la que mi cuñada había preparado un caldo y algo de embutido y ya no regresó. —Una lágrima le resbaló por la mejilla—. Sus padres la estuvieron buscando hasta bien entrada la noche pero no apareció, ni siquiera llegó a pisar la casa de la vecina.

Resopló y se pasó una mano por la calva y los pocos cabellos blancos que le quedaban en la nuca. Retomó la compostura y prosiguió con el relato ante un Guillermo atento y callado.

—Por la mañana salieron algunos hombres y mujeres, amigos de la familia a buscarla por los campos y lugares cercanos pero tampoco hallaron nada. Preguntaron a sus conocidos, a aquellos con los que solía ir a veces a pasear y a las muchachas con las que cosía por las tardes. Ninguna la había visto, pero una chica nos dio una pista. Nos dijo que habían quedado el día anterior para verse antes de la cena en la Font Rodona y no se presentó. Eso no es propio de ella. Nunca había faltado y dice Angelines, la chica con quien debía verse, que cree que pudo haber quedado antes con un mozo que la rondaba y del que no sabe el nombre, pero que según le contó la propia Dolors, es del pueblo y vive en una masía a las afueras.

—Con esa descripción podrían ser decenas de muchachos —dijo casi para sus adentros Guillermo.

—Se lo contamos a la Guardia Civil e imagino que andarán buscando a alguien que cuadre con la descripción.

—Aunque se hubiera visto con ese chico, ¿usted cree que él le hizo algo?

—¿Cómo puedo saberlo? Ni siquiera conocía que estuviera festejando con un mozo.

En aquel punto Antonio se derrumbó. Él había sentido siempre un cariño especial por su sobrina. Era la menor de cinco hermanos y no tenía más familia que a su hermano y los hijos de este. Dolors era la niña de sus ojos. Siempre se acordaba de ella cuando iba de viaje y le traía algún recuerdo, joya, libro o pieza de ropa que sabía que la muchacha apreciaría y le colmaría de besos por el obsequio. No había mejor regalo en el mundo para él que ver feliz a Dolors. Cuando desapareció le arrancaron un pedazo de alma y ahora se sentía profundamente triste e impotente, sin poder hacer otra cosa que esperar que alguien pudiera darle alguna pista de lo que le había sucedido.

—¿Es posible que haya huido con ese muchacho? —Preguntó Guillermo viendo algo de luz al final del túnel.

—No sería propio de ella, pero hoy en día los jóvenes son tan impulsivos y se callan tantas cosas que nunca acabas de conocerlos del todo. Mi hermano me ha dicho que estuvieron buscando entre sus cosas y echaron en falta una mantilla de seda que le había regalado el año pasado al cumplir los dieciséis y que solo se ponía para ir a misa; y un collar de oro con incrustaciones azules que le compré en mi último viaje a París.

A Guillermo le golpeó una imagen de la noche anterior. Era algo ínfimo pero quizá fuera una pista.

—¿Cómo era ese collar?

—Tenía forma de mujer con alas. Era de oro mate y en las alas llevaba trozos de vidrio azul. ¿Por qué quieres saberlo?

—Curiosidad, si era valioso y lo llevaba puesto cuando desapareció a lo mejor quisieron robárselo y...

—Es obra de un gran joyero francés y es muy valioso, por eso decía que era demasiado elegante para llevarlo por aquí. Lo tenía siempre guardado en una cajita de madera en su habitación.

Guillermo no quiso insistir más. El hombre estaba sufriendo y hacerle más preguntas habría causado estragos profundos en su ya maltrecho estado físico. Decidió que aquella información podría ser valiosa y se la guardó para él, de momento solo era una corazonada a la que quería seguirle la pista.

—Jaime quiero que esta noche, mientras esté en el Club con mi padre y Monsieur Bernard, vuelvas al hostel de Albert y le digas al Judío que te deje ver el colgante —le pidió Guillermo a su ayudante tras el almuerzo que se habían tomado juntos en la Fonda de la Sagrera—. Mejor aún, averigua cuánto

pide por él, quiero comprarlo.

—¿El colgante que le vendió el joven que parecía más nervioso que un pavo en Navidad?

—Ese. Me gustaría verlo de cerca.

—¿Tiene alguna sospecha, patrón?

—Puede. Antes debo ver el colgante.

—Está bien.

Jaime ya se marchaba a cumplir con sus tareas en las cuadras de Villa Carmen, cuando a Guillermo se le ocurrió algo más.

—No regatees con él, le daré lo que me pida. Pero oye, si te dice que no lo tiene o que hay alguien más interesado, le dices que es para mi novia, un regalo especial que quiero hacerle.

El ayudante se marchó y él pagó la cuenta de la comida. Antes de regresar a la farmacia quiso interrogar al mesonero.

—Pedro, ¿conoces a un chico rubio de unos dieciséis o diecisiete años que vive en una masía a las afueras del pueblo y tiene un corte en la ceja?

El hombre se pasó el palillo que llevaba masticando todo el día de lado a lado de la boca mientras pensaba. Después de un par de minutos, dijo simplemente:

—No me suena.

Se dio media vuelta y ante el estupor de su interlocutor, se metió en la cocina para seguir con sus quehaceres habituales de cada mediodía. Guillermo se marchó del restaurante pensando en el siguiente paso cuando tuviera el collar en sus manos.

Aquella tarde, hasta las siete, estuvo encerrado en la rebotica trabajando en los remedios para los clientes que debían ir a recogerlos al terminar el día. En los últimos años eran habituales las infecciones respiratorias causadas por el humo de las fábricas y las precarias condiciones en que debían realizar su larga jornada de trabajo los operarios de las recién estrenadas manufacturas. La creciente industria del textil de la comarca de Osona había hecho que prácticamente todos aquellos que no trabajaran en el campo, lo hicieran en esas empresas, que sin proporcionarles un salario justo, un horario digno o unas condiciones mínimas de seguridad, los empleaban sin distinción de edad ni sexo. Eran muchos los que de buena mañana se subían al ómnibus tirado por caballos que los transportaba hasta Vic u otras poblaciones

adyacentes para regresar a la puesta del sol en el mismo medio de transporte. Cuando el último cliente recogió la medicina que había encargado, Guillermo se despidió del señor Tuneu y se marchó a prepararse para el encuentro con Don Pedro en el Club de la Casa Comella.

Al llegar a Villa Carmen, Emilio ya le estaba esperando, ataviado como era costumbre cuando iban al Casino, con su elegante esmoquin negro y camisa blanca. En ese momento se estaba ajustando el fajín satinado que hacía juego con las solapas de la chaqueta y la pajarita.

—Llegas un poco tarde ¿no? —dijo a modo de reproche mientras sacaba de una cajita de terciopelo negro unos gemelos de oro y brillantes.

—Me cambio en un minuto y podemos irnos.

Sin dar más explicaciones subió las escaleras que conducían a su habitación mientras llamaba a Santiago para que le ayudara a vestirse y a Juanita para que le preparara la jofaina con agua limpia. En menos de quince minutos estaban montados en la calesa de camino a Vic. La noche era fresca y al poco de salir, casi llegando a la ciudad, se detuvieron para que Jaime pusiera la capota, y así resguardarse del chirimirí que empezaba a caer. Ya en la Plaza Mayor, el coche los apeó para que recorrieran andando los escasos veinte metros que les separaba de la entrada al Club. Antes de irse, Guillermo se rezagó para poder hablar con su ayudante.

—En cuanto tengas la joya vienes a buscarme, no tengo ganas de pasarme la noche escuchando hablar a mi padre y al señor Bernard de sus fábricas de hilo.

—Sí patrón.

Se despidieron y Guillermo alcanzó a su padre cuando subía las escaleras de estilo catalán, realizadas sobre aristas de piedra y cerámica. En el rellano del primer tramo, Emilio se detuvo para mostrarle a su hijo una escultura de un dragón hecho de hierro forjado.

—Esta figura me gusta mucho, quizá deberíamos poner una igual en las escalera de nuestra casa, ¿no crees?

Guillermo miró el dragón, luego a su padre y por último señaló un conjunto de tres farolas en lo alto del vestíbulo del mismo estilo y material que la escultura y dijo:

—El dragón no lo sé, pero unas lámparas como esas, sí las pondría en la entrada. Sería algo mucho más práctico que esta horrenda criatura.

Emilio no respondió, siguió subiendo las escaleras hasta el entresuelo del segundo piso seguido por su hijo. Se pararon frente a la entrada marcada

con una C y una V entrelazadas, la insignia del Casino de Vic. Después de dejar sendas capas en el guardarropa de la entrada, accedieron a la Sala Verdaguer. Se acercaron a un grupo de hombres que al igual que ellos vestían esmoquin negro, fumaban grandes puros y bebían whisky bajo el arco que formaban las columnas de estilo jónico que dividían la estancia en varios espacios.

—Buenas noches caballeros —dijo Emilio mostrando su alegría a los allí presentes que se volvieron en cuanto oyeron su voz.

—Buenas noches señor Caba. ¿Cómo está?

—Bien, bien ¿y ustedes?

—Bien —respondió un hombre que lucía una larga barba blanca y un bigote rizado en forma de manillas—. Estábamos debatiendo sobre si es mejor el Foot-ball Club Barcelona o el Sociedad Española de Foot-ball.

—¿Qué argumentos ha aportado cada uno de ustedes?

A Emilio le encantaba ejercer de árbitro en casos como aquel en que varios debatían sobre un tema. Moderaba y decidía qué argumentos le habían parecido más acertados. Por lo general era un hombre neutral, capaz de discernir entre la amistad y lo que era justo, casi siempre requerido para temas parecidos al que estaban tratando en aquellos momentos.

—El doctor Salarich dice que es mejor pertenecer a un equipo que gane títulos aunque sus jugadores sean casi todos extranjeros incluido su presidente. —Informó el hijo de su amigo Vicenç Casacuberta—. En cambio, el doctor Bayés afirma que es mejor pertenecer a un club donde la mayoría de jugadores y equipo directivo sea del país aunque su juego no luzca tanto.

Emilio lo pensó durante unos segundos y finalmente llegó a una conclusión:

—Creo que ninguno de los dos tiene razón y ambos la tienen.

Todos los hombres que estaban metidos en la conversación lo miraron con interés esperando que diera su veredicto final.

—Verán —dijo mientras se rizaba el bigote—, el Foot-ball Club Barcelona ganó el año pasado la copa Macaya, bien es cierto que fue casi como si la ganara un equipo extranjero puesto que más de la mitad de la plantilla no es española. Por otro lado el Sociedad Española de Foot-ball, pese a que todos los jugadores son del país, no tiene el nivel del Barcelona pero sí la simpatía y admiración de gran parte de los aficionados a este deporte. Dicho lo cual, es bien sabido que la historia la escriben los ganadores, sea cual sea su procedencia.

—En resumidas cuentas, es usted forofó del Foot-ball Club Barcelona —sentenció el doctor Bayés algo molesto—. Puede que su equipo ganara el año pasado la copa, pero de momento la Sociedad Española de Foot-ball aún no ha perdido ningún partido esta temporada, así que yo no cantaré victoria tan pronto.

Se dio media vuelta y dejó a Emilio Caba con la palabra en la boca, aunque lejos de molestarse, sonreía divertido por el modo en que algunos hombres se tomaban ciertas cosas que para él no tenían la menor importancia. Terminada la conversación, Guillermo y Emilio se disculparon al resto de contertulios al ver entrar en la sala a Pedro Bernard. Apoyado en su inseparable bastón, buscaba con la mirada a sus anfitriones.

—¿Imagino que no habrá tenido ningún problema para entrar? —Preguntó Guillermo mientras le estrechaba la mano—. Hemos dejado una invitación para usted en la puerta.

—Ningún problema, no es la primera vez que vengo. Aunque no soy socio, he estado otras veces acompañando a colegas de profesión. El propietario de este edificio, el señor Josep Comella y Colom es conocido mío desde hace años y en alguna ocasión me ha invitado a las reuniones del patronato del textil.

—Es cierto que ustedes comparten intereses. —Recordó de pronto Emilio.

—En realidad no. Nuestros puntos de vista están muy alejados, a decir verdad.

Pedro calló entendiendo que aquel no era ni el momento ni el lugar para hablar sobre «La Conca del Ter», un tema que tantos quebraderos de cabeza les estaba dando a los empresarios del sector textil. Desde hacía unos pocos años los obreros de las hilaturas que iban desde Montesquiú a Roda de Ter, se manifestaban continuamente contra los salarios, horarios y condiciones de trabajo que sus patronos les obligaban a aceptar si querían trabajar en ese sector. Eran muchos los propietarios que se habían negado a acercar posturas y como respuesta a las movilizaciones, colgaban carteles como «Quedan despedidos todos los obreros de esta fábrica, por haber dejado voluntariamente de acudir al trabajo». Eso paralizaba la mayoría de fábricas durante semanas. Monsieur Bernard junto a sus primos, jugaban en otra liga. La colonia Salou proporcionaba a sus trabajadores, un puesto en las fábricas, alojamiento, educación para sus hijos, tiendas donde podían comprar productos básicos, entretenimiento en el café-casino e incluso un teatro que

hacía las veces de sala de fiestas; además de disponer de una pequeña parroquia donde cada día se oficiaba misa. Ese sistema mantenía a raya a los miembros de la comunidad dentro de la colonia y las revueltas y quejas eran mínimas.

—¿Puedo invitarle a una copa, señor Bernard? —Preguntó Guillermo con una amplia sonrisa mientras conducía a su invitado a un rincón con mesitas de té, rodeadas por butacas con respaldo alto y tapizadas de rojo.

—Tomaré un bourbon, gracias.

Mientras se sentaban, Guillermo hizo una señal al camarero con la mano alzada para que se acercara.

—Por favor Luís, tráenos tres Jim Beam White con hielo.

—Enseguida señor Caba.

En cuanto el camarero se retiró, Emilio le ofreció un puro habano a Don Pedro que aceptó con agrado. El primero en coger la pequeña guillotina de encima de la mesa y cortar la cabeza del puro, fue Pierre. Con gran precisión introdujo la perilla en el agujero y con un movimiento seco dejó caer el trozo sobrante al suelo. A continuación Emilio lo imitó. Casi al mismo tiempo, los dos hombres se lanzaron a por el mechero Dunhill plateado de grandes dimensiones que reposaba en la mesa junto a un cenicero de cristal tallado.

—Por favor, usted primero —le dijo Emilio a su invitado.

Este agarró el quemador de gas y después de encender su puro de un modo lento y ceremonioso, se lo ofreció a su acompañante que de igual modo, dio varias vueltas al habano por la llama asegurándose que prendiera uniformemente por toda la superficie. Le dio varias caladas cortas y lentas y luego sopló ligeramente el pie para comprobar que se había encendido correctamente. Tras paladear la primera inspiración de humo, Emilio se recostó en el asiento y miró a Guillermo:

—¿No nos acompañas hijo?

—Hoy no padre, debo mantenerme sereno y los puros me dan jaqueca.

Después que el camarero les llevara las bebidas y tomaran un par de sorbos de whisky, llegó el momento de tratar el asunto que les había llevado hasta allí.

—Señor Bernard —empezó Guillermo en un tono solemne—, debo disculparme nuevamente por el comportamiento que tuve con usted y su hermana en el despacho de mi padre. Dije algunas cosas de las que me arrepiento, sin duda estuve fuera de lugar.

—Acepto sus disculpas.

—Supongo que estaba nervioso ante la belleza de Marie y no reaccioné como hubiera sido propio de un caballero.

—Tiene razón, estuvo usted algo impertinente y altanero, pero imagino que es algo propio de la juventud —dijo Pierre a pesar de tener casi la misma edad que él.

—No sabe cuanto lo siento. —Volvió a disculparse Guillermo haciendo un esfuerzo por parecer realmente arrepentido.

—Está usted perdonado. Cuando esté casado como yo, se dará cuenta que aunque parezca que somos nosotros los que manejamos la tela, nunca mejor dicho —se rió de su propio chiste—, verá que si no fuera por las mujeres, no sería posible nuestro mundo de hombres. Ellas son las que nos facilitan poder dedicarnos en cuerpo y al alma a los negocios, las que se quedan en casa cuidando de todo y gracias a eso podemos ir tranquilos por la vida. Como yo mismo esta noche, que puedo estar aquí mientras mi esposa se ha quedado cuidando de nuestros gemelos enfermos de gripe.

—Tiene usted toda la razón —saltó Emilio antes de darle una profunda calada a su habano.

—Pero entenderá que también debe pedirle perdón a mi hermana — aclaró Don Pedro—, creo que ella más que yo, se merece una explicación.

—Por supuesto. Le mandaré unas flores con una nota, si le parece bien —se apresuró a decir Guillermo.

—Me parece bien, aunque yo había pensado en que podría invitarla al teatro y a cenar, quizás un día de la próxima semana.

Guillermo tragó saliva y miró a su padre sentado junto a Pierre que, sin que este se percatara, le hacía señas con los ojos para que aceptara de inmediato la propuesta de su cliente.

—Claro, por supuesto, me parece una gran idea. Si cree que ella va a aceptar, mañana mismo le mandaré una nota para invitarla.

—Hágalo, le agradecerá el detalle. Me consta que a pesar de sus palabras, a Marie le gustó usted.

Sacudió la ceniza de su puro en el cenicero de cristal con un gesto relajado dando por zanjada la conversación. Padre e hijo también parecieron destensarse. Apuraron sus copas de bourbon, y pidieron otra ronda a Luís que, rauda y servicial, se las llevó a la mesa en menos de un minuto.

—Podríamos jugar un par de manos al póquer —propuso Emilio levantándose y yendo a una de las mesas con tapete verde situada en la esquina

opuesta de la sala.

—Claro, hace tiempo que no juego pero será divertido —opinó el señor Bernard.

Guillermo les siguió sin demasiadas ganas. Una vez cumplido con el propósito que se había fijado, solo quería que llegase Jaime para marcharse a la Torre y poder analizar con detalle el collar. Después de casi una hora de charla sobre hilos, telas, telares y demás variantes del textil que se hacían en la colonia Salou, un empleado del casino se acercó a Guillermo y le susurró al oído:

—Su cochero le está esperando en la calle, señor Caba.

—Gracias. —Dejó las cartas boca abajo sobre la mesa y se disculpó ante los demás jugadores—: Lo siento pero debo marcharme, he de hacer algo importante y me he demorado más de la cuenta.

—¿No va a terminar esta mano?

—Me retiro, de hecho tampoco llevaba nada —mintió.

—Bien, así los demás tendremos la oportunidad de ganar algo esta noche —bromeó Albert Rusiñol que no había ganado ninguna partida.

Guillermo se despidió de Don Pedro estrechándole la mano y prometiendo que al día siguiente tendría noticias suyas. Luego hizo lo mismo con su padre y le susurró al oído que mandaría de regreso a Jaime en menos de una hora para recogerlo. Cuando estuvo en la bocacalle de la Plaza Mayor divisó a su ayudante que esperaba junto a la calesa. Encontró a Jaime algo alterado y con cara de preocupación. Hacía muchos años que estaban juntos y sabía leer su rostro como un libro abierto. Algo malo le pasaba.

En cuanto Guillermo pudo hablar a solas con Jaime, este le contó lo ocurrido en el hostel del Bulló, horas antes.

Al parecer el Judío le dijo que ya no tenía el collar, que se lo había vendido a una persona importante y que no había manera de recuperarlo. Por más que insistió no pudo sacarle el nombre del cliente, que al parecer había pagado una pequeña fortuna por él.

—Cuando Nadir le compró el objeto al muchacho, ya sabía que era valioso. En el engarce del colgante había una marca que indicaba un número de serie y tras comprobarlo, supo que el chico decía la verdad y aquella joya estaba hecha por un gran orfebre francés.

—¿Pudiste sacarle a quien se lo vendió?

—Nada. Le ofrecí dinero pero no soltó prenda. Incluso a punto estuve de abofetearlo, pero se negó en redondo. Creo que antes de decirme su nombre se habría cortado una mano.

—Qué raro... —dijo Guillermo rascándose la barbilla—. Sé que el Judío es muy reservado, pero nunca hubiera imaginado que no aceptara dinero por dar un nombre. Creía que el oro era el único lenguaje que entendía.

—Pues ya ve patrón, muy importante debe ser esa persona que compró la joya para no delatarla.

—O quizás le tiene miedo.

—No lo había pensado, pero es posible que tenga usted razón. Cuando insistí me pareció ver temor en sus ojos. Creí que era por el miedo a que le pegara, pero ahora que lo dice, se puso más nervioso cuando le dije que con su ayuda o sin ella encontraría a esa persona, y cuando lo hiciera le diría que él había sido el chivato.

Guillermo se quedó un rato pensando. Si Nadir, un hombre curtido, que había vivido una guerra, un exilio y el desprecio de cuantos le rodeaban, tenía miedo de esa persona, era seguro que estaban sobre la pista de algo gordo. Aún no entendía cómo encajaban las piezas: el collar, el chico que se lo vendió, la desaparición de Dolors Tuneu y el comprador, pero estaba decidido a averiguarlo pronto.

Después de aquella conversación no tenía ánimos para ir a la Torre. Se dijo que necesitaba descansar y le pidió a Jaime que lo llevara a Villa Carmen.

Tras una noche de sueños perturbadores, se despertó más agotado de lo que lo estaba antes de meterse en la cama. Era sábado y su padre seguía durmiendo. Supuso que habría llegado tarde del casino, así que desayunó solo y salió a pasear. Quería ir él mismo a elegir las flores que iba a mandar a Marie junto con una nota donde derrocharía todo su encanto y buenos modelos para que ella no pudiera rechazar su invitación. Recorrió el Mercadal de Vic, buscando jacintos morados, símbolo del arrepentimiento. Eligió un gran ramo de tallos largos que junto a un jarrón de porcelana pintada, mandó al Castell Nou residencia de Marie, con una nota que rezaba:

*Apreciada señorita Bernard,
acepte estas flores como muestra del pesar que siento por haberla ofendido
la otra tarde.*

*Si quisiera acompañarme la semana próxima a cenar y al teatro, podría
demostrarle que no soy tan despreciable como le hice creer.*

Esperaré impaciente su respuesta.

*Con todo mi afecto
Guillermo Caba Anaud*

Satisfecho dejó atrás la Plaza Mayor y bajó por la calle San Cristófol para desembocar en la Plaza de Santa Clara. A su derecha estaba el recién construido Hotel Colon, donde según muchos, se hacía el mejor cap i pota de la ciudad. Quiso comprobarlo y se dirigió con paso decidido al restaurante de la planta baja del edificio. A medio camino de la barra, divisó en una esquina, tras una columna, a su amigo Miguel. Este estaba hablando con una mujer a quien no podía verle la cara porque estaba de espaldas a él. Llevaba un vestido muy elegante de color crema y de su brazo derecho colgaba una sombrilla de encaje. Era alta y su pelo rubio sobresalía por debajo del sombrero de ala ancha que iba a juego con el vestido. Se acercó un poco más y a escasos pasos de ellos, se dio cuenta que era Leonor, la reconoció por su voz, dulce y suave aunque no tan aniñada como recordaba. Ninguno de los dos le vio, así que aprovechó para dar media vuelta y regresar por donde había

llegado. Cuando estaba a punto de alcanzar la puerta una voz masculina lo detuvo.

—¿Guillermo?

Él no se giró, simuló no oírlo y salió a la calle. Cuando creyó que ya estaba a salvo, respiró profundamente y quiso dirigirse al Paseo, perderse entre la gente y olvidar lo que acababa de ver, pero no pudo. Notó una mano firme en el hombro y la misma voz que lo había llamado hacía un segundo:

—Guillermo, ¿no me has oído cuando te llamaba?

Miguel se había plantado enfrente suyo sonriendo y dispuesto a no dejar que su amigo se escapara de nuevo sin que pudieran hablar.

—No, lo cierto es que ya me iba.

—¿Has venido a comer? —Señaló la puerta del restaurante.

—Bueno, había venido a tomar el aperitivo pero lo he visto tan lleno que he preferido marcharme a otro sitio.

—¿Quieres sentarte con nosotros? Ahora nos iban a dar una mesa.

Aquel nosotros se le antojó lo más aterrador del mundo. Podía haberse inventado otra excusa y marcharse de allí, pero llevaba huyendo casi un año de esa mujer, y si no era en aquel lugar sería en otro, pero seguro que en algún momento debería hacerle frente y mirarla a la cara. Se dijo que era mucho mejor hablar con ella estando Miguel delante, que seguro que con su conversación y simpatía haría el momento más llevadero.

—Claro —dijo fingiendo una alegría que no sentía.

Los dos hombres entraron en el local lleno hasta los topes de hombres y mujeres en su mayoría visitantes y huéspedes del hotel en una parte del salón y en la otra, sobretodo obreros de la construcción que aprovechaban la hora del almuerzo para tomar algo rápido y económico en la parte del comedor reservada para los clientes de menos categoría.

A medida que se acercaba a la mesa, con Leonor ya sentada de espaldas a ellos, a Guillermo se le aceleraba el corazón. Latía tan rápido que en algún momento creyó que perdería el conocimiento. A pesar de ser un hombre valiente y muy seguro de si mismo, le era totalmente imposible afrontar la mirada de reproche y dolor de una mujer dolida, y más si él era el causante. Le debía tantas cosas a Leonor: una buena explicación, una disculpa, la redención de aquellos años que estuvo a su lado... Esperaba ser recibido de mala gana, con sorpresa e incluso alegría fingida, por parte de Leonor, pero en cambio su mirada y su expresión parecían de auténtica dicha al tenerle delante.

—¡Guillermo, qué alegría! Por fin nos vemos. —Le tendió la mano

como era habitual, para que él la besara.

—Hola Leonor, estás radiante, como siempre.

—Gracias. ¿Quieres sentarte?

—Si no molesto...

—En absoluto.

Guillermo tomó una de las sillas que había en la mesa de al lado y la colocó entre la pareja que ya estaba sentada uno en frente del otro. Se tomó su tiempo para procesar la situación. No tenía constancia que Miguel y Leonor estuvieran saliendo, más bien parecían dos amigos tomando un vino y hablando, aunque ver a un hombre y una mujer solos, casi siempre significaba que eran pareja. Parecía que en aquella ocasión no era así. Por si acaso no quiso adelantarse y preguntó con cautela:

—¿Hace mucho que os conocéis?

—No, en realidad desde la semana pasada. Nos alojamos a las afueras de Vic, en casa de una familia amigos de niñez de mis padres y Miguel es ahijado suyo.

—Los Vicenç —puntualizó Miguel—. No sé si los conoces.

—Por supuesto, son clientes de mi padre, creo. Ahora que lo dices es verdad que te apellidas Vicenç de segundo ¿verdad?

—En efecto, Miguel de Castro Vicenç —aclaró.

Resuelto el misterio, Guillermo se centró en ella.

—¿Cómo estás Leonor? Hacía mucho tiempo que no te veía.

—Bien, dadas las circunstancias. —Entristeció de repente.

—¿Qué ha ocurrido?

—Mi padre está muy enfermo.

—Siento mucho oír eso. ¿Qué le pasa?

—Los médicos dicen que tiene agotamiento crónico. Le han recomendado que deje de trabajar durante algunas semanas y le han mandado reposo absoluto, por eso estamos aquí.

—No sería mejor que fuera a un balneario. Mi hermana está en uno buenísimo que regenta el Doctor Robert en Arbúcies.

—Quizá tengas razón, pero ya sabes lo obstinado que es. Dice que no quiere ir a uno de esos lugares donde los viejos y enfermos se pasan el día en remojo. Donde nos alojamos tiene la tranquilidad que necesita, con un gran jardín y piscina interior, así que en cierto modo es como un balneario.

—Claro, me gustaría ir a visitarlo un día de estos.

Leonor no contestó enseguida, lo pensó un momento y dijo:

—Por ahora no puede recibir visitas. No debe alterarse y quizá no seas la persona que más le apetezca ver ahora.

No hizo falta dar más explicaciones, todos entendieron perfectamente a qué se refería, así que cambiaron de tema y se pasaron un buen rato hablando de la situación en Barcelona, las revueltas y manifestaciones en la plaza de Sant Jaume, de lo mucho que había cambiado el ambiente en tan solo un año e incluso tuvieron tiempo de recordar algunos de los mejores momentos que pasaron como pareja. Parecía que ella no le guardaba ningún rencor por su ruptura y que si en algún momento estuvo dolida por su comportamiento, ya lo había superado. Guillermo se sintió aliviado y regresó a su casa de mucho mejor humor.

Al llegar, Emilio ya estaba preparado para sentarse a la mesa a comer. La cubertería y la vajilla estaban dispuestos con exquisito cuidado sobre un mantel de un blanco impoluto. Santiago y Juanita esperaban para servir el primer plato.

—Te estábamos esperando. ¿Dónde has ido?

—A comprar flores para la señorita Bernard.

—¿Así que has hecho caso a Monsieur Pierre y has invitado a su hermana a salir?

—Efectivamente, le he mandado una nota junto con las flores invitándola a cenar y al teatro. Ahora solo falta que ella acepte.

—Esperemos que así sea. Tengo muchas ganas que lo vuestro siga adelante.

Después de la siesta, Guillermo esperaba impaciente a que llegara Jaime para ir al pueblo, pero el cochero tenía otras cosas en que pensar.

—¿Cuánto rato hace que no respira bien? —Quiso saber con Amelia en sus brazos.

—No sé, una hora, puede que más. —La mujer estaba fuera de sí, con el pelo enmarañado, la ropa sucia y los ojos enrojecidos por la falta de sueño.

—¿Pero dónde estabas?

—Me quedé traspuesta después de dejarla en la cuna.

—¿No te he dicho mil veces que no puedes perderla de vista ni un segundo?

Camila se derrumbó en la silla de la cocina, se cubrió la cara con ambas manos mientras lloraba a moco tendido.

—Lo siento... —Se oyó entre sollozo y sollozo.

—Ten, aguanta a la niña mientras voy a por el patrón.

Jaime corrió escaleras abajo, cruzó las cuadras y luego el patio trasero hasta llegar a la puerta de la cocina. Sin llamar, entró y a punto estuvo de llevarse por delante a Juanita que preparaba la sopa para la cena en una gran olla. Salió al pasillo central que conducía al comedor y aminoró el paso. Intentó recuperar el resuello y se quitó la gorra para hablar con Guillermo que cuando le vio aparecer levantó un dedo para reprenderlo por llegar tarde, pero al ver su cara enrojecida y los ojos llorosos, se contuvo.

—¿Qué ha pasado?

El muchacho casi no podía ni respirar con normalidad, tomó un par de bocanadas de aire y dijo:

—Es Amelia, tiene un ataque.

Sin tiempo a decir nada más, Guillermo subió las escaleras a su habitación de dos en dos y abrió el maletín que reposaba sobre el escritorio para comprobar que tenía lo necesario. Lo cogió y corrió escaleras abajo para salir por la puerta principal seguido por su ayudante. El camino desde allí al altillo donde vivía Jaime con su familia, era mucho más corto que por la cocina y el patio. Cuando llegaron junto a Camila, esta tenía a la niña tendida sobre la mesa de la cocina y doblándole las rodillas contra el pecho como le había enseñado Guillermo, intentaba forzar que la sangre siguiera el camino correcto hasta los pulmones para que se oxigenara. En cuanto vio entrar a los dos hombres, se apartó de su hija y les dejó a ellos. En un rápido movimiento, Guillermo cogió una jeringa de su maletín y un vial con una sustancia transparente que colocó boca abajo para que el líquido entrase en la aguja. La llenó hasta la mitad y dejó escapar un pequeño chorro antes de inyectarle la disolución acuosa a Amelia en el brazo mientras su padre la sujetaba. Camila permaneció en un rincón tras la puerta, evitando mirar, pues las agujas la ponían muy nerviosa y no podía evitar sentirse culpable por lo ocurrido con su hija. En poco menos de dos minutos, la niña que estaba en brazos de Jaime empezó a calmarse. El tono azulado que había adquirido su piel cuando el oxígeno no llegaba con fluidez a su cuerpo, empezaba a desaparecer, ahora solo tenía los dedos de las manos, los pies y los labios algo morados. Al ver que aún respiraba con dificultad, Guillermo sacó de su maletín un estetoscopio y tras colocarse las olivas en los oídos, acercó la campana al pecho de Amelia. Después de la auscultación le quedó claro que la niña no estaba bien del todo.

—Deberéis dejarla metida el resto del día en el espirófono.

Los padres no contradijeron al farmacéutico. Aunque la idea de meter a su hija en aquel respirador artificial, no les gustara lo más mínimo, sabían que era necesario para que la niña recuperase el ritmo cardíaco normal y su respiración se acompasara. Mientras Guillermo prefirió esperar a su ayudante en la casa, Jaime fue en busca del espirófono que guardaban bajo la escalera. Normalmente ese aparato lo usaban adultos, metiéndose de cuerpo entero y dejando fuera solo la cabeza. Se cerraba herméticamente y las bombas que había dentro de la cámara reducían y aumentaban la presión para que la persona respirara con normalidad. Aquel en concreto, lo diseñaron para Amelia, por encargo expreso del boticario, como muestra de buena voluntad para conseguir que la pareja se trasladara a Santa Eugènia con él.

Con sumo cuidado Jaime metió a la pequeña, que ahora estaba casi dormida, en el tanque. La acomodó en su interior y cerró la cabina. Cuando la puso en funcionamiento la cara de Amelia se relajó y los padres también. Aquella máquina era manual, por tanto una persona debía ir presionando un fuelle para crear el vacío en el interior de la cápsula.

—El patrón me ha dicho que me necesita, ¿puedo quedarme tranquilo sabiendo que cuidarás bien de nuestra hija?

Camila evitó contestar a su marido. Estaba sentada en la misma silla de la cocina en la que había estado llorando minutos antes, concentrada en el movimiento de sus manos presionando el fuelle para que el aire no entrara en la cápsula ni demasiado rápido ni demasiado lento. Jaime vio que a su mujer se le volvían a llenar los ojos de lágrimas.

—¿Pero por qué lloras otra vez? No ves que la niña ya está bien.

—No lloro por ella sino por nosotros. —Se limpió la cara con un pañuelo que sacó de su delantal sin mirar a su marido.

—¿Por nosotros?

—Sobretudo por ti.

Jaime no entendía qué quería decirle su esposa. Siempre había sido una mujer algo melodramática y exagerada en casi todo lo que hacía, pero desde un tiempo a esa parte parecía que más bien se había vuelto callada y ausente. Nunca terminaba las frases, evitaba mantener conversaciones largas con él y en cuanto podía se pasaba el rato durmiendo o descansando junto a la ventana de la cocina. La casa siempre estaba desordenada y la comida que preparaba nada tenía que ver con los platos bien presentados y cocinados con amor que hacía antes. Ahora se limitaba a hacer patatas hervidas con huevo

duro o sopa de verduras que solo llevaba nabo, patata y algo de zanahoria.

—¿Por qué dices eso? —Quiso saber Jaime sentándose frente a ella.

—Porque le has vendido tu alma al diablo y poco te importa ya lo que nos pueda pasar a tu hija y a mí.

Camila seguía llorando mientras sus manos apretaban y soltaban el fuelle a un ritmo constante.

—Si lo dices por mi trabajo...

—No es por tu trabajo, qué bien sé que debes hacerlo para que ese... ese hombre —Hizo un gesto con el mentón hacía la casa principal de los Caba — cuide de nuestra pobre Amelia.

—¿Entonces?

—Lo digo porque te desvives por complacerle. Estás siempre pendiente de sus deseos, de sus horarios intempestivos y nada te interesa si yo he podido dormir un par de horas seguidas en lo que va de semana o si nuestra hija mejora o empeora.

—¿Y qué quieres que haga? Bien sabes que dependemos de la generosidad del señorito para tener las medicinas de Amelia. Sin ellas moriría en menos de un año.

—Soy consciente —admitió Camila bajando la cabeza sin dejar de apretar el fuelle.

Jaime la besó en la frente y arrastrando los pies, bajó las escaleras hasta las cuerdas para ponerse las botas de caña alta, la levita y la gabina de cochero. Comprendía que su mujer tenía razón. La había dejado prácticamente sola al cuidado de la niña desde que nació. Era una ardua tarea la de estar constantemente pendiente de la respiración de Amelia e intentar que comiera cualquier cosa que no fuese leche materna. A pesar de todos los esfuerzos de la madre para que su hija creciera, apenas había aumentado de peso y tamaño en un año. Su mayor preocupación siempre era que tragara las papillas de harina de trigo que le preparaba a diario y que la niña rechazaba. Eso, sumado al cansancio que arrastraba por no poder dormir hasta que su marido se quedaba a cargo de Amelia, hacían que la mujer pareciera un alma en pena encerrada en aquellas cuatro paredes de día y de noche. Jaime era consciente de todo ello y a pesar de querer a su familia, no soportaba mirar a aquella niña de tez azulada que le recordaba constantemente que quizá si él no hubiera sido como era, su hija habría nacido sana. Se había convencido a si mismo que como decía la Biblia: «por las faltas de los padres pide cuentas a sus hijos y nietos hasta la tercera y la cuarta generación», su penitencia por todos los

males cometidos estaban siendo pagados por su hija.

Algo más relajado, aunque todavía inquieto por las palabras de su esposa, Jaime se presentó ante su amo dispuesto a realizar su labor de cochero.

—¿Está mejor Amelia? —Quiso saber Guillermo en cuanto su ayudante entró en el comedor.

—Mucho mejor. Se ha quedado dormida en cuanto la hemos metido en el espirófono.

—Me alegro, pero me preocupa Camila. ¿Está enferma?

—¿Por qué lo dice?

—Me ha parecido que está más delgada que la última vez que la vi y su mirada...

—Está bien, algo cansada por la falta de sueño.

La expresión de Jaime delataba que sus palabras no eran sinceras o al menos no decía todo lo que estaba pensando.

—Puedes hablarme con franqueza. Sabes que lo que me digas no saldrá de esta habitación.

El sirviente bajó la mirada y tras pensarlo unos momentos, se sinceró con su patrón.

—Creo que los cuidados de Amelia están empezando a ser una gran carga para Camila. No la culpo, debe ser tedioso y muy cansado tener que estar constantemente vigilando su respiración e intentar que coma es una pesadilla. —Mientras hablaba no dejaba de jugar nerviosamente con la gabela—. Yo no soy de mucha ayuda. No estoy casi nunca en casa y cuando voy apenas les presto atención, llego cansado y...

—¿Y?

Jaime levantó la mirada y clavó sus ojos en los de su patrón.

—Y no me siento digno de ellas. —Respiró como si se hubiera quitado un gran peso de encima.

—¿Por que dices tal cosa? Eres una de las mejores personas que conozco.

—Son esas chicas que... esas pobres almas que torturamos y matamos.

Guillermo se puso nervioso. Miró a todos lados esperando que nadie hubiera escuchado las palabras de su subordinado. Se acercó a él, que de pie junto a la puerta que daba a la cocina seguía dando vueltas con ambas manos al sombrero, lo agarró por el codo y lo condujo a la ventana para estar lo más lejos posible de las puertas y la escalera.

—¿Es que quieres que mi padre te oiga? —Le increpó en un susurro.

Guillermo se pasó varias veces la mano por la cara mientras buscaba las palabras adecuadas para hacerle entender a su ayudante la situación.

—Mira Jaime, creo que estás muy equivocado sobre lo que crees que hago en la Torre. No deberías usar ese tipo de expresión porque ni torturamos ni matamos a nadie.

—Pero esas chicas que llevo al pozo...

El farmacéutico volvió a girarse hacia la entrada a punto de estallar aunque se contuvo consciente del lugar en el que estaba.

—Ahora no es el lugar ni el momento para que hablemos de esto. —Su tono era un grito ahogado que de estar solos a buen seguro que la gesticulación y al volumen habrían sido mucho más exagerados—. Si tienes dudas sobre tu trabajo lo hablaremos mañana en Saladeures. Ahora tengo algo importante que hacer y puesto que no estás en condiciones de acompañarme, tómate la tarde libre y ve a cuidar de tu mujer y tu hija. Pepet puede encargarse de llevarme al pueblo.

—Pero patrón, yo no...

—No digas nada más. Vete y dile a Pepet que venga cuanto antes vestido de cochero, tengo prisa.

Sin más opción a réplica Jaime se marchó por la puerta de la cocina, salió al patio trasero, se dirigió con paso ligero a las cuadras y buscó a Pepet. Lo vio descargando un gran fardo de paja junto a las caballerizas.

—Pepet, dice el señorito que te des prisa y te presentes vestido para llevarle en la calesa al pueblo.

—¿Pero ese no es tu trabajo?

—No repliques, hoy irás tú. Yo no me encuentro bien y me marcho a casa.

—¿Entonces tampoco te vas a quedar a trabajar en las cuadras?

—¿Qué te acabo de decir? Anda vístete y no hagas esperar al señorito.

Pepet se quitó los guantes de trabajo y los dejó junto a las sillas de montar en el interior de un box vacío que solo se usaba para guardar los utensilios de los caballos. Se descalzó para ponerse las botas que Jaime

acababa de dejar junto a él, se cambió la gorra de lana por la gabina y tras colocarse sobre su ropa la levita que le llegaba más abajo de las rodillas, recorrió el mismo camino que acababa de hacer Jaime desde la cocina.

A los pocos minutos Guillermo salía de Villa Carmen en la calesa de paseo conducida por un Pepet erguido y feliz de poder cambiar por unas horas su pesado trabajo como mozo por el de cochero. Mientras tanto Jaime ya se dirigía sin ganas al altillo para sustituir a su mujer en el espirófono.

En el pueblo, Guillermo se bajó a las puertas de la iglesia, y le pidió a Pepet que esperara junto al carro mientras él hablaba con el párroco.

Se acercó decidido a la gran entrada de medio punto ornamentada, formada por tres arcos superpuestos con columnas y capiteles tallados con motivos vegetales y tras empujar la pesada puerta, entró. El templo estaba completamente vacío. Se mojó los dedos en la pila de agua bendecida y se santiguó. Recorrió el pasillo central muy lentamente, observando en silencio las dos hileras de bancos hasta llegar al crucero, donde levantó la vista para contemplar el cimborrio abovedado de piedra clara y poco ornamentado donde descansaba el precioso campanario sobre cuatro columnas que formaban cuatro arcos. Pasó por delante del altar situado en medio del ábside central dedicado a Santa Eugènia, hizo una genuflexión y se volvió a santiguar. Sin detenerse encaminó sus pasos a la capilla del Santísimo, donde encendió una vela en memoria de su madre. Después de pasar unos minutos en silencio fue hacia la puerta de la sacristía que quedaba escondida detrás del confesionario, a la derecha de la nave y junto al retablo de madera dedicado a la virgen María. Golpeó con suavidad un par de veces y a los pocos segundos apareció el cura.

—Buenas tardes padre.

—Buenas tardes nos dé Dios, hijo.

—¿Iba a salir? —Preguntó Guillermo al verle vestido con una capa negra sobre la sotana abotonada de arriba abajo también negra y el sombrero de teja del que colgaba un cordón y borlas de seda de igual color.

—Así es, iba a visitar a una feligresa enferma que vive en el rabal de Taradell.

—Verá, es que quería hablar con usted.

—¿Es importante?

—Diría que sí.

—Entonces puedes acompañarme un trecho si lo deseas.

El padre Josep conocía bien a Guillermo Caba, sabía de su reputación y en varias ocasiones le había reprendido por su comportamiento, pidiéndole que hiciera un acto de contrición sincero. En todas y cada una de esas veces, su petición había caído en saco roto. A pesar de todo, el padre Josep debía tratar a Guillermo y su familia con respeto y humildad, pues la parroquia necesitaba de la generosidad que había demostrado en el pasado la familia Caba Anaud, aunque desde hacía un tiempo los dineros habían dejado de llegar por algunos problemas entre el patriarca de la familia y los lugareños de los que se había puesto a favor el párroco. El cura esperaba poder sacar de esa conversación un compromiso, por eso aceptó que lo acompañara.

Los dos hombres salieron por el pasillo lateral de la nave en silencio y al llegar a la puerta del santuario, el diácono sacó de la sotana una gruesa llave de hierro con la que cerró la iglesia. Pasaron por delante de la farmacia que permanecía cerrada como todos los sábados por la tarde y una vez rebasada la puerta, Guillermo empezó a hablar.

—Verá padre, he venido a verle porque sé que a usted no se le escapa nada de lo que sucede en el pueblo, y me preguntaba si conoce al chico que festejaba con Dolors Tuneu.

—Ay, pobre chica... Un alma tan pura y noble, ¿quién podría querer hacerle daño? —Se persignó y miró al cielo.

—¿Por qué cree que alguien le ha hecho daño?

—¿Cómo sino se explica su desaparición?

—Quizá se ha marchado con ese muchacho.

—Imposible. Nunca se habría ido sin decírselo a sus padres. Dolors siempre ha sido una bendición para su familia: buena, atenta, generosa, trabajadora y muy piadosa.

—Se dice que estaba viéndose con un muchacho de las afueras — insistió Guillermo.

—Si es así yo no sé nada.

La respuesta del cura pareció todo menos sincera. A Guillermo no le pasó inadvertida la rapidez con que había contestado, como queriendo sacarse de encima ese tema zanjándolo de raíz.

—Una de sus amigas le contó a los gendarmes que el día en que desapareció se había visto con él.

—Entonces seguro que ya lo andarán buscando.

—Estoy seguro que así es, pero creo que no es de por aquí.

—Pues me temo que yo no te voy a ser de mucha ayuda, solo conozco a los que vienen a misa o a pedir consuelo, no hay mucha gente de fuera que venga a la parroquia.

—Quizá algún día se pasó a buscar a Dolors después de salir de la iglesia.

Muchos sabían que la menor de los Tuneu iba tres tardes por semana a limpiar y poner flores en los altares.

—Es posible, pero yo no lo vi nunca.

—¿Está seguro, padre?

—Sí, completamente.

El sacerdote aceleró el paso y dejó a Guillermo unos metros atrás. Este también apretó el ritmo y lo alcanzó para volver a preguntarle:

—¿Dolors nunca le habló de él?

—Hijo mío, soy solo un viejo cura al que acuden cuando quieren limpiar su conciencia o cuando necesitan algún consejo sobre aspectos morales, ¿qué podría haberme dicho a mí esa pobre criatura? ¿Qué puede entender un viejo diácono de amores?

Guillermo lo pensó un momento y comprendió que el párroco tenía razón, aunque Dolors hubiera albergado dudas o remordimientos, el cura sería la última persona a la que se lo contaría a no ser que fuera en secreto de confesión, en cuyo caso era casi tan inútil preguntarle al padre Josep por ello como seguir insistiendo.

—Está bien padre, ya le dejo. Muchas gracias por su tiempo.

Guillermo ya se estaba dando la vuelta cuando el padre Josep le detuvo.

—Hay algo de lo que quería hablarte.

—Dígame.

—Es sobre el pozo y el lago de Villa Carmen.

Guillermo se temió lo peor. Era un tema espinoso del que su padre no quería hablar y sobre el que ya había tomado una decisión firme hacía unas semanas.

—¿Es posible convencer a Emilio para que vuelva a dejar que la gente del pueblo saque agua del pozo y pueda usar el lago como antes?

—Mire padre —empezó Guillermo con un largo suspiro—, esa cuestión debería preguntársela a él. Intenté evitar que cerrara el acceso al pozo para que los vecinos de Santa Eugènia pudieran seguir yendo a por agua al menos unos días por semana, pero fue muy tajante en su decisión: nadie más

que la familia tiene derecho sobre ese pozo.

—Pero ¿por qué tomó tal decisión así de repente? —El cura parecía contrariado.

—Según dice, no fue una decisión tomada a la ligera ni tan de repente. Al parecer el uso indiscriminado que se estaba haciendo del agua subterránea por parte de los vecinos con tierras colindantes a las nuestras, provocó que la presión del agua dejase de llegar con fluidez a nuestra casa. Según un experto que mi padre contrató para que averiguara qué estaba pasando con el agua, dijo que todo el flujo del Montseny que aprovechaba Villa Carmen, estaba siendo desviado por otros regadíos. Habíamos perdido más de la mitad del torrente que había sido siempre nuestro. Por ese motivo mi padre enfureció y decidió que ya que ellos se tomaron la libertad de aprovecharse de nuestra agua sin consultar, él cerraría el pozo y el lago.

—Entiendo... —dijo cabizbajo el cura.

—Si quiere puedo intentar hacerle entrar en razón una vez más, pero me temo que será una tarea inútil.

—Creo que deberías intentarlo. Ten en cuenta que desde que Emilio tomó esa fatídica decisión, tiene a mucha gente enfrentada. Son muchos los que creen que esas aguas son comunes y que todos tenemos derecho a ellas.

—Lo entiendo pero también entiendo a mi padre y sus razones.

—Si prometes ayudarme en esto —dijo el cura acercándose a él y hablando en voz baja—, prometo indagar sobre ese chico que dices que festejaba con la menor de los Tuneu.

—Está bien padre, veré que puedo hacer.

Los dos hombres se despidieron con una inclinación de cabeza y cada cual se marchó por su lado. Uno creyendo que el cura sabía mucho más de lo que pretendía hacer creer y se guardaba la información, y el otro sabiendo a ciencia cierta que los Caba nunca darían su brazo a torcer.

A las diez en punto de la mañana del domingo, como era de rigurosa obligación en todas las casas cristianas, los Caba entraban en la iglesia de Santa Eugènia de Berga para asistir a la eucaristía. El templo estaba lleno, incluso algunos feligreses, los más rezagados, ocupaban el espacio que quedaba entre los últimos bancos y la puerta de salida, de pie. En las primeras filas se acomodaban las familias ricas y respetables del pueblo, las que pagaban para que sus nombres se grabaran en los reposacabezas de los bancos

y que eran transmitidos de generación en generación. A la derecha de la nave, los Fontcoberta (habitantes del castillo de Saladeures), que eran los propietarios del primer banco, tras ellos estaban los Genís, los Bulló y la familia Arumí. La primera fila del lado izquierdo estaba ocupada por los Caba, a continuación los Durán, los Llagostera y en la última fila de los bancos importantes, los Vilamala. Tras estas prominentes familias quedaban dos tercios de los bancos libres donde cada cual podía sentarse donde quisiera pero por una ley no escrita, casi siempre eran ocupados por los comerciantes y propietarios de establecimientos como el farmacéutico, el posadero, el vinatero, el panadero o el botero. Los campesinos, trabajadores y demás gente de a pie, podían sentarse en las últimas filas si tenían suerte o quedarse de pie durante la hora que duraba la liturgia.

El padre Josep empezó su sermón con las palabras «Dios espera corazones dispuestos a compartir. No podemos apropiarnos de los dones que la naturaleza nos pone a nuestro alcance ni podemos prohibir que todos nos beneficiemos de ellos». Con esa frase captó la atención de inmediato de Emilio y Guillermo Caba. La noche anterior durante la cena, padre e hijo estuvieron hablando sobre la petición que le había hecho el cura a Guillermo.

—La decisión está tomada. No volveré a dejar que nadie más recoja agua de nuestro pozo.

Espetó Emilio tras escuchar las argumentaciones de su hijo por hacer que entendiera la situación a la que se verían sometidos si seguía con esa actitud.

—Pero padre es mucho mejor que esas gentes tengan algo que agradecemos a que nos odien por prohibirles un bien que es de todos.

—Me extraña enormemente que te preocupe lo que puedan pensar de nosotros esas personas. Creía que a ti solo te importaba el juego y el vino. ¿Qué más te da que esos pueblerinos nos odien o nos quieran?

—No es que me importe demasiado, pero el padre Josep me ha pedido que interfiera por ellos y he prometido intentarlo.

—¿Desde cuando tienes tratos con el cura?

Guillermo estaba terminándose la tarta de manzana, cuando se puso serio y derrochó todos sus argumentos en un último envite.

—Usted ya sabe que siempre es mejor que te deban a deber.

Emilio Caba reflexionó unos instantes sobre esas palabras. A su hijo no le faltaba razón, pero su orgullo y tozudez le impedían que la gente que le había robado, se aprovechara de algo que por derecho era suyo. Aunque quiso

seguir escuchando qué más tenía que decir Guillermo antes de dar por zanjada la conversación.

—¿Qué propones que haga?

—Creo que deberíamos dejar que al menos dos o tres días por semana pudieran venir a por agua y se llevaran la que quisieran. Recuerde que ese agua pasa por nuestras tierras pero no es nuestra, mucho antes que los otros propietarios desviarán el torrente, nosotros lo hicimos también. En realidad ese agua se la robamos nosotros primero al pueblo para construir y mantener el lago.

—Ese lago fue un capricho de tu madre. A mi nunca me gustó y ahora nadie lo usa, pero sería una pena dejar que se secase y perder también la fuente y el precioso jardín que con tanto cariño creó Carmen.

—Por eso creo que es preferible dejar que los vecinos tengan su parte y estén calmados. Si ven que hemos dado un paso atrás, sus nervios se aplacarán y dejarán de pleitear.

Desde que Emilio tomó la decisión de tapiar el pozo y vallar el terreno que rodeaba el lago, las quejas de aquellos que lo usaban para abastecerse y los que iban los domingos por la tarde a merendar junto a la balsa, se habían multiplicado hasta el punto que el ayuntamiento había intervenido, exigiendo a los Caba la devolución del agua, a cambio de no contratar a un experto que investigara si realmente el dueño de Villa Carmen tenía derecho a prohibir a los ciudadanos del pueblo beneficiarse de esas aguas.

—Está bien —dijo Emilio mientras se servía una copa de jerez dulce—, dejaré que vengan a llevarse el agua que quieran dos días por semana, pero el lago es para nosotros. Era algo importante para tu madre y no quiero que esa gente mancille su recuerdo trayendo a mocosos chillones a perturbar la paz de nuestra casa. ¡Si quieren merendar cerca de un lago que se vayan al de Saladeures!

A Guillermo por poco se le cae la copa de jerez al suelo. Quizá los vecinos tuvieran la misma idea que su padre y se fueran a pasar las tardes de los domingos junto al lago de Saladeures. Se le heló la sangre solo de imaginarlo. Desechó ese pensamiento y se alegró por lo fácil que le había resultado convencer a su padre de revocar su decisión. El cura estaría contento y le ayudaría a encontrar al chico que robó el collar a Dolors Tuneu.

Ahora, sentado frente al padre Josep que seguía sermoneándoles sobre el gozo de compartir y dar lo que a uno le sobra, Emilio se estaba arrepintiendo de haber dado marcha atrás. No soportaba que alguien que no

fuera él, se otorgara el mérito de algo que no había logrado. La decisión estaba tomada desde la noche anterior, pero si se lo comunicaba al cura tras ese discurso creería que sus palabras le habían hecho cambiar de opinión y a buen seguro se felicitaría por ello haciendo extensible su triunfo al alcalde y demás concejales, dejándolo en ridículo por haber cedido ante un sacerdote de pueblo que con un mero sermón habría logrado doblegar a uno de los más importantes prohombres de la comarca.

Finalizada la misa, los feligreses empezaron a salir. En primer lugar las personas que estaban de pie junto a la puerta y tras ellos los que se sentaban en los últimos bancos. Los comerciantes, tenderos y demás empresarios recorrieron el pasillo de salida mucho más despacio, pero antes y sin excepción, todos iban depositando sus limosnas en el cepillo. Las familias de las primeras filas, se las daban en mano al diácono, que las recogía dando las gracias por la asistencia y una bendición a los donantes. Cuando todo el mundo se hubo marchado solo quedaron en el templo Emilio y Guillermo Caba que fingiendo encender unas velas en el altar de San Juan, se quedaron rezagados esperando poder hablar con el padre Josep. Este se acercó a los dos hombres y en un tono afable pero algo suspicaz dijo:

—¿Les ha gustado el sermón de hoy?

Emilio iba a saltar con una respuesta cortante pero Guillermo viendo el brillo en los ojos de su padre se le adelantó temiendo que la charla que habían tenido la noche anterior no hubiera servido de nada.

—Ha estado usted muy inspirador padre Josep.

Nada conforme con la afirmación de su hijo, Emilio no pudo callarse.

—Por el contrario, yo creo que se ha excedido en sus argumentos.

—¿En qué sentido, hijo? —Él sabía perfectamente porque el señor Caba usaba tales palabras pero quería que Emilio soltase su ira contra él para que el alcalde, que estaba esperándolo en el confesionario como le había pedido, lo escuchara.

—Los dos sabemos que ese discurso iba dirigido a mí. A mi decisión sobre el cierre del pozo y el lago de Villa Carmen.

—¿Usted cree? Quizá si se ha sentido aludido es porque hay algo que le retumba en la conciencia.

A punto estuvo de partir su chistera en dos ante aquella osadía, pero su hijo lo agarró del brazo haciendo que soltara el sombrero y se calmara.

—Sepa que por el mero hecho de dar ese sermón estoy dispuesto a volver a reafirmarme y cerrar definitivamente el acceso a mi casa. —Las

palabras salieron escupidas, no dichas.

—Creía que era precisamente eso lo que había hecho hace unas semanas.

—Lo hice, pero ayer por la noche estuve hablando con mi hijo y me convenció para que lo volviera a abrir.

—En realidad creo que nunca tuvo la intención de dejar que la gente del pueblo gozara de esas aguas.

Viendo que dejar que aquellos dos hombres siguieran con el estira y afloja no iba a llevar a nada bueno, Guillermo decidió hablar primero con su padre y después con el cura por separado.

—Padre, ¿podemos hablar por favor?

Se llevó a Emilio unos pasos atrás, al fondo del ábside y tras tomar asiento en el último banco junto a la pared, intentó sosegarlo.

—Quizá sería mejor que yo hablara con el cura, le veo muy alterado.

—¿Y cómo quieres que esté? Ese cura... ese mindundi se cree que me doblegaré a sus peticiones en mi propia casa.

—Deje que hable yo con él y...

—¿Y dejar que te convenza para que me hagas cambiar de opinión otra vez?

Emilio ya se levantaba dispuesto a encararse de nuevo con el capellán, pero Guillermo le detuvo agarrándolo del brazo y haciendo que se sentara de nuevo.

—No dejaré que me vuelva a convencer, pero si usted se enfrenta a él tal y como está, es capaz de excomulgarnos.

Su padre lo pensó unos instantes y vio que en aquella ocasión sería más prudente retirarse y dejar que su hijo solucionara el tema, así vería como se manejaba en aquella peliaguda situación, pues algún día sería el propietario de Villa Carmen y sus tierras y debería terciar con aquel tipo de disputas.

—Bien, te esperaré en la calesa. A ver si eres digno hijo de tu padre —dijo levantándose erguido mientras tiraba con ambas manos del chaleco hacia abajo.

Sin despedirse del párroco que había estado observando la escena a una distancia prudencial, salió de la iglesia no sin antes depositar en el cepillo el sobre con su donación. Una cosa no quitaba la otra, se dijo, que el padre Josep no fuera de su agrado no significaba que no pudiera cumplir con su obligación como buen cristiano.

Guillermo se tomó unos segundos para pensar en las palabras que iba a

decirle al clérigo y cuando lo tuvo claro se dirigió al altar donde el padre Josep terminaba de recoger los objetos litúrgicos.

—Deberá disculpar a mi padre, no ha pasado una buena noche y sus palabras no han ayudado a calmarlo.

—Me disculpo por ello, aunque me reafirmo en lo que he dicho: no creo que tuviera una verdadera intención de dejar que la gente del pueblo usara el pozo.

—Créame que sí la tenía. Pero me temo que ahora está más resulto que nunca a cerrarlo para siempre.

—¿Y debo pensar que ha sido por mis palabras?

—Así ha sido. Mi padre es un hombre justo, pero no le gusta que le digan cómo manejar sus asuntos. Que usted haya pronunciado ese discurso lo ha dejado expuesto ante los demás. Tras oír todo lo que ha dicho, si él da su brazo a torcer, pensarán que su decisión está influenciada por usted y no de motu proprio.

El cura bajó la cabeza mientras reflexionaba si lo que acababa de decir el joven Caba era cierto, quizá fuera culpa de él que ahora los vecinos de Santa Eugènia no pudieran ir al pozo ni al lago definitivamente. Se sintió culpable pero también aliviado, porque ante todos habría hecho cuanto estaba en su mano para hacer que aquella situación cambiara y solo estaba en posesión de Emilio Caba, tomar el testigo y ceder. Al no hacerlo él quedaba bien ante la comunidad, al contrario que el propietario de Villa Carmen, que sería odiado y despreciado por los vecinos, algo que iba buscando el capellán desde hacía algún tiempo.

—Bueno hijo, si eso que dices es cierto, asumo mi responsabilidad y pediré perdón a Dios, pero tu padre debería pensárselo dos veces antes de tomar una decisión definitiva de la que más adelante pudiera arrepentirse.

Aquella frase le pareció una amenaza a Guillermo que no entendía el cambio de actitud del sacerdote cuando solo un día antes y con total humildad, le había pedido ayuda en un asunto que creyó que para él era de vital importancia. Ahora más bien parecía que se alegrara de haber conseguido lo contrario. Se despidió del padre Josep totalmente confundido y sin haber podido exigirle que cumpliera con su parte del trato e identificara al muchacho que festejaba con Dolors. Al llegar al carro junto a su padre, este vio la decepción reflejada en su cara.

—¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé. —La mirada ausente y las palabras vacías confirmaban lo

que se observaba en su rostro.

—¿Se ha disculpado?

—Sí pero no.

—¿Qué significa eso?

—Ha pedido perdón si sus palabras le han herido, pero no ha desmentido que lo hubiera hecho intencionadamente para hacerle sentir a usted mal.

—Si ese curita se cree que un simple sermón va a amedrentarme, no tiene ni idea de con quien se las está viendo. Se ha tomado este asunto como una cruzada personal pero no sabe que dispongo de muchos más recursos y conocimientos que él. Veremos quien gana al final.

En el semblante de Emilio se reflejaba el odio y la fuerza que acababan de rejuvenecerlo veinte años.

En ese mismo momento, en la sacristía de la iglesia parroquial, estaba teniendo lugar otra conversación relacionada con el agua de Villa Carmen.

—¿Usted cree que hemos hecho bien en forzar tanto la situación? —El párroco estaba preocupado por el modo en que se había marchado Emilio Caba.

—Si conozco a Emilio tan bien como creo, estoy seguro que en estos instantes está tramando algo peor que cerrar el pozo.

—Pero eso es justo lo que no queríamos que pasara. Si finalmente cumple con esa promesa, todos los vecinos del pueblo sufrirán las consecuencias.

—Es un mal menor que tendremos que estar dispuestos a soportar para que al final todos podamos disponer de agua sin tener que ir hasta las tierras de los Caba a por ella.

—¿Y está seguro que podrá lograr que eso pase? Mire que esa familia tiene muchos amigos aquí y en las altas esferas y este asunto podría salir muy mal si usa esas influencias a su favor y en contra de Santa Eugènia.

—No podrá hacer tal cosa, para empezar los concejales, comerciantes y payeses, están de mi parte y aunque quiera recurrir a los altos cargos de la diputación, no le van a escuchar. Aún tengo un as bajo la manga que sacaré si es preciso.

—¿De qué se trata? —Quiso saber el cura.

—Lo sabrá a su debido tiempo —contestó el alcalde.

Después de volver a Villa Carmen para cambiarse el frac por un atuendo de campo mucho más cómodo y apropiado para montar, Guillermo bajó a las cuadras donde sabía que su ayudante estaría desatando la calesa.

—Jaime, prepara los caballos para ir a dar un paseo, creo que tenemos una conversación pendiente —dijo de manera áspera.

—Claro patrón, en diez minutos los tendré listos —respondió él algo preocupado.

El muchacho había temido aquel encuentro desde la tarde anterior. El tiempo que estuvo en el altillo no dejó de pensar en las palabras del boticario. Creyó que quizá se habría excedido en su sinceridad y esperaba el momento en que Guillermo se lo hiciera pagar. Al parecer ese momento había llegado. Mientras ensillaba el caballo de su amo llamado Turmulina, un frisón totalmente negro de crinera larga y espesa, regalo de su padre al cumplir los veintiún años, se recriminaba su actitud del día anterior. Cuando era más joven y por tanto más inocente e inexperto en el trato con las personas ricas y acostumbradas a hacer lo que les placiera, había cometido múltiples fallos siendo sincero o soltando lo primero que se le pasaba por la cabeza. Con el tiempo había aprendido que realmente lo que quieren esa clase de personas cuando piden sinceridad, es oír que todo va bien. No quieren problemas, no desean que les agobien con las cuitas de los mundanos, ellos valoran la obediencia, la discreción y ante todo no tener que oír que hay algo que no han hecho bien. El mayor fallo que había cometido Jaime era creer que su patrón era distinto, pensar que aunque gozaba de la suficiente confianza como para conocer su más profundo secreto, también contaba con la misma confianza para contarle sus pensamientos y zozobras.

Mientras esperaba, Guillermo se paseó por el jardín delantero bajo la sombra de una enorme lila que recordaba haberla visto allí desde siempre. Aquel perfume le transportaba hasta su madre. Carmen usaba sus olorosas flores para hacerse una loción que ella misma preparaba con agua y un aceite de almendras dulces, luego cada mañana, se ponía ese aceite en las manos y cuello desprendiendo un agradable olor a primavera aunque fuera invierno. Se

sentó en el banco de piedra que rodeaba la parte inferior de la escalera hasta la fuente en forma de media circunferencia y desde esa posición contempló la enorme entrada. Unos muros altos de piedra sujetaban la majestuosa puerta de hierro forjado, capitaneada por dos Grifos sentados uno en cada extremo del portón de doble hoja. Observó la belleza de aquel lugar tranquilo donde solo el canto de los pájaros rompía el silencio y donde parecía que nada malo pudiera atravesar aquellos muros. Allí dentro habría podido vivir ajeno a todo el mal que asolaba al mundo, lejos de las enfermedades, de la codicia, de la manipulación y el vicio que tan bien conocía y con el que mantenía una relación amor-odio. Quizá si no hubiera visto tanto dolor, si fuera capaz de discernir entre el bien y el mal, habría sido posible quedarse allí para siempre, pero no lo era. No entendía una cosa sin la otra porque sabía que nada es totalmente bueno ni completamente malo, siempre había alguna mancha negra en alguien honesto y bueno y una parte inmaculada en alguien malvado y perverso. Él no tenía claro en que grupo se encontraba, sabía que hubiera preferido ser del primero, su madre así se lo repetía una y otra vez cuando era niño «debes dar lo que quieras recibir, si cosechas bondades recogerás agradecimiento, pero si siembras vientos recogerás tempestades». Esas palabras parecía haberlas oído hacía más de un siglo. Cuantas cosas habían sucedido desde entonces... En aquellos momentos ya no había marcha atrás, en su haber pesaban más las manchas negras que las blancas. Su corazón, su alma y su conciencia estaban tan emborronadas que ya no podía hallarse ningún rincón en el que no hubiera algo roto, sucio o estropeado. Era imposible pretender ser alguien que ya no era ni sería jamás. Eso debería ser lo que intentara hacerle entender a Jaime. Él mejor que nadie sabía lo qué era guardar un secreto tan oscuro y profundo que quemaba el alma.

—Los caballos están listos, señor —dijo Jaime desde el extremo del jardín que daba al patio trasero de la casa.

Sin cruzar palabra ni apenas mirarse, los dos hombres montaron y salieron de la propiedad rumbo a la Torre por el camino que rodeaba las tierras de los Caba junto a la carretera de Vic. Justo delante tenían los Pirineos, bañados por los rayos de un radiante sol de abril que se reflejaba sobre las cumbres aún nevadas. Ya fuera por no estropear el momento de paz que se respiraba mientras el suave viento mecía las hojas de los robles que encontraban a su paso, o porque cada uno andaba inmerso en sus pensamientos, ninguno abrió la boca hasta que llegaron a los pies del castillo de Saladeures.

—Vayamos al pantano —dijo Guillermo de forma escueta.

Siguieron aquel mismo camino diez minutos más hasta adentrarse en el bosque y recorrer un estrecho sendero casi invisible para aquellos que no supieran que unos metros más adentro se hallaba el embalse. Seguros que no había nadie alrededor y que desde el camino principal no les podían ver ni oír, Guillermo desmontó, ató a Turmalina a una rama y caminó unos metros más hasta pararse junto al pozo donde Jaime lanzaba los cuerpos de las chicas muertas.

Durante unos instantes el sirviente creyó capaz a su amo de matarlo y lanzarlo junto a las muchachas, pero por el contrario, Guillermo usó un tono suave y sosegado para pronunciar sus primeras palabras desde que llegaron a aquel paraje.

—¿Qué piensas de mí?

Aquello descolocó totalmente a Jaime. Lo pensó tan solo unos instantes y dijo:

—No lo sé, patrón.

—Quiero que seas totalmente sincero conmigo, aquí no nos oye nadie.

—Señaló a su derecha e izquierda mostrándole que efectivamente estaban completamente solos y muy lejos de cualquier parte.

—Creo que... creo que es usted un hombre inteligente y valiente.

—Está bien, pero quiero que me digas como me ves. Con honestidad, ¿piensas que soy mala persona?

Esa pregunta era más incisiva que la anterior. Si decía que sí, la reacción de su amo podría ser terrible, pero si decía que no y se reflejaba en sus palabras la mentira, la reacción podría ser incluso peor. Finalmente optó por no pronunciarse abiertamente.

—No le creo más malo que los negreros que trafican con esclavos para beneficio económico, ni peor que los gobernantes que mandan a niños a primera línea de batalla, tampoco es más canalla que los rufianes que obligan a crías que ni siquiera se han desarrollado a vender su cuerpo a cambio de unas monedas. Aunque tampoco le considero un buen hombre, pero sí que cree firmemente en lo que hace en pro de la ciencia. —Señaló el agujero negro del pozo y se le partió la voz—. Quizá tenga razón cuando dice que es la única manera de hallar la cura a una enfermedad que mata a centenares de personas, no lo sé, yo no entiendo de ciencia, pero lo que sí sé, es que no me gusta formar parte de esto. Quisiera poder mirar a mi mujer y mi hija todas las noches sin sentirme culpable, sin sentir que las mismas manos que las tocan,

están manchadas de sangre.

Guillermo sopesó la respuestas de su ayudante y tras meditar sus palabras dijo:

—¿Entonces te remuerde la conciencia ayudarme?

—Mentiría vilmente si dijera que no. Son ya muchas las que descansan en ese agujero, chicas jóvenes e inocentes que tenían toda la vida por delante y que por nuestra culpa han acabado muertas.

—No te entiendo Jaime —su tono de voz ya no era tan sosegado—. Dices que lo que hago es necesario para hallar la cura y salvar a personas que mueren a causa del Botulismo, pero también me crees culpable de robarles la vida a esas muchachas.

—Las dos cosas son ciertas, señor. Tanto usted como yo hemos raptado, torturada y matado a esas pobres criaturas. Eso es algo que no podemos negar. Aunque también es cierto que no se pueden hacer tortillas sin romper los huevos antes.

De nuevo Guillermo calló y rumió sobre las palabras de su ayudante. Pensaba que ese muchacho era un mulo de carga. Le creía algo lelo, corto e incluso incapaz de discernir entre lo que se debía hacer y lo que no, si él no se lo indicaba, pero ahora veía que estaba totalmente equivocado. Sus conclusiones eran razonables, se veía claramente que era un tema que había sopesado largamente y sobre el que tenía una opinión formada desde hacía tiempo. Eso le parecía mucho más peligroso que tener un ayudante capaz de actuar por impulsos, porque alguien que pudiera ser calculador, con conciencia y tuviera algo que perder, no podría ser nunca un subordinado que acatará órdenes sin cuestionarlas.

Entonces le propuso algo a Jaime que sabía que le alegraría enormemente.

—Te prometo que si me ayudas una última vez, podrás marcharte donde quieras, serás libre para dejar de servirme y rehacer tu vida lejos de aquí si lo deseas.

Jaime había esperado oír esas palabras miles de veces durante los últimos diez años. Aunque luego pensó en su hija y su enfermedad.

—Pero y Amelia, ¿cómo podré pagar esas medicinas tan caras? ¿Y si usted no está cerca, quién le administrará la solución glucosa para que respire cuando tenga un ataque?

—Yo seguiré haciéndolo gustosamente. Después de tus muchos años de buen servicio, bien te mereces que me siga haciendo cargo de sus cuidados.

Además Amelia ya es casi como una hija para mí, no querría que le sucediera nada malo.

Al cochero aquella solución le pareció aceptable. No deseaba por nada del mundo seguir haciendo aquel trabajo, iba a cumplir los veinticinco años en un par de meses y el estado de su esposa junto con su ánimo de los últimos años, le estaban haciendo imposible seguir con aquella vida por mucho más tiempo. Sus padres cada vez le insistían más en que fueran a Hospitalet y se instalaran con ellos en la granja. El padre de Jaime había enfermado y sus fuerzas empezaban a fallar, ya no podía realizar las tareas más pesadas como cultivar la tierra o cargar con los fardos de paja y montar el arado sobre los bueyes, así que pretendían que Jaime se hiciera cargo de mantener la finca, las tierras y los animales para que el día de mañana tuviera algo en propiedad y pudiera sacarle provecho.

—Acepto el trato, pero incluso si esta vez tampoco encontrara la cura que desde hace tantos años busca, ¿podría irme?

—Te lo prometo. Estoy convencido que esta podría ser la última chica, si no hubiera sido porque las nuestras de la anterior se echaron a perder bajo el foco, quizá no debiera haber ninguna otra.

—Deberá quedarse alguien ayudando a Camila durante mi ausencia.

—Le diré a Juanita que prescindas durante un par de semanas de una camarera para que se quede las 24 horas junto a tu mujer e hija si así te marchas más tranquilo.

Jaime asintió. Creyó en aquella mirada decidida que sabía que llevaría a cabo su promesa costase lo que costase. La había visto en Guillermo decenas de veces justo antes de tomar las peores y más duras decisiones.

Tras el acuerdo con Jaime y puesto que había llegado a un callejón sin salida en el asunto de Dolors Tuneu, Guillermo decidió que era el momento de realizar el viaje a Arbúcies. Primero pretendía ir a visitar a su hermana Victoria que se alojaba en el hotel Martí del balneario de Sant Hilari Sacalm, conocido como el de La Font Picant por sus aguas picantes y acidulantes (aguas con gas). A esos manantiales burbujeantes de origen volcánico, se les atribuían cualidades curativas que eran capaces de mejorar notablemente los dolores de huesos, piel, fatiga, debilidad y si se ingerían, muchos de los males gástricos, circulación, anemia, hígado, riñones y bufeta, se curaban por completo en poco tiempo. Su popularidad se hizo notoria cuando se supo que el rey Fernando VII de España la bebía para mitigar su gota hacia el 1810. El balneario junto con el hotel donde se alojaban los enfermos mayoritariamente burgueses de la sociedad catalana y del resto de Europa, se construyó a cuatro kilómetros del pueblo de Sant Hilari en 1871 y quedó inaugurado oficialmente en 1881. Victoria Caba vivía en él desde que fue a curarse de anemia hacía ya más de un año. En un primer momento, por una recomendación de su médico de cabecera el Doctor Bartumeu Robert, iba a pasar allí solo veinte días tomando las aguas, pero tras quedar prendada por el entorno y el personal del complejo, decidió quedarse como ayudante de enfermería. Sus cuidados con las chicas jóvenes como ella que llegaban al balneario con una dolencia parecida a la suya, eran fundamentales para hacerlas seguir el tratamiento de un modo continuo puesto que Victoria contaba con un carácter afable y tranquilo que transmitía confianza a las más reacias a quedarse en aquel lugar, muchas veces solas o con una sirvienta como única compañía. A Emilio Caba le pareció bien que su hija permaneciera en Sant Hilari. Creía que Victoria era una mujer demasiado inteligente y cabezota como para respetar las normas y estándares que se suponía que debía seguir una chica de su edad en la sociedad de la época. No quería casarse, tampoco quería estudiar y mucho menos quedarse en casa cuidando de su padre y su hermano, por tanto creyó que la mejor solución, puesto que ella misma así lo había decidido, era permanecer al cuidado de los enfermos y ser de provecho. Aunque el padre no

perdía la esperanza que algún día conociera allí mismo algún varón rico de los que iban a veranear al balneario y se casara.

Haría más o menos un año que Guillermo no veía a su hermana menor. Les separaban cinco años pero siempre estuvieron muy unidos desde la muerte de Carmen. Él se sentía responsable de su bienestar y quería lo mejor para ella, por tanto cuando Victoria decidió quedarse a vivir en La Font Picant, no reaccionó de un modo positivo. Creía que su lugar estaba junto a ellos entretanto no encontraba un buen hombre con el que casarse y tener hijos, pero la firme decisión de la chica y la debilidad que sentía por verla feliz, hicieron que finalmente Guillermo accediera a dejarla marchar.

—Señor Tuneu, necesito ausentarme unos días para ir a visitar a mi hermana a Sant Hilari. —Le había dicho Guillermo a su jefe la tarde del lunes cuando la farmacia ya estaba cerrada.

—¿Es que ha empeorado?

El farmacéutico sabía que Victoria estaba, desde hacía un tiempo, en el balneario pero no conocía que su situación actual ya no era como enferma sino como parte del personal del complejo.

—Me temo que sí —mintió para romper la posible reticencia a no dejar que se marchara.

—Lo lamento mucho, pero ahora mismo me haces mucha falta en la farmacia. Sabes que desde que Dolors desapareció —contrajo el rostro en una mueca de tristeza—, debo estar pendiente por si en cualquier momento me llaman para acudir junto a las partidas de búsqueda o por si mi hermano me necesita.

—Lo sé, pero yo no he escogido el momento. Nos han dicho que Victoria se ha puesto muy enferma y debo ir cuanto antes.

Guillermo esperaba que aquella mentira no le explotara en la cara. Era muy posible que en algún momento preguntara a su padre por ella o que viéndolo pasear por el pueblo, pensara que era extraño que estando su hija tan enferma él estuviera allí, pero debía arriesgarse. Su investigación había estado parada demasiados días y estaba perdiendo a Jaime a cada hora que pasaba, así que era en aquel momento o nunca.

—Quizá podría pedirle a Julián que viniera a sustituirme. Serían solo un par de semanas como mucho.

Antonio lo pensó unos minutos. Julián era un buen chico, obediente y trabajador, ya les había ayudado en alguna ocasión cuando uno de los dos se ponía enfermo o en momentos de mucho trabajo, pero no tenía los

conocimientos que requería aquella profesión ni la maña que se daba Guillermo preparando los remedios. Aún así creyó que no tenía otra alternativa. Necesitaba otro par de manos al menos para que atendiera a los clientes mientras él se quedaba en la rebotica haciendo los específicos.

—Está bien —cedió el señor Tuneu—, le avisaré esta noche y le diré que venga a partir del miércoles si puede. ¿Cuándo te marchas?

—El jueves por la mañana.

Dejaron la conversación en aquel punto. Guillermo se marchó a su casa y mientras recorría el trayecto en la calesa conducida por Jaime, le daba vueltas a la mejor manera de darle a su padre la noticia.

Cuando llegó a Villa Carmen, vio una berlina aparcada en la entrada que no reconoció. El carruaje con ornamentación a cada lado de la caja, cortinas de terciopelo rojo cubriendo los cristales y buenos cojines para el chófer, se trataba sin lugar a dudas de el vehículo de alguien con dinero. Lleno de curiosidad, Guillermo entró en la vivienda sin perder un minuto. Lo primero que vio en el zaguán fue un sombrero de mujer con plumas y flores, lo que le dio una pista de quién podía ser la invitada, aún así su sorpresa fue mayúscula al pasar al comedor y encontrar sentada en el sofá frente a su padre a Leonor Piera.

—Qué agradable sorpresa, no sabía que ibas a venir hoy.

—Yo ni siquiera sabía que estaba pasando unos días en Vic —dijo Emilio con una mirada recriminatoria hacia su hijo.

—Me enteré hace unos días y se me olvidó comentárselo —se disculpó Guillermo mientras se acercaba a la invitada y le daba un casto beso en la mejilla—. ¿A qué se debe esta inesperada visita?

—Solo he pasado a saludaros. —Señaló con ambas manos a los dos hombres—. Quería ver por dentro esta preciosa casa que tanta curiosidad despierta entre la gente de la zona.

Tras comprobar que tanto Leonor como Emilio estaban tomando jerez, Guillermo también se sirvió una copa y se sentó junto a ella en el sofá.

—Y dime, ¿qué te ha parecido? ¿Es tan impresionante por dentro como por fuera?

—La verdad es que es todavía mejor. Es totalmente diferente a cualquier otra que haya visto en mi vida. Sus tejados de punta con los adornos de hierro forjado, las florituras de las ventanas y la escalera de la puerta principal son preciosos y originales. El jardín, la fuente y por supuesto el lago son algo exquisito. Su interior con todos los detalles, telas y muebles, denota

que alguien con mucho gusto por la moda y el diseño se ha esmerado en que todo esté colocado en su sitio. Nada desentona y cada elemento parece estar hecho para el lugar en que se colocó.

La explicación de la mujer le pareció un tanto exagerada a Guillermo, sabía que Villa Carmen era única y original por fuera, pues no podía compararse con ninguna otra por ser una copia de un castillo bávaro del siglo XVII. Su jardín, el lago y la fuente de la entrada, ciertamente eran lo mejor de la propiedad, pero decir que la decoración y los muebles del interior eran exquisitos, le pareció demasiado. La mayoría de los objetos no se habían renovado desde hacía más de veinte años y a pesar que los sofás, sillas y algún otro elemento, se habían comprado recientemente y eran de un estilo modernista muy actual, el resto podía considerarse anticuado y aburrido. Tras aquellos elogios sabía que había algo más que simple cortesía en sus palabras, la conocía bien y creía saber que lo hacía para agradar a Emilio, aunque no estaba muy seguro cuál era el objetivo final.

—Me alegro que te guste —dijo aún así él—. Seguro que mi padre no te ha enseñado las cuerdas, que también es una parte importante y preciosa de la casa.

—Guillermo, estoy convencido que la señorita Piera preferiría quedarse un rato más aquí y cenar, en lugar de bajar y ensuciar su precioso vestido en las caballerizas.

Guillermo sabía que así era. Leonor, o al menos la que él recordaba, detestaba los caballos. Le repugnaba su olor, su ruido y el solo contacto con ellos le erizaban el vello, pero quería comprobar si a pesar de todo aceptaría.

—Iré encantada —dijo mientras se levantaba para agarrar la mano que le tendía Guillermo.

Los dos salieron por la puerta principal después de ponerse encima de la ropa una chaqueta, pues la noche era fría y húmeda. Pasearon cogidos del brazo por el jardín hasta llegar a los establos. En aquellos momentos Jaime acababa de desenganchar la calesa y estaba guardando los aparejos en sus correspondientes ganchos, cuando la pareja se acercó a él.

—Buenas noches señorita Piera —saludó el cochero con una inclinación de cabeza quitándose la gabina.

—Encantada de volverte a ver Jaime. ¿Cómo están tu mujer y tu...?

—Hija —le ayudó él.

—Hija, claro.

—Vamos tirando, señorita. Ya sabe, con la enfermedad de Amelia y los

cambios de domicilio...

—Sí, me enteré cuando aún vivíais en Barcelona. Lo siento mucho. ¿Camila lo lleva bien?

Jaime no respondió, se limitó a bajar la cabeza apenado. Con ese gesto ella entendió que no debía seguir preguntando así que cambió radicalmente de tema.

—Me gusta como están las cuabras. Son muy bonitas y están muy limpias. —Quiso ser un elogio pero pronunció las palabras con asco y de un modo tan lento que Guillermo captó lo poco que le agradaba estar en aquel lugar. Esa era la confirmación que estaba esperando desde que habló con ella en el interior de la casa.

Jaime terminó lo que estaba haciendo y después de darles las buenas noches se retiró al altillo donde su esposa ya le esperaba con la cena fría sobre la mesa de la cocina.

—Es un buen hombre —dijo Leonor en dirección a Jaime.

—Sí, lo es, y un buen compañero. Pero me temo que sus días a mi lado están contados.

—¿Por qué?

—Dice que está cansado y quiere irse a vivir al campo con sus padres. Son mayores y tienen una granja en Hospitalet que requiere de muchos trabajo que ellos no pueden realizar, así que le han pedido que vaya con su familia a vivir allí.

—Pues es una pena que tras tantos años a tu servicio se vaya. Cuesta mucho encontrar a alguien que sepa lo que necesitas en cada momento y con el que además puedas hablar abiertamente como sé que hacéis Jaime y tú.

Esas últimas palabras desconcertaron más si cabía a Guillermo. ¿Cómo sabía que Jaime y él hablaban abiertamente? Había algo extraño en su comportamiento y modo de expresarse, que no acababa de vislumbrar.

—¿A qué has venido realmente, Leonor?

—Ya te lo he dicho, a visitaros y a ver la casa.

—Entiendo que quisieras ver a mi padre después de tanto tiempo, y quizá también pueda entender tu curiosidad por esta casa. Pero tú y yo nos vimos anteayer y ya nos dijimos todo lo que teníamos que decirnos, me extraña que dos días después hayas querido verme de nuevo. Te dije que pasaría a visitar a tus padre en unos días, ¿a qué se debe tanta prisa por volver a verme?

La mujer se quedó un tanto desconcertada. Esperaba que aquel fuera un encuentro alegre, creía que Guillermo deseaba su perdón, sobretodo después

de como la había tratado en el pasado y del posterior daño a su reputación. Estaba segura que tenerla de nuevo como amiga era algo que le haría feliz. Ahora veía que desconfiaba de esa amistad que le ofrecía e intentó hacerle entender sus verdaderas intenciones.

—Lo único que quiero es que retomemos las cosas donde las dejamos. O mejor dicho, unas semanas antes, cuando aún me respetabas y yo te quería.

A Guillermo se le cayó el alma a los pies. Sus palabras y pensamientos hacia su antigua prometida no eran justos. Ella había hecho un gran esfuerzo por perdonarle después de lo mal que se lo hizo pasar no mucho tiempo atrás, y ahora él, como única respuesta, le ofrecía su desconfianza. A pesar de todo no estaba dispuesto a volver al punto en el que lo dejaron como proponía ella. En su momento tomó la decisión de dejarla, permitirle rehacer su vida junto a otro hombre porque él no se sentía digno de su amor y después de ese último año las cosas no habían mejorado, en todo caso habían empeorado notablemente.

—Me siento profundamente agradecido de seguir contando con tu amistad y ver que me has perdonado cuando creía que jamás ibas a hacerlo.

—Si te soy sincera, yo tampoco creí poder perdonarte nunca. Nos hiciste mucho daño a mi familia y a mí.

—Lo sé y créeme que lo lamento muchísimo. Si pudiera volver atrás haría las cosas de otra manera.

—¿Entonces estás dispuesto a hacer como si este año no hubiera existido nunca? —Se le iluminaron los ojos.

—Yo no he dicho tal cosa. Solo que el modo en que rompí nuestro compromiso fue ruin y mezquino y me he arrepentido cada día desde entonces.

—Pues ahora tienes la oportunidad de redimirte.

—Leonor, ya no soy el mismo. Aquel hombre que quería casarse y tener hijos, llevar una vida tranquila y dedicarse a su trabajo, se fue. Han pasado muchas cosas este último año que me han cambiado y dudo que te gustara como pareja en estos momentos.

—Creo que estás siendo demasiado duro contigo mismo. A mí me pareces el mismo de siempre.

—Créeme cuando te digo que no es así.

Guillermo se apartó de ella y se adentró en las cuerdas para acariciar la grupa de Turmalina que descansaba plácidamente en su box.

—Estoy dispuesta a conocer al nuevo Guillermo, si me dejas—. Se acercó a él y le agarró de la mano libre mientras le miraba con dulzura.

—No quiero hacerte perder el tiempo. Es mejor que sigas con tu vida y te olvides de mí.

Aquella respuesta no era la que esperaba oír la muchacha, que desde que había empezado aquella conversación, no había hecho otra cosa que toparse con un muro una y otra vez. Le soltó la mano y cambió de actitud para ver si él era capaz de sentir algo de compasión por ella.

—¿Sabes lo duro que está siendo esto para mí? —Le dio la espalda y cubriéndose el rostro con ambas manos empezó a sollozar—. He tenido que tragarme mi orgullo para poder perdonarte. Creía que te haría feliz saber que quiero olvidar el pasado para empezar de nuevo.

Guillermo la agarró por los hombros y la volvió hacia él para poder mirarla a la cara. Su voz sonaba apenada pero sus ojos no soltaban una sola lágrima.

—Lo siento, no quiero que te sientas mal de nuevo por mi culpa. Por eso mismo quiero que te alejes de mí. No soy buena persona, no te merezco y creo que deberías intentar buscar un hombre que te quiera y pueda hacerte feliz.

—Lo he intentado pero no logro olvidarte. Tú fuiste el primero y el único al que he querido de verdad. He necesitado un año entero para perdonarte, pero cuando nos volvimos a ver el otro día me di cuenta que aquellos sentimientos no se han apagado. Siguen ardiendo en mi interior y creo que no morirán jamás. Al menos por mi parte.

A Guillermo le estaba dando miedo aquella mujer. Parecía resuelta a conseguir lo que se propusiera, costase lo que costase, y al parecer le quería a él. Jamás la había visto tan decidida, por el contrario cuando eran novios se comportaba siempre como una chica más bien tímida y reservada, nunca expresaba sus sentimientos con tanto ímpetu, en cambio ahora tenía enfrente a una mujer que decía las cosas sin cortapisas y sin sentir vergüenza ni pudor por expresarse tan abiertamente. Estaba desconcertado, no era que no le gustara que una mujer le quisiera, pero hacía mucho tiempo que había dejado de sentir por ella el ardor propio que debe sentirse hacia una mujer. Su persona le despertaba cariño, ternura y remordimiento de culpa, aunque aquellos ojos verdes encendidos y dispuestos a todo le enloquecieron. Aún la tenía agarrada por los hombros con ambas manos, así que la atrajo en un fuerte abrazo y la besó apasionadamente en los labios. Fue un beso intenso y lleno de remordimientos pero, al mismo tiempo, algo afloró en él que creía totalmente olvidado desde hacía mucho tiempo. Se separó de ella turbado y retrocedió un

par de pasos.

—Lo siento —dijo avergonzado a una Leonor que parecía atorada pero satisfecha.

—No lo sientas. —Se acercó a él para acariciarle la mejilla con la palma de la mano—. Me ha gustado.

Guillermo pareció calmarse y le ofreció una media sonrisa, sintiéndose aún algo perturbado por su propio comportamiento. Intentó calmarse y tras un par de minutos sin decirse nada, se recompusieron y decidieron entrar de nuevo en la casa.

El resto de la velada transcurrió tranquila. Cenaron, bebieron, conversaron como en los viejos tiempos junto a Emilio y cuando Guillermo acompañó a Leonor a la calesa, esta le dijo:

—Espero que lo que ha sucedido esta noche en las cuadras no sea un hecho aislado. Como ya te he dicho antes, me gustaría que retomásemos las cosas donde las dejamos.

Guillermo bajó la cabeza y sin poder resistirse a volver a besar esos dulces labios, respondió sin mucha convicción:

—Claro.

Tenía ante él la respuesta a su invitación que le había hecho llegar Marie Bernard. Dudaba si leerla o no. Podría hacer como que no la había recibido, tirarla al fuego y esperar que se enfadara por no obtener una contrarrespuesta y quizá dejando pasar el tiempo, el tema se enfriara y no se volviera a hablar más de ello. A fin de cuentas aquella muchacha no parecía dispuesta a hipotecar su vida por un hombre. Era inteligente y decidida, mucho más que cualquier otra mujer que hubiera conocido a lo largo de su vida, así que la creía capaz de vivir para siempre evocada a su trabajo sin echar nunca de menos un compañero junto a ella. Aún así la curiosidad era algo innato en Guillermo. Tener aquella nota en las manos y no saber si la respuesta había sido positiva o negativa, era algo que le superaba. Al fin cogió el abrecartas de plata que tenía sobre el escritorio y lo deslizó a través del pliegue superior del sobre, sacó la nota de su interior y leyó con calma:

Me alegró recibir su invitación para cenar e ir al teatro. Son dos de mis actividades favoritas. Acepto y le propongo que la hagamos efectiva el próximo miércoles por la noche. Usted elige el restaurante y la obra.
Afectuosamente
Marie Bernard Coteur

Guillermo creyó ver en aquellas palabras entusiasmo y ganas por parte de Marie. Quizá la había juzgado mal cuando pensó que su único propósito era el de trabajar siguiendo los pasos de su hermano. Después de leer aquella nota tres veces, debía tomar una decisión: posponerla aludiendo que al día siguiente debía partir hacia Sant Hilari; rechazarla de plano sin futura fecha para un nuevo encuentro; no responder y quemar la nota como había pretendido en un primer momento, o aceptar y no desilusionar ni a su padre, ni a Don Pedro y por supuesto a la bella Marie. Finalmente tomó la decisión que creyó mejor para todos: quedar como un señor y cumplir con el compromiso

que había adquirido él mismo. En aquel mismo instante escribió una breve respuesta a la señorita Bernard indicándole la hora en que pasaría a recogerla. Intentaría aprovechar aquella velada para hacerles sentir a cuantos tenían los ojos puestos en él que no era tal y como creían, un impresentable e incorregible vividor.

Tras dejar el sobre preparado para que el mozo lo llevara a su destino, terminó de vestirse para marcharse a cumplir con su jornada de trabajo. Iba a salir cuando alguien llamó a la puerta de su habitación.

—Buenos días padre.

—Buenos días hijo. He oído el timbre y me ha parecido que luego Santiago te subía un sobre.

—Precisamente acabo de recibir la respuesta de Marie Bernard.

—Ah, hacía días que esperabas sus noticias ¿no?

—Así es. Ha aceptado mi invitación. Iremos a cenar y al teatro mañana por la noche —lo dijo sin demasiado entusiasmo.

—Bien. Es maravilloso que por fin las cosas se pongan en marcha ¿no crees?

—Precisamente de eso quería hablarle.

—Está bien, ¿qué te parece si bajamos y hablamos mientras desayunamos?

Emilio se adelantó y cuando Guillermo llegó al comedor ya se había terminando la primera taza de café y se disponía a servirse un poco más.

—¿Quieres café? —Preguntó mientras su hijo se sentaba y se ponía la servilleta sobre el regazo.

—Sí, gracias. —Le dio un sorbo corto a la humeante bebida y carraspeó antes de exponerle a su padre la situación—. Padre, no quiero que se forme falsas esperanzas con la señorita Bernard.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no creo que sea la mujer apropiada para mí.

—¡De nuevo con esas monsergas! Creía que ya estaba todo hablado y habíamos decidido que lo mejor para todos era que te casaras cuanto antes y esa chica...

No pudo terminar la frase, Guillermo le paró con un gesto de la mano mientras le decía.

—Me estoy planteando retomar el noviazgo con Leonor Piera.

Emilio Caba se quedó blanco. Soltó la taza y a punto estuvo de perder la compostura antes de pronunciar sus primeras palabras tras oír aquella frase

de boca de su hijo a la que no podía dar crédito.

—¿Lo estás diciendo de verdad?

—Nunca bromearía con algo así.

—¿Y cuándo lo has decidido?

—Ayer. Tras hablar con ella en los establos.

—¿Y Leonor está de acuerdo?

—Yo diría que más que eso, me lo propuso ella.

—Pero... pero...

Emilio se levantó para dirigirse a la ventana y permaneció de pie y en silencio con la mirada perdida en las tranquilas aguas del lago, durante unos minutos. Después se sentó en el sofá de espaldas a Guillermo, que sin que le afectase lo más mínimo la reacción de su padre, pues ya la había previsto, siguió desayunando impasible.

—Estás cometiendo un grave error —dijo por fin Emilio en un tono contundente, levantándose para volver junto a su hijo.

—Es posible, pero me ha perdonado y quiere que retomemos la relación donde la dejamos hace un año.

—No me puedo creer que esa muchacha haya hecho tal cosa.

—¿Por qué? ¿A caso no piensa que siga enamorada de mí?

—¿Después de lo que hiciste? Sinceramente, me cuesta creerlo.

Guillermo no rebatió las palabras de su padre, sabía que tenía razón. A él mismo le costaba mucho asimilar que tras su comportamiento, el escarnio público que tuvo que sufrir Leonor y su familia, y el tiempo transcurrido sin verse ni hablarse, de repente ella quisiera hacer como si nada y volver atrás.

—¿Entonces por qué supone que me propuso que volviéramos a estar prometidos? —Quiso sinceramente conocer la opinión de su padre.

—Si te digo la verdad, se me escapan los motivos que pueda tener, pero o es una mujer que se quiere muy poco a sí misma y está desesperada por tener marido, cosa que me cuesta más de creer que el que te haya perdonado, o realmente dejaste tal huella en ella que un año entero y la vergüenza, no hayan podido borrar, con que deberé suponer que eres mejor conquistador que el propio Lord Byron.

A punto estuvo Guillermo de soltar una carcajada pero se contuvo y solo sonrió porque las deducciones de su padre le habían dado en qué pensar. Decidió que por el momento iba a mantenerse a una distancia prudencial de ella. Por lo pronto su viaje a Arbúcies le obligarían a estar fuera un par de semanas y a la vuelta, según la reacción que viera en Leonor, sabría si sus

sentimientos eran verdaderos o solo fingía para lograr algún fin que aún no alcanzaba a dilucidar.

El martes transcurrió tranquilo en la farmacia: enfermos, dolores, quejas, ungüentos, remedios, recetas... hasta que llegó una pareja de la Guardia Civil para hablar con el señor Tuneu. Al parecer habían encontrado a las afueras de Santa Eugènia, casi llegando al pueblo vecino de Taradell, la mantilla que supuestamente llevaba Dolors el día que desapareció. La prenda estaba sucia y mojada, debido a los días que había pasado a la intemperie, pero la hallaron sobre una roca bien doblada, según los gendarmes, para que alguien la encontrara. ¿Con qué propósito? No lo sabían aún, pero eso descartaba a los bandoleros y era muy improbable que se hubiera escapado por su propia voluntad. Más bien todo apuntaba a que quien fuera que la había raptado, dejó aquella pista para indicar algo.

Aquel nuevo hallazgo dejó a Antonio Tuneu muy tocado. El resto de la jornada la pasó meditando, triste y casi sin abrir la boca, paseándose por la farmacia como alma en pena, hasta que decidió irse a ver a su hermano a la granja, dejando a Guillermo y Julián a cargo de la farmacia el resto del día. Durante aquellas horas, Guillermo enseñó al muchacho lo que debía saber sobre el modo de preparar bolsas con hierbas secas para infusiones, vahos o cataplasmas, le ayudó a entender el funcionamiento de la báscula de precisión y a leer las recetas. Creía que estaba preparado para dejarlo en la botica junto al señor Tuneu si es que este estaba en disposición de trabajar al día siguiente, ya que él necesitaba el miércoles entero para preparar el viaje y acudir por la noche a la cita con Marie Bernard.

Aquel miércoles treinta de abril de 1904, se presentaba lleno de ilusión y optimismo para Guillermo. Primero porque iba a reencontrarse con su hermana al día siguiente, con la que hacía mucho tiempo que no mantenía una conversación y a quien estaba deseando contarle los acontecimientos de las últimas semanas. También le hacía especialmente feliz, poder tomarse un par de semanas lejos de sus quehaceres cotidianos y volver a sentir la adrenalina de la captura de su próxima paciente. Pero curiosamente ver a Marie, era por encima de todo lo que más deseaba. Si un tiempo atrás alguien le hubiese dicho que estaría tan nervioso y a la vez tan feliz por el encuentro con esa mujer, se habría reído, pero ahora, a pocas horas del momento de la cita, se sorprendía a si mismo pensando en ella con verdaderas ganas de volver a verla. Después de pasar a primera hora por la farmacia y comprobar que el señor Tuneu se encontraba mejor y todo marchaba bien entre él y Julián, regresó a la Torre para meter en un gran arcón algunos productos químicos que iba a necesitar para mantener a María dormida durante el trayecto de regreso a Santa Eugènia. También cogió cuerdas, mantas y otros objetos que creía necesarios para llevar a cabo su plan de vigilancia y rapto de la hija del campanero. Por otro lado, dio órdenes específicas a Santiago para que le llenara los dos enormes baúles de viaje con ropa, zapatos, sombreros y demás complementos para aquellos quince días fuera de casa. Listos todos los preparativos y una vez informados del itinerario y lugares donde pernoctarían, tanto en Sant Hilari como en Arbúcies, se tomó el resto de la tarde para acicalarse a conciencia y estar lo más elegante posible e impresionar a su pareja de aquella noche.

A las cinco salió de Villa Carmen vestido con un frac negro, chaleco blanco de piqué terminado al frente en pico y abertura en forma de «U» muy amplia. Escogió una pajarita de color blanco perla igual que los guantes. Para rematar el conjunto, llevaba en la mano un clac en seda negro, que solo usaba cuando iba al teatro o la opera por ser plegable y mucho más cómodo que el sombrero de copa tradicional. Jaime también se había puesto su mejor traje de cochero con una levita ribeteada en hilo dorado y una gabina nueva y

reluciente que se había comprado aquella misma tarde por orden de Guillermo. Tanto la calesa como los caballos y demás elementos del carruaje, iban debidamente relucientes como si fueran a presentarse ante la reina de Inglaterra.

Dos horas más tarde llegaban a un camino de tierra que atravesaba un bosque salpicado de gigantescas piedras de arenisca de cantos redondeados junto a tileros de flores blancas y altos chopos que diseminaban indiscriminadamente sus borlas por el aire y el suelo. Después de reseguir el río Ter unos cuatro kilómetros por el bosque, la calesa paró junto a la casa del guarda de la Colonia Salou, una edificación cuadrada de tres plantas unida a una entrada de altos pilares. Jaime detuvo el vehículo para dar el nombre de su amo al vigilante, que sin problemas les franqueó el paso al interior del complejo. Siguieron aquel camino contemplando atónitos los majestuosos abetos que de tanto en tanto aparecían en la ribera sobresaliendo entre los demás árboles como si desde su posición elevada fueran los guardianes del bosque. Un kilómetro después apareció ante ellos la primera señal de vida humana desde que dejaron atrás la entrada. Una construcción de una sola planta alargada y con varias puertas de madera, que albergaba los carruajes y junto a esta, un palomar que ocupaba la torre contigua. Justo enfrente, la vivienda de los propietarios, se erguía imponente sobre una planta en forma de hache, denotando la influencia de la arquitectura tradicional francesa mezclada con el estilo barroco de los palacios italianos. La fachada de color burdeos, estaba repleta de ventanas con vanos y en el segundo piso tres balcones, el mayor y más decorado en el centro, sobre la entrada principal y los otros dos, uno en cada torre lateral, conferían al conjunto solera y buen gusto. Lo más impresionante del edificio principal era la doble escalera señorial con balaustrada clásica, donde en el descansillo, estaban dos mujeres manteniendo una conversación. Una vestía muy elegante y llevaba un recogido a la moda y la otra con un bebé en un brazo y una cesta llena de ropa en el otro, vestía mucho más modesta y en actitud servicial parecía que le estaba dando las gracias a la primera.

Guillermo bajó de la calesa que Jaime había aparcado en el patio delantero, entre el invernadero y la sala de baile. Se dirigió con paso decidido a las escaleras y antes que pudiera subirlas, la mujer del vestido ostentoso, se apresuró a despedir a su interlocutora que se alejó por el tramo de escalera contraria a la que se disponía a subir él. Una vez estuvo frente a la entrada de doble hoja, la mujer le saludó:

—Buenas noches, usted debe ser el señor Caba, ¿me equivoco?

Su porte, su gran belleza y la elegancia natural que emanaba, le recordaban mucho a Marie, así que a Guillermo no le hizo falta que le dijera quien era para reconocer a su madre.

—En efecto soy Guillermo Caba Anaud, para servirla. —Le sostuvo la mano para hacer el gesto del beso y le sonrió.

—Yo soy Caroline Coteur, la madre de Marie y Pierre. Me han hablado mucho de usted y estaba impaciente por conocerle. Pase por favor.

Aquellas palabras le incomodaron, parecía que le conocía bien antes incluso de haberse presentado. Estaba en clara desventaja, pues su padre no le había contado absolutamente nada de la familia. Aún así, le ofreció su brazo a la dama y entraron al enorme hall donde ella le iba mostrando los elementos que decoraban la estancia. Iluminado por una espectacular lámpara de araña de cristal finamente labrada, aquel lugar albergaba cuadros y esculturas de bronce y piedra blanca, cual gran museo. Desde allí podía apreciarse que ni un solo rincón de la planta estaba sin decorar. De un estilo un tanto ecléctico y recargado, se mezclaban piezas clásicas, con papel pintado del art nouveau, junto con algo de modernismo y todo ello en un marco de piedra y hierro que recordaba al interior de un palacio renacentista del siglo XV. A los pies de la lámpara ocupando el centro del vestíbulo, una consola lacada en blanco de estilo neoclásico, sostenía una especie de escultura hecha con engranajes y poleas, que en cualquier otro lugar hubiera desentonado pero entre todo aquel batiburrillo era un elemento que definía a la familia que habitaba aquella casa.

Avanzaron al interior de la vivienda hasta los pies de unas escaleras con peldaños de madera clara y barandilla de hierro forjado con cenefas florales, por las que descendía Marie. Vestía un elegante traje en raso blanco, con escote drapeado y mangas de encaje, donde la silueta en «S» y los cortes que formaban la cola, le daban apariencia de falso polisón. A Guillermo por poco se le para el corazón al verla bajar. Se detuvo en seco para esperarla. Aún con Caroline de su brazo izquierdo, alargó la mano derecha para ayudar a Marie a recorrer los últimos escalones.

—Está usted preciosa, señorita Bernard —dijo notando la boca seca.

—Gracias, usted también está muy elegante —respondió Marie mientras se colocaba frente a él.

Caroline se deshizo del brazo del joven y dejó que la pareja entrara agarrada al salón principal donde ya les estaban esperando Pierre y su esposa Ana.

—Buenas noches —saludó Guillermo a todos los presentes con una ligera inclinación de cabeza.

El primero en darle la bienvenida fue Don Pedro, que adelantándose unos pasos a la posición del recién llegado, le tendió la mano para que la estrechara. Posteriormente este le presentó a su mujer, que sin levantarse del sofá de dos plazas de estilo francés con estampado en rojo y oro, le ofreció su mano para que se la besara.

—¿Quiere tomar algo? —Preguntó Caroline a Guillermo.

—Un bourbon por favor.

Un sirviente que esperaba junto a la mesa de los licores, cogió un vaso ancho y corto y escanció en él un par de dedos de la bebida antes de llevársela al invitado en una bandeja de plata. Guillermo tomó un sorbo y dijo dirigiéndose a su anfitriona.

—Tienen una casa realmente espectacular, señora Coteur.

—Gracias, me encanta el arte en general y la pintura en particular. Siempre que puedo viajo a París para ampliar mi colección. Lamentablemente a mis hijos no les entusiasma demasiado el tema. ¿Le interesa el arte, señor Caba?

—Guillermo, por favor. Y por supuesto me encantan las cosas bellas —dijo clavando la mirada en Marie—, pero debo reconocer que no entiendo demasiado sobre estilos y épocas.

—Esas cosas os las dejamos a las mujeres, madre —pronunció Pierre desde la chimenea—. A nosotros nos interesa más la caza, los caballos o los naipes. ¿No es así Guillermo?

—Es posible señor Bernard. Aunque no me importaría que su madre me mostrara sus piezas más preciadas, si le apetece, claro. Aún tenemos unos minutos antes de marcharnos al teatro.

Marie, pareció algo celosa del trato que estaba mostrando Guillermo hacia su madre. La joven era consciente que Caroline era una mujer muy bella a pesar de rozar la sesentena. Su tez sin apenas arrugas, el brillo de su melena rubia y ese aura de mujer liberada propio de las francesas, la hacían irresistible para algunos hombres mucho más jóvenes. Su marido y dueño de la colonia textil desde 1879, siempre decía que era la mujer más inteligente, sagaz y llena de vida que había conocido a lo largo y ancho del mundo (dio la vuelta al globo en un par de ocasiones), pero que fue la pasión que ponía en cuanto hacía, lo que le enamoró e hizo que quisiera casarse con ella al poco de conocerla. Por el contrario, Carlone nunca había pretendido casarse, y mucho

menos con Antonin Bernard Lacombe, por creer que era demasiado presuntuoso y no muy guapo. Hubo hombres mucho más ricos, más jóvenes y más atractivos que la pretendieron, y siempre los rechazó por valorar su libertad por encima de cualquier otra cosa. Pero en cuanto Antonin le prometió que podría conservar su independencia económica, de pensamiento, religión y movimiento no necesitó más argumentos para decidirse y casarse con él a los treinta años de edad. Aquella libertad prometida no la sintió tal hasta que enviudó. No porque Antonin le prohibiera hacer nada, sino porque viviendo en la colonia textil, tan alejada de todo y con sus hijos pequeños requiriendo de sus cuidados, no pudo ponerla en práctica tan a menudo como hubiese querido. Fue después de la muerte de su marido cuando pudo dedicarse plenamente a sus dos pasiones: el arte y viajar. Para entonces sus hijos ya eran mayores, Pierre se encargaba junto a sus primos de los negocios familiares y Marie estuvo interna en una escuela para señoritas francesas en Barcelona hasta hacía un par de años, así que en aquellos momentos iba y venía como se le antojaba.

Caroline agarró del brazo a Guillermo y lo llevó por un largo pasillo al extremo opuesto de la casa. Abrió una enorme puerta maciza con grabados y tras encender las luces, apareció ante ellos una sala repleta de jarrones, cuadros, figuras y otros objetos cuidadosamente colocados en vitrinas y estantes, algunos dentro de urnas de cristal sobre pedestales.

—En esta habitación guardo aquellas piezas que más cariño les tengo. Algunas pertenecieron a importantes reyes y gobernantes —dijo mientras se paseaba por el centro de la estancia señalando a izquierda y derecha—. Otras las he conseguido en subastas y muchas han sido regalos.

A pesar que Guillermo había admitido no entender ni de pintura ni de cualquier otro tipo de arte, quedó realmente abrumado por tal maravilla de formas, colores y estilos. Era una colección magnífica, donde podía apreciarse el mimo y cuidado que Caroline había invertido para que cada objeto tuviera su lugar y destacara sobre el resto, haciendo que el conjunto resultara homogéneo incluso dentro de su obvio eclecticismo.

—A este cuadro, por ejemplo —explicaba Caroline mostrando un pequeño marco dorado donde había un rostro de mujer en el centro de la imagen—, le tengo un especial cariño. Es de Iván Kramskói, un cronista que reflejó en sus obras la sociedad Rusa del siglo pasado. Fue un regalo que me hizo él mismo poco antes de morir. —Suspiró y dijo con melancolía—: Un hombre realmente guapo.

—¿Y quien es ella? —Guillermo se había puesto frente a una urna que contenía una escultura de casi un metro—. Se parece a la estatua de la libertad que Francia regaló a Norte América, pero tiene algunos elementos diferentes.

—Veo que es usted muy observador señor Caba. Efectivamente es Liberta, pero la original.

—¿La original?

—En el diseño que hizo Frédéric Auguste Bartholdi, la dama no sostenía una antorcha sino la copa del vino de la libertad, pero justo antes de montar la escultura, las autoridades portuarias de Nueva York pidieron si podría modificarse para permitir que una llama eterna fuera sustituida por la copa para que los barcos pudieran usarla como ayuda de navegación nocturna.

—¿Y qué hicieron con la copa? —Guillermo parecía cada vez más interesando en aquella historia.

—La compró el Zar Nicolás II de Rusia. ¿Y ve que el color de la túnica tampoco es el mismo que en la estatua que hay en Nueva York? Debía vestir de escarlata y púrpura, que son los colores de la realeza, pero por razones de efectos monetarios la estatua se hizo en cobre, que impide el uso de cualquier combinación de colores, así que se abandonaron una vez más los planes originales para adaptarlos al gusto de los americanos.

—Entiendo que este objeto también fue un regalo de su creador.

—Entiende bien, aunque el regalo no fue para mí sino para mi difunto marido. Él y el escultor fueron grandes amigos.

Recorrieron unos minutos más la sala mientras Caroline le contaba a su invitado algunas anécdotas de la colección y le mostraba con entusiasmo sus piezas favoritas. Guillermo le escuchaba con verdadero interés fascinado por el acento de aquella bella mujer y el vigor en sus palabras cuando hablaba de aquello que tanto le apasionaba. Ahora entendía mucho mejor porque Marie era tan especial, tanto su aspecto físico como su energía eran herencia de su madre. Finalizado el tour volvieron a la sala donde Pierre y Marie hablaban junto a la chimenea.

—¿Ana ya se ha retirado? —Preguntó Caroline a su hijo.

—Ha ido a ver a los gemelos, aunque creo que ya no volverá a bajar, no se encuentra demasiado bien.

—Oh, ¿entonces cenaremos solos tú y yo Pierre?

—Eso creo.

—¿Por qué no os quedáis a cenar con nosotros Marie? Hay comida de sobra y así nos hacéis compañía.

La muchacha lanzó una mirada interrogativa a Guillermo que desde el otro extremo de la sala no captó el gesto y dijo:

—He reservado una mesa en el teatro Centre de Manlleu, donde cenaremos mientras miramos *Mariucha* de Benito Pérez Galdós. —Como impulsado por un resorte miró su reloj de bolsillo y tras guardarlo dijo con fastidio—: Aunque me temo que llegaremos cuando la obra ya esté empezada. Creo que nos hemos entretenido de más en la sala de arte.

—Lo lamento profundamente —se disculpó Caroline primero con Guillermo y luego con su hija—. Cuando hablo de pintura y escultura se me pasa el tiempo tan rápido que no soy consciente de ello.

Marie se dirigió a un sillón orejero que había a la derecha de la chimenea y se dejó caer como muestra de decepción.

—Me apetecía mucho salir esta noche. Me ha llevado toda la tarde arreglarme y llevo encerrada en esta casa casi una semana.

En aquellos momentos parecía una chiquilla protestando porque sus padres no le habían dejado salir a jugar con sus amigas. Caroline se acercó a ella y sentándose en el reposa brazos, le acarició con el dorso de la mano su fina mejilla y le dijo:

—Je suis désolé ma chérie.

A pesar de la escena vivida, Don Pedro había permanecido impertérrito junto al fuego con su copa de coñac en la mano, hasta que para intentar que su hermana se sintiera mejor, dijo en un tono alegre.

—Después de cenar, si quieres, iremos a la sala de fiestas de los trabajadores donde creo que hoy van a representar *El pati blau* de Santiago Rusiñol y después habrá baile, puesto que mañana es fiesta local y la fábrica estará cerrada.

Aquello pareció reconfortar a Marie que dibujó una leve sonrisa en su rostro ligeramente maquillado. Poco después pasaron al comedor donde ya estaban dispuestos los cuatro servicios sobre una gran mesa ovalada cubierta con un mantel en tono crema y un gran centro de rosas y otras flores frescas. Pierre bajó a la bodega a por un buen vino con el que acompañar la quenelle de pescador y en cuanto entró en el comedor oyó como su hermana le decía a Caroline:

—Algunas mujeres tienen miedo de que los hombres tomen represalias contra ellas.

—¿Por qué iban a hacer tal cosa? —Quiso saber su hermano sentándose junto a Marie.

—Porque dicen que les han quitado el trabajo y que cada vez hay más mujeres que hombres en la fábrica.

—En eso tienen razón. Y habrá más antes de finalizar el verano —dijo sirviendo el vino en las copas de los comensales.

—¿Y no crees que deberíamos hacer la transición de un modo más paulatino?

—¿Para qué? Ellas hacen las mismas horas que los hombres cobrando una tercera parte, y desde que se encargan de los boliches y las mecheras, hemos tenido menos conflictos y las madejas salen más limpias.

—Entiendo que las mujeres son más finas y cuidadosas con los hilos pero habrá tareas que ellas no puedan realizar y deban ser los hombres quienes las hagan, ya sea por falta de fuerza o porque son peligrosas.

—Está claro que una mujer nunca podrá ser encargada, mecánica y mucho menos directora, pero nos están dando mucho beneficio en comparación con ellos, así que por ahora la cosa seguirá igual.

A Marie le satisfizo a medias aquella explicación, estaba segura que una mujer haría el trabajo de encargado o director igual de bien que un hombre, ella misma estaba dispuesta a ponerse al frente de la empresa cuando hubiera adquirido suficiente experiencia, pero no quiso discutir con su hermano estando Guillermo presente.

Tras la quenelle, llegaron los bugnes con azúcar espolvoreado por encima y el champagne, que degustaron mientras Don Pedro preguntó todo lo que se le ocurrió sobre el pasado de Guillermo y su familia y una vez saciada su curiosidad dejó que fuera el invitado quien preguntara libremente, pero Guillermo solo quiso conocer cosas sobre Marie y su infancia.

Finalizada la cena, Caroline aludiendo estar muy cansada, se marchó a su habitación y fue cuando Guillermo aprovechó para intimar algo más con Marie, mientras su hermano había subido a ver cómo estaban Ana y los niños antes de marcharse los tres a la sala de fiestas de la colonia.

—Su madre es una mujer llena de vida —decía Guillermo mientras se tomaba un café de pie junto a la ventana que daba al patio delantero de la casa.

—Sí, siempre ha tenido muchas ganas de aprender y conocer todo aquello que la rodea.

—Envidio a su padre, tener a una mujer así a su lado debió ser algo revitalizante y muy enriquecedor.

—No creo que él lo viera del mismo modo que usted. Mi padre vivía inmerso en su trabajo, para él no había nada fuera de los muros de esta

colonia. Cuando fue más joven, antes de casarse y tener hijos, viajaba sobretodo en busca de telas y telares, algo que mi madre le recriminaba siempre que podía. Según cuenta ella, en cuanto mi abuelo falleció y él se hizo cargo de la empresa, perdió todo interés por la belleza y la diversión y su vida se redujo al trabajo y la fábrica.

—Supongo que para ella no fue fácil vivir encerrada en este lugar aunque aquí dentro no le faltara de nada.

—Imagino que no lo fue. No solemos hablar mucho del tema, pero al poco de morir mi padre empezó a ampliar su colección de arte y con esa excusa se pasa casi la mitad del año en Francia.

—¿Y usted, no se siente encerrada en este lugar?

—La verdad es que no. Mientras estuve en el internado eché mucho de menos esto. Aquí estoy rodeada de naturaleza por todas partes: el río bajo la casa, el bosque, el jardín botánico... además me gusta relacionarme con los trabajadores. Aquí todos somos como una gran familia. Aunque seamos los dueños, no nos tratan como tal, nos respetan pero saben que pueden hablar libremente, saben que siempre que podamos les ayudaremos si está en nuestras manos.

Se tomó una pausa para beber un sorbo de té y tras comprobar que Guillermo seguía escuchándola con atención prosiguió.

—Esta noche, por ejemplo, seguro que se ha cruzado con una mujer que llevaba un bebé en brazos.

Guillermo lo pensó unos segundos y se acordó que cuando subía las escaleras de la entrada, una mujer que encajaba con esa descripción, bajaba por el otro lado.

—Sí, la vi.

—Pues es una mechera que acaba de dar a luz a su tercer hijo, y como es costumbre, venía a presentárselo a mi madre para recibir la cesta con ropa de piqué para que pueda hacerle vestidos al recién nacido. También nos hacemos cargo de los trajes y medallas de los que reciben la primera comunión. —Con la mirada llena de orgullo dijo a modo de conclusión—: Como ve cuidamos los unos de los otros.

—¿Entonces quien pretenda casarse con usted deberá vivir en la colonia?

—Por supuesto.

Aquella respuesta no le agradó nada a Guillermo y ya iba a rebatir a Marie cuando Don Pedro entró en la biblioteca.

—Parece que está todo tranquilo arriba. Podemos irnos cuando queráis, con un poco de suerte llegaremos al segundo acto.

Los tres se armaron con sus respectivas chaquetas y sombreros y salieron a la calle principal que atravesaba el complejo. Una vez fuera, un fuerte chillido sobresaltó a Guillermo que se giró mirando a todos lados para ver de dónde provenía ese horrible grito. Los dos hermanos se rieron y colocando una mano en el hombro a Guillermo, Pierre dijo:

—No se alarme hombre, es solo un pavo real.

—¿Tienen pavos reales en la casa?

—En la casa no, viven sueltos por toda la colonia. Habrá unos veinte más o menos.

—¡Pues menudo susto! Parecía el grito de un niño.

—Son buenos guardianes, a la que ven a alguien acercarse gritan para avisar—. Volvió a reír con ganas.

Prosiguieron su camino hacia el teatro pasando primero por delante de un conjunto de viviendas, la capilla de San Pedro y tras dejar atrás la gran fábrica y la portería de la palanca colgante que permitía a los trabajadores que no vivían en la colonia, ir y venir al pueblo por encima del río sin tener que dar toda la vuelta al bosque, llegaron por fin a la sala de fiestas. En aquellos momentos había un silencio casi absoluto, solo roto por las voces de los actores que representaban con gran entusiasmo la obra de Santiago Rusiñol. Los Bernard y Guillermo se acercaron lentamente hasta donde los espectadores contemplaban embobados a sus compañeros, y algunos percatándose de quienes eran los recién llegados, les cedieron sus sillas para que pudieran ver lo que restaba de función en los mejor lugares de la sala. Terminado el espectáculo, todos, incluidos los propietarios de la colonia, aplaudieron a los intérpretes con gran algarabía y cuando estos se hubieron retirado del escenario, el resto se afanó a apartar las sillas del centro del teatro para dejar sitio a la siguiente actividad, el baile. De debajo de una tela blanca apareció un piano de manubrio que un hombre de unos cuarenta años y brazos fuertes, empezó a tocar girando la manivela. La primera canción, como siempre, era un vals. Algunas parejas mixtas y otras formadas por dos mujeres, salieron a la pista a bailar. Poco a poco los demás se fueron sumando, incluso Pierre sacó a una muchacha a bailar cuando sonaba un tango. Por su parte Guillermo le tendió la mano a Marie que está aceptó con una sonrisa y una reverencia y salieron cuando la séptima canción casi tocaba a su fin. Se movieron al ritmo de un alegre chotis mientras todos a su alrededor los

observaban con disimulo mientras comentaban en voz baja la presencia de los amos en el teatro. Finalizadas las diez canciones de que se componía el cilindro del organillo Luis Casali, la pista se fue vaciando para dejar que el organillero fuera substituido por otro más descansado y los bailarines tomaran un refresco. Guillermo aprovechó aquel momento para sacar a Marie del local.

—¿Le apetece que demos un paseo?

—Claro —dijo ella colocándose el chal sobre los hombros.

Durante los primeros minutos ninguno de los dos dijo nada, dejaron que fuera el río el que hablara y respiraron el aire puro que les llegaba del Collsacabara. Sin darse cuenta dirigieron sus pasos a la capilla de San Pedro, patrón de la colonia. De estilo gótico, la pequeña edificación se erguía sobre un tramo de trece escalones de piedra, que la pareja subió lentamente sin saber muy bien porque habían acabado allí. Una vez frente a la puerta, Marie la empujó y entró en su interior del que solo podía apreciarse, por la poca luz de la luna llena que entraba a través de los vitrales, la figura del Santo en lo alto del altar. La muchacha se sentó en el último banco de la derecha y Guillermo lo hizo a su lado. Tras un largo silencio ella dijo:

—Cuando me case quiero hacerlo aquí.

—Es algo pequeña.

—Por eso me gusta tanto. Odio la ostentación de las iglesias de Barcelona donde las plegarias se pierden entre el eco de su majestuosidad.

—¿No cree que su familia querrá invitar a mucha más gente de la que cabe aquí?

—Es posible, pero le tengo un gran cariño a este lugar y aquí me siento en paz.

—Seguro que con la luz del día es un sitio precioso.

Feliz por aquel comentario, Marie puso su mano sobre la de Guillermo y la estrechó con fuerza. Este, conmovido por aquel gesto de intimidad que se daba por primera vez entre los dos, quiso corresponderla pasando un brazo por encima de sus hombros para que ella reposara la cabeza sobre su pecho.

Sus pensamientos volvían una y otra vez a la noche anterior. El recuerdo de las manos de Marie sobre las suyas y el contacto de su joven cuerpo contra el suyo, le erizaron la piel. A pesar de parecer una mujer fuerte, decidida y muy segura de sí misma, Guillermo se había dado cuenta mientras estuvieron en la capilla de San Pedro, que la señorita Bernard, en el fondo, era una muchacha sensible con la fuerte convicción de luchar para estar a la altura de sus primos y hermano. Tenía como ejemplo a su madre. Caroline había sido y seguía siendo una mujer valiente e independiente que no permitía que nadie le dijera qué debía hacer con su vida. Marie quería parecerse a ella. Podría haber decidido ser una hija, hermana y esposa acomodada en la rutina y el bienestar de quien lo tiene todo y no deber decidir ni pensar más allá de su vestuario o de la decoración de la casa. Esa vida no era para Marie y Guillermo la admiraba por ello. Tenía claro que junto a esa mujer su vida jamás sería aburrida y además podría contar con cierta independencia tanto económica como de movimiento, y eso le permitiría continuar con sus experimentos, si llegado el momento se viera obligado a seguir porque los resultados con María no fueran concluyentes. Por otro lado tenía a Leonor. Seguía sintiendo por ella algo muy fuerte, no tenía claro si eran los restos de una relación pasada que se acabó antes de estar preparado para que terminara, o si era algo diferente y nuevo. Al decirle que sí a su propuesta de retomar las cosas donde las dejaron, no se había parado a pensar en lo que ello conllevaba, pero tras la conversación con su padre, empezó a desconfiar de sus verdaderas intenciones. A pesar de todas estas cuitas, que intranquilizaban a Guillermo mientras se dirigía al balneario a ver a Victoria, esperaba que aquel fuera un viaje de placer. Se merecía un descanso después de haber trabajado tan duro en la búsqueda de la cura y en la farmacia un año entero sin parar. Tenía pensado llegar a Sant Hilari Sacalm a medio día, instalarse en el mismo hotel en el que estuvieron cuando llevaron a su hermana al balneario la primera vez, y después de comer hacer algo de trismo por los alrededores. Dejaría la visita a la Font Picant para el día siguiente a primera hora de la mañana.

El recorrido de los casi treinta y cinco kilómetros que separaban Santa Eugènia de Sant Hilari, lo hicieron a buen ritmo, a pesar de encontrar un camino repleto de curvas, baches, subida y bajadas. Atravesaron los pueblos de Sant Julià de Vilatorça, Sant Sadurní d'Osormort, Espinelves y finalmente llegaban a Sant Hilari sobre la hora prevista.

—Me alegro de no haberle hecho caso a mi padre —dijo Guillermo mientras bajaba de la calesa.

—¿En qué, patrón?

—Él quería que viniera en tren de Vic a Hostalric y una vez allí tomara una diligencia hasta aquí, pero cuando comprobé la distancia que había entre los dos pueblos y la que hemos recorrido nosotros, sólo nos separaban dos leguas más, con la incomodidad de no disponer de un carruaje propio para poder movernos libremente por donde queramos, sin hablar de la vuelta con María, que se habría hecho del todo imposible sin nuestra propia calesa.

Jaime asintió ante la explicación de su amo mientras empezaba a bajar los pesados baúles de lo alto del carro. Guillermo dejó a su ayudante realizando esa ardua tarea mientras él entraba en el hotel España. A pesar que el exterior era bastante sencillo, sin apenas ornamentación, ni colores, tenía las habitaciones más amplias y cómodas de todo el pueblo y el precio por noche era muy razonable. Se inscribió firmando en el libro de registro y le pidió al conserje que un par de mozos fueran a ayudar a Jaime con el equipaje. Su petición fue atendida de inmediato y en unos minutos tenía sus pertenencias en una habitación del segundo piso con las mejores vistas a la iglesia y a la plaza. A su ayudante le alquiló otra en la primera planta, que costaba menos de la mitad que la suya, mucho más pequeña sin ventanas y donde apenas cabía una cama individual y una silla.

Lo primero que hizo Guillermo al llegar a la habitación, fue salir al balcón que daba a la plaza Mossèn Verdager, para contemplar Can Rovira, un gran edificio señorial del siglo XV habitado por la familia más importante del pueblo. La casa compuesta por planta baja, piso y desván, con tejado a dos aguas y fachada de piedra rojiza y ventanas de dintel monolítico con jambas de piedra picada, destacaba por su belleza a pesar de estar rodeada por edificios mucho más modernos y altos. Tenía un aire antiguo a tradición y raíces de la tierra que a Guillermo le fascinaba por su sencillez. Justo al lado de Can Rovira estaba el edificio residencial de Can Serras, con una florida fachada en las plantas superiores de esgrafiados vegetales que destacaban sobre la primera planta de piedra artificial. Muchos de los edificios y casas tanto de la

plaza como de las calles adyacentes, estaban sufriendo importantes reformas para adaptarlos a las nuevas corrientes artísticas del modernismo. Algunos solo añadían barandillas nuevas a los balcones y ventanas con una iconografía que evocaba el mundo medieval y que se inspiraba en la forja catalana de la Edad Media. Otros edificios eran levantados en los huecos que quedaban por construir y lo hacían basándose también en el mismo estilo arquitectónico. Parecía que Sant Hilari se hubiera convertido en aquellos días en una gran escuela de aprendices de Antoni Gaudí.

Antes de volver al interior, se fijó en un chico joven apoyado en una pared frente al hotel que parecía que le estuviera vigilando. Desde donde estaba no le podía ver bien la cara y además llevaba la gorra calada hasta la nariz, pero a Guillermo le resultó familiar, aunque después de mirarlo unos segundos el muchacho se marchó y él regresó al interior del cuarto sin darle más importancia.

Después de sacar él mismo toda su ropa, zapatos y demás enseres que llevaba en los baúles y colocarlos cuidadosamente en el armario y la cómoda, decidió asearse. Entró en el baño privado de su habitación, por el que había pagado un suplemento y se sorprendió al no ver una bañera en él. En su lugar se erguía un armazón de hierro sobre una plataforma de cerámica blanca en forma de circunferencia lleno de tuberías y grifos. Había visto ilustraciones de aquellas duchas pero nunca las había usado. Intuyó que debía colocarse en su interior y accionar los diferentes grifos para que los chorros de agua salieran por las pequeñas boquillas, que colocadas por todo el mecanismo, pulverizaban agua como si fuera una fina lluvia. Otra llave encendía la alcachofa superior por donde el agua salía con más presión aunque la sensación no era tan placentera como la de los costados. Después de hacerse con el funcionamiento de las manivelas, Guillermo disfrutó mucho de la experiencia, hasta tal punto que quedó totalmente convencido de instalar uno igual en cuanto llegara a Villa Carmen. Recuperado del viaje, ahora necesitaba llenar el estómago. Bajó a la recepción del hotel y preguntó por un buen restaurante. Le aconsejaron el que había en la misma calle, un poco más abajo, que preparaba la comida casera más abundante y rica de la zona. Esperó a Jaime que había ido a desenganchar la calesa y guardar los caballos, y en cuanto se reunió con él en el vestíbulo, se marcharon los dos calle abajo.

—¿Te has fijado en lo mucho que han cambiado las cosas en un año?
—Dijo Guillermo señalando a lado y lado de la calle.

Recordaba la plaza y las calles mucho más sucias, sin tantas flores y la

mayoría de casas que estaban en obras, hacía un año ni siquiera existían y en su lugar había terrenos vacíos o casas de una planta de aspecto viejo y descuidado.

—Se diría que de repente todo el mundo se ha vuelto rico y pueden permitirse reformar sus casas.

—Imagino que el balneario habrá contribuido a ello. He leído en el periódico que a partir del uno de julio esto se llena hasta la bandera de turistas y burgueses de toda Europa que vienen a tomar las aguas y a veranear al pueblo.

—Eso había oído yo también.

A pesar del ruido de las construcciones, las calles estaban tranquilas. Recorrieron lentamente la avenida que les separaba del restaurante y llegaron al Tívoli enseguida. Nada más entrar les ofrecieron sentarse en una mesa al fondo del local junto a la barra. El edificio era bastante nuevo, no tendría más de diez años y el estilo era claramente modernista con toques de color en los vidrios de las ventanas, puertas y en los azulejos verdes que cubrían la base de la barra. En aquellos momentos solo había dos mesas ocupadas además de la suya, porque no era hasta el verano cuando aquello se llenaba realmente de gente que quería comer a medio día y bailar y escuchar música por la noche. Tras tomar dos menús compuestos por consomé de verduras, pollo de payés a la cazuela con patatas y requesón con miel de postre, decidieron ir andando hasta la riera de Mansolí para bajar la comida.

A las afueras del pueblo, bien adentrado en un bosque frondoso, cruzaba el río que recorría la comarca de la Selva entre las sombras de los robles, castaños y encinas. La gente iba hasta allí en las tardes calurosas como aquella, a remojar los pies en sus frías aguas. Otros merendaban sentados en los prados, bajo la sombra de los grandes árboles, o cruzaban por el puente de madera para llegarse a la solitaria Casa Soler, donde en tiempos pasados tenían los carlistas su hospital de sangre. Ni a Guillermo ni a Jaime les apetecía seguir andando, así que se sentaron en una de esas piedras y tras refrescarse un rato y empaparse de aire puro, decidieron volver al pueblo para mandar un telegrama al balneario y avisar de su visita a primera hora del día siguiente. Durante el camino de vuelta, a Jaime le pareció que alguien les seguía, se giró un par de veces pero no vio nada raro, a su alrededor solo había hierba alta, árboles y campos de cultivo. Siguieron hasta Sant Hilari y ocuparon el resto del día en recorrer la otra parte del pueblo que aún no habían visto y con ello descubrieron que las obras se extendían por doquier y

encontraron parques y jardines en lugares donde antes solo había campos y huertos.

Al poco de salir el sol, Guillermo se subió a uno de los coches de caballos que Martín Pons ponía a disposición de los visitantes del balneario. Era el único ocupante del carruaje puesto que había creído que la presencia de Jaime no era necesaria y sería más provechoso que se quedara en Sant Hilari preparando el equipaje y los caballos para partir a Arbúcies tras su regreso de la Font Picant. El vehículo salió de la plaza de la iglesia y se dirigió por la parte norte del pueblo al fondo del valle. El día era radiante pero no notó el calor que el sol ejercía sobre él porque en aquella zona de les Guilleries, la temperatura bajaba notablemente con respecto a la que se podía sentir en el pueblo. Le rodeaba una espléndida y exuberante vegetación que se extendía desde la falda hasta la cumbre de las montañas formando una espesa alfombra de verdor, con el vivo contraste de un cacho de cielo azul que sobre los árboles tomaba el aspecto de una cúpula. Siempre con la riera de Montsolí a su izquierda dejándose oír con fuerza, recorrieron una cómoda y ancha carretera, procedente de Vic por un lado y de Hostalric por otro. El sinuoso recorrido de tierra estaba salpicado con la vista de algunos chalés levantados en las cumbres, con las sendas atravesando en todas direcciones las faldas de las montañas. Sin duda era el lugar ideal para pasar la calurosa estación estival.

Justo antes de entrar en el paseo de plataneros que daban la bienvenida al recinto, Guillermo reconoció el gran hotel frente a él. Con cinco plantas, de forma rectangular y sin demasiadas ornamentaciones, destacaba imponente entre tanto monocromatismo verde. El coche se detuvo en el patio que había entre la casa del servicio y el hotel para que se bajara. Una vez descendió, vio que ya le estaban esperando Victoria y el director del establecimiento, Nicolás Pérez Rodríguez.

Guillermo saludó primero con un apretón de manos al médico y tras esa formalidad, abrazó cariñosamente a su hermana que casi con lágrimas en los ojos se quedó entre sus brazos un largo rato, tras el que se separaron y se miraron de arriba abajo, escrutándose para comprobar cuánto habían cambiado en aquel largo tiempo en que no se habían visto.

—Te veo un poco desmejorado, hermano.

—Pues yo te veo preciosa, Victoria.

—Será el aire puro y el agua, que me sientan tan bien.

Se volvieron a abrazar brevemente hasta que Guillermo se acordó que tenían junto a ellos al director que había permanecido callado esperando que cesaran entre ellos las muestras de cariño.

—Perdone doctor, hacía tanto tiempo que no veía a mi hermana que...

—No hace falta que se disculpe, lo entiendo perfectamente. Además Victoria es una chica muy afectuosa con todo el mundo y no esperaba que fuera menos con su hermano.

Los tres rieron y siguieron al señor Pérez al interior del establecimiento. Subieron los dos tramos de escalera que les separaba del porche de la entrada formado por arcos y columnas cuadradas que sostenían una pequeña terraza en el segundo piso. Ya dentro, atravesaron el vestíbulo para llegar a la recepción donde se inscribían los huéspedes al llegar. El director quiso mostrar a Guillermo las mejoras hechas en la planta baja, empezando por las dos salas de billar, de la parte delantera del edificio, una a cada lado del vestíbulo. Junto a una de estas salas de juego, había una galería acristalada para tomar café, un salón para reuniones magníficamente amueblado, la capilla, un grandioso comedor al final del largo pasillo, el salón de lectura, la cocina y los comedores para el servicio. Justo en el centro de la planta, simulando un patio de estilo andaluz con una galería de arcos y columnas que lo rodeaban por completo, había un espacio ideal para descansar o leer con la luz natural que llegaba a través del techo acristalado. Se detuvieron unos minutos para contemplar un enorme cuadro que ocupaba una pared entera hasta que les interrumpió una voz desde el segundo piso.

—Victoria, ¿puedes venir un momento a la habitación de la señora Clotilde?

Guillermo se asomó al patio y vio que desde la barandilla del segundo piso, una chica vestida con un uniforme blanco igual al de su hermana, sacaba la cabeza. Victoria se disculpó y subió por las escalera que quedaban junto a la recepción. A los pocos minutos volvía a bajar con una expresión de felicidad en la cara.

—La señora Clotilde parece que se encuentra mucho mejor hoy y me ha pedido que la saque a pasear por la tarde.

—Me alegra mucho oír eso —dijo el doctor Pérez—, no sale de su habitación desde hace casi una semana. Imagino que las aguas han empezado a diluir los cálculos y el dolor ha disminuido. Antes de que la saques, subiré contigo a verla.

Victoria asintió con una sonrisa y en aquel momento Guillermo notó un brillo especial en los ojos de ambos. No dijo nada, pero se lo guardó para preguntarle a su hermana un poco más tarde. Siguieron el recorrido y llegaron al final del largo pasillo donde empezaba la zona de comedor. El espacio principal era una pieza rectangular de treinta metros de largo por ocho y medio de ancho y una altura considerable, con un precioso arriadero de madera, rematado por un friso de cartón imitando azulejos. El techo ofrecía un aspecto sencillo y severo, con su artesonado de madera y las jácenas a la vista. Lo más notable eran las dos grandes vidrieras colocadas en las testeras del comedor, donde dos aberturas laterales establecían comunicación entre este gran comedor, el salón y las otras habitaciones de servicio general. Algo que llamó la atención a Guillermo, fueron las lámparas incandescentes, pues las había por todas partes y sobretodo en el centro del comedor y dos más grandes en el teatro, con hasta ocho bombillas en una misma lámpara.

—¿Cómo consiguen tanta energía para iluminar todo esto? —Le preguntó al doctor Nicolás Pérez.

—Pues no es fácil. Estas lámparas —dijo señalando a la más grande que colgaba sobre sus cabezas junto a la barra del comedor—, tienen en total treinta bujías, y solo en el comedor hay doce. Si las multiplica por todas las que hay en el edificio y fuera de él, se dará cuenta que es mucha electricidad a lo largo del año.

—¿Y cómo logran que todas funcionen a la vez?

—El agua nos da todo lo que necesitamos. La luz eléctrica se genera a través de una dinamo movida por la fuerza del agua del torrente que pasa a los pies del edificio.

Después de esa explicación solo les restaba dar un último vistazo al recién estrenado teatro con su amplia sala y un fantástico escenario sobre el que cabía una orquesta de hasta treinta componentes con sus instrumentos, según había contado el director.

—Estoy gratamente sorprendido por las espléndidas mejoras que han hecho en este lugar —dijo Guillermo—. Cuando vinimos el año pasado ya nos pareció sublime pero ahora es sencillamente de lo mejor que he visto. Estaría encantado de poder pasar unos días durante el verano. Ahora entiendo porque te quedaste después de tu recuperación —le dijo a Victoria mientras seguía admirando los grandes espejos situados en ambas paredes y que colgaban a más de tres metros del suelo.

—Se lo agradezco enormemente señor Caba —se adelantó a responder

el médico—. Sería un placer para nosotros acogerle en el balneario cuando guste y por supuesto es una alegría para todos los que trabajamos en él, contar con la presencia de su hermana entre nosotros. Su trabajo con las pacientes es esencial.

Con las mejillas encendidas por la vergüenza, Victoria miró al director con cariño y le pasó la mano por el brazo tímidamente. Aquel gesto le confirmó a Guillermo que había algo entre ellos que nada tenía que ver con la relación que pueda existir entre una enfermera y su jefe.

—Si me disculpan, debo volver a las rondas con mis pacientes —dijo el señor Pérez antes de marcharse al segundo piso.

Los dos hermanos se quedaron solos por primera vez en un año y Victoria le propuso enseñarle las fuentes y los jardines a Guillermo. Regresaron sobre sus pasos por el largo pasillo que llevaba a la recepción y salieron al patio delantero, donde algunas de las mesas redondas de hierro y mármol, estaban ocupadas por hombres y mujeres, la mayoría mayores de cincuenta años, bebiendo agua, leyendo o contemplando a los que paseaban bajo los castaños de indias.

—No sé si hace falta que te pregunte como te encuentras, a la vista está que mucho mejor que la última vez que nos vimos.

—La verdad es que no podría estar mejor —contó Victoria muy contenta—. Este lugar es fantástico. La tranquilidad que aquí se respira, los huéspedes y el personal son maravillosos conmigo. Todo el mundo me trata muy bien y el trabajo que realizo me hace feliz.

—Yo diría que hay algo más que no me has contado en tus cartas.

—¿Algo más? ¿A qué te refieres?

—Al doctor Nicolás Pérez.

—¿Qué pasa con él?

—No entiendo mucho de esas cosas pero yo diría que os miráis de un modo... un tanto... Con cariño.

—Claro, ¿de qué otro modo deberíamos mirarnos?

—Creo que entre vosotros hay algo más que una relación meramente profesional.

Victoria detuvo el paso justo antes de empezar a bajar las escaleras hacia la fuente de Sant Josep y miró muy seria a su hermano.

—¿Cómo puedes pensar que podría estar enamorada de alguien tan mayor, Guillermo? —Parecía realmente contrariada—. El doctor Pérez está casado y nuestra relación es solo como médico y enfermera.

Guillermo se sintió mal y se lo hizo saber.

—Perdóname Victoria, creí que el afecto que he visto entre vosotros era debido a algo más. Lo siento.

Siguieron bajando los peldaños hasta el río y llegaron a la fuente que había dado nombre al lugar, desde la que brotaba el agua medicinal y casi milagrosa que atraía cada año a centenares de personas de toda la Península y algunas incluso del extranjero. Se sentaron en el murete que recorría casi toda la propiedad por la parte que daba el río, y mientras observaban a los que bebían de la fuente, Victoria se confesó a su hermano.

—En realidad si hay algo que no te he dicho del doctor Pérez y de mí.

Guillermo no dijo nada esperando que fuera ella la que acabará de dar la explicación completa.

—Tenemos algo más que una simple relación profesional. —A Victoria le estaba costando pronunciar las siguientes palabras, así que antes de hacerlo, se levantó, cogió uno de los vasos con un número dibujado que colgaba de una barra bajo la sencilla pérgola, y se acercó al chorro de la fuente. Se agachó con cuidado para no mojarse el uniforme y llenó el vaso casi hasta arriba. Tomó un largo trago y se acercó a Guillermo ofreciéndole el resto del agua que él rechazó. Se volvió a sentar en la piedra y dijo—: Podríamos decir que el doctor me quiere como a una hija porque soy la novia de su hijo Carlos desde hace unos meses.

A Guillermo aquellas palabras le sentaron como un jarro de agua fría.

—¿Por qué no nos lo has dicho antes? —Intentó no parecer demasiado enfadado para que ella se explicara con libertad.

Victoria reflexionó unos segundos y tras terminarse el baso de agua y volver a dejarlo en su sitio junto a los otros, empezó a andar por el sendero paralelo al río, esperando que su hermano la siguiera. Cuando Guillermo estuvo a su altura, dijo con la mirada clavada en el suelo:

—A pesar que nuestra relación empezó en julio del año pasado, no es algo que haya tenido continuidad en el tiempo. Él solo está aquí los meses de verano cuando hay más clientes y ayuda a su padre con los pacientes afectados de litiasis. Carlos aún no ha terminado la carrera y vive casi todo el año en Barcelona, así que podría decirse que solo nos hemos visto algunas semanas desde que estoy aquí.

Guillermo pareció casi aliviado de oír aquello, pues eso quería decir que la cosa no era tan seria como había podido parecer en un primer momento y entendía el silencio en las cartas de su hermana.

—Bien, entonces supongo que vuestra relación aún no está consolidada.

—¡Claro que sí! Nos escribimos todas las semanas una o dos veces y en cuanto termine su último curso, se quedará a vivir aquí y nos casaremos.

—Pero ¿cómo vas a querer casarte con alguien que apenas conoces? ¿Qué sabes sobre el tipo de vida que lleva en Barcelona? ¿Y si es un borracho o un jugador empedernido? o peor aún, quizá sea un bruto al que le gusta pegar a las mujeres.

En realidad Guillermo estaba pensando en la relación que mantuvieron él y Leonor en sus inicios, cuando todo parecía tan idílico en la superficie pero en el fondo él no dejaba de ser alguien indigno para ella. No quería que a Victoria le pasara lo mismo.

—Sé que Carlos no es así. Es una buena persona, trabajador y responsable. Es el primero de su promoción y cuando estuvo aquí me trató siempre con respeto y cariño.

—Solo quiero que te plantees todas las posibilidades para que no te pillen por sorpresa. Eres muy inocente y no me gustaría que te llevaras una desilusión en esto —su tono ahora era más relajado y hablaba en un susurro porque estaban llegando de nuevo al jardín delantero del hotel lleno de gente que paseaba por sus alrededores.

Victoria lo guió hasta la siguiente fuente, la de Santa Escolástica, indicada para aquellas personas con problemas de estómago y úlceras. Mientras bajaban el largo tramo de escaleras, un muchacho subía. Su gorra llamó la atención de Guillermo quien creyó haberla visto en otro sitio. Se detuvo un momento y se volvió justo cuando este llegaba a lo alto y se giró para mirarlo con disimulo. Durante un instante sus ojos se encontraron y a Guillermo le asaltó el recuerdo de una noche no muy lejana. Cuando miró de nuevo, el chico había desaparecido. Tuvo la tentación de seguirle pero su hermana ya había llegado a la desembocadura del camino y le esperaba junto a una pequeña construcción de bloques de piedra pulida donde la puerta en forma de arco, daba paso a una fuente mucho más rudimentaria y sencilla que la anterior.

—¿Qué te pasa? Parece que hayas visto un fantasma —preguntó preocupada Victoria mientras se agachaba junto a un pequeño chorro de agua que salpicaba la roca dejándola de un color rojo intenso.

—No lo sé, puede que lo haya visto... Me ha parecido reconocer a alguien que...

—¿Qué?

—Nada, déjalo. Me habré confundido.

Guillermo se sentó en un banco que salía de la misma roca de la montaña para recuperarse de aquel instante. Fue Victoria quien quiso aprovechar el silencio que se había creado entre los dos para cambiar de tema y hablar de algo que no tuviera nada que ver con ellos.

—Cuéntame cómo están las cosas en la farmacia y como está el señor Tuneu tras la desaparición de su sobrina.

Guillermo se lo había comentado en su última carta y no tuvo ningún reparo en contarle todo lo que sabía sobre la investigación, obviando solo que él realizaba una búsqueda paralela a la de la Guardia Civil.

—He oído que quizá los bandoleros de estas tierras habrían bajado a la Plana para cometer raptos y saqueos. —Guillermo quería saber cual era la versión de su hermana sobre lo que se rumoreaba en Santa Eugènia.

—Por aquí no se ha sabido nada de ellos desde hace mucho tiempo. A algunos lugareños les gusta contar historias de cuando Serrallonga vivía cerca de aquí, como ya sabes le tenían mucha estima y aún sigue existiendo gente que habla de él con admiración, pero dudo que sigan habiendo cuadrillas por estas montañas.

En ese punto zanjaron el tema de Dolors, y Victoria quiso saber qué tal le iba a su hermano con las mujeres. De camino a la tercera fuente, la de Santa Teresa, le preguntó sin ambages.

—¿Vas a casarte pronto? Según tengo entendido por una carta que me escribió padre, te ha buscado una muchacha de buena familia que además de guapa es inteligente y de carácter.

Guillermo se sorprendió al darse cuenta de lo informada que estaba su hermana a pesar de vivir tan lejos de ellos.

—Creo que padre se está adelantando a los acontecimientos. Marie es alguien a quien conozco desde hace muy poco tiempo y de la que no sé casi nada. Precisamente ayer fue la primera vez que pudimos hablar a solas.

Tras esa confesión, lógicamente Victoria quiso saber todos los detalles sobre esa mujer, y mientras paseaban bajo la sombra de los castaños en flor, escuchaba con atención todo lo que su hermano mayor le contaba. Finalizado el relato ya habían sobrepasado la fuente y se dirigían sin haberse dado cuenta al pozo de hielo del otro lado del camino, fuera del recinto del balneario.

—Por tus palabras deduzco que esa chica te gusta y parece que la tienes en gran consideración y que incluso, te agrada que tenga las ideas tan

claras, algo que creía que nunca oiría de tus labios. Pensaba que te gustaban las mujeres como Leonor, calladas y bastante sumisas.

De nuevo las palabras de su hermana le pillaron por sorpresa. ¿Quién era esa mujer que parecía saber tanto de la vida, y que en tan solo un año había dejado de necesitar que la acompañaran a todas partes? Talmente aquel tiempo alejada de su familia le había cambiado y fortalecido el carácter, también parecía más madura y sensata en sus conclusiones.

—Tienes razón —le dijo subiendo las escaleras de piedra que conducían al jardín semicircular en lo alto del pozo—, quizá antes me gustaran ese tipo de mujeres, pero no estoy seguro si ahora las prefiero más atrevidas y que no me lo pongan todo tan fácil.

Se quedó pensando en ello un rato, lo suficientemente largo como para que su hermana supiera que estaba rumiando algo que le preocupaba.

—Creo que tú también tienes algo que no quieres decirme.

—No es que no quiera decírtelo, es solo que no me ha parecido importante hasta ahora.

—¿Y ahora sí crees que es importante?

—Quizá puedas ayudarme a ver las cosas desde otro punto de vista. Desde la perspectiva de una mujer.

Al igual que había hecho Guillermo en la primera fuente, Victoria prefería esperar a que fuera su hermano quien le contara lo que quisiera. A los pocos segundos él dijo:

—Leonor está pasando unos días cerca de Santa Eugènia y nos hemos vuelto a ver hace poco.

—¿Sigue enfadada contigo?

—No, me ha perdonado.

—Lo dices triste, como si no fuera algo que hubieras querido desde hace tiempo.

—En realidad si lo quería, pero ahora que ha llegado me parece extraño. A padre también se lo parece.

—¿Por qué?

—Porque no es solo que me haya perdonado sino que me ha pedido, casi exigido, que retomemos nuestra relación donde la dejamos antes de romper.

Victoria lo pensó. En efecto, le parecía algo extraña aquella actitud de la misma persona que había montado en cólera al enterarse de la infidelidad pública de Guillermo. Casi no parecía que estuvieran hablando de la misma

chica que cayó en una depresión, y no quería salir de casa ni hablar con nadie tras los acontecimientos provocados por su prometido.

—La verdad es que parece que ha cambiado. Según cuentas sigue enamorada de ti y no te ha olvidado durante este tiempo. Aunque quizá a mí me costaría hacer lo mismo que ha hecho ella, no me parece tan raro que una mujer enamorada pueda tragarse su orgullo y dejar atrás el pasado para retomar una relación, si cree que con ese hombre puede ser más feliz que sin él.

A Guillermo le parecieron unas sabias palabras. Cerró los ojos en medio de aquel fantástico paraje verde y lleno de vida. Respiró profundamente y soltó el aire muy despacio un par de veces. Se sentía mucho mejor de lo que no se había sentido en meses. Quizá la gente tenía razón cuando decía que era el mejor lugar para rehacerse de cualquier dolencia. Se plantearía seriamente el pasar unos días en el hotel si finalmente las pruebas con María salían como él esperaba. Ahora debían volver al balneario para que Victoria pudiera seguir con su trabajo y él regresaría al pueblo a por Jaime y partirían a Arbúcies.

Volvieron a paso lento, sabiendo que en cuanto llegaran al aparcamiento de los caballos, él subiría al carruaje y no volverían a verse en mucho tiempo. Pasaron junto a la galería donde se tomaba el café, que recorría el extremo izquierdo de la planta baja del edificio, pasaron junto a una gran explanada de césped donde hombres y mujeres estaban sentados sobre la hierba húmeda, y finalmente llegaron a la caseta de la entrada donde ya le esperaba su carro.

—Escríbeme más a menudo —dijo Victoria mientras besaba a Guillermo en la mejilla—. Quiero saber como sigue el asunto de Dolors Tuneu y tu relación con Leonor y Marie.

—Claro, no te preocupes. Y no olvides que yo también quiero estar informado sobre todo lo que acontezca entre tú y Carlos Pérez, al que espero conocer este verano.

Se saludaron con la mano y solo cuando el carruaje de Guillermo se perdió en la avenida de los plataneros, Victoria bajó la mano y con lágrimas en los ojos volvió al interior del edificio principal para retomar sus tareas con las pacientes.

En una casa de campo a las afuera de Vic, alguien recibía un telegrama

a última hora de la tarde:

G. aloja hotel España. Visita pueblo ayer. No habla nadie. Visita hoy balneario. Encuentro gerente y hermana. Marcha solo. Parto Arbúcies tras él. Mañana informo.

J.

Se alejaron del corazón de les Guilleries contemplando el hermoso paisaje formado por estribaciones cubiertas de castaños, nogales, pinos, encinas, robles, álamos y arces, con la gigantesca cumbre del Montseny al fondo, cuya cima se escondía entre las nubes. El trayecto se hizo mucho más corto que el del día anterior, aún así, tardaron dos horas en recorrer la peligrosa y maltrecha carretera hasta el desvío a la población de Joanet, donde solo entonces pudieron contemplar a la derecha y en lo alto de la colina del mismo nombre, el castillo de Montsoliu. Lo dejaron atrás, también campos y más campos de cultivo, casas de payés y grandes masías, para llegar algunos kilómetros más adelante a un camino de bajada bordeado por dos filas de álamos que formaban una espesa bóveda de ramaje que impedían el paso de los rayos solares, hasta la pintoresca villa de Arbúcies.

Guillermo nunca había estado allí. Leyó años atrás las crónicas de Don Víctor Balaguer *Al pie de la encina* (1892), donde se describía con detalle el pueblo, sus casas, gentes, ríos, leyendas y por supuesto su maravilloso entorno. Ese manuscrito le había causado tan grata impresión, que se juró que algún día iría solo por ver con sus propios ojos aquella magnificencia. Ahora tendría la oportunidad de hacerlo, siempre que no olvidase su objetivo principal y lo que realmente le había llevado tan lejos de su casa. Lo primero era descargar el equipaje y dar descanso a los caballos mientras ellos cenaban. Iban a hospedarse, por recomendación de un buen amigo, en una casa solariega del siglo XVII de la Calle Mayor, conocida como La Gabella. Antiguamente se usaba como almacén de productos básicos (aceite, sal, vino, maíz...) y más tarde fue un hostel para transeúntes y mendigos. Ahora, los propietarios, acogían a personas de alta cuna, artistas y personalidades políticas cuando se quedaban en el pueblo unos días o simplemente iban de paso. Una vez frente a la gran entrada, Jaime golpeó un par de veces la aldaba y esperó a obtener respuesta.

—¿Quién va? —Una voz de hombre mayor resonó desde el fondo de la planta baja.

—Guillermo Caba y su cochero —respondió Jaime con voz fuerte.

Se oyeron las vueltas de la llave que desbloqueaba los cerrojos y apareció ante ellos un hombre encorvado de entre cincuenta y sesenta años con una luz de gas en su mano derecha. Les miró de hito en hito antes de pronunciar sus primeras palabras.

—Les esperábamos hace rato. Llegan tarde.

El tono del portero era severo, parecía enfadado o cuanto menos molesto por tener que abrirles, a pesar que Guillermo pudo ver en su reloj que no eran ni las ocho de la tarde. El hombre abrió del todo una hoja de la puerta y se retiró para que los dos hombres pudieran pasar al gran zaguán de techos bajos y abovedados. Cuando el anciano se disponía a conducirlos a la sala donde les estaban esperando, Jaime se quedó quieto en el lugar sin intención de acompañarlos y preguntó:

—¿Puede indicarme donde dejar la calesa y el equipaje del señor Caba?

—Espere aquí, acompañaré primero a su amo dentro y luego le mostraré las cuadras —su tono seguía siendo áspero y malhumorado.

El mayordomo condujo a Guillermo por un pasillo de paredes rústicas de piedra pulida de tamaños y formas desiguales. Pasaron por delante de varias salas, algunas con puertas cerradas y otras solo con el vano, hasta pararse en frente de una entrada acristalada. Una tenue luz llegaba desde su interior y al abrirse la puerta, las notas de la obra cumbre de Puccini llegaron a los oídos de Guillermo con nitidez. El anciano se adelantó y anunció al invitado, mientras este esperaba en el pasillo.

—Ha llegado el señor Caba.

—Gracias Celonio, que pase por favor.

Guillermo no pudo ver el rostro de aquella aterciopelada voz femenina. Solo cuando el sirviente se marchó y cerró la puerta, apareció tras un biombo pintado con un paisaje floral, una exuberante mujer morena, de largos y rebeldes bucles que caían sobre sus hombros y resaltaban sus penetrantes ojos negros. Vestía una camisa interior y pololos blancos cubiertos por un chal de flores, que a duras penas cubría su voluptuoso cuerpo.

—Bienvenido a la Gabella, señor Caba —dijo alegremente mientras se dirigía a la mesilla de los licores y se servía una copa de una bebida rosada —. Soy Dolores Candelaria Ramos Vera de Avellaneda, pero puede llamarme Lola.

Enseguida se sintió atraído por aquella mujer y su acento que claramente no era español, pero hubo algo que le llamó mucho más la

atención.

—¿Está usted sola? —Preguntó Guillermo escrutando la pequeña habitación en la penumbra donde solo había un diván de terciopelo rojo, la mesita de los licores, el biombo y una pequeña mesita de centro que sostenía un gramófono, que reproducía el último acto de la Boheme.

—Yo diría que lo voy a estar durante largo tiempo. Mi marido viaja mucho a causa de su trabajo y yo no lo hago debido al mio.

Aquello desconcertó un poco a Guillermo que pretendía presentarse ante su anfitrión, pero la sorpresa duró tan solo unos segundos, tras los cuales creyó que quizá sería mejor así, pues solía entenderse siempre mejor con las mujeres que con sus maridos.

—¿Hay algún otro huésped, hijos, parientes... en la casa?

—No. Dios no quiso darnos descendencia y ahora mismo es usted el único invitado acá.

—Bueno en realidad somos dos, mi cochero y yo —puntualizó él.

—Claro. ¿Dónde está?

—Imagino que haciéndose cargo de los caballos y el equipaje.

—Me gustaría conocerlo. Tengo por costumbre saber quien duerme bajo mi techo.

—Por supuesto. En cuanto termine se lo presentaré.

La mujer se recostó en el diván sorbiendo su bebida a pequeños tragos mientras le indicaba con la otra mano al recién llegado, la mesa de los licores.

—Si gusta puede servirse usted mismo.

—Gracias pero antes preferiría comer algo. Desde que salimos de Sant Hilari no hemos probado bocado.

Lola se incorporó y tomó una campanilla de plata del suelo que hizo sonar un par de veces. Al poco rato el encorvado sirviente se presentaba con el faro en la mano y cara de pocos amigos.

—¿Ha llamado, señora?

—Dile a Matilde que prepare algo de comer para el señor Caba y su chófer. —Se giró hacia su invitado que seguía de pie junto al biombo y le preguntó—: ¿Quiere que se lo sirvan en el comedor o se lo tomará en su habitación?

—Si usted me acompaña iré al comedor.

—Nunca como en él cuando mi marido no está en casa. Para mí sola es una estancia demasiado grande y fría. Además, ya he cenado.

—Entonces lo tomaré en la habitación, estoy muy cansado.

El mayordomo se inclinó ligeramente hacia su ama y justo antes de darse la vuelta para marcharse, le lanzó una severa mirada a Guillermo y una especie de gruñido que le heló la sangre.

—No se lo tenga en cuenta —dijo Lola algo divertida por la expresión del boticario—. Es siempre así con los varones que se hospedan acá.

—¿Por qué?

—Es muy protector conmigo. Es como mi segundo papá y me ha servido desde que vivía en la Argentina. Por lo general no le gustan los hombres que me rodean, ni siquiera le agrada mi marido.

—¿Y no es un problema eso para su esposo?

—Julián no está casi nunca en nuestro... hogar —parecía que le hubiese costado pronunciar aquella última palabra.

—Bien, por suerte he llegado yo para hacerle compañía.

Quizá su atrevimiento era algo descarado y demasiado directo para no hacer más de cinco minutos que conocía a aquella dama, pero su forma de hablar tan abierta y su desinhibición al presentarse ante él semi desnuda, provocaron aquella reacción que le salió de forma natural, aunque viendo que a ella no le había hecho tanta gracia, decidió dejarla sola.

—Si es tan amable de indicarme cual es mi cuarto, iré a deshacer el equipaje y después de cenar me acostaré.

—Le acompaño.

Lola se levantó lentamente y mientras lo hacía, el chal resbaló de sus hombros dejando a la vista sus perfectos y grandes pechos que se transparentaban a través de la fina ropa de la camisa. Guillermo no pudo más que quedarse mirando fijamente sin disimulo alguno. A ella pareció no importarle aquel acto y tras recoger una luz de gas que colgaba junto a la puerta, condujo a su invitado por la planta baja hasta unas escaleras que subían al segundo piso. Torció a la derecha y después de pasar por delante de dos puertas cerradas, se detuvo en la tercera, la que quedaba al fondo del pasillo.

—Esta es su habitación. —Abrió la puerta y se introdujo en ella—. Creo que lo encontrará todo a su gusto. Tiene agua limpia allá y toallas en el estante de abajo. Si desea otro cojín o manta, pídasela a Celonio, aunque puede que no le atienda enseguida, se acuesta temprano y tiene un sueño muy pesado.

Cuando ya se marchaba y antes de cerrar la puerta, dejó la luz sobre la cómoda y dijo:

—Encontraré el baño en la primera puerta a la izquierda y si me necesita mi habitación está al otro lado del pasillo, es la puerta en la que hay una nereida o como dicen acá «una dona d'aigua».

Sin querer despedirse todavía de ella, Guillermo alargó un poco más la conversación:

—¿Va a acompañarme mañana en el desayuno?

—No lo creo. Nunca sé a qué hora me levantaré o si me acostaré. Dígame a qué hora suele usted desayunar y yo avisaré a Matile para que tenga todo listo en el comedor para cuando vaya.

—Suelo despertarme temprano, así que hacia las ocho.

—Bien. Buenas noches.

—Que descansa señora Ramos.

—Lola, por favor.

Cuando Guillermo se quedó solo observó la que sería su habitación los próximos días: la decoración era austera, aunque los muebles parecían de buena calidad: una pequeña cómoda de tres cajones arrinconada en la misma pared de la puerta, un lavabo jofaina con espejo junto a la cama, que a pesar de no ser más que un colchón con patas y un cabecero simple de metal, comprobó que era mucho más cómoda que la que había tenido en el hotel. Visto todo, se quitó la chaqueta y la corbata, y las dejó cuidadosamente guardadas en el pequeño armario colgador, que aunque reconoció que se trataba de una pieza fantástica y elegante, era demasiado pequeña y femenina para aquel lugar. Se remangó y se lavó profusamente las manos, brazos y cara. Llamaron a la puerta cuando se estaba secando. Era Celonio que portaba un plato cubierto por una campana en una mano y su inseparable faro en la otra.

—Aquí tiene su cena.

Se la entregó y se dio media vuelta para marcharse sin más, pero Guillermo le detuvo.

—¿Dónde está Jaime?

—Comiendo en la cocina.

No se giró para responderle y siguió andando hacia las escaleras pero antes que empezar a bajarlas Guillermo le volvió a decir:

—Cuando termine que suba por favor.

Celonio no dijo nada más y se perdió de la vista de Guillermo antes que este terminara la frase.

Tras acabarse las judías con butifarra y prepararse para dormir, apareció Jaime dando unos suaves golpes en la puerta de su habitación.

—Pasa.

Cuando este entró y cerró la puerta, Guillermo dijo en un susurro:

—¿Has podido guardar bien el baúl con las cosas para María.

—Sí patrón, lo he dejado todo en mi habitación que está junto a las cuadras. —Miró a su alrededor y con resignación pronunció—: no es tan bonita ni grande como esta pero bajo la cama he podido dejar todo lo que podría incriminarnos.

—Bien. Voy a acostarme. Descansa y mañana a primera hora iremos a dar un paseo por la zona oeste del pueblo a ver si encontramos la casa de la tía de María.

—Está bien patrón. Buenas noches.

—Buenas noches.

Lo único que sabían de la casa que buscaban, era que no estaba en el núcleo urbano, sino hacia el oeste, paralela al camino que iba de Arbúcies a Hostalric, en un lugar apartado no muy lejano del arroyo que cruzaba la población por el centro. Según le había oído decir al campanero, la choza no era demasiado grande, tenía una sola planta cuadrada con techo a dos aguas y un edificio adyacente que se usaba como corral para un par de cabras, gallinas y conejos. Con esas señas Guillermo y su ayudante, se dispusieron a recorrer las afueras de Arbúcies a pie, con la excusa de ir de excursión a explorar los alrededores de la población.

Después de desayunar en el comedor, Guillermo fue al vestíbulo para encontrarse con Jaime y salir juntos a la calle Mayor bajo un radiante sol de mayo. No corría ni una brizna de aire y la temperatura a las nueve de la mañana ya parecía de pleno verano. Bajaron por las empedradas escaleras que llevaban a la calle principal que cruzaba el pueblo de punta a punta dividiéndolo entre la parte antigua y la nueva. Igual que en Sant Hilari, el recorrido estaba salpicado de edificios en construcción de estilo modernista y neocentista con fachadas decoradas, balcones de hierro forjado y bellos jardines con árboles frutales y grandes rosales que podían verse desde la calle. Dejaron atrás la población, y resiguiendo el camino que llevaba en línea recta a Hostalric, anduvieron durante más de una hora hasta llegar a un puente escondido entre grandes plataneros y bellos castaños. En su sombra pararon a descansar sentados en el murete del lado izquierdo de la calzada mientras veían pasar carros, diligencias y transeúntes que entraban y salían de la población. Algunos para vender o comprar lo que les sobraba o faltaba, otros eran claramente turistas de los cuales la mayoría, irían casi con total seguridad al balneario después de tomar el tren hasta Hostalric y desde allí la diligencia a Sant Hilari. Cuando sus cuerpos se hubieron recuperado y el sudor de sus ropas secado, reemprendieron el camino, está vez a través del bosque, sin perder nunca de vista el arroyo que sabían que en algún momento les conduciría a la casa que estaban buscando. Caminaron y caminaron largo rato

sin ver ninguna construcción que se asemejara a una pequeña casa con un corral. Sí divisaron una serrería, un molino y una gran torre con un muro que rodeaba la propiedad, pero nada de la casa de María y su tía. Cansados y hartos de patear el bosque, decidieron volver al pueblo antes que se les pasara la hora del almuerzo.

—Volveremos mañana y haremos el recorrido por el lado contrario del río —propuso Guillermo resoplando a causa del calor y el cansancio.

—Quizá deberíamos preguntar a los lugareños, para no ir dando palos de ciego.

—Ni hablar, aún nos quedan algunos días para hacer el trabajo. Volveremos mañana y seguro que la encontramos.

Aquella respuesta no admitía discusión, así que regresaron por donde habían llegado, caminando a paso ligero, esta vez sin prestar demasiada atención a lo que les rodeaba, con el único deseo de llegar cuanto antes para quitarse la ropa empapada en sudor y comer algo para reponer fuerzas.

Llegaron a las puertas de la casa de Lola cuando las campanas de la iglesia de la Piedad repicaban tres veces, dos para marcar los cuartos y una para la hora.

—Esperemos que en esta casa se coma tarde porque si son como en Villa Carmen, volveré a comer otra vez solo en la habitación —dijo algo molesto Guillermo por haber perdido toda la mañana en algo infructuoso que podría haberle privado de almorzar con Lola.

Una vez en el interior de la vivienda el cambio de temperatura fue considerable. Aquellas gruesas paredes hechas para no dejar entrar el sopor del verano y para que no se escapara el calor del hogar en invierno, les hizo sentirse mejor. En cuanto se cerró la puerta, Celonio acudió a la entrada y con su habitual cara de haberse tragado un limón, les preguntó sin ceremonias:

—¿Va a querer almorzar solo en el comedor o le subo la comida a su habitación?

—¿Es que la señora Ramos no va a acompañarme?

—Ella está trabajando y no quiere que la molesten.

En ese momento Guillermo se dio cuenta que no sabía cuál era la profesión de la dueña de la casa. Recordaba que ella misma le había dicho la noche anterior que a causa de su trabajo no podía acompañar a su marido en sus viajes, pero no recordaba que le dijera cual era.

—No me apetece comer otra vez solo, así que comeré donde lo haga Jaime.

—¿En la cocina, señor? —Se extrañó el sirviente.

—Supongo que sí —dijo sin querer alargar más aquella conversación, deseoso de deshacerse de la ropa que tenía pegada al cuerpo.

Esta vez el hombre cambió su habitual cara de desagrado por la de sorpresa y se dirigió encorvado pero a paso ligero a la cocina que quedaba en el extremo opuesto de aquel mismo pasillo.

Guillermo ya se encaminaba a la segunda planta cuando pasó por delante de una de aquellas puertas cerradas del primer piso de donde provenían unos fuertes golpes. Se quedó un instante oyendo desde el pasillo y le pareció que sonaba como si alguien golpeará una piedra con un martillo. No le dio importancia y siguió su camino al piso superior. Una vez aseado y con ropa limpia, bajó a la cocina. Encima de la larga y estrecha mesa de madera sin pulir, le esperaba un gran banquete con un pollo rustido y patatas, una bandeja con verduras asadas, sopa de garbanzos, una gran hogaza de pan blanco y para beber agua, vino y jerez. En el otro extremo de la misma mesa estaba sentado Jaime con una escudilla de carne y verduras de la que aún no había tocado nada, esperando que su amo fuera el primero en empezar a comer. Aquella imagen le sobrecogió. Nunca se había parado a pensar qué era lo que comían los sirvientes en la cocina, mientras él cómodamente instalado en el comedor sobre mantel blanco y platos de fina porcelana, se llevaba a la boca las mejores viandas que se podían pagar con dinero. Ahora veía que la diferencia era enorme y se sintió mal por tener que comerse aquel maravilloso almuerzo mientras a su lado el que era su ayudante y compañero, vivía en un mundo tan diferente al suyo. A punto estuvo de decirle a Celonio que había cambiado de opinión y prefería comer solo arriba, pero antes de poder abrir la boca, Matilde, la cocinera, se acercó a él con cara afable y una gran sonrisa, totalmente azorada por tener en sus cocinas a un caballero tan apuesto y elegante como Guillermo.

—Me siento muy honrada y dichosa que alguien de su clase haya querido bajar a mi cocina. Siéntase bienvenido y disculpe por no poder ofrecerle un lugar mejor que este.

Guillermo miró a su alrededor y aquello le recordó a una taberna. Paredes ennegrecidas por el humo de la chimenea encendida a pesar del calor, suelos sucios llenos de restos de mondas, plumas y agua, la larga mesa, el banco en el que se sentaban, cacharros, ollas y todo tipo de utensilios sobre las piletillas y el cantarero supuestamente con vino barato y agua en un rincón. Todo parecía haber estado allí desde el día en que se construyó el edificio en

el siglo XVII.

Le devolvió la sonrisa a aquella mujer entrada en carnes, de expresión amable y gestos sinceros que esperaba que tomara asiento para poder servirle la comida.

—Muchas gracias, Matilde. Siento haber invadido su cocina. Todo esto tiene una pinta estupenda y daré buena cuenta de ello, pero me gustaría compartirlo con ustedes si es que no han comido. Aquí hay demasiado para una sola persona.

—Se lo agradezco en el alma señor Caba, pero nunca comemos con los señores, aunque tampoco habíamos tenido a ningún invitado sentado a esta humilde mesa.

—La verdad es que hubiera preferido comer con la señora pero al no estar disponible no quería comer de nuevo solo. —Se sentó delante de su plato y esperó que Matilde se lo llenara con la sopa de garbanzos. Tomó una cucharada y dijo sinceramente—: Está delicioso. El mejor puchero que he comido nunca.

La mujer se hinchó de orgullo y le hizo una leve reverencia con la cabeza antes de irse a la pila a fregar los platos. Algo más retirado, en el extremo opuesto de la mesa, Jaime tenía la cara metida en la escudilla y comía en silencio sin mirarle.

—¿Te apetece pollo, verduras o sopa? —Preguntó Guillermo incómodo por tener su lado de la mesa llena de comida que no iba a terminarse y ver que su sirviente apuraba su plato con tanto afán.

—Gracias patrón, pero no está la miel hecha para la boca del asno. Prefiero otro plato de este guiso que diez del suyo.

—Tras la última cucharada, le mostró la escudilla vacía a Matilde y le dijo—: Ponme un poco más, por favor Matilde.

La mujer se secó las manos en el delantal que en su día fue blanco y del que ahora solo quedaba un rincón sin manchas y llenó de nuevo al plato del cochero hasta arriba.

Los dos hombres comieron en silencio hasta hartarse y tras darle las gracias a Matilde, salieron de la cocina hacia las cuadras por la puerta de atrás.

—Voy a ir a descansar un rato y después me pasaré por el ayuntamiento a ponerle un telegrama a mi padre. Tú puedes hacer lo que quieras hasta mañana después de desayunar.

—¿Quiere volver a hacer todo el recorrido sin estar seguros si

buscamos en el lugar adecuado?

—¿Y qué otra opción tenemos? Si preguntamos levantaremos sospechas. Nadie puede saber a qué hemos venido.

—Puedo pasearme por las tabernas del pueblo e intentar averiguar si estamos sobre la pista.

—¡Ni se te ocurra Jaime, que te conozco! La sutileza no es tu fuerte. Además si vas de bar en bar eres capaz de terminar borracho y soltárselo todo al primero que quiera escucharte.

El muchacho bajó la cabeza porque sabía que su amo tenía razón. No sería la primera vez que estando ebrio había hablado más de la cuenta, pero por suerte en todas esas ocasiones a nadie le importó lo que tenía que contar, o a esas alturas estarían pudriéndose en el calabozo más oscuro.

Después de la siesta, Guillermo dio una vuelta por la casa para ver si se topaba con Lola, pero no la vio. Incluso entró en la sala en que se conocieron la noche anterior, pero no estaba. Ya se disponía a salir cuando pasó de nuevo por delante de aquella puerta cerrada desde donde podían oírse los golpes del martillo contra la roca. Empujado por su curiosidad, abrió un palmo la puerta y asomó la nariz por ella. Lo que vio fue algo que ni en un millar de años hubiera imaginado. Su anfitriona, vestida con unos horribles pantalones blancos bajo una bata muy parecida a la que llevaría un médico aunque ceñida en la cintura y de cuello alto, estaba subida a una escalera y esculpía, cincel en mano, una enorme figura de una mujer con los pechos descubiertos. En un primer momento ver a aquella mujer, que hacía unas horas despertó en él su lado más libidinoso, golpear con tal ímpetu aquella gran pieza de mármol blanco, cambió por completo el concepto que de ella se había formado. Se convirtió en aquel instante, en alguien digno de su admiración. En alguien feroz y valiente, decidida. Una mujer fuerte y que a la vez rebosaba sensibilidad y erotismo por todos sus poros. Transcurrieron unos minutos hasta que Guillermo oyó pasos tras él y cerró con cuidado la puerta dejando a Lola subida en la escalera inmersa en su trabajo sin que se hubiera percatado de su presencia. Disimulando, siguió su camino hasta la puerta de la calle pero antes de llegar se topó de cara con Celonio que le lanzó una desagradable mirada mientras le decía:

—Su cochero me ha pedido que le diga que si lo necesita está en la herrería.

—¿Para qué ha ido allí?

—Para algo de un caballo o no sé qué... No le he prestado demasiada

atención —dicho lo cual y con un gesto de su mano al aire, siguió su camino al segundo piso.

Algo perplejo por las palabras de Celonio, Guillermo salió a la calle aliviado de que la temperatura en aquella hora de la tarde, fuera menor a la de la mañana. No tuvo que dar más de diez pasos para entrar en el ayuntamiento, pues estaba pegado pared con pared con la Gabella.

Al entrar, la secretaria, que hasta aquel momento había estado aporreando una Remington, dejó las teclas y levantó la vista hacía la puerta. Tardó unos segundos en darse cuenta que quien había entrado era un hombre apuesto y bien vestido, forastero a juzgar por su modo de mirar el interior del edificio, como si no hubiera estado nunca allí. Raras eran las veces en que un foráneo entraba en aquel lugar y mucho menos que se diera el caso que fuera tan guapo como ese. La muchacha se levantó inmediatamente y se acercó a Guillermo contorneando las caderas. Con una amplia sonrisa le dijo con dulzura:

—Bienvenido a la Casa de la Vila de Arbúcies. ¿En qué puedo ayudarle caballero?

—Buenas tardes. Me gustaría poner un telegrama.

—Claro, pase por aquí. —Le indicó un mostrador al otro lado de la habitación.

Le tendió un formulario y una pluma para que lo rellenase con los datos del destinatario y el texto del mensaje.

—Si lo desea puede sentarse en esa mesa para estar más cómodo mientras rellena el papel. Tómese el tiempo que necesite.

Durante los minutos que tardó Guillermo en cumplimentar el impreso, la mujer no le quitó la vista de encima pendiente de cada pregunta o duda que pudiera tener. Una vez terminado el primer paso, la secretaria se colocó frente el telégrafo y transmitió el código de líneas y puntos a su destino que en este caso era el ayuntamiento de Santa Eugènia de Berga, donde en pocas horas su padre podría leer:

Victoria bien salud. Trabaja en balneario feliz. Tengo nuevas, contaré al regreso.

Estoy Arbúcies. Buen tiempo y lugar maravilloso. Anfitriones y alojamiento bueno.

Escribo en unos días.

*¿Todo bien por casa?
Con afecto su hijo.*

Le entregó el resguardo a Guillermo que pagó una peseta por el servicio.

—¿Debemos esperar una contestación, señor? —Preguntó la mujer esperando que la respuesta fuera afirmativa y así volver a verle pronto.

—Es posible. Si llegara, puede encontrarme justo al lado, en la Gabella. Voy a alojarme allí unos días.

—Si llega se lo haré saber enseguida.

—Se lo agradezco mucho, ¿señorita...?

—Torres. Teresa Torres. —Se ruborizó.

—Bien. Gracias señorita Torres.

Le lanzó aquella media sonrisa que solía mostrar a las mujeres que acababa de conocer y veía interesadas en él, y ella la acogió con gran alegría y le correspondió con otra amplia y llena de esperanza.

Una vez de nuevo en el exterior, se sintió con ganas de pasear tranquilamente por las estrechas calles del centro del pueblo. A paso lento fue fijándose en las casas más viejas, aquellas que habían estado allí desde que el pueblo se formó y fue leyendo los carteles de Casa Leonard, Can Milans y Roquer; edificios de dos plantas estrechas, de fachadas simples sin ornamentación pero con un marcado carácter tradicional y sencillo que a Guillermo encantaban por el contraste que representaban en aquellos días en que se solía edificar tan recargado y enrevesado. No había recorrido ni dos calles cuando se percató que había alguien a su espalda que le estaba siguiendo. No se giró. Miró de reojo y percibió que cuando él se movía, el otro también lo hacía. Transcurridos una decena de metros se metió bajo un porche y se pegó a la pared lateral para despistar a su seguidor. Cuando este le hubo rebasado, Guillermo solo pudo verle unos segundos de refilón pero no tuvo ninguna duda que era el mismo chico que vio en Sant Hilari hacía un par de días. Para no arriesgarse a encontrárselo de nuevo, desanduvo sus pasos y regresó a casa de Lola, donde se topó de cara con Jaime en el zaguán.

—¿Qué le pasa patrón? Parece que no ha ido demasiado bien su salida.

—He vuelto a ver al mismo muchacho que me observaba desde la calle el día que llegamos a Sant Hilari.

—¿Qué muchacho?

—¿No te lo conté?

—No, señor.

—Pues le vi mirándome desde la calle frente al hotel cuando estaba en el balcón de mi habitación.

—¿Quién es? ¿Por qué le sigue?

—En ninguna de las ocasiones le he podido ver bien la cara, pero sé que le he visto antes, hay algo en él que me es familiar.

Guillermo estaba visiblemente tenso y no dejaba de pasear de arriba abajo por el pasillo de la entrada. Su ayudante intentó calmarlo hablando en voz baja y tranquila.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé. Lo despisté unas calles más arriba.

—Bien, descríballo para que pueda reconocerlo si le veo.

—Solo lo vi unos segundos, pero me fijé en que tenía una cicatriz que le cruzaba la ceja derecha hasta el pómulo.

—Iré hasta la plaza y luego hasta el puente a ver si le veo.

Se despidieron y Guillermo se propuso subir a su habitación y prepararse para la cena. Cuando se dirigía a las escaleras, Lola bajaba. Llevaba un vestido de tafetán blanco de manga larga y cuello alto recubierto por completo de encaje negro. Era la primera vez que Guillermo la veía vestida como correspondía a una mujer de su posición.

—Buenas tardes Lola, ¿cómo está? No la he visto en todo el día.

—Buenas tardes Guillermo. He estado en mi estudio hasta hace poco rato.

—He oído golpes que provenían de aquella puerta, ¿era usted? — Prefería no decirle que la había estado observando mientras esculpía, no sabía si eso le molestaría.

—Sí, era yo. Esculpo.

—¿En serio? Creía que esa era una profesión de hombres.

—¿De veras? Yo creía que ese tipo de pensamientos eran solo de beatas y retrógrados. ¿A caso es usted una de esas cosas?

—Perdone Lola, no quería ofenderla. No me he expresado bien. Quise decir que debe ser realmente difícil golpear la dura piedra para darle forma con unas manos tan delicadas como las suyas.

—En realidad lo es, resulta verdaderamente cansado, pero también inmensamente gratificante ver el resultado final. —Le sonrió para demostrar que sus palabras no le habían ofendido y añadió—: ¿Cenará conmigo en el

comedor?

—Será un gran placer. Si espera a que me cambie de ropa, estaré con usted en unos minutos.

—Le espero allí, junto a la cocina que creo que ya sabe donde está.

Claramente los sirviente le habían contado a su ama lo sucedido durante el almuerzo. Guillermo se sintió algo avergonzado pero siguió su camino al segundo piso sin hacer ningún comentario. A la media hora se presentaba ataviado con su elegante esmoquin en el comedor ya preparado para que los dos comensales empezaran a degustar lo que Matilde les había preparado con tanto mimo.

Ante ellos una gran coca de recapte con los típico ingredientes: pimiento y berenjena asados, arenques, aceitunas y tomate. Junto a esta un pastel de carne y patata cocida y ensalada con los productos que el huerto de la parte trasera de la propiedad, empezaba a dar en aquellas fechas. También había una botella de vino tinto y una jarra de agua fresca.

Ellos mismo empezaron a servirse, primero Guillermo llenó casi hasta el borde la copa de cristal labrado de Lola y luego se colmó la suya. Comieron y bebieron hasta terminarse la primera botella y pedir a Celonio que les llevara otra igual. Conversaron alegremente sobre el trabajo de ambos. Guillermo le contó los por menores de la farmacología, los remedios y preparados que realizaba junto al señor Tuneu, y ella le relató con pasión los sueños que tenía sobre sus esculturas. Hablaba de ellas como si fueran seres de carne y hueso. Sobre sus personalidades, anhelos, sueños y esencia. La fuerza que ponía en sus palabras prendaron a Guillermo que la escuchaba en silencio, totalmente embobado con los ojos fijos en los suyos mientras brillaban hablando de su gran obra que ahora se exhibía en la Plaza Colón de su patria, Argentina.

—Es usted muy afortunada por gozar así de lo que hace.

—¿Es que usted no disfruta con su trabajo?

—Disfrutar no es precisamente lo que hago, veo mucho sufrimiento a mi alrededor, no es una profesión divertida ni demasiado gratificante, diría yo.

—¿Curar a los enfermos no es gratificante?

—Quizá esa sea la parte más enriquecedora de lo que hago pero no siempre se consigue, muchos mueren sin que haya podido hacer nada para evitarlo.

—La muerte forma parte de la vida, Guillermo. Confórmese si consigue paliar el sufrimiento de algunos. La enfermedad no es culpa suya,

usted solo intenta ayudar. ¿No es cierto?

—Supongo que tiene razón, Lola. Aunque usted bien poco sabe de eso, su trabajo consiste en hacer que algo inerte cobre vida. La suyas son figuras admiradas y expuestas a los ojos de miles de personas que mucho después de que usted y yo nos hayamos ido, seguirán ahí para recordarles a todos los que las admiren que fue Lola Ramos quien les dio alma.

—Dotar de alma a mis esculturas... Me gusta. —Lola estaba encantada de encontrar por fin a un hombre que apreciara de veras su trabajo, por eso, y haciendo una excepción, propuso a Guillermo—: ¿Le apetece ver en lo que estoy trabajando ahora?

—Me encantaría pero no quisiera invadir su privacidad. Sé que los artistas son muy celosos de sus obras hasta que no están acabadas.

—A mí no me importa enseñárselas a usted, creo que sabrá apreciarlas.

Lola se levantó y cogió un candelabro de los que decoraban la mesa. Salió del comedor por el pasillo de la planta baja que llevaba a su estudio. Abrió la puerta con una llave que tenía colgada al cuello y después de acceder a su interior volvió a cerrar por dentro dejando la llave puesta en el paño. Usó una de las velas para encender las luces de gas esparcidas por la estancia, hasta dejar la habitación completamente iluminada ante los sorprendidos ojos de Guillermo. Frente a él aparecieron las obras más fascinantes, bellas y enormes que jamás hubiera contemplado de cerca.

—Esta es la Patria —dijo Lola tirando del extremo de la sábana que cubría la escultura de dos metros en la que aquella tarde la había visto trabajar Guillermo.

—¡Es bellísima! —Pronunció embelesado ante aquella mujer de mármol blanco con su vestido al viento y los cabellos entrelazados hacia atrás. Portentosa, segura y de convincente mirada, sostenía en ambas manos dos trozos de cadena rota en un simbólico grito libertario.

—Es la última del conjunto escultórico que formará parte del pasaje Juramento de la ciudad de Rosario de mi querida Argentina.

Una a una fue descubriendo las demás esculturas para mostrarle a su invitado el conjunto completo. Las figuras terminadas eran de gran belleza y exquisita factura al igual que la primera, aunque no tenían el mismo poderío que aquella Patria que expresaba en sus rasgos y gestos la lucha de un pueblo liberado de sus opresores, por no hablar de la sensualidad que desprendía la escultura con los pechos descubiertos.

Lola se percató de inmediato del azoramiento que sentía Guillermo al contemplar tan de cerca a aquella mujer semi desnuda y se echó a reír a grandes carcajadas.

—¿Por qué se ríe? —Preguntó desconcertado.

—Por la cara que pone intentando no mirar los senos de la escultura. Parece que nunca ha visto unos.

—No es eso, pero me da cierto pudor.

—Pues no debería. Es un placer estético contemplar un desnudo humano, la más maravillosa arquitectura que haya podido crear Dios.

Aquellas palabras golpearon a Guillermo que tras masticarlas y digerirlas las creyó tan ciertas como que esa mujer era un espíritu rebelde y libre que hacía lo que le placía sin importarle lo que los demás pudieran pensar de ella. Eso le excitó sobremanera. No solo era una mujer muy bella e inteligente sino que además hacía extensible su optimismo y vitalidad a quien tenía la suerte de estar junto a ella cuando hablaba de aquella forma.

Sin previo aviso Lola se acercó a Guillermo y le tomó de la mano derecha, la posó sobre el rostro de La Patria y la deslizó por sus facciones, su cabello, su cuello sus hombros y al llegar a sus pechos, hizo que él los acariciara como si de unos reales se trataran. Estaban fríos y por supuesto pétreos, pero su tacto era increíblemente suave.

—Usé como modelo los míos, ¿cree que se parecen? —En aquel momento tomó su mano izquierda y la puso en su pecho para que pudiera hacer la comparación.

—Me parecen perfectos —dijo con la voz entrecortada fijando sus pupilas en los centelleantes ojos de ella.

Guillermo soltó la estatua y colocó las dos manos en las caderas de Lola para atraerla hacia él y besarla con la pasión que había estado pugnando por salir desde el mismo momento en que la vio por primera vez. Ella le correspondió acariciándole la nuca y el cabello mientras su lengua buscaba la de él en el interior de su boca. Así estuvieron hasta que alguien golpeó la puerta del estudio con fuerza.

—Señora Lola, me voy a acostar ¿desea algo más antes de que me retire?

Era Celonio que desde el pasillo y haciendo gala de su inoportuna presencia, rompió la magia del momento propiciando que se separaran empujados por la vergüenza de estar haciendo algo impropio.

—No, gracias Celonio. Puedes retirarte.

Nada más se oyó, pero aquella interrupción les hizo recobrar la compostura y darse cuenta que no estaban solos en la casa. Ella era una mujer con muchas explicaciones que dar si aquello se sabía, y él un caballero que le debía respeto a la dama que le había acogido en su casa.

—Deberíamos irnos nosotros también —dijo Lola cubriendo de nuevo las esculturas con las sábanas.

—Tiene razón.

Entre los dos dejaron el estudio como lo habían encontrado antes de llegar y una vez en el pasillo cada uno se fue por su lado sin pronunciar palabra ni volver a mirarse.

Unos golpes en la puerta de su habitación le despertaron. Miró aturdido el reloj que había dejado sobre la mesilla y vio que eran casi las nueve. No era habitual en él dormir hasta tan tarde pero apenas hacía tres horas que se había metido en la cama. El sueño no le sobrevino pensando en aquel beso que había hecho aflorar algo en él tan básico y ruidoso que le impidió dormir hasta bien entrada la madrugada. Estuvo despierto paseando por su cuarto mientras decidía si ir o no a la alcoba de Lola. Se había quedado con ganas de más, mucho más. Sabía que no debía, que no era buena idea buscarse más problemas de los que ya tenía con Leonor y Marie, pero aquella mujer era totalmente diferente a ellas. Era pura pasión, ni sentimientos amorosos, ni romanticismo, ni planes de futuro, solo puro instinto animal mezclado con admiración y algo de exotismo. Era una *rara avis* que con suerte se cruza en la vida de uno durante un instante, que aunque breve, sacude todo tu ser de arriba a bajo.

El sol entraba a raudales por la ventana y aún con el reloj que había estado mirando cada poco tiempo la noche anterior en su mano, dijo con voz pastosa y cansada:

—¿Quién es?

—Jaime, patrón. No ha bajado a desayunar y me he preocupado. ¿Se encuentra mal?

—No he dormido mucho esta noche, pero enseguida voy. Espérame abajo.

Se desperezó con gestos lentos y pesados, más por la frustración de no haber sido capaz de cruzar el pasillo la noche anterior, que por la falta de sueño. Se lavó, se vistió y bajó al comedor donde ya le esperaba el desayuno. Tomó solo un café con leche y un trozo de bizcocho y volvió a su habitación a por el sombrero. Cuando se disponía a bajar las escaleras para ir a la calle, una voz le detuvo:

—Buenos días Guillermo.

Sin necesidad de girarse sabía que era Lola quien le saludaba. Dudó durante un segundo si devolverle el saludo sin detenerse y seguir escaleras

abajo, u optar por girarse, sonreír y darle los buenos días, como finalmente terminó por hacer:

—Buenos días, ¿qué tal ha dormido?

—No muy bien, la verdad.

Aquello intrigó a Guillermo. Por su cabeza empezó a rondar la idea que quizás ella también había estado tentada en golpear la puerta de su habitación en mitad de la noche y culminar lo que habían empezado en el estudio de escultura. Se moría de ganas por saberlo, pero no podía preguntárselo abiertamente. Ante todo era un caballero y ella una dama casada y las formas no podían perderse bajo ninguna circunstancia, así que solo dijo:

—Espero que nada que hiciera o dijera la ofendiera anoche.

—Más bien todo lo contrario, creo que fui yo la que estuvo totalmente fuera de lugar.

Guillermo palideció. No quería que ella se sintiera culpable por nada, porque eso supondría renunciar a seguir compartiendo con ella conversaciones y momentos tan divertidos como los que pasaron durante la cena. Su estancia en Arbúcies se haría mucho más llevadera si podía contar con la compañía de aquella estupenda mujer.

—¿Quiere que demos un paseo y lo hablemos?

—Me temo que no puedo, debo trabajar.

Sus palabras decían una cosa pero su mirada otra muy distinta. Guillermo se percató de ello e insistió:

—Necesito a alguien que conozca bien los alrededores y me enseñe donde puedo encontrar las mejores hierbas para mis remedios.

—Puedo hacer que le acompañe Mariano, es un muchacho del pueblo que conoce como la palma de su mano el bosque y los mejores lugares para encontrar setas, hierbas medicinales y toda clase de animales.

—Preferiría que lo hiciera usted. Creo que tenemos una conversación pendiente y podría ser una buena ocasión para ello.

Precisamente eso era lo que no quería la escultora. Aquel hombre era muy atractivo, sabía escuchar y la hacía sentir importante cuando la dejaba explayarse sobre su obra y planes de futuro. En muchos aspectos le recordaba a Julián cuando se conocieron, de eso ya hacía mucho tiempo. El interés de su marido por su trabajo había menguado hasta tal punto que era casi inexistente, ahora solo se preocupaba de sus minas, el beneficio que podía extraer de ellas y pertenecer algún día a lo más granado de la sociedad Argentina. Lola se sentía muy sola, sin amigas ni familia cerca, y desplazada por su marido que

nunca contaba con ella para ninguno de sus viajes o eventos. Ella sabía que era porque se avergonzaba. El regalo que ella hizo a la ciudad de Buenos Aires no tuvo la acogida que esperaba. Un año antes, y como demostración del gran amor que sentía por su patria natal, Dolores Ramos entregó La Fuente de las Ninfas, una escultura gigantesca de mármol blanco de carrara, donde se representaba el nacimiento de Afrodita. Su base era una gran concha rodeada de tres grupos formados cada uno de ellos por un corcel sumergido en el agua de la concha. Cada animal era sostenido por un tritón desnudo. Sobre el molusco se levantaba un pilar de roca rústica en la que se arrodillaban dos ninfas desnudas que sostenían la valva desde donde surgía la Diosa Afrodita. Esa obra recibió múltiples críticas debido a los desnudos de las esculturas, que según dijeron los miembros de la curia, eran «licenciosas y libidinosas», por lo que en vez de exhibir la fuente en la Plaza de Mayo, fue trasladada al Parque Colón, donde menos gente pudiera contemplarla. Después de ese acontecimiento, fueron muchas las presiones que recibió del gobierno, y sobretodo de las mujeres de la alta sociedad porteña, para que abandonara su puesto como artista invitada en el congreso de la capital argentina. Por todo ello abandonó su patria y se afincó, según ella de un modo provisional, en Cataluña, eligiendo como su hogar aquel pequeño pueblo donde casi nadie la conocía ni sabía de su oficio. Tras el desplante público se hizo más famosa aún, sobretodo en Italia donde había aprendido su oficio y en la propia Argentina, y por tanto el trabajo no le faltaba, pero perdió el favor y beneplácito de aquellos a los que quería agradar su marido, por lo que en cierto modo, él también empezó a despreciarla.

El recuerdo de ese angustioso acontecimiento y el comportamiento posterior de quien más debía apoyarla y no lo hizo, acabaron por darle el empujón que necesitaba para aceptar el ofrecimiento de Guillermo, que seguía esperando una respuesta en lo alto de la escalera.

—Está bien, le acompañaré. Hace días que no salgo de entre estas cuatro paredes y me vendrá bien algo de aire fresco.

—Entonces la esperaré en la calle a que termine de desayunar.

Bajaron juntos y se separaron al llegar abajo, ella se dirigió a la salita donde siempre comía escuchando música, y Guillermo salió para hablar con Jaime.

El muchacho le estaba esperando fumando un caliqueño con la espalda apoyada en la pared del edificio de delante de la Gabella.

—¿Vamos a volver al bosque? —Preguntó rascando el cigarrillo

contra la pared para apagarlo y poder guardar lo que le sobraba para más tarde.

—Iré yo.

—¿Usted solo, patrón?

—Me acompañará la dueña de la casa. Ella conoce mejor que nosotros estos lares y seguro que con su ayuda hallaré la casa de María antes de mediodía.

—¿Es que va a contarle a la señora Ramos lo que estamos haciendo aquí? —Su tono de sorpresa y preocupación, como si realmente creyera que su amo era tan estúpido como para hacer algo así, le confirmaron a Guillermo que Jaime era verdaderamente un tarugo.

—¿Cómo quieres que haga algo semejante? ¡Pues claro que no, zoquete! —Jaime respiró aliviado—. Solo le he dicho que quería dar un paseo para buscar hierbas medicinales, pero intentaré que me lleve hasta la granja.

—¿Qué quiere que haga yo mientras tanto?

—Busca al chico que me está siguiendo. Imagino que no andará muy lejos. Sabe que nos alojamos aquí y esperará a que salga para ir tras de mí, así que en cuanto la señora y yo nos vayamos, espera a ver si alguien viene detrás y si es así, deténle.

—¿Quiere que le interrogue? ¿Que le dé una paliza?

—¡De verdad que eres burro, hombre! —Bajó la voz y volviéndose hacia la pared hablaron en un susurro.

—Primero quiero que te asegures que es el mismo que he visto estos días atrás, luego impides que nos siga y si puedes, sácale el motivo por el que me espía. Pero sin dañarle, ¿entendido?

—¿Seguro? Mire que para que esa gentuza hable lo mejor son dos mamporrazos en la cabeza y se vuelven dóciles como corderitos.

—Te he dicho que nada de violencia. Que te pones muy bruto y no tienes límite. Haz solo lo que te he pedido. Te escondes, esperas a que salgamos y si ese nos sigue, tú vas detrás. Sobretudo no dejes que venga hasta el bosque, debes pararle antes de llegar al puente.

—Queda claro patrón.

—Bien, eso espero. Ahora vete y por la tarde me cuentas.

Jaime se marchó como si su amo le hubiera mandado hacer un recado y se quedó lo suficientemente lejos como para que si alguien les hubiera visto hablar, ahora no sospechara que estaba vigilando los pasos de Guillermo. A los pocos minutos, Lola salía de la casa con un sencillo vestido, sombrero de

paja, una esportilla en la mano derecha y un paraguas para resguardarse del inclemente sol, que como ya era costumbre en esos últimos días, brillaba radiante en un cielo totalmente despejado de nubes.

—¿Dónde quiere ir? —Preguntó contenta.

—Leí en las crónicas de Don Víctor Balaguer que hay una espectacular encina de más de cien años en algún lugar cerca del río, por la parte oeste del pueblo.

—Sé a cual se refiere. Es un magnífico árbol que está en la propiedad de los Blanch. Hacia allí. —Señaló algún punto indeterminado—. Le llevaré. Afortunadamente Conchita Blanch es conocida mía y si lo desea podemos parar en su casa para que se la enseñe por dentro. Es una auténtica maravilla, con una torre de vigilancia y todo.

A Guillermo no le apetecía perder el tiempo haciendo vida social con las gentes del pueblo, pero a su acompañante se la veía tan feliz, que no pudo negarse. Le sonrió y le ofreció el brazo para empezar a encaminar sus pasos a las afueras de Arbúcies. Pero antes, ella quiso hablarle del gigantesco platanero que tenían justo enfrente, en medio de la plaza.

—Como veo que le gustan los árboles, antes de salir del pueblo quiero contarle la historia de este, tal y como me la contaron a mí.

Se situaron los dos enfrente del espléndido ejemplar que se erguía orgulloso y solitario delante del ayuntamiento como símbolo de libertad para Arbúcies.

—En realidad está aquí de puritico milagro —empezó a contar Lola—. Fue plantado en 1873 para conmemorar la Revolución de Septiembre de 1868 y como símbolo de libertad en plena Guerra Carlista. En 1875, las fuerzas de la I División del Ejército Real de Cataluña, intentó arrancar el árbol por la significación que tenía. Sin embargo, y gracias a las súplicas del cura, concejales y gentes del pueblo, el general Auguety cedió y a cambio pidió que se pusiera un letrero con el nombre «Árbol de esparcimiento», aunque una vez los soldados se hubieron marchado se colocó de nuevo su cartel original, guardando por si a caso, el impuesto por Auguety. Así cada vez que por accidente de la guerra, volvían a entrar los carlistas en Arbúcies, aparecía en el árbol el protector cartel. Más adelante se plantó otro árbol a su lado, para que uno y otro se confundieran, salvándose mutuamente, y así es como pudo llegar hasta nuestros tiempos.

—Una historia fascinante —dijo Guillermo impresionado y divertido.

—Como dicen acá «Gente de Arbúcies, gente de astucias».

Se rieron y emprendieron el camino al lugar que verdaderamente interesaba a Guillermo. Durante el trayecto y acompañados por un espléndido día de primavera, hablaron alegremente e hicieron broma de todo cuanto les rodeaba. Ajenos a que dos hombres seguían sus pasos muy de cerca. Cualquiera que los hubiera contemplado durante un corto tiempo, habría pensado que se trataban de dos enamorados paseando su amor por las calles empedradas de la población. A punto de llegar al puente donde el día anterior él y Jaime se habían parado a descansar, Guillermo se tomó un momento para comprobar que el cochero cumplía sus órdenes. Efectivamente a lo lejos divisó al muchacho de la gorra y tras este, Jaime siguiéndole de cerca. Como vio que todo estaba controlado, prosiguieron su camino a la encina centenaria.

—Quizá antes de llegarnos a casa de los Blanch, quiera ir hasta el río y comprobar si allá crecen esas hierbas medicinales que le hacen falta.

Tentado estuvo de negarse, pues ya habían perdido mucho tiempo durante el paseo como para meterse por lugares de espesa vegetación por donde caminar sería complicado e incómodo para alguien con aquel vestido.

—¿Usted cree que podrá andar bien por la ribera?

—No le negaré que preferiría haber traído mis pantalones de trabajo, pero ya tuve suficiente escarmiento llevándolos cuando trabajaba en la calle de Buenos Aires mientras terminaba La Fuente de las Ninfas. En aquella ocasión fueron más comentados mis «calzones», como los llamaron algunas, que la propia escultura. Ahora solo los llevo en privado.

Guillermo se alegró de ello, pues la imagen que tenía de la escultora, subida en la escalera mientras esculpía, llevando puesta aquella ropa, le resultaba de todo menos sensual. Así que, a pesar de la incomodidad y lo lento de sus pasos, la prefería con vestido.

—Si usted está segura que podrá llegar, iremos. Me pongo en sus manos.

Aquella expresión resultó ser literal, pues durante el rato que anduvieron entre la espesa vegetación, fueron agarrados de la mano para que les fuese más fácil caminar. Por todas partes los alisos, fresnos, encinas, alcornoques, pinos y robles, les impedían el paso de manera cómoda, aunque agradecían su sombra y la suave brisa que en aquel lugar corría y moderaba una temperatura que ya empezaba a hacer mella en ellos. Cuando el rumor del agua se empezó a oír, Lola se detuvo para situarse. Miró a su alrededor y creyendo saber exactamente donde se encontraban, dijo con gran alegría:

—Nos queda muy poco para llegar al salto de la mujer de agua. Es un

lugar precioso donde seguro encontrará toda clase de plantas y donde podremos descansar un rato.

A paso mucho más rápido del que habían llevado hasta entonces, ella iba delante y tiraba de Guillermo como una niña que desea llegar cuanto antes a su lugar favorito. A medida que se iban acercando, el ruido del agua también se iba acrecentando al igual que el característico aroma cítrico de la verbena y del helecho a bosque profundo, fresco, frío y fragante tierra húmeda.

Encontraron un estrecho salto de agua de unos 15 metros de altura, repartido en varios toboganes. El conjunto del desfiladero y su entorno eran de una belleza espectacular, en un claro de arena fina, por donde bajaba el arroyo. Sin duda un rincón misterioso y con encanto.

—Así que aquí es donde se le apareció al señor de Casa Blanch la mujer de agua que poco después se convertiría en su esposa y madre de sus hijos.

—Veo que conoce la leyenda.

—Como ya le he dicho, leí las crónicas de Balaguer donde se narraba esa triste historia.

—Es triste pero también muy hermosa, ¿no cree?

Guillermo ya no escuchaba sus palabras. Tenía los ojos clavados en los labios de ella, y solo podía oír en su cabeza «bésala, bésala, bésala...». Se acercó un par de pasos a ella esperando su reacción, como no se apartó, avanzó otro más. Ella siguió en su sitio ahora en silencio y expectante a los movimientos de él. Finalmente Guillermo dio el último paso que les separaba. Cuando sus ojos se encontraron y vio en ellos el mismo deseo que la noche anterior, la agarró por la nuca y la espalda para sentir además de su boca, su cuerpo ceñido contra el suyo. Se dejaron llevar por la pasión y tras saborearse ardientemente y saciar las ganas que se tenían, el ansia del primer momento desapareció dando lugar a besos más tiernos y suaves mientras también se sucedían las miradas y caricias.

—Sabes que esto está mal —dijo Lola mirándole con cariño aunque algo avergonzada.

—Sé que eres una mujer casada, pero también eres infeliz en tu matrimonio.

—¿Por qué lo decís? —Se retiró unos pasos de él y se volvió de cara al agua.

—Ayer me contaste que tu marido no está casi nunca en casa, y que cuando lo está no se interesa por ti ni por tu trabajo.

—Es cierto, pero esto sigue estando mal.

Guillermo buscaba las palabras adecuadas en una situación que era nueva para él y para la que no creía estar preparado. Tener que convencer a una mujer para que hiciera lo que él deseaba, no había sido nunca necesario. Casi siempre se entregaban por propia voluntad y cuando no lo hacían no perdía el tiempo intentando convencerlas. Pero esa mujer era distinta. No acababa de entender como había podido abducido de un modo tan profundo, pero así era. La deseaba solo para él y la quería ya. No pretendía forzarla, pero haría cuanto estuviera en su mano para que cediera. No le quedó otra opción que mentir.

—Te mereces a alguien que te entienda, que te apoye y te quiera. Quizá yo podría ser esa persona.

Un destello de luz apareció en el rostro de Lola. Era algo precipitado lo que Guillermo le estaba ofreciendo, pero si fuera verdad... Ansiaba tener a su lado a un hombre que la cuidara, que la tratara como a una reina y que para él, ella siempre fuera su máxima prioridad. Jamás se había sentido tan admirada y elogiada como la hizo sentir Guillermo la noche anterior, quizá por eso se lanzó a él de aquel modo. Allí a plena luz del día, en aquel lugar mágico donde se aparecían las mujeres de agua para cumplir los deseos de quienes las invocaban, lo creía posible.

—Pero apenas nos conocemos. No puedes ofrecerme una vida si no sabes nada de mí.

—Sé lo suficiente. He visto la fuerza con la que persigues lo que deseas, el modo en que hablas de tus sueños y sé que eres hermosa, divertida y que no te dejas amedrentar por quien quiere hacerte daño. —Todo aquello lo creía de verdad, aunque no se lo estaba diciendo con la intención que ella probablemente pensaba.

Lola estaba cada vez más convencida y oponía menos resistencia a sus palabras.

Realmente, sí parecía que la conocía, pensó ella. Quizá por primera vez en su vida tenía delante a quien pudiera hacerla feliz y completarla como persona. Julián había sido su primer amor. Luchó por él contra viento y marea para arrancarlo de las garras de su padre en Argentina que no quería que estuvieran juntos, primero porque Lola era diez años mayor que él, y segundo porque creía que merecía a alguien mejor, alguien de la alta sociedad. Nada le valió a Felipe Avellaneda contra aquel amor, la pareja se marchó del país y se casó en secreto. A pesar de todos los esfuerzos de ella por mantenerlo a su

lado, después de un tiempo pesó más sobre Julián el dinero, la posición social y su país que su amor. Ella lo sabía, veía claramente que su matrimonio tenía los días contados y esperaba con amargura el momento en que él le dijera que no regresaría, que iba a quedarse para siempre en Buenos Aires.

—Quizá ha llegado el momento que piense en mí —se dijo. Esta vez fue ella quien se acercó a Guillermo y le dio un largo beso—. No te prometo nada, pero mientras estés acá, podemos intentarlo.

Aquello hinchó el ego de Guillermo hasta las cotas más altas. Lo había conseguido. Casi sin esfuerzo había logrado que Lola se rindiera a sus pies. Esperaría un par de días para lanzarse sobre ella y mientras tanto la agasajaría a cumplidos y atenciones para que cuando llegara el ansiado momento se entregara por completo sin remordimientos ni cortapisas.

—Se nos está haciendo tarde —dijo Guillermo mirando su reloj de bolsillo—, deberíamos irnos ya a Casa Blanch.

—Tienes razón. Recojamos lo que necesites y vayámonos.

Llenaron la esportilla con varios manojos de hierba sagrada, buena en cataplasma para las jaquecas, dolores de todo tipo, sobretodo reumáticos y de espalda, y en infusión para la fiebre y problemas respiratorios. También recogieron una gran cantidad de polipodio, excelente como antidiarreico y para reducir el sangrado de heridas o menstruaciones abundantes. Cargados ambos, cruzaron el río por unas piedras colocadas de manera estratégica por donde pudieron pisar sin mojarse mucho los pies. Tras recorrer unos cientos de metros se toparon de frente con una espesa capa de maleza y zarzas que los rodeaba por completo y solo les dejaba dos opciones, dar media vuelta o intentar despejar el camino a base de garrotazos que les hiciera posible seguir avanzando. Optaron por lo segundo. Guillermo entregó la cesta con las plantas a ella, y armado con un gran palo de avellano, se abrió paso hasta superar el obstáculo. Al otro lado de esa maraña de ramas y pinchos apareció ante ellos una pequeña casa. Mientras esperaba que Lola llegara a su altura, Guillermo aprovechó para observar la vivienda más de cerca y ver si se parecía a la que andaba buscando desde hacía un par de días. Su estructura, forma, tamaño y el lugar en el que estaba, indicaban que así pudiera ser. Se apresuró y la rodeó entre las hierbas altas sin aproximarse demasiado para comprobar si por la parte de atrás estaba el establo que sabía que debía tener. Efectivamente, pegado al pequeño huerto y junto a la pared lateral, había un añadido a la construcción original, reseguido por una valla de alambre y cuatro palos colocados de mala manera, que impedían que un puñado de gallinas y algunas

cabras, escaparan al bosque.

—Uf, por fin hemos salido de esa espesura —dijo la escultora a pocos metros de Guillermo intentando colocarse bien el pelo y la ropa que se había enganchado en más de una ocasión entre los pinchos.

Guillermo volvió a su lado y recogiendo la cesta con las hierbas, preguntó aparentando desinterés:

—¿Quién vive aquí?

—Creo que una anciana y su sobrina. Me parece que una vez me comentó Conchita que la muchacha le vende queso y huevos de tanto en tanto.

Ahora ya estaba seguro que por fin había encontrado a María.

Hasta Casa Blanch no hallaron más que prado y terreno despejado sin ninguna sombra ni árbol bajo el que resguardarse del implacable Sol. Anduvieron por un camino de tierra llano un par de kilómetros, deseando poder descansar y beber agua fresca. Sus deseos no se hicieron esperar, en cuanto divisaron enfrente suyo la muralla lateral de la vivienda que los Blanch habían ocupado desde hacía al menos seiscientos años, apretaron el paso para llegar cuanto antes. Cruzaron por el huerto que empezaba a los pies del muro y entraron en el patio interior de la impresionante propiedad que era a su vez granja y palacio. Guillermo, amante de la arquitectura antigua, se quedó allí observando los edificios que conformaban el conjunto. Contó al menos cinco: la casa principal, que destacaba por sus dimensiones y gran entrada; la capilla, de un buen tamaño para ser de propiedad privada; otra casa que parecía la de los sirvientes y empleados; las cocheras o cuadras y el cobertizo de los animales. Maravillado sobretodo por la torre hexagonal coronada por una almena que sobresalía de una esquina de la vivienda principal, no se percató que Lola se había desprendido de la sportilla, dejándola en el banco de la entrada y ya estaba llamando a la campana.

—Buenos días —saludó al mayordomo que había abierto—. Quisiéramos ver a la señora Blanch, por favor.

El hombre la miró extrañado al oírla hablar en plural cuando en la puerta solo estaba ella.

—¿Quienes?

—Yo soy la señora Dolores Ramos y mi acompañante el señor Guill... —Se giró y vio a Guillermo a un lado del patio observando de cerca la enorme encina de la que le había hablado antes de salir aquella mañana.

—Si me disculpa un segundo iré a buscar al caballero que viene conmigo.

Lola encontró a Guillermo bajo la anchísima copa de aquel ejemplar verdaderamente monumental que se elevaba a pocos pasos de la casa. Una encina corpulenta y centenaria, conocida como de desmayo porque sus ramas, como si tuvieran naturaleza de sauce, se doblegaban e inclinaban buscando la tierra, al mismo tiempo que el propio tronco se abalanzaba y torcía como si fuera a desplomarse vencido por su gran peso.

—Entremos en la casa —le instó agarrándolo del brazo y empujándolo hacia allí—. Luego podrás pedirle a la dueña que te cuente su historia.

El ujier, que les había estado esperando en la puerta, les condujo al salón principal mientras Conchita Blanch terminaba de arreglarse en el piso superior. La estancia era majestuosa por sus proporciones y solemne por su altura. Con cuadros de renombrados pintores y con objetos artísticos y muebles de épocas diversas, todo ordenado con exquisito gusto. Lola se deshizo del paraguas y el sombrero que dejó sobre una silla y salió al balcón abierto de par en par desde donde llegaban los bien olientes perfumes del campo y el canto de los ruiseñores.

—Es como un cuadro, ¿verdad? —le dijo a Guillermo que se había colocado a su lado agarrándola por la cintura—. Casi no parece real, las amapolas pintando el paisaje de rojo, el castillo de Montsoliu al fondo en lo alto de la montaña, y aún más atrás el Montseny como un monstruo de dos cabezas.

—Verdaderamente desde aquí tienen una vista espectacular de todo el valle de Arbúcies. No me extraña que pusieran una torre de vigilancia en la casa, sería un buen lugar para divisar todo lo que ocurriera en kilómetros a la redonda.

—En efecto —se oyó a sus espaldas.

Ambos se dieron la vuelta para saludar a Conchita Blanch, que entraba en la sala abanicándose enérgicamente. Lo primero que llamaba la atención de ella eran sus facciones severas y cuerpo voluminoso, que con el gran vestido que llevaba, parecía aún más corpulenta. Iba hacia ellos con paso decidido y en un tono de voz mucho más alto del que hubiera sido necesario, repitió:

—En efecto la torre se colocó para poder tener una visión de 360 grados de todo el valle. Tenga en cuenta que cuando se construyó el palacete, mi antepasado era un prohombre de la milicia de Jaume I el Conqueridor cuando este intentaba expandir sus dominios por todo el territorio español.

Conchita se rió y esperó a que fuera el recién llegado quien se acercara a saludarla como se merecía una mujer de su posición. Guillermo, sabedor de tal cuestión, dio unos pasos hacia la anfitriona, le tendió la mano para que esta le entregara la suya, y mientras hacía el gesto del beso se inclinó en un ángulo de noventa grados mucho más pronunciado que el que solía hacer con el resto de damas.

—Soy Guillermo Caba Anaud, a sus pies. Encantado de conocerla señora Blanch.

—Lo mismo digo, caballero. Sea bienvenido a mi casa.

Lola esperó a que terminaran las presentaciones protocolarias, para acercarse a saludarla. Las dos mujeres se dieron un frío abrazo y se rozaron las mejillas sin llegar a besarse.

—Encantada de volver a verla en mi casa, querida. ¿Cómo van sus esculturas?

—A buen ritmo, yo diría que a finales de mes estarán terminadas y podré embarcarlas hacia Buenos Aires.

—Ay, ojalá pudiera acompañarla. Me siento tan encerrada en esta casa...

—¿Es que ya no sale a cabalgar?

—El médico me lo ha prohibido. Me disloqué la cadera hará un par de meses y me cuesta horrores subirme al caballo. Además, dice el doctor que los movimientos abruptos de montar, podrían hacer que se volviera a desencajar de nuevo. ¡Dios no lo quiera! No sabe usted lo que duele.

Se abanicó aún con más ahínco y dirigiéndose a un sofá de dos plazas en el centro del salón para tomar asiento, les indicó a sus invitados que hicieran los mismo junto a ella.

—Dígame, señor Caba, ¿de dónde es usted?

—Soy oriundo de Barcelona, pero desde hace poco más de un año estoy afincado en un pequeño pueblo que se llama Santa Eugènia de Berga.

—¿Santa Eugènia? ¿En Berga dice que está?

—No, está en la comarca de Osona y el nombre completo es Santa Eugènia de Berga, pero no tiene nada que ver con la capital del Berguedà.

—Ah, que curioso. —Lo pensó unos segundos y dijo—: No creo que haya oído hablar nunca de él.

—No me extraña, es un pueblo pequeño dedicado básicamente a la agricultura. No creo que haya acontecido en él nada digno de mención.

—No lo diga como si eso fuera algo malo. —Le recriminó Conchita

cerrando el abanico y señalando la puerta del balcón abierta—. Este es también un pueblo pequeño que como base de su economía tiene el cultivo de sus campos y no nos va tan mal. Si no fuera por todos los payeses, ¿qué comerían los que dirigen fábricas, construyen ferrocarriles o los artistas como la señora Ramos?

La escultora sonrió al escuchar su nombre en boca de Conchita que sabía que la apreciaba más por su profesión fuera de lo común entre sus conocidos, que por su propia persona. Los Blanch eran bien conocidos desde hacía décadas por su generosidad al acoger bajo su techo a pintores, músicos, escritores y todo tipo de bohemios que quisieran pasar largas o cortas temporadas en un lugar tan tranquilo e inspirador como aquel. Como bien demostraban los muchos objetos que decoraban aquella estancia, entregados en mano por los propios artistas.

—Es casi la hora del aperitivo, ¿les apetece un poco de jerez dulce y tostas con queso? —Preguntó Conchita haciendo sonar una pequeña campana que había sobre la mesa.

Al instante apareció una joven doncella, con vestido negro hasta los pies, cofia y delantal blanco.

—Eulalia, trenos una botella de jerez y pan con queso.

La muchacha se retiró y a los pocos minutos aparecía de nuevo con una bandeja donde llevaba tres vasos de cristal, una botella en verde etrusco y un plato con pan de sarraceno junto a un pequeño queso de bola. Mientras la sirvienta vertía el licor, la señora Blanch explicaba a los invitados:

—Este es un jerez que hacemos aquí. Tengo algunas tierras donde crece una excelente uva moscatel, que aunque suelen verse más en el sur de España, hemos logrado que también se críe en Arbúcies con estupendos resultados. Pruébenlo y díganme qué les parece.

Guillermo se llevó la copa a los labios y dio un pequeño sorbo que paladeó con calma. Luego dio otro más largo que tragó enseguida.

—Creo que es excepcional, nada que envidiar a los andaluces.

Conchita sonrió satisfecha por el comentario que vio que era totalmente sincero por la expresión de placer que reflejaba el rostro de su invitado.

—¿Y a usted querida, qué le parece?

—Es muy agradable y suave. Mucho mejor que el que compra Matilde en la bodega del pueblo.

—Gracias. Antes de marcharse les obsequiaré con una botella a cada

uno, para que puedan darla a probar a sus conocidos y me hagan propaganda, estoy pensando en comercializarlo a pequeña escala, solo para conocidos y gente de la alta sociedad catalana.

—Debería hacerlo —la animó Lola—, es realmente delicioso y en las fiestas y recepciones tendría mucho éxito.

En estas, la doncella ya había cortado el queso y colocado un pedazo sobre cada uno de los trozos de pan que había dejado en la bandeja de la mesa.

—Prueben ahora este queso tierno. Lo hace una chica que vive cerca de aquí con su tía. Ella misma ordeña las cabras que cría y con la leche hace este manjar, que adereza con tomillo.

La pareja agarró una tosta cada uno y le dieron un buen bocado. Cuando tuvo la boca vacía, ella dijo:

—Está aún mejor que el jerez. Es suave pero al mismo tiempo tiene un toque intenso a campo que le da el tomillo.

—Eso mismo dije yo la primera vez que lo probé —corroboró Conchita—. Si lo desea puedo decirle a María, que le mande a la Gabella algunos. También los hace de nueces, romero o solo de leche.

Antes que su acompañante pudiera responder, Guillermo se le adelantó.

—A mí sí me gustaría llevarme uno de cada a Santa Eugènia. Mi padre es un gran aficionado a tomarlo de postre y creo que este le agradaría mucho.

—Claro, daré aviso y si María los tiene preparados, seguro que podrá llevarle los que guste al pueblo. No siempre tiene, pues este tipo de queso necesita curarse durante diez o quince días, según me dijo, aunque en primavera es cuando más queso hace, pues la temperatura es la ideal para que cuaje antes.

Contento de haber encontrado la excusa perfecta para poder ver a la hija del campanero sin levantar sospechas, Guillermo ya podía dar por bien empleada la mañana y volver a sus quehaceres junto a Jaime, ahora el tiempo iba contrarreloj y eran muchos los preparativos que debía poner en marcha. Tras unos minutos más de cháchara intrascendente y una promesa de volver a visitar Casa Blanch antes de partir de nuevo a Santa Eugènia, Guillermo quiso marcharse enseguida, alegando que esperaba noticias de su padre y debía llegar al ayuntamiento antes que cerrasen.

Unas horas antes...

Lo primero que hizo Jaime, fue asegurarse que el muchacho que iba tras la pareja, coincidía con la descripción que su amo le había dado del espía. A continuación decidió ir unos pasos por detrás sin que este le viera. Era algo que había aprendido tras las muchas horas de vigilancia y observación de las chicas a las que Guillermo quería raptar. Debía conocer todos y cada uno de sus movimientos para elegir el momento ideal en el que poder abalanzarse sobre ellas. Jamás lo habían pillado, ni siquiera se percataban que estaba allí, hasta que era demasiado tarde. El secreto residía en llamar la atención más que en esconderse, pues en la mayoría de los casos se teme lo que no se puede ver sin prestar atención a lo que hay delante. En aquella ocasión debería ser más sigiloso que un gato, porque estaba seguro que fuese quien fuese el espía, le conocía. Lo habría visto con Guillermo y la más mínima percepción de tenerlo cerca lo habría delatado, así que le seguía a una distancia prudencial, cubriéndose con árboles, paredes o grupos de personas cada vez que el muchacho se giraba para comprobar que nadie se estaba fijando en él. Tan ensimismado estaba el observador con su objetivo, que no se dio cuenta de nada hasta que Jaime ya se le había tirado al cuello justo antes de llegar al puente de piedra que había en la carretera de Hostalric. Primero esperó a que la pareja se adentrara en el camino forestal, y justo cuando el chico de la cicatriz en la ceja iba a hacer lo propio, Jaime le agarró por el pescuezo impidiendo que diera un paso más.

—¡Alto ahí, muchacho! ¿Dónde crees que vas?

Por la expresión del chico al verle la cara, Jaime supo que le había reconocido y en un primer momento el pánico se apoderó de él. El cochero le sacaba dos cabezas y la mano que lo tenía sujeto por la nuca era como un cepo que cuanto más intentaba zafarse, más fuerte apretaba. Al verse inmovilizado y totalmente sometido, optó por mantener la calma y echar mano de la navaja que llevaba escondida en el bolsillo de su chaqueta. Sin sacarla aún, decidió esperar al momento propicio para usarla.

—¿Por qué sigues a mi amo? —dijo Jaime agresivamente.

Mientras eso sucedía, a su alrededor la gente iba y venía igual que el día anterior. Nadie les estaba prestando atención.

—Te he hecho una pregunta ¿por qué sigues a mí amo?

—No le estoy siguiendo a él, sino a ella.

Durante un instante Jaime dudó. ¿Estaba diciendo la verdad? En

seguida supo que mentía, pues recordó que la tarde anterior, Guillermo había salido a pasear solo y el muchacho le había seguido a él.

—¡Mientes! Sé bien que tienes algún interés en mi patrón y vas a decirme ahora mismo cuál es.

El chico dudó y su rostro dibujó una expresión de nerviosismo que a Jaime le resultó familiar.

—Yo te conozco —dijo el chófer de pronto, cuando un destello le golpeó la memoria—, tú le vendiste al judío el collar que pertenecía a Dolors Tuneu.

Hubo un forcejeo cuando el chico intentó escabullirse, pero Jaime que era mucho más fuerte que él y estaba acostumbrado a hacer aquel tipo de cosas, le sujetó con mucha más fuerza.

—¡Déjame! —gritó.

Algunos transeúntes pararon para observar la escena, pero Jaime les convenció de que aquello no era más que una riña entre hermanos y siguieron su camino sin más.

—Vas a acompañarme al pueblo y darás las explicaciones oportunas a quien debes dárselas.

Ante aquella amenaza, el chico preparó la navaja con un rápido movimiento. Se acercó a Jaime y le dijo al oído algo que lo desestabilizó, momento en que este aprovechó para hundírsela en el estómago. El dolor fue insoportable y necesitó de las dos manos para cubrir el agujero por donde la sangre había empezado a salir profusamente. Jaime cayó de rodillas al suelo y el atacante se lanzó a la carrera a través del bosque, mientras el herido era socorrido por aquellos que habían presenciado la escena. Sin poder hacer otra cosa que intentar taponar la herida con trapos y ropa. Unos cuantos hombres decidieron agarrarlo y correr hacía el pueblo antes de que se desangrara.

Lola y Guillermo llegaron a la Gabella sobre la hora de comer y esperaban encontrarse todo preparado para tal menester, pero por el contrario, Celonio estaba esperándolos en la calle, visiblemente nervioso con su habitual cara de amargura pero con un brillo en los ojos de inquietud. Lola en el mismo instante de verle, se apresuró a preguntarle:

—¿Ha sucedido algo?

—Es el sirviente del señor Caba.

Guillermo se puso en tensión y antes que pudiera dar más explicaciones, entró en la vivienda gritando.

—¡Jaime, Jaime!

—Está en su habitación siendo atendido por el médico.

—¿Pero qué ha pasado?

El mayordomo calló. Aquel hombre no era de su agrado y no quería darle explicaciones a él, miró a su ama y esperó a que fuera ella quien las pidiera.

—Contesta Celonio, el señor Caba te ha hecho una pregunta.

—Lo han apuñalado.

—¿Quién? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—Todo eso no lo sé, lo trajeron inconsciente. Se conoce que ha perdido mucha sangre. Hemos llamado enseguida al doctor y ahora están él y su ayudante en la habitación junto a las cuerdas, pero no sabemos nada más.

Guillermo se dirigió de inmediato hacia allí a grandes zancadas, sin importarle que no fuera oportuno entrar en la habitación o que aquella no fuera su casa, necesitaba saber cómo estaba Jaime. Cuando llegó a la puerta, Matilde y otra muchacha estaban enfrente haciendo guardia.

—Lo siento pero no puede entrar. —La cocinera, con su gran envergadura, se plantó delante de la puerta impidiéndole el paso.

—¿Por qué? —Preguntó enfurecido Guillermo.

—El médico nos ha dicho que no deje pasar a nadie mientras dure la operación.

—¿Cómo está Jaime?

—No se sabe nada, señor. Nosotras solo hemos calentado agua y preparado paños limpios como nos ha ordenado el doctor, y tras dejarlo en la habitación nos han echado y cerrado la puerta.

Aquellas explicaciones no le valieron para apaciguar su ánimo, así que golpeó la puerta. No recibió respuesta. Lo intentó de nuevo y esperó unos segundos. A la postre salió un muchacho en mangas de camisa, con las manos llenas de sangre y cara de impaciencia.

—Deben dejarnos trabajar —dijo el chico—. El doctor está haciendo cuanto puede pero si no cesan de interrumpir no podremos hacer bien nuestro trabajo.

—Siento molestar —se disculpó Guillermo—. Ese es mi cochero y quisiera saber qué ha pasado y como se encuentra.

—Ahora mismo su vida pende de un hilo. El doctor es el único que puede salvarlo pero necesita silencio para poder hacerlo. Cuando sepamos algo más se lo haremos saber.

Dejó con la palabra en la boca a Guillermo y volvió a cerrar la puerta de un golpe. Quedaba claro que tan solo cabía tener paciencia y esperar. Lola ya se había acercado a las cuadras y apoyando su mano sobre el brazo de Guillermo le dijo:

—Será mejor que esperemos en la sala de música, si hay novedades Celonio nos dará aviso de inmediato.

—Está bien, necesito cambiarme de ropa y lavarme un poco. Quizá puedan necesitar mis conocimientos como farmacéutico en un rato.

Se marchó escaleras arriba a su habitación con la rabia reflejada en el rostro. No quería compañía en aquellos momentos.

—¿Quién lo ha traído? —Quiso saber Lola.

—Entre Juan Navarro, Pepe el botero y el hijo de la carnicera. Se ve que un muchacho lo apuñaló en el puente a Hostalric y se dio a la fuga.

—¿Qué muchacho?

—No lo sé, señora. Según dijeron era un joven rubio y con una cicatriz en la ceja. Minutos antes les vieron pelear y de un momento para otro el chófer estaba tendido en el suelo desangrándose y el otro corría como un galgo hacia el bosque de Casa Blanch.

—¿A qué hora sucedió eso?

—A él lo han traído no hace más de una hora, así que serían entre las diez y las once.

Lola lo pensó y según sus cálculos, por aquel entonces ella y

Guillermo también estaban en el bosque, aunque no recordaba haber visto a nadie más por allí. Tampoco era de extrañar, pues el lugar era tan grande y frondoso que ni queriendo habrían oído o visto a nadie a menos de dos metros de ellos, pero aún así le asustaba pensar que habían estado tan cerca del atacante de Jaime.

—¿Habéis podido hablar con él?

—No señora, cuando ha llegado ya estaba inconsciente y los que le han traído solo nos han contado lo que ya le he dicho y una frase que pronunció el herido antes de desmayarse.

Se quedó callado pensando en si aquellas palabras podrían tener algún sentido en boca de un moribundo y por tanto eran dignas de ser reproducidas.

—¿Qué ha dicho? —Le instó Lola.

—Pues dijo que el pasado siempre vuelve a cobrarse su venganza.

Curiosas palabras, pensó ella. ¿Qué querían decir? A lo mejor más tarde se lo preguntaría a Guillermo, por el momento necesitaba relajarse y decidir si daba parte a la Guardia Civil o esperaba a que fuera Guillermo quien lo hiciera, al fin y al cabo era su sirviente y todavía no estaba claro si sobreviviría o no.

—Matilde, prepara algo de comer para el doctor y su ayudante, para que cuando salgan podamos platicar de lo ocurrido sentados a la mesa.

—Claro señora, tengo un puchero en el fuego con arroz y verduras.

Se marchó y la muchacha que estaba junto a ella hizo el amago de seguirla a la cocina, pero Lola la detuvo.

—Espera Antoñita, quiero que te quedes aquí por si el médico necesita algo más. En cuanto salga vienes a buscarme, estaré arriba o en la sala de música.

—Está bien señora.

Se sentó en un taburete que habían colocado junto a la puerta y esperó.

—Celonio, tú ve a buscar a los que trajeron al herido, quiero hablar con ellos.

—Pero señora... a saber dónde están esos hombres ahora —se quejó el mayordomo.

—Pregunta por el pueblo, seguro que están en la taberna contando su hazaña a quien quiera pagarles un chato de vino.

—¿Debo ir ahora mismo? Creo que sería más útil si me quedo.

—Ahora. Necesitamos saber qué pasó en el puente.

A él poco le importaba el herido, su señor y los motivos que tuvo el

agresor para apuñalar al cochero. Aquella gente no era de fiar. La mirada de Guillermo le parecía turbia y las maneras con que se manejaba su sirviente no eran las propias de alguien que sirve y obedece. Sabía desde el primer día, que había algo en aquella pareja que no era trigo limpio, y aquel ataque no hacía más que confirmarlo. Pero a su ama se la veía más feliz que de costumbre y era debido al señor Caba, así que poco podía hacer él contra aquello, más que estar atento a todo lo que aconteciera y adelantarse a ellos si era posible.

—Está bien señora Lola, saldré ahora mismo y regresaré con ellos.

En cuanto el sirviente atravesó la puerta de la calle, alguien golpeó la aldaba. Antoñita ya se disponía a levantarse para abrir, cuando Lola la detuvo.

—Ya voy yo.

—Buenos días, tengo un telegrama para el señor Caba, ¿se encuentra?

—Sí, pero está indispuesto. Puede dármelo a mí y yo se lo haré llegar.

—Quisiera dárselo en persona.

La secretaria del ayuntamiento que la tarde anterior había mandado el telegrama de Guillermo a su padre, esperaba poder ver de nuevo al apuesto caballero al que prometió que si había respuesta, se la haría llegar enseguida, pero la dueña de la Gabella parecía no querer permitirselo.

—Tranquila yo se lo entregaré. —Le tendió la mano para coger el papel.

—Creo que es urgente, debería hacérselo llegar cuanto antes.

—Por supuesto.

Se lo tuvo que arrebatar de las manos, pues la muchacha lo tenía sujeto con tanta fuerza que casi lo parten entre las dos tirando de él. Finalmente cedió y el telegrama pasó a las manos de Lola.

—Buenos días.

—Buenos días señora.

La secretaria se marchó, no sin dar una última ojeada al interior de la casa por si veía a Guillermo. En cuanto la otra se lo permitió, Lola cerró la puerta y se marchó a su habitación. Una vez allí dejó el telegrama sobre su tocador sin pensar más en él. Se quitó el embarrado vestido que había llevado durante el paseo y se puso otro más sobrio y apropiado para cuando llegaran los hombres que Celonio había ido a buscar. Quizá también debería recibir más tarde a los gendarmes, pues en el fondo Lola sabía que aquella noticia habría corrido como la pólvora y si la mayoría de gente del pueblo aún no se había enterado, seguro que lo haría en pocas horas, por tanto era inútil intentar

esconderlo.

Pocos minutos después, cuando la tarde caía...

—Quiero mandar un telegrama urgente.

—Claro, debe rellenar este formulario. —La secretaria le tendió al chico uno idéntico al que Guillermo rellenó el día anterior.

—No sé escribir ¿puede hacerlo usted?

—Por supuesto, si me indica lo que debo poner...

El muchacho le dio los datos del destinatario y se inventó los del remitente. Luego le dictó a la chica el texto en sí:

*Negocio fallido. Reconocido por ayudante.
Marcho y corto comunicaciones por un tiempo.
J.*

—Debe hacer que llegue al receptor enseguida —dijo el muchacho sudando a mares y exageradamente nervioso.

No esperó a que la muchacha pudiera decirle el importe del servicio o preguntarle si esperaba una respuesta. Solo dejó una peseta sobre el mostrador y se marchó a la carrera.

Dos horas y media más, tardaron el doctor y su ayudante en salir de la habitación donde atendieron a Jaime. Sus caras reflejaban el agotamiento y la poca esperanza que albergaban de que el herido saliera bien parado del trance. En cuanto asomaron por la puerta, Antoñita que no se había movido de su puesto de vigilancia, se levantó y pidió a los facultativos que subieran al comedor donde les esperaban la dueña de la casa y el amo del acuchillado para que les dieran el parte médico. Los dos hombres obedecieron y tras ponerse las chaquetas y pedir a la sirvienta que limpiara la sangre y recogiera los trapos sucios del suelo, se fueron al comedor.

Guillermo y Lola solo habían tomado un ligero aperitivo acompañado de vino para apaciguar los nervios, mientras esperaban impacientes la llegada del médico. En cuanto entraron al salón fueron rápidamente a su encuentro.

—Doctor, ¿cómo está Jaime?

—Estable. —Dejó ir un hondo suspiro y prosiguió—. Aunque su pronóstico no es bueno...

—Dicen que lo han apuñalado en el estómago —Guillermo no podía dejar que el médico terminara su informe.

—Concretamente le han seccionado el intestino, pero por suerte hemos podido coserlo y cerrar la herida, aunque lo que más me preocupa es la pérdida de sangre. Cuando nosotros hemos llegado ya había pasado casi una hora del acuchillamiento y la falta de riego sanguíneo ha afectado a muchos de los órganos vitales.

—¿Qué podemos hacer? —Quiso saber Lola preocupada.

—Esperar a ver su evolución. Las siguientes horas serán las más críticas. Si las supera tendremos una gran parte de la batalla ganada. Por ahora manténganle caliente y con los pies en alto para que la circulación mejore y no sufra una hipotermia. Deberá estar en horizontal unos días y no moverse para que la sutura aguante y la herida del vientre cicatrice antes. También es aconsejable que tome muchos líquidos para que recupere cuanto antes la sangre que ha perdido y...

—¿Y no sería mejor que le hiciera una transfusión? —Propuso

Guillermo—. Sé que en algunos hospitales de la capital ya han empezado a realizarse con éxito.

—Allí es probable, pero aquí no tengo el material necesario para hacerlo y no le aconsejo trasladarlo en las condiciones en que está.

—Podría hacer traer ese instrumental para que se la realizara aquí. Si es cuestión de dinero no se preocupe.

—Aunque pudiera hacer llegar ese material a tiempo, no le aseguro que con ello pudiéramos hacer gran cosa. Es verdad que sus niveles de plaquetas y glóbulos rojos mejorarían considerablemente, pero también podríamos provocarle una infección que difícilmente superaría con la debilidad que padece ahora mismo. Mi consejo es que hagan lo que les he dicho y vigilen sus orines por si aparece sangre o tienen un color turbio.

—Sigo pensando que lo mejor sería hacerle una transfusión.

—Mire, mi trabajo aquí ha terminado, ustedes tienen la última palabra sobre ese hombre.

El doctor ya se marchaba cuando Lola le detuvo.

—Doctor Ruiz, ¿ha podido hablar con él?

—Ha estado inconsciente durante toda la operación y mejor así. El dolor de una puñalada en el vientre es realmente intenso y como aquí no dispongo de anestesia, habría sido una operación muy dura si la hubiera tenido que soportar despierto.

—¿Podemos entrar a verle?

—Claro, pero no creo que puedan hablar con él. Como ya les he dicho, la pérdida de sangre ha hecho que se desmayara y necesitará bastantes horas para recuperarse del trauma.

Lola acompañó al médico y a su ayudante hasta la puerta y antes de despedirse le dijo:

—Por favor no comente con nadie lo sucedido acá. Sé que es difícil en un pueblo tan pequeño mantener el secreto, pero no quiero que se especule sobre los motivos del ataque. Antes debemos hablar con Jaime.

—No se preocupe, mi trabajo es el de salvar vidas, no el de chismorrear, aunque le aconsejo que avise a las autoridades cuanto antes. Estoy obligado a dar parte de cualquier herida por arma blanca, disparo o pelea y no quisiera avisarles yo antes que ustedes.

—Lo sé doctor. ¿Puedo pedirle que no les avise hasta mañana por la mañana? Antes quisiera hablar con los hombres que le han traído, si es posible.

—Está bien, lo haré por el respeto que le tango, pero mañana a primera hora les haré llegar mi informe.

—Gracias doctor.

El doctor Ruiz se marchó seguido por su joven ayudante y cuando Lola cerraba la puerta de la calle, Guillermo se caló el sombrero para salir.

—¿Dónde vas? ¿No quieres ir a ver a tu sirviente?

—Antes debo hacer algo importante. Vuelvo enseguida.

Sin dar más explicaciones, Guillermo también salió a la calle, pero no fue muy lejos.

—Señorita, necesito poner varios telegramas urgentes.

A pesar de su brusquedad al entrar y pronunciar aquella frase sin ni siquiera dar las buenas tardes, la secretaria del ayuntamiento, contenta de volver a ver a su apuesto vecino, se acercó a él con aire coqueto.

—Me alegro de volver a verle —dijo en tono jovial—. Antes he estado en la Gabella pero me han dicho que estaba indispuesto. Me he preocupado un poco, ¿está usted bien?

Guillermo se quedó un tanto desconcertado sin entender muy bien lo que le estaba diciendo aquella mujer, aunque tampoco tenía ni el tiempo ni el interés para intentar averiguarlo. Solo se acercó al mostrador donde sabía que estaba el aparato de comunicación y repitió:

—He de poner un telegrama a mi padre, debe tener los datos en el resguardo de ayer.

—Sí, claro. —La funcionaria se puso a buscar entre los papeles que tenía sobre el mostrador y finalmente dijo—: Tengo aquí el que ha llegado esta mañana, puedo copiarlos.

—¿Ha llegado la respuesta esta mañana?

—Sí, se la he llevado yo misma hace unas horas, pero al no poder entregársela en mano, la señora Ramos ha insistido en que se la diera a ella.

Él lo rumió un momento y llegó a la conclusión que a Lola se le habría olvidado con todo el jaleo del médico.

—¿Puede dejarme ver la copia?

La chica se apresuró a entregarle a Guillermo el documento extrañada por la petición.

Me alegro por Victoria. Necesito que vuelvas cuanto antes, aquí días ajetreados, Ayuntamiento y cura quieren quitarnos derecho agua. Es largo

de contar.
Afectuosamente
Emilio

—Bien, gracias. —Le devolvió la copia del telegrama—. Quiero mandarle otro que diga:

Imposible regresar, Jaime enfermo. Quedaremos hasta que recupere salud.
Mande giro telegráfico urgente de 500 pesetas a esta oficina, yo recojo
mañana.
Guillermo

La secretaria transmitió enseguida el comunicado mientras Guillermo rellenaba otro formulario para un mensaje que debía llegar también con urgencia a Barcelona.

Urgente quitar piedra camino.
Necesito despachar asunto ya.
Pago efectivo.
Mañana al alba puente Arbúcies-Hostalric.

Los datos del receptor los falseó y también hubiera mentido en los suyos pero no podía porque Teresa sabía quien era. De todos modos esperaba que el texto ambiguo no despertara ninguna sospecha y aquel mensaje quedara archivado en el olvido una vez mandado. Confió en que su petición llegara a quien debía, pues nunca antes había contratado a ese tipo, solo lo había visto una vez y la impresión que se llevó no fue muy buena. Si hubiera podido lo habría hecho él mismo, pero sin su ayudante y con tantos ojos puestos en él, era peligroso exponerse.

Cuando Guillermo regresó del ayuntamiento quiso ver a Lola inmediatamente pero, según le dijo Celonio, estaba en la sala de música con los hombres que horas antes habían llevado a Jaime desde el lugar en que le apuñalaron hasta la Gabella.

Aquello le sorprendió enormemente, no sabía que la dueña de la casa tenía intención de hablar con aquellos hombres.

—Voy a ir yo también a hablar con ellos —dijo encaminándose a la sala.

—La señora Lola ha ordenado que no se la moleste hasta que esos hombres se hayan ido. —El anciano parecía satisfecho ante la perplejidad que mostraba Guillermo por la rara situación.

—No creo que le importe que yo esté presente en la conversación, al fin y al cabo han atacado a mi sirviente.

El mayordomo intentó pararlo sin muchas ganas, expectante por ver como culminaba aquello entre Lola y él. Con unos suaves golpes en la puerta de la pequeña sala, dijo:

—Soy Guillermo, ¿puedo pasar?

Las voces que se habían estado escuchando desde fuera hacía solo un instante, cesaron. El silencio fue la única respuesta que obtuvo a su petición. Volvió a llamar. Esta vez la puerta se abrió un palmo y la cabeza de la escultora asomó por el resquicio.

—Estoy ocupada Guillermo ¿qué deseas?

—Me ha dicho Celonio que han venido los hombres que trajeron a Jaime malherido.

—Así es.

Esperaba que le invitaría a pasar, pero siguió plantada en la puerta sin hacer el menor amago de permitirselo.

—También quisiera hablar con ellos.

—Creo que es mejor que lo haga yo. Son gente reservada, a la que les cuesta abrirse a los forasteros.

—Pero Jaime es mi cochero, debo conocer los detalles de lo ocurrido.

—Ya casi hemos acabado. Cuando se marchen te buscaré y te lo contaré todo, ahorita debo volver. —Cerró la puerta y dejó a Guillermo en el pasillo ante la atónita mirada del sirviente, orgulloso por el valiente comportamiento de su ama.

El boticario se quedó tan desconcertado ante aquella actitud decidida y rotunda que prefirió ir a ver a su ayudante y esperar a que Lola fuera a por él después.

Mil pensamientos se le cruzaron por la cabeza y ninguno bueno cuando vio a Jaime tumbado, aún dormido, en aquel catre. Solo una vela titilante sobre la mesita, alumbraba su marfileña cara. Talmente parecía muerto, cubierto por varias mantas y los pies recostados sobre unos cojines para que la sangre llegara con mayor facilidad a los órganos vitales. La imagen le recordó a un embalsamado que espera ser metido en su sarcófago. Se acercó despacio a él y se sentó en la única silla que había junto al cabecero de la cama. Le tocó la mejilla con el dorso de la mano y el contraste de temperatura fue notable. Si no subía la temperatura corporal de su amigo, era probable que sufriera una hipotermia. Salió y en la cocina encontró a Matilde limpiando los cacharros que había utilizado para hacer la comida.

—Matilde necesito que llene un par de canecas con agua caliente para Jaime.

—Claro señor, ¿ya ha despertado? He estado antes en su habitación y parecía tan...— Se le escaparon algunas lágrimas que resbalaron por sus mejillas y terminaron sobre la gran olla que limpiaba.

—Aún no Matilde, pero no se preocupe, es un hombre muy fuerte y saldrá de esta. En peores plazas hemos toreado y siempre hemos salido airosos. —Intentó esbozar una leve sonrisa para que la mujer dejara de llorar y se concentrara en el pedido que le había encargado.

Surtió efecto, la cocinera se enjuagó las lágrimas con un pañuelo que sacó del bolsillo de su mandil y en cuanto se secó las manos, puso al fuego una olla con agua que guardaba en una gran tinaja.

—Enseguida estará caliente, señor.

—Gracias, esperaré en su habitación.

Antes de volver junto a Jaime, subió a su cuarto para recoger el maletín con el estetoscopio, termómetro, agujas y algunos fármacos básicos e incluso un novedoso esfigmomanómetro inventado no hacía más de ocho años,

capaz de medir la presión arterial. Bajó con todo ese material hacia el dormitorio de su ayudante, pero al pasar junto la sala de música, no pudo resistirse y pegó la oreja a la puerta. No oyó nada «ya se habrán ido —se dijo— en cuanto acabe hablaré con ella».

Lo primero que hizo fue tomarle la temperatura a Jaime. Le colocó el termómetro bajo la axila y esperó diez minutos. El mercurio marcaba 35 grados. Estaba por debajo de lo normal en un ser humano pero era lo esperado en alguien que había perdido tanta sangre, aún así era crucial subírsela. Lo siguiente era medir la presión arterial. Sacó el brazo izquierdo de debajo de las mantas y le pasó el brazalete hinchable por él. Posó suavemente la extremidad sobre la cama y empezó a presionar la pera de caucho hasta su máximo. En ese momento entró Matilde portando las dos jarras con agua caliente.

—¿Dónde las dejo, señor? —El gran esfuerzo que debía realizar para sostener cada una en un brazo era evidente en su voz y su rostro.

—Déjelas un momento en el suelo, debo terminar con esto antes de soltar la perita.

La mujer apoyó las canecas con gran alivio en la cama y se situó junto al farmacéutico para observar más de cerca lo que estaba haciendo.

—¿Para qué es eso?

—Para medir la presión sanguínea.

—¿La qué?

—¡Calle Matilde! Debo estar concentrado y en silencio para hacerlo.

La mujer enmudeció al instante pero no dejó de mirar todo el proceso. En cuanto el manguito empezó a desinflarse, la columna de mercurio también descendió. Entonces Guillermo tuvo una lectura clara del estado de su sirviente.

—Debemos hacer que entre en calor cuanto antes. Ayúdeme a poner las tinajas debajo de las mantas.

La cocinera cogió una que colocó en el lado derecho del cuerpo y Guillermo la otra que puso justo al otro costado. Volvieron a cubrirlo con las mantas que remetieron firmemente bajo el colchón y mientras Guillermo guardaba el instrumental de nuevo en el maletín, Matilde preguntó:

—¿Cuénteme lo que acaba de hacer?

—¿De verdad quiere saberlo? —Ella asintió—. Es para medir la presión arterial —empezó diciendo él con el tensiómetro en la mano.

—¿Y qué es eso?

—La presión arterial nos indica si la circulación de la sangre de una persona está por encima o por debajo de lo que sería normal.

—¿Y para qué queremos saber eso?

—Es importante saber si alguien está por encima y por tanto es susceptible de sufrir un ataque al corazón o un ictus o por el contrario está muy por debajo la cual cosa querría decir que le falta riego sanguíneo, como en este caso en que Jaime ha perdido mucha sangre y su presión es muy inferior a lo que sería conveniente.

—¿Entonces el muchacho está muy mal?

—No está todo lo bien que quisiera, pero sus niveles no son alarmantes, creo que se recuperará. Ahora lo más importante es que esté constantemente caliente y en cuanto se despierte empiece a tomar líquidos. ¿Podrá encargarse?

—Por supuesto, señor Caba. Entre Antoñita y yo le vigilaremos.

—Gracias Matilde. ¿Sabe dónde está la señora Ramos?

—No la veo desde la hora del almuerzo, pero si no está trabajando estará en la sala de música.

Guillermo salió del cuarto con el maletín dejando a Matilde sentada junto a la cama con cara de angustia mientras observaba atentamente el rostro del cochero.

Después de recorrer toda la casa, encontró a Lola en el jardín. Sentada bajo una morera, leía en el periódico un artículo que hablaba de la proyección de la película *La Sortie de l'usine Lumière à Layon*, en varios locales de Barcelona y ciudades colindantes.

—Algún día inventaré un cinematógrafo que no exija oscurecer una sala para que se puedan ver las imágenes.

Guillermo obvió ese comentario que por otro lado no entendió y se centró en lo que realmente importaba.

—¿Qué te han dicho aquellos hombres?

Como si no supiera de qué le estaba hablando, Lola le lanzó una fugaz mirada y volvió a centrarse en el artículo.

—¿Saben quien atacó a Jaime?

—No lo habían visto nunca.

—¿Así que le vieron? ¿Pueden darnos una descripción de él?

—Solo dicen que era un chico joven que salió huyendo en cuanto

Jaime se desplomó.

—¿Pero no pudieron verle la cara?

—No, dicen que todo sucedió tan rápido que no se fijaron.

Guillermo no necesitaba que nadie le confirmara quien apuñaló a su ayudante. Sabía que fue el mismo que le estuvo siguiendo el día anterior, el mismo al que Jaime vigilaba aquella mañana. Aún así necesitaba saber los motivos que habían llevado a aquel chico a cometer tal acto.

—¿Te dijeron por casualidad por qué apuñaló ese hombre a mi chófer?

—Insistió.

—Uno de ellos dice que les oyó discutir segundos antes del ataque.

La actitud de Lola estaba exasperando a Guillermo, debía sacarle las palabras a tirones y parecía algo recelosa de contarle lo que sabía. Cambió de táctica y dulcificó su comportamiento.

—¿Crees que podría hablar con ellos? Quizá si les hago otro tipo de preguntas puedan recordar algo que no te hayan contado a ti.

—Sinceramente no lo creo, hemos estado platicando un largo rato y al parecer nadie vio ni oyó nada de la discusión aunque sí coinciden en que el chico le clavó un cuchillo en el estómago a Jaime y tras eso corrió al bosque en el que en aquel mismo instante vos y yo estábamos recogiendo hierbas.

—Pero nosotros no vimos ni oímos a nadie en el bosque.

—No, no lo hicimos, quizá porque estábamos demasiado ocupados en otras cosas.

Lo dijo con aspereza, escupiendo las palabras y tras pronunciar la frase, dobló bruscamente el diario y lo dejó sobre la mesa antes de girarse hacia Guillermo.

—¿Te das cuenta que podrían habernos matado a nosotros también?

—¿También? ¡Jaime no está muerto!

Aquello pareció golpear con fuerza a Lola que se desinfló en la silla y se cubrió la cara con las manos.

—Lo siento Lola, tienes razón, deberíamos haber estado más atentos a lo que nos rodeaba. Bajé la guardia y eso no es propio en mí. Perdóname

—No debo perdonarte nada, los dos nos descuidamos. Pero no entiendo qué hacía Jaime en el puente minutos después que nosotros hubiéramos cruzado por allí.

—Debió de ir a dar un paseo.

—¿Tan lejos del pueblo? ¿Para qué?

—No lo sé, a lo mejor quería llegarse a Hostalric o estaba aburrido y

sin darse cuenta sus pasos le llevaron hasta aquel lugar. Quien sabe porque estaría allí —mintió.

Ella no terminó de creerle e incapaz de dejar el tema hasta no haber aclarado todas las dudas, volvió a preguntar.

—¿Quién podría quererle mal a Jaime? Sois foráneos en este pueblo y nadie os conoce. Parece que no le han robado, pues su reloj y el dinero seguían en sus bolsillos cuando le trajeron, tampoco parece que quien le atacó fuera de por acá, así que me pregunto si esa persona ya le venía vigilando desde antes de llegar a Arbúcies.

—Es probable que así fuera. Jaime es un buen hombre, leal y servicial, pero yo no sé todo lo que hace en su tiempo libre. Quizá era alguien a quien le debía dinero, o alguien con quien tenía cuentas pendientes. Cuando se enfada tiene muy mal carácter y poca paciencia.

Aquella explicación no le cuadraba a Lola, pero optó por dejar allí el tema hasta que el propio herido contara su versión de los hechos.

—¿Has ido a verle?

—Sí.

—¿Cómo está?

—Mal. Tiene la presión sanguínea por los suelos y la temperatura también. Le hemos puesto agua caliente dentro de la cama y en cuanto abra los ojos empezaremos a darle líquidos, de momento esperaré.

—¿Vas a hacerle caso al doctor Ruiz?

—Por ahora, sí. Voy a darle un voto de confianza, pero si mañana por la mañana no ha mejorado, yo mismo iré a Barcelona a buscar a alguien que pueda hacerle una transfusión.

—¿Es más que un simple sirviente para ti, verdad? —Le tomó de la mano y se la acarició suavemente.

Hasta aquel instante no se había planteado lo que supondría perder a Jaime. ¿Era algo más que un ayudante para él? Sí, por supuesto. En cierto modo podría decir que era su mejor amigo. Aunque su condición social distaba mucho de ser pareja, nunca había confiado tanto en alguien como en él. Sabía que podía poner su vida en las manos del cochero y este nunca le fallaría. Siempre que lo había necesitado, él le correspondía. Sabía guardar los secretos y afrontaba como nadie los difíciles retos que se le presentaban cada vez que debían poner en práctica algún método nuevo para encontrar la cura del Botulismo. Era capaz de realizar las tareas más penosas y pesadas sin quejarse y además había demostrado su fidelidad con creces. Durante más de

diez años había sido su mano derecha, su apoyo y paño de lágrimas y nunca le había oído pedir más de lo imprescindible.

—Creo que sí. Le tengo a mi servicio desde hace muchos años y no conozco a una persona más abnegada y entregada a la causa que él. Le considero como de la familia.

—¿Qué causa? ¿Te refieres a su trabajo?

—Claro, claro, me refiero a su trabajo. —Debido a la emoción por poco se le escapa algo de lo que se hubiera arrepentido de inmediato.

—A mí me pasa lo mismo con Celonio, a pesar de su carácter siempre me ha cuidado mucho y es casi como un papá.

Los dos se quedaron en silencio pensando cada cual en sus respectivos sirvientes. Un par de gotas impactaron en la cara de Guillermo que dijo:

—Deberíamos entrar, parece que va a llover.

—Eso parece. El día se ha puesto muy feo. Les diré que nos sirvan la cena un poco antes. ¿Tienes hambre?

—La verdad es que sí.

Se levantaron y él le ofreció su brazo para que se agarrara y así recorrer juntos el pequeño jardín trasero. En el centro había plantado un manzano junto a la morera, en el que ya podían verse las primeras hojas apareciendo entre las muchas flores blancas que cubrían la copa. A un lado de este gran árbol había rosales de flores amarillas, blancas, fucsia y un rojo intenso, y al otro costado, arbustos formando una valla que impedía que desde la calle pudiera verse el patio. Casi llegados a la puerta que les conducía al interior de la Gabella, Lola dijo como recordando algo:

—Antes de nada, debemos denunciar el ataque a la Guardia Civil.

—¿Por qué?

La reacción desmesurada y algo asustada de Guillermo sorprendió a Lola que se puso a la defensiva.

—Alguien ha apuñalado a tu ayudante, ¿no quieres que se investigue?

—Claro... pero primero deberíamos esperar a que se despierte Jaime para preguntarle si le conocía y que nos cuente lo que pasó.

—No sabemos cuando va a ser eso. El agresor podría estar ya muy lejos cuando Jaime pueda darnos una descripción de él. Creo que cuanto antes alertemos a las autoridades, antes podrán cogerle.

—Pero... pero...

—Además, si no lo hacemos nosotros lo hará el doctor.

—¿Por qué haría tal cosa?

—Me ha dicho que está obligado a informar de cualquier ataque o reyerta de la que él tenga constancia.

Al ver que no tenía más opción que aceptar o parecería que escondía algo, acabó por claudicar.

—Está bien. ¿Quieres que lo haga yo?

—No es menester, mandaré a Celonio a dar el aviso, pero deberemos ser los dos quienes atendamos a los agentes cuando vengan.

—Claro, por supuesto.

Aquello puso en jaque a Guillermo que no esperaba tener que enfrentarse tan pronto a un interrogatorio. No tenía ninguna intención de ayudar a los agentes a encontrar al atacante, tenía otros planes para él, y tampoco quería a una patrulla merodeando por las inmediaciones o el rapto se vería gravemente afectados, aunque por otro lado, debía parecer un amo preocupado por su chófer y colaborar en todo para que el culpable fuera detenido.

Solo unos minutos después de tomar el café en la sala de música, Celonio llamó a la puerta anunciando la llegada de una pareja de la Guardia Civil a la Gabella. Lola se alisó la falda del vestido negro que se había puesto por la tarde para que le diera un aire más recatado y distinguido, y Guillermo se ajustó la corbata antes de salir tras la dueña de la casa al pasillo. Los agentes, vestidos con sus características casacas azules con dos hileras de botones dorados, pantalones del mismo color que la chaqueta, y polainas claras que les identificaba como guardias montados, esperaban en el recibidor.

—Buenas noches —les dio la bienvenida Lola.

—Buenas noches —respondieron al unísono y con extrema seriedad los dos jóvenes guardias—. Soy el cabo Guitierrez y este es el cabo Arjona. ¿Y ustedes son?

—Yo me llamo Dolores Ramos y soy la propietaria de esta casa—. Se giró noventa grados a su derecha y dijo—: Él es el señor Guillermo Caba, huésped de la Gabella y amo del agredido.

—Bien, encantado de conocerles.

—Han llegado ustedes muy rápido, no les esperábamos hasta mañana por la mañana. —Guillermo luchaba por controlar los nervios que pugnaban por salir a través de su voz.

—Estábamos cerca. Tenemos un puesto en el pueblo de Breda y en cuanto nos han dado el aviso nos hemos personado.

—¿Con este tiempo? —Podían oírse los truenos y el agua caer con gran fuerza.

—Hemos creído que el asunto era de suficiente envidia como para no dejarlo hasta mañana.

—¿Quieren que pasemos a la biblioteca? —preguntó Lola.

—Como gusten, les seguimos.

El único que hablaba era el que parecía de más edad, con bigote de agujas y cara severa, siempre se adelantaba a su compañero, que callado pero observador, dejaba que el otro llevara la iniciativa.

La escultora delante y los tres hombres unos pasos por detrás de ella, llegaron a la biblioteca, donde los guardias pudieron despojarse de sendas capas mojadas y tricornios protegidos con filtro de hule negro. Solo se quedaron con las espadas, de las que no podían desprenderse bajo ninguna circunstancia mientras estuvieran de servicio. En cuanto Guillermo y Lola se hubieron sentado, también lo hicieron los dos hombres delante de ellos en unos sofás viejos pero muy cómodos, que usaba habitualmente Julián para tomar la siesta cuando trabajaba en aquella habitación.

—Bien —empezó de nuevo el agente del bigote—, nos han dicho que esta mañana se ha producido un ataque con arma blanca en el puente del camino a Hostalric.

—Así es —saltó Guillermo.

—Y el herido ha sido el señor Jaime López natural de Santa Eugènia de Berga, en la provincia de Barcelona.

—En realidad es natural de Barcelona ciudad, vivimos en Santa Eugènia desde hace solo un año.

Aquella interrupción pareció no agradarle al agente que levantó la vista de sus notas para lanzarle una inquisidora mirada a Guillermo antes de proseguir con su exposición de los hechos.

—Bien, entonces el señor López, ha sido apuñalado en el estómago por un desconocido, según consta aquí. —En ese punto miró a los dos interrogados esperando algún tipo de aclaración que ni Lola ni Guillermo dieron y el agente insistió—: ¿La agresión se ha producido por un desconocido?

—Hasta lo que nosotros sabemos, sí —aclaró Guillermo.

—Jaime aún no se ha despertado y no hemos podido preguntarle, pero los hombres que le trajeron, no conocían al asesino.

—¿Asesino? —Se extrañó el agente que hasta entonces no había

hablado.

—Quiero decir agresor. —Lola tragó saliva y se dio cuenta que por segunda vez en un día había hablado del chófer como si hubiera muerto.

—Entonces, ¿el apuñalado aún no ha hablado?

—Todavía no, ha perdido mucha sangre y está muy débil, pero esperamos que en las próximas horas lo haga.

—¿Creen que haya podido ser un robo?

—No lo parece, pues al llegar seguía tenido todas sus pertenencias.

—¿Un asunto de venganza por amor?

—Eso es imposible —le cortó de inmediato Guillermo—. Jaime está casado desde hace años con una mujer maravillosa de la que está profundamente enamorado.

—Pero no podemos descartar nada todavía, otros los ha habido que aún estando casados y enamorados, se han encaprichado de quien no debían.

—Este no es el caso, nosotros no somos de por aquí. Llegamos ayer y Jaime no se ha separado de mí, además jamás haría tal cosa.

—Parece que conoce muy bien a su cochero, señor Caba, pero ¿pondría la mano en el fuego por él?

—¡Por supuesto! Mi ayudante nunca le sería infiel a su esposa y mucho menos con alguien que le trajera tales consecuencias.

—¿Quizá haya sido por deudas de juego? —Volvió a preguntar.

—Nada de eso cuadra con mi cochero, como le digo es un hombre íntegro y todo lo que gana se lo gasta en su mujer e hija enferma.

El agente quiso dejar ahí el tema viendo que los ánimos se estaban caldeando y las respuestas del señor Caba eran cada vez más tajantes, además no eran horas ni lugar para empezar una discusión, así que cambió de tercio.

—Pues en ese caso, interrogaremos a los testigos presentes en el puente y a los hombres que trajeron al señor López a ver si ellos pueden aclararnos algo más.

—Claro —se adelantó Lola—, les diré sus nombres y donde pueden encontrarlos, pero yo ya he hablado con ellos esta tarde y no vieron nada. Dijeron que todo había pasado tan deprisa que solo pudieron fijarse en que el chico de la cicatriz le había clavado una navaja en el estómago a Jaime y luego huyó hacia el bosque.

Al oír el detalle de la marca del agresor, a Guillermo se le erizó el vello. Era algo que Lola no le había contado cuando le preguntó aquella tarde. ¿Qué otras cosas sabría que no le había dicho?

—De todos modos debemos hablar con todo el mundo, es nuestro trabajo —dijo el guardia.

—Por supuesto señor.

—Cabo Gutiérrez, por favor.

—Perdone, Cabo Gutiérrez.

—Por ahora eso es todo señores. Volveremos para interrogar al herido en cuanto este pueda hablar. ¿Cuándo cree que será eso? —Se dirigió a Guillermo.

—Tengo esperanzas en que mañana por la mañana abra los ojos, pero es difícil saberlo con seguridad. Es posible que con la falta de riego algunos órganos se hayan visto afectados y pasen días hasta que tenga las fuerzas suficientes para hablar.

—Bueno, deberemos conformarnos por el momento. Aún así denos aviso en cuanto se despierte y volveremos.

—Así lo haremos Cabo Gutiérrez.

Los dos Guardias volvieron a ponerse las capas y los tricornios y se dirigieron a la puerta de la calle acompañados por el mayordomo. Cuando este les franqueó la salida, les dijo:

—Deberían investigar al señor Caba.

—¿Cómo dice?

—Ese hombre y su chófer no son trigo limpio. Llegaron aquí con falsos motivos de hacer turismo y conocer la zona, pero en ningún momento han tenido tal intención.

—¿Por qué dice eso? ¿A caso usted sabe algo que ignoramos?

—Yo solo digo que ese hombre tiene una mirada turbia, habla y se comporta como si estuviera por encima del bien y del mal, se da unos aires que no son propios de alguien que es invitado en una casa. Además el señor Julián, propietario de la Gabella y marido de Lola, no está aquí y eso parece que le dé autoridad para hacer y deshacer a su antojo. No me gusta. No me gusta un pelo.

—Está bien, quédese tranquilo. Siempre investigamos a todos los relacionados con los casos en los que trabajamos. Él no será una excepción, ni usted tampoco. Buenas noches.

Cerraron la puerta y se perdieron en la noche bajo una lluvia intensa. Celonio regresó a la biblioteca por si su ama le necesitaba antes de retirarse a dormir, aunque las última palabras del guardia no le dejaran pegar ojo.

Inmediatamente después de que los agentes se fueran, Guillermo y Lola se quedaron solos en la biblioteca y este quiso saber qué otra información ocultaba su anfitriona.

—No me dijiste que quien apuñaló a Jaime tenía una cicatriz —dijo tranquilamente viendo caer el agua a través de la ventana que daba a la calle Mayor.

—¿No te lo comenté? Se me olvidaría. ¿Qué importancia tiene, acaso conoces a alguien con una cicatriz en la cara?

Lola se paseaba por la estancia con aire despreocupado, acariciando con la palma de la mano los lomos de los gruesos libros que descansaban en el estante más bajo.

—No, pero es un detalle importante si queremos dar con él. Es un rasgo que puede identificar al atacante, ¿no crees?

—Supongo que sí, aunque vos tampoco me dijiste que Jaime iba a seguirnos esta mañana.

—Y no lo hacía.

—No te creo, ¿por qué sino habría estado a la misma hora que nosotros en el aquel puente?

—Pura casualidad.

—Ya. Más bien me parece que no las tenías todas con vos y querías que él vigilara nuestros pasos por si algo nos sucedía.

Guillermo se giró de espaldas a la ventana y observaba como ella seguía paseando por la biblioteca como si flotara sobre el suelo, con pasos cortos y pausados, recorriendo el extremo opuesto al de él esperando que el farmacéutico se pronunciara sobre aquella acusación. Guillermo con temple y cara de póquer, respondió al envite en un tono neutro.

—Me gusta tener cerca a Jaime siempre que puedo para sentirme protegido. Sé que él cuidará mis espaldas.

—¿Acaso necesitabas que te protegiera de mí o es que sabías que había alguien merodeando que podría hacernos daño?

No supo qué contestar, aquella mujer era realmente suspicaz,

observadora y muy inteligente. Podría haber seguido mintiendo o negarse a contestar, pero realmente no sabía quien y porque había atacado a su ayudante, así que si ella tenía alguna pista de quien podría ser, lo mejor era contarle la verdad.

—En realidad hace unos días que ese muchacho nos sigue, o más bien me sigue a mí. Le dije a Jaime que esperara a ver si esta mañana también iba detrás nuestro y si era así, le pedí que a una distancia prudencial él también nos siguiera. Imagino que al llegar al puente se enfrentó al muchacho y este le atacó.

—Entonces, ¿sabes quién es el agresor y no se lo has dicho a la Guardia Civil? —A pesar de la distancia que los separaba, Guillermo podía ver como los ojos de Lola estaban encendidos de rabia.

—Realmente no sé quién es. No le he visto bien la cara, solo me fijé en la cicatriz de su ceja, pero no le reconocí.

—¿Y no te parece extraño que alguien a quien no conoces te siga durante días y ataque a tu sirviente?

—Yo no digo que no lo conozca, digo que no le he visto bien, quizá si tuviera la oportunidad de tenerlo delante...

Sus palabras parecían sinceras, pero Lola seguía enfadada. Aquel hombre la había puesto en peligro a sabiendas y ahora era la comidilla de todo el pueblo. Había hecho que su nombre quedara en entredicho y que la Guardia Civil se presentara en su casa a altas horas de la noche para interrogarla. Aquello llegaría a oídos de su marido, lo cual no llevaría nada bueno a su casa.

—Voy a irme a laborar —dijo airada.

—¿A estas horas? No preferirías descansar o quedarte un rato más conmigo? —Su tono pretendía ser zalamero, pero más bien le salió como un reproche.

—Necesito desfogarme y la única manera de aplacar los nervios que conozco es golpeando la piedra.

Él se acercó y la tomó de las manos para llevarlas a su cuello y rodearle la cintura con las suyas.

—Conozco otras maneras para que sueltes esos nervios.

Ella se apartó enseguida y dirigiéndose a la puerta, de espaldas a él, dijo:

—Si hay algo que no tolero es que me tomen por tonta.

Cerró la puerta y Guillermo se quedó solo en aquella habitación

grande y llena de conocimiento, pero no el suficiente como para saber el modo de tratar a una mujer como aquella. Lola no era una chiquilla que se pudiera doblegar con galanterías o palabras amables. Era fuerte y decidida, se sentía engañada en su propia casa y esa era una ofensa que no le iba a perdonar fácilmente. La dejó marchar, se sacó el reloj del bolsillo y al ver que ya eran las doce menos cuarto, decidió marcharse a dormir. Al día siguiente temprano, tenía una cita en el puente donde habían apuñalado a Jaime y necesitaba descansar. Aquel no había sido un día fácil y el siguiente no se presentaba mejor. Subió directamente a su habitación dispuesto a meterse en la cama enseguida, pero antes que pudiera quitarse la ropa, llamaron a la puerta.

—Señor Caba, Jaime ha abierto los ojos. —Antoñita, algo azorada y nerviosa, esperaba ante la puerta nuevas instrucciones.

—Ahora mismo bajo. ¿Ha dicho algo?

—No señor, solo ha pedido por usted.

—¿Tienen caldo de pollo en la cocina? —dijo mientras volvía a ponerse la chaqueta que acababa de dejar en el armario.

—Imagino que sí, siempre hacemos de sobra.

—Pues vaya a buscar una buena taza caliente y llévesela a mi ayudante.

—Enseguida señor Caba.

Guillermo bajó a paso rápido las escaleras y al pasar por delante del estudio de escultura, oyó el repiqueteo del cincel sobre el mármol. No cabía duda que Lola estaba empleando mucha energía, pues los golpes eran contundentes y muy seguidos. Continuó su camino hasta las cuerdas y cuando entró en la habitación del chófer este estaba incorporado en la cama con un par de cojines detrás de la espalda.

—Jaime, ¿Cómo te encuentras?

—Muy débil, señor. Como si me hubiera pisoteado una caballada.

—Es normal, perdiste mucha sangre cuando te... ¿Recuerdas algo del ataque?

—Solo que aquel chico al que me mandó seguir me hundió una navaja en la tripa y luego... no lo sé... creo que se dio a la fuga hacia el bosque donde usted y la señora Ramos... ¿Están bien? ¿Les hizo algo ese malnacido?

—Estamos bien, tranquilo.

Jaime respiraba con gran dificultad. Intentaba mantenerse erguido pero las muecas de dolor y los quejidos se sucedían a cada palabra que pronunciaba. En su rostro se reflejaba el esfuerzo que debía hacer por seguir

aquella conversación.

—Debes descansar, amigo. Hay mucho de lo que hablar pero necesitas reponer fuerzas. Ahora te tomarás un caldo de pollo bien caliente y en cuanto estés mejor retomaremos la charla.

El cochero no replicó, quería contarle todo lo sucedido, quien era el espía y lo que creía que hacía allí en Arbúcies tras sus pasos, pero su amo tenía razón, el terrible dolor que la herida le infringía y el mareo que sentía en aquella posición, no era lo mejor para hablar de algo de tanta enjundia. Antoñita entró en la habitación con una bandeja donde portaba un gran tazón de líquido humeante acompañado con una rebanada de pan blanco y un vaso de vino tinto.

—Gracias —dijo Guillermo quitándoselo de las manos y posándolo en la pequeña mesita de noche—. Yo me ocupo. Puedes irte a dormir.

—¿Está usted seguro, señor? No me importa dárselo yo.

—No hace falta, yo lo haré. Muchas gracias, Antoñita.

—Como quiera.

La muchacha se fue y cuando estuvieron de nuevo los dos solos, Guillermo se sentó en la silla y tomó el bol entre las manos. Cuando se disponía a darle la primera cucharada a Jaime este le detuvo.

—No quiero que usted me dé de comer, puedo yo solo.

—No me importa hacerlo, lo he hecho otras veces con las chicas de la Torre.

—Lo sé señor, pero puedo yo.

Metió la rebanada de pan en la sopa para que se reblandeciera y cuando estuvo bien empapada, le entregó el vol y la cuchara a su ayudante. Con gran esfuerzo, este sacó los dos brazos de debajo de las mantas y en una mano sostuvo el plato mientras con la otra introducía el cubierto en la sopa y se la llevaba a la boca. El primer intento fue a parar sobre su pecho. A pesar de eso, lo volvió a intentar con mucho más dolor que la primera vez y esa también cayó sobre la manta. Viendo que aquello no iba a funcionar, Guillermo tomó el relevo. El sirviente no se atrevió a mirar al boticario. Con la cabeza gacha y de frente, recibía el caldo que su amo cucharada a cucharada le metía en la boca como si fuera un niño pequeño. Terminado el tazón, le ofreció el vino que él rechazó. Volvió a meterse bajo las mantas calientes que parecieron reconfortarlo por primera vez desde que hubiera abierto los ojos.

—¿Te encuentras mejor?

—El dolor es insoportable, me arden las tripas y la cabeza me da

vueltas.

—Tómate este calmante. —Sacó de su maletín una pastilla que Jaime se tragó con la ayuda del vino que antes había rechazado—. El doctor Ruiz ha hecho un buen trabajo con la herida del estómago. Te ha cosido un trozo de intestino que aquel criminal te ha perforado. Deberás permanecer en la cama unos días, pero no creo que queden secuelas. Lo sabremos dentro de un rato cuando lo que acabas de tragar pase por allí, si lo aguantas bien, podremos decir que has tenido mucha suerte.

—Suerte es la que ha tenido aquel hijo de su madre al poder escapar. Si me lo vuelvo a cruzar, le aseguro que... —Un grito de dolor dejó la frase a medias.

—¿Lo reconociste, sabes quien es?

Silencio. Jaime intentó recordar los hechos y las palabras exactas que se sucedieron en el puente.

—Sabemos quien es pero nunca habría esperado encontrarlo tan lejos de allí donde le vimos por primera vez.

—¿Quién es? —Guillermo estaba realmente impaciente.

—Es el chico que le vendió el collar de Dolors Tuneu al Judío.

Guillermo tragó saliva acallando una exclamación de sorpresa. No recordaba bien a aquel muchacho, pero si lo sucedido aquella noche en la taberna del Bulló. ¿Por qué aquel chico estaba allí siguiéndole?

—¿Te dijo algo antes de huir?

—Le reconocí y se rió en mi cara. Su expresión era de dicha ante mi estupor. Pero lo peor es lo que me dijo antes de dejarme caer.

Otro largo silencio. Guillermo le miraba como quien observa a alguien contar un cuento y espera que llegue el final para saber como acaba la historia que le tiene en vilo durante todo el relato.

—¿Qué te dijo? ¡Maldita sea!

—Que el pasado siempre vuelve para cobrarse su venganza.

Guillermo rumió aquellas palabras. Aquello no tenía sentido, a no ser que...

—¿Estás seguro que esas fueron sus palabras?

—Exactamente esas. Palabra por palabra.

—¿Y si sabe lo que hacemos en la Torre? —Aquella pregunta más bien era para él, no para que Jaime la contestase, aún así el chófer dijo.

—¿Cómo podría saberlo? Y de ser así, ¿por qué querría matarme? Hubiera sido más fácil que nos denunciara y no ensuciarse las manos. Cuando

le miré a los ojos no me pareció que tuviera instinto asesino.

—¿Cómo puedes decir tal cosa después de lo que te ha hecho?

—Creo que ha reaccionado así porque se ha sentido acorralado. En cuanto le dije que iba a llevarle al pueblo para que hablara con usted, se asustó y sacó la navaja.

—Bien, pero alguien que es capaz de matar a una pobre chica inocente, robarle y vender esa pieza en el mismo pueblo en el que la chica residía, o es alguien que tiene la total seguridad de poder salir airoso o es realmente muy estúpido.

A Jaime no dejó de parecerle irónico el comentario de su amo, pues él mismo era alguien que mataba a chicas de Santa Eugènia y sus alrededores con la total seguridad de salir triunfante.

—No descarto lo segundo —dijo con esfuerzo—, pero aún no sabemos si él ha matado a Dolors.

—No, no lo sabemos, pero lo que sí tenemos claro es que se sacó un buen dinero con la venta del collar y que cualquiera en su sano juicio habría cogido el dinero y huido bien lejos. — Guillermo se levantó de la silla y se paseó por la pequeña estancia—. Fuera como fuese debemos tener cuidado, no creo que ese muchacho vuelva por aquí, ya le has visto la cara y otros hombres del pueblo también. La Guardia Civil le está buscando y esta casa está demasiado céntrica como para venir, pero todavía hay muchos lugares en el bosque o por los alrededores donde podría estar escondido. Quizá si sabe que no ha terminado el trabajo quiera rematarlo. Por eso le he mandado un telegrama a Rodrigo para que mañana mismo venga al pueblo.

—¿Está usted seguro, señor? Rodrigo es muy bueno en lo suyo pero en cuanto empieza algo no lo deja hasta que ha terminado. Si más tarde se arrepiente, no habrá marcha atrás.

—No voy a decirle que le mate, solo que lo encuentre y me lo traiga. Antes de acabar con él, quiero hacerle un par de preguntas.

Aquello no acababa de convencer a Jaime. Rodrigo Cifuentes había servido en el ejército en su lugar. Pagándole una generosa cantidad que Guillermo Caba desembolsó para evitar perder a su ayudante durante seis años, el mercenario fue su «sustituto» para realizar el servicio militar en Cuba. Lo habría hecho por mucho menos, según le contó más tarde él mismo, el goce de poder matar impunemente, fue suficiente recompensa. Su fama como asesino despiadado, ducho en las distintas artes de lucha y uso de todo tipo de armas, le convirtieron tras regresar de América, en un sicario requerido no

pocas veces por todo aquel que necesitaba retirar piedras del camino, clave que usaban los que le contrataban.

—Cuando esté mejor, yo mismo daré con el chico, no hace falta que Rodrigo venga hasta aquí.

—Tú necesitas descansar, vas ha estar postrado en esta cama al menos una semana. Para entonces ese muchacho ya podría estar en Francia.

Jaime no dijo nada más, se cubrió con las mantas y cerró los ojos, quizá por la mañana tendría más ganas de convencer a su amo de que aquello no era una buena idea.

De vuelta a su habitación, Guillermo se detuvo frente a la puerta del estudio de Lola. Seguían los golpes contra el mármol. Ahora mucho más pausados y distantes. Parecía que se habían aplacado sus nervios. Empujó lentamente la puerta y miró sin atreverse a entrar todavía. Vio a Lola con su traje de trabajo blanco, los pelos atados en un moño donde ya casi ningún cabello se sujetaba en su sitio y la cara empolvada con las partículas de la piedra. Estaba tan abstraída que no le oyó entrar.

—¿Puedo mirar como trabajas? Me encanta verte tan concentrada.

Ella dio un respingo y de la impresión se le cayó el cincel al suelo, que Guillermo recogió pero no le devolvió.

—¿Cuándo me has visto laborar? —Su respiración aún era agitada por el susto.

—Te vi el día que llegué, oí golpes en el taller y me asomé.

A Lola pareció no importarle, nunca le había molestado que la mirasen cuando esculpía. Lo había hecho en la calle de Buenos Aires, cuando terminaba la fuente de las Ninfas y decenas de curiosos se paraban a observarla cuando lo hacía. Tener a Guillermo contemplando su obra mientras iba cobrando vida, no sería peor.

—Como quieras, pero deberás estar en silencio, necesito escuchar el chasquido del cincel mientras golpea la roca.

Le devolvió la herramienta y sin pronunciar palabra se sentó en un trozo de mármol blanco sin forma, que tenía un borde liso donde pudo posar las nalgas. Miró sus manos fuertes y decididas que sin miedo golpeaban la dura piedra con tal precisión que a cada muesca aparecía una forma sutil y bella. Miró su expresión concentrada y severa, absorta por completo en la figura que iba cobrando vida. Miró su cuerpo moviéndose solo lo necesario

para mantener el equilibrio y no caerse de la escalera en la que estaba encaramada a horcajadas. Pero sobretodo miró su boca. Los labios más dulces y deliciosos que jamás había besado. Aquella mujer experta, casada, madura y segura de sí misma, era un soplo de aire fresco en su complicada existencia. Siempre se había visto condicionado por las apariencias, intentando mantenerlas ante su padre, ante la burguesía barcelonesa, ante Leonor y su familia, y desde hacía poco, ante los Bernard. Pero allí, entre aquellas cuatro paredes donde solo se oía el golpear del cincel contra la roca, podía dejarse llevar y pensar solo en el ahora. Sabía que a Lola le importaba muy poco o más bien nada, lo que los demás pensarán de ella, por tanto ¿por qué no intentarlo? El mero hecho de imaginarse sobre su cuerpo desnudo hizo que la temperatura en aquella habitación subiera. ¿Era solo él o ella también lo estaba percibiendo? Por primera vez Lola le miró, sus ojos se cruzaron y pareció leerle el pensamiento, pero volvió al cincel. A Guillermo le enfadó aquello. ¿Por qué no le decía nada? Su lenguaje corporal parecía hablar un idioma distinto al de su mirada. Se sintió rechazado y decidió marcharse. Quedaba claro que aquella no iba a ser la noche. Se levantó y se fue. Subió las escaleras aún con el ardor en su interior y una vez en su alcoba, se quitó la ropa para darse una ducha, necesitaba sentir el agua fría correr por su piel. No llegó al baño, golpearon a la puerta.

—¿Quién es?

—Soy yo.

Se tapó con una toalla y abrió. Lola, con el rostro cubierto por una fina capa de polvo blanco, se lanzó a su cuello en cuanto este abrió. Temiendo que alguien pudiera verles, Guillermo la introdujo en su habitación y cerró con llave. Un torbellino de fuego les envolvió y sin tiempo para llegar a la cama, se despojaron de ropa y pudor e hicieron el amor en la alfombra de pelo a los pies de la cama. No fue delicado ni romántico, solo puro instinto animal dejándose llevar por el deseo. El encuentro duró poco. Cuando los dos sacaron lo que llevaban reprimiendo tanto tiempo, cada uno por diferentes motivos, sus cuerpos se separaron y se relajaron como quien tras un combate se queda totalmente exhausto. Ambos cuerpos sudorosos y con la respiración acelerada, aún, descansaron en la alfombra de piel, el uno junto al otro pero sin tocarse.

—¿Por qué has venido? Creía que estabas enojada conmigo.

—Lo estaba y lo estoy, por eso he venido.

—¿Esta es tu manera de reconciliarte?

—No me estoy reconciliando, te estoy utilizando.

La perplejidad se dibujó en el rostro de Guillermo. «Curiosa mujer», pensó. Pero no la cuestionó, si aquella era la forma en que ella quería llevarlo, a él le parecía bien, siempre que se repitiera.

—¿Quieres acostarte conmigo en la cama? Estaremos más cómodos que aquí en el suelo.

Lola ni siquiera se había percatado que no estaban en ella. Se rió y se sintió avergonzada por no haber sido capaz de llegar al lecho.

—Sí, será mejor.

Los dos desnudos se cubrieron con la colcha y Lola reposó su cabeza sobre el pecho de Guillermo que le acariciaba el pelo suelto que le caía sobre los ojos. Aquellas caricias dieron paso a otras más atrevidas y profundas, que a su vez sucedieron besos y movimientos acompasados. Se recorrieron palmo a palmo, sin prisas, observando la reacción del otro por cada acción acometida por ellos. Se estaban conociendo del modo más íntimo en que dos personas pueden hacerlo. Disfrutaban del goce del otro y se entregaban sin arrepentimiento. Tras un largo rato de gemidos, envites y pasión, llegó de nuevo la calma y los dos se quedaron dormidos.

A las pocas horas Guillermo fue el primero en abrir los ojos. Lola dormía boca arriba con expresión relajada e incluso algo risueña, y él sintió que aunque le hubiera contado su terrible secreto, esta no le habría juzgado, ella le entendía, sabía qué era vivir a contracorriente, ser observado por los demás y decepcionar a todos los que esperan de ti que seas quien se supone que debes ser y no quien quieres ser. Aquella mujer bella y valiente, podría convertirse en su compañera, quizá podría ser a la única a quien pudiera contar toda la verdad. Quizá...

—Llega usted pronto. —Su reloj de bolsillo marcaba las seis menos diez.

—Me gusta llegar con tiempo para estudiar la zona.

—Me parece bien, no quisiera estar aquí ni un minuto más de lo necesario.

La gente iba y venía, como era habitual en aquel lugar de paso, sin prestarles demasiada atención, pero Guillermo se sentía incómodo hablando con aquel hombre a la vista de todos. Solo lo había visto brevemente una vez, cuando le pagó para hacerse pasar por Jaime al ser llamado a filas, pero jamás había requerido de sus servicios como matarife. Aunque la idea no le gustara, ahora se veía obligado a hacerlo si quería atrapar al agresor de su chófer. Si hubiera tenido más tiempo, habría esperado a que Jaime estuviera recuperado del todo, pero si algo le faltaba era precisamente tiempo. A él se le daba bien planear pero no rastrear, perseguir y pelear, eso era cosa de su ayudante, pero en su estado quizá pasarían semanas hasta que volviera a estar en plena forma.

—¿Cómo es esa piedra que debo retirar de su camino?

Los ojos casi negros de Rodrigo, habían oscurecido más si es que eso era posible. Su tez marcada por señales de alguna enfermedad como la viruela o la rosácea, le conferían un aspecto siniestro y demacrado bajo el sombrero de ala ancha mucho más propio de un bandolero del siglo pasado que de alguien que viniera de la gran ciudad.

—Antes de moverse por estos lares, debería mimetizarse con los lugareños. Esa capa, el sombrero y las botas llaman demasiado la atención.

Guillermo notó que la poca gente que por allí andaba a tan temprana hora, empezaban a fijarse en el forastero vestido como si acabara de salir de una historia de mosqueteros.

—¿Ha venido usted sin equipaje? —Preguntó extrañado Guillermo al no ver ninguna maleta ni bolsa a sus pies.

—Vengo con lo puesto, para no tener que cargar con peso.

—¿Es que ha venido andando? —Su burla malhumoró a Rodrigo que en un tono seco dijo:

—He llegado como todo el mundo, en tren y luego en diligencia. ¿Por qué?

—Por nada, hombre, no se enfade. Al decir que no quería carretear peso, pensé que... Déjelo. —Apartó las chanzas a un lado y se centró en el negocio—. Aquí mismo, ayer por la mañana apuñalaron a Jaime. —Se dio la vuelta y señaló una gran mancha oscura en la piedra del puente donde el cochero cayó herido—. El atacante huyó por el bosque y desde entonces no se le ha vuelto a ver.

—¿Quiere que lo encuentre y lo mate?

—Sí y no. Quiero que lo encuentre, pero no que lo mate. Necesito hacerle algunas preguntas antes de eso.

—No es lo habitual, normalmente cuando requieren de mis servicios es para que mate a alguien.

—Lo imagino. Aunque esta vez necesito a ese muchacho con vida. Tiene información muy valiosa que necesito conocer antes de que muera.

—O sea que quiere que muera.

—Sí, pero a su debido tiempo.

—Bien, ¿y quien es ese pobre infeliz que debe vérselas conmigo?

—No sé su nombre. Solo que tiene entre dieciséis y veinte años, rubio, no muy alto, delgado y con una cicatriz que va de la ceja izquierda al pómulo.

—¿Y dice que tras apuñalar a Jaime corrió al bosque?

—Así es, exactamente en esa dirección. —Señaló el lugar donde el día anterior él y Lola habían estado paseando.

—Bien, ahora hablemos de dinero. Mis honorarios son de 500 pesetas, eso no incluye el alojamiento ni la comida, ni tampoco cualquier extra que pudiera surgir.

—¿Extra?

—Como por ejemplo comprar ropa nueva. Si quiere que me confunda con el ambiente, deberé cambiar mi atuendo.

—¿Por qué lleva esta ropa? Parece que haya salido usted de una novela de Alejandro Dumas.

Rodrigo no contestó y se limitó a decir:

—Si me da el dinero, podré empezar a trabajar.

—Claro. —Se sacó del bolsillo dos billetes con el rostro de Quevedo y se los entregó disimuladamente.

—Aquí faltan tres billetes más y los extras.

—De momento es todo lo que tengo, esta mañana espero un giro. Para

que se compre ropa y alquile una habitación, le sobra.

—No es como trabajo. Siempre cobro por adelantado.

—Me parece muy bien, pero no las tengo todas en que encuentre al chico, a estas horas ya podría estar en Lérida.

Rodrigo se metió el dinero en una bolsa de cuero donde sonaron algunas monedas y se conformó.

—Mañana a la misma hora nos veremos aquí y me dará lo que falta. Encuentre o no al chico, cobraré lo debido por el viaje y la manutención. ¿Estamos?

Guillermo no quiso discutir. Una mujer mayor se había sentado muy cerca de ellos en el murete del puente y escuchaba atentamente todo lo que decían.

—Está bien, hasta mañana.

Rodrigo se marchó hacia el pueblo y viéndolo alejarse Guillermo temió no haber tomado la mejor decisión al haberlo hecho ir hasta allí. No era un hombre discreto y mucho menos tolerante. Era muy posible que al contratarlo, todo su plan de rapto y la conquista de Lola se fuera al garete.

Cuando llegó a la Gabella todo el mundo estaba ocupado en sus quehaceres. Al parecer a nadie le extrañó que se hubiera ido tan temprano y solo Matilde quiso saber si ya había desayunado.

—No se preocupe —dijo tranquilizándola—, me viene bien ayunar un día, pero le agradecería que me llevara un poco de café con leche y unas tostadas al comedor.

—Enseguida señor Caba. ¿Quiere también algo de fruta y pan con embutido?

—No hace falta que se moleste, con lo que le he pedido será suficiente.

El comedor estaba vacío, pero los restos del desayuno de Lola seguían en la mesa. Supuso que se habría levantado poco después que él y estaría en el taller. Tras terminarse el ágape, fue a ver qué tal estaba Jaime. Lo encontró recostado como la noche anterior sobre un par de cojines, terminándose el desayuno.

—Tienes mucho mejor color esta mañana.

—Me encuentro algo más fuerte, aunque me sigue doliendo una porrada la herida.

—Toma, te he traído más calmantes y en cuanto acabes de comer te pondré una cataplasma de Verbena, eso bajará la hinchazón y calmará el escozor.

Mientras el sirviente apuraba su comida, Guillermo había ido a las cuadras a por la hierba medicinal que el día anterior trajeron del bosque Lola y él. La llevó a la cocina y en un mortero que Matilde le dejó, machacó la Verbena con aceite de oliva y puso la pasta en un paño limpio que llevó a su ayudante.

—Descúbrete, te pondré el emplaste.

Con mucho cuidado, Guillermo colocó el paño empapado sobre la cicatriz y para que se sujetara envolvió la herida y todo el abdomen con un trozo largo de gasa.

—Debe cambiarse cada tres horas. Les explicaré a Antoñita y a Matilde como hacerlo por si yo no estoy aquí.

—¿A caso está vigilando la casa de María?

—Ayer tuve otra idea para acercarnos a ella. Estuve con Lola en casa de unos amigos suyos y la dama de la casa me dijo que María hace y vende quesos. Le hice creer que quiero llevarme algunos antes de marcharme del pueblo y ella muy amablemente se ofreció a hacer de celestina entre la muchacha y yo. En cualquier momento se presentará aquí para que le haga la comanda.

—Es muy inteligente hacer que ella venga directamente a usted y no al revés, ¿pero como piensa dejarla inconsciente y meterla en el baúl?

—Para eso deberé esperar a que estés mejor. Yo solo no puedo hacerlo y no se lo puedo pedir a Rodrigo.

—¿Rodrigo? Ya lo ha visto.

—Hace unas horas, en el puente a Hostalric donde te...

Antes que pudiera terminar la frase, Jaime se tocó el estómago e hizo una mueca de dolor.

—Ese hombre no es de fiar, señor. Nos va a traer problemas.

Guillermo no quería admitirlo pero sabía que el chófer tenía razón. En cuanto cruzó dos frases con el sicario se dio cuenta que no había sido una buena idea llamarlo, pero ya estaba hecho y puesto que tendría que pagar igual sus servicios, esperaba que encontrara al chico o cuanto menos le diera alguna información de hacía dónde había huido.

—Ahora debes descansar, más tarde volveré a cambiarte la venda.

—Señor, tenga mucho cuidado. Si no maneja con cautela este asunto

podríamos acabar los dos mal parados. No quisiera que por mi culpa usted se viera envuelto en...

—Gracias Jaime, aunque no lo hago solo por ti. Dolors Tuneu era una buena chica y el aprecio que le tengo a Antonio me obliga a esclarecer lo que le pasó a la muchacha.

No dijo nada más, cerró la puerta y dejó que su ayudante durmiera mientras él se dirigía al ayuntamiento.

—Buenos días señor Caba, ¿qué tal se encuentra su sirviente?

—Veo que las noticias vuelan en este pueblo.

—No se extrañe, soy la única secretaria del consistorio y a mis manos llegan todos los partes de accidentes graves que acontecen en Arbúcies.

Teresa se congratilaba de estar informada antes que nadie de lo que pasaba allí y poder demostrarle a Guillermo que era algo más que una simple mecanógrafa.

—Jaime está mejor, gracias señorita Torres.

—Llámeme Teresa por favor.

—Entonces usted llámeme Guillermo. —Se acercó al mostrador donde la mujer le sonreía ampliamente y dijo—: He venido a recoger un giro de 500 pesetas que me ha mandado mi padre.

—Que yo sepa no ha llegado nada.

—¿Cómo? ¿Puede comprobarlo, por favor?

—No hace falta que lo haga, como ya le he dicho soy la única secretaria del ayuntamiento y solo yo mando y recibo telegramas y giros postales. No ha llegado nada para usted.

Guillermo se quedó perplejo. Estaba seguro que al decirle a su padre que aquello era urgente, él se lo habría mandado en cuanto recibió el telegrama. Quizá no tuvo tiempo el día anterior ni aquella mañana de acercarse al banco y mandarlo.

—Está bien, entonces quiero mandar otro mensaje.

—¿A su padre?

—Si, por favor. Ya tiene los datos. Quiero que el texto diga «No recibí giro. Ahora necesito 800 pesetas, no me queda nada de efectivo. Manda hoy sin falta».

—Ahora mismo lo envío.

Cuando la muchacha le entregó el resguardo del mensaje y él pagó por el servicio, se dispuso a marcharse, pero ella le detuvo justo en la puerta.

—Guillermo, ¿quiere que le haga llegar la respuesta en persona?

—Si es tan amable, aunque me urge que llegue el dinero y no tanto la respuesta. Estaré aquí al lado. Gracias Teresa.

Volvió a casa donde Celonio ya lo esperaba para darle un recado de su ama.

—La señora Lola le espera para tomar el aperitivo en el jardín.

—Gracias.

Contento por saber que Lola le estaba esperando, se dirigió enseguida al patio de atrás. Encontró a la escultora igual que la tarde anterior, sentada bajo la sombra de la morera, con un vaso de tinto en la mesa y el periódico en las manos. Guillermo se sentó a su lado y en cuanto lo hizo, ella dejó de leer.

—Buenas noticias —dijo Lola sonriendo.

—¿En el periódico?

—No, acá solo vienen desgracias y muertes. Me ha llegado un telegrama hace un rato de mi marido donde dice que no va a venir. Quiere que nos reencontremos en Buenos Aires cuando lleve las esculturas.

—¿Cuándo te vas?

—Dentro de dos semanas. Podremos estar juntos hasta entonces.

Era justo lo que necesitaba oír él. Aquello significaba que Jaime tendría suficiente tiempo para recuperarse y él podría planear con más calma el rapto de la hija del campanero, aunque también quería decir que necesitaría más dinero y eso no iba a gustarle a su padre, a quien tendría que informar del ataque de su ayudante para justificar el tiempo de más que iba a pasar en Arbúcies. No le importaba, se sentía feliz al ver contenta a Lola por poder pasar más días junto a él.

—Entonces lo de anoche no fue solo un arrebató, ¿quieres que se repita?

—Me encantaría. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan... amada.

—Tomó unos sorbos del vino y su semblante ya no parecía tan risueño—. Después del desplante del gobierno norteño y de la frialdad de Julián, necesitaba volver a sentirme feliz.

Aquello parecía casi una declaración de amor y a Guillermo no le gustó. Si Lola se había convertido en una vía de escape, era porque no esperaba nada de aquella relación. Estaba casada y según sus propias palabras pretendía seguir estándolo, si ahora había cambiado de opinión y deseaba de él algo más serio, se decepcionaría.

—Vayamos paso a paso, no quisiera que nos precipitésemos, solo nos conocemos desde hace un par de días.

La cara seria y la mirada esquiva de Guillermo hicieron estallar en carcajadas a Lola, que por poco se atraganta con la aceituna que tenía en la boca.

—Tranquilo no te estoy pidiendo que seas mi prometido ni nada de eso. Lo único que necesito de vos por ahora es compañía y tu cuerpo.

Guillermo se relajó aunque aquellas palabras le dejaron sin habla. Nunca había conocido a ninguna mujer tan atrevida y franca como Lola. En cierto modo le intimidaba un poco que fuera tan incauta. Nadie debía saber de aquella relación, él tenía una vida bien montada en Santa Eugènia y en un futuro no muy lejano pretendía casarse con Leonor o con Marie Bernard, eso aún no lo tenía muy claro.

—Debes bajar la voz —le increpó él—. Si Celonio se enterara de lo que pasó ayer me cortaría la cabeza.

—Con el aprecio que te tiene, estoy segura que así sería.

—Entonces debemos llevar esto con mucha discreción. —Dulcificó su gesto y tras comprobar que no había nadie en el jardín le tomó de las manos y dijo—: Estoy encantado de que nos hayas acogido tan bien en tu casa y de poder compartir contigo lecho y techo, pero nadie debe enterarse de lo nuestro.

—Bien, no debes preocuparte, en este caso tengo yo más que perder que tú.

Lola le sirvió un vaso del mismo vino que estaba tomando ella y se lo ofreció.

—Brindemos por la discreción y el saber estar, dos cualidades que debe tener toda dama que se precie de serlo.

Se rió por aquella broma que se había hecho a ella misma por no ser ni una cosa ni la otra. En cuanto posó el vaso en la mesa cambió de semblante y dijo algo más grave:

—¿Dónde has ido esta mañana tan temprano?

—A pasear, me gusta andar cuando la gente todavía duerme.

—¿Y luego? Celonio me ha dicho que tras visitar a Jaime has vuelto a salir.

—No se le escapa nada a tu mayordomo.

—Es su labor, entre otras cosas debe tenerme informada de todo lo que pasa en mi casa.

—He ido al ayuntamiento a poner un telegrama a mi padre, le pedí dinero y no me lo ha mandado.

—¡Ah, ahora que recuerdo! Ayer llegó un telegrama de su parte. Se me olvidó mencionártelo con lo de Jaime y la Guardia Civil...

—Tranquila, leí la copia que tenía la secretaria en el ayuntamiento. No era nada importante.

—Parece que esa mujer te ha cogido mucho aprecio. Es la primera vez que trae en persona un mensaje, normalmente siempre viene el cartero.

—Es muy amable. ¿No estarás celosa?

—No me hagas reír Guillermo. Sé perfectamente cual es mi lugar contigo y los celos no forman parte de mi modo de ser. Si fuera celosa haría años que me habría separado de mi marido. Era solo una observación.

Siguieron tomándose el aperitivo y bebiendo vino mientras comentaban las noticias que traía el periódico que minutos antes Lola había dejado en la mesa.

Pasaban las horas y Guillermo cada vez estaba más nervioso esperando recibir noticias de su padre. Sabía que a las seis de la tarde el ayuntamiento cerraba y si para entonces no había llegado el dinero, a la mañana siguiente, cuando fuera al encuentro de Rodrigo, no podría entregarle lo que este reclamaba. Miró su cartera, solo tenía cien pesetas, con eso podría pagar los gastos de alojamiento y los medicamentos de Jaime, no mucho más. Volvió a abrir el reloj que le regaló su madre, eran las cinco. Incapaz de seguir encerrado en aquella casa un minuto más, cogió su sombrero y se marchó al edificio de al lado.

—Buenas tardes Teresa, ¿ha llegado mi giro?

La funcionaria dejó de teclear y se levantó de detrás del escritorio para dirigirse rauda junto al recién llegado.

—Hola Guillermo, me alegro de verle de nuevo. Me temo que no ha llegado nada.

—¿Cierran a las seis, verdad?

—Sí, pero puedo quedarme un rato más a esperarlo, si quiere.

—Oh no se moleste, no quisiera que por mí...

En realidad sí quería, hubiera hecho que la secretaria se quedara toda la noche en vela si con ello el dinero llegaba antes, pero creía más probable que ese giro no se hubiera mandado nunca. Conociendo a Emilio lo más seguro era que estuviera enfadado por haberle pedido más dinero y ya no mandara ni las quinientas pesetas iniciales ni las trescientas pedidas después.

—Si no le importa esperaré aquí hasta la hora del cierre y si llega antes, no deberá ir a la Gabella.

—Por mí encantada. Siéntese, le prepararé un café, ¿o prefiere un té?

—Si no tiene nada más fuerte, un café está bien.

La mujer se marchó a la parte de detrás de la planta baja del edificio, que hacía las veces de almacén y pequeño guardarropas, con un baño, un lugar para dejar los abrigos y una cafetera espresso, llegada directamente de Italia. En unos minutos Teresa regresaba junto a Guillermo con dos tazas de humeante y oloroso café.

—Seguro que es de los mejores que probará, lo hago con una máquina italiana que lleva en el mercado solo un par de años y que traje de mi viaje a Milán.

Le puso la taza delante y esperó a que diera el primer sorbo para saber qué le parecía.

—Es realmente exquisito, Teresa. ¿Dice que lo hace con una cafetera italiana?

—Sí, es un invento fabuloso, que hace un café que nada tiene que ver con los hechos en cafeteras de émbolo o de vacío, ¿no cree?

—Estoy de acuerdo, este café es mucho más aromático y tiene más cuerpo que cualquiera que haya tomado antes.

—Me alegro de que le guste. Siempre que quiera puede venir y le prepararé uno.

Guillermo sonrió, ¿sería verdad lo que decía Lola y aquella mujer sentía algo por él? Se fijó en sus rasgos. No era tan guapa como Marie, Leonor o Lola, pero su franca sonrisa y su mirada sincera le conferían una belleza interior que la hacían interesante. Saltaba a la vista que era inteligente y resuelta, se desenvolvía bien hablando con todo el que entraba en el cabildo y no era para nada tímida ni reservada. Luego supo que ese desparpajo al hablar y moverse, provenían de sus dotes como actriz principal en las obras de teatro que se hacían, sobretodo por Navidad en el pueblo. También descubrió que era una mujer divertida. Le explicó todo tipo de anécdotas de algunos de los casos más raros que había vivido en el ayuntamiento y se reía con los comentarios de Guillermo sobre sus experiencias en la farmacia. Así pasaron el rato hasta las seis y media.

—Bien, creo que ese dinero no va a llegar hoy.

—Lo siento mucho, si quiere puedo intentar encontrar al cartero que es quien recoge y entrega ese tipo de correspondencia.

—No se moleste. Probablemente a mi padre no le haya dado tiempo de ir al banco, es un hombre muy ocupado y yo no soy su principal prioridad.

—Puede quedarse un rato más y quizá mientras tanto llegue. ¿Le traigo otro café?

—No gracias, dos en una hora es mi límite —sonrió—. Me marcho para que pueda usted irse a su casa. Seguro que su marido la estará esperando.

—No estoy casada —se apresuró a decir Teresa.

—Me extraña que una mujer como usted no...

—Pues ya ve, entre mi trabajo, los ensayos y las labores como

confeccionadora de los trajes para el teatro, no tengo tiempo para nada más.

—Bien, entonces puedo acompañarla a casa.

—Me encantaría, pero aún me quedaré un rato en el cuarto de atrás cosiendo. Además vivo al otro lado de la calle, salgo por la puerta trasera y en un par de pasos estoy en casa.

—Como quiera, pero no trabaje demasiado y descanse, que lo tiene bien merecido después de pasarse aquí todo el día aguantando pesados como yo.

—¡Oh, no! Usted no molesta nunca, es un placer poder conversar con alguien tan inteligente y divertido.

A Guillermo le apenó aquella mujer. Ahora veía que estaba tan necesitada de cariño, que incluso él con su carácter seco y taciturno le parecía una buena compañía. Le supo mal seguir alimentando sus esperanza y se despidió sin más rodeos.

—Buenas tardes Teresa.

Ella iba a decir algo más pero Guillermo no le dio la oportunidad. Se caló el sombrero y salió por la puerta tan raudo como había entrado hacía un rato. Teresa se quedó algo triste por la marcha de su vecino pero feliz por haberle tenido para ella sola durante aquella tarde, suspiró y cerró la puerta del consistorio por dentro.

Cuando el boticario llegó a la Gabella, iba a subir directamente a su habitación para cambiarse de ropa y estar listo para la cena, pero oyó música al pasar por delante de la sala donde Lola solía descansar y se paró en la puerta. Justo antes que su puño llamara, las voces de dos mujeres llegaron nítidamente a sus oídos. Una era claramente la de Lola y la otra, aunque le resultaba familiar, no la identificó con ninguna de las mujeres del servicio. Llamó y esperó la respuesta.

—Pase —dijo Lola.

Al entrar en la habitación Guillermo se quedó sin respiración. Lola estaba sentada en el sofá de terciopelo rojo, junto a Leonor Piera tomando jerez y sonriendo.

—Hola Guillermo. ¿Qué tal estás?

Notó en sus palabras algo de sarcasmo y mucho de burla. No pudo responder, se quedó de pie a dos pasos de la puerta mirando primero a una y luego a otra, incrédulo ante la escena que estaba contemplando. Parecían dos

viejas amigas charlando animadamente de sus vidas como si hubieran acabado de reencontrarse después de mucho tiempo.

—¿Le apetece tomar un jerez con nosotras? —le preguntó Lola.

—Claro.

Se acercó a la mesilla de los licores y se sirvió un whisky doble sin hielo. El jerez le pareció demasiado flojo para soportar aquello. Se bebió el licor casi de un sorbo y volvió a llenar el vaso. Se acercó a las dos mujeres algo más templado e intentando controlar los nervios, dijo:

—¿Qué haces aquí, Leonor? ¿Cómo sabías que me hospedaba en esta casa?

—He venido a traerte algo que te hace mucha falta y de paso a ver como se encuentra Jaime. Por tu cara supongo que no has recibido el telegrama de tu padre.

—El que avisaba de tu llegada, no.

Ahora el semblante de Lola se tensó. Parecía incómoda ante aquella pareja que claramente se tenían mucha más confianza de la que Leonor le contara en un primer momento.

—Os dejaré solos, voy a la cocina a decirle a Matilde que prepare otro cubierto.

—¿Es que vas a quedarte a cenar?

—Lola me ha invitado y la verdad es que no he podido negarme. Me ha dicho que la cocinera prepara el mejor pato con salsafins de los alrededores y se me ha hecho la boca agua.

Guillermo se sentó en el hueco que acababa de dejar Lola. En cuanto esta cerró la puerta y sus pasos se perdieron por el pasillo, Guillermo pudo expresarse con franqueza.

—¿Por qué has venido? ¿Acaso me estás vigilando?

—¿Para qué querría hacer tal cosa? ¿Es que estás haciendo algo indebido que tengas que ocultar?

—No, claro que no. —Algunas gotas de sudor empezaban a resbalarle por su espalda.

—Entonces, ¿no te alegras de verme?

—Por supuesto que sí, querida. —Le dio un casto beso en la mejilla—. Es solo que me ha sorprendido encontrarte sentada junto a...

—Lola es una gran mujer. Tan llena de vida, tan valiente y segura de sí misma. Es un espejo en el que muchas mujeres de nuestra época deberían reflejarse, ¿no crees?

—Si... no... No lo sé. —Guillermo apenas podía escucharla, solo pensaba en lo que Lola le habría estado contando antes que él llegara.

Leonor parecía feliz, bebía el jerez a pequeños sorbos y observaba aquella habitación decorada como si de un teatro se tratara, con el biombo, las cortinas rojas y el sofá del mismo color. De fondo seguían sonando los últimos acordes de la ópera de Puccini cuando Guillermo dijo:

—¿Qué es eso que has traído para mí?

—Oh, si claro, lo había olvidado. Es el dinero que le pediste a tu padre, aunque me dijo que no estaba todo. —Cogió la bolsa que tenía junto a ella en el sofá y sacó un sobre con un fajo de billetes. —No lo he contado —mintió—, pero según me dijo hay lo suficiente para que tú y Jaime podáis vivir cómodamente al menos durante un mes.

Guillermo se metió el dinero en el bolsillo interior de su chaqueta y se terminó el whisky de un solo trago.

—Gracias por venir hasta aquí, pero no hacía falta, hubiera bastado con que me mandara un giro como le pedí.

—Lo sé, pero yo me ofrecí voluntaria. —Se levantó y dejó la copa vacía en la mesita de los licores—. Me apetecía salir unos días de la casa en la que nos alojamos con mis padres en Vic. Es un lugar maravilloso, con un jardín fantástico y eso, pero mi madre me estaba volviendo loca. Me pasaba los días entre aquellas cuatro paredes y ella no dejaba de decirme que debo casarme, que me estoy haciendo mayor, que debo conocer a un buen hombre... así que le he hecho caso y he venido a buscar a mi futuro marido.

Guillermo notó una fuerte convicción en sus palabras. Cuanto más conocía de la nueva Leonor, más creía que no quedaba en ella nada de la chica dulce y sumisa que fue en el pasado. No quiso enfatizar en ese tema y le preguntó por algo que le tenía inquieto desde que entró en la sala.

—¿Cómo sabías que vivía en la Gabella?

—Fui a visitarte a Villa Carmen y tu padre me lo dijo. También me contó que tu estancia se alargaría porque Jaime se había puesto enfermo y que le habías pedido dinero para vuestra manutención. Una cosa llevó a la otra y aquí estoy. Por cierto, ¿cómo está? Lola acaba de decirme que le apuñalaron.

—Está mejor. Recuperándose.

—¿Se sabe quién y por qué lo hizo? Pobre Jaime siempre tan servicial y atento...

—La Guardia Civil lo está investigando, el culpable huyó.

—Espero que lo encuentren, es terrible pensar que un desarmado como

ese pueda estar suelto por ahí.

Se puso la mano en la boca e hizo una mueca de disgusto. Para evitar que aquello la afectara más, Guillermo le volvió a hablar del dinero.

—La verdad es que me has salvado la vida. Esperaba que el dinero llegase hoy al ayuntamiento y al no hacerlo creí... Creí que mi padre se había enfadado por pedírselo y no lo mandaría, pero ahora que por fin ha llegado me siento mucho mejor.

—¿Solo por el dinero? ¿Y yo, no te alegras de verme a mí?

—Pues claro que sí, no seas tonta.

Se levantó del sofá y se colocó delante de ella para abrazarla. Leonor se dejó acariciar y posó la cabeza en su regazo. Tras unos segundos en silencio, ella se separó lo suficiente para poder mirarle y, justo cuando iba a besarle, la manecilla de la puerta se movió. En un gesto instintivo, Guillermo se separó bruscamente de su prometida y se giró hacia la entrada.

—La cena está lista, si quieren podemos pasar al comedor.

Visiblemente incómodo y nervioso por lo que había estado a punto de suceder ante los ojos de la dueña de la casa, Guillermo dijo con voz entrecortada.

—Debería subir a mi habitación a cambiarme, no voy vestido para la ocasión.

—A nosotras no nos importa, ¿verdad Lola?

La escultora asintió algo perpleja por tener la sensación de haber interrumpido algo con su entrada, pero enseguida sonrió e hizo como que no se había dado cuenta.

—Está bien así, señor Caba, por mí no hace falta que se cambie de ropa.

—Insisto, subiré y en un par de minutos estaré con vosotras en el comedor.

Sin dar tiempo a que las mujeres pudieran replicar de nuevo, Guillermo salió de la sala de música y subió las escaleras de dos en dos para llegar cuanto antes a su habitación donde podría estar solo. En cuanto entró se quitó la americana y tras remangarse la camisa, se echó abundante agua fría en la cara y la nuca para que la sensación de ardor disminuyera. Se sentía profundamente abrumado y avergonzado por la escena vivida hacía un momento. Se encontraba entre dos hermosas mujeres, que no conocían el doble juego que se traía entre ellas y delante de las cuales no sabía si podría seguir disimulando. Tenía claro que en aquella ocasión a quien debía prestar más

atención era a Leonor. A ella le debía respeto y fidelidad, al menos en apariencia, y bajo ninguna circunstancia podía darse cuenta de lo suyo con Lola. A la escultora ya le daría las excusas que hicieran falta cuando su novia se hubiera ido. Se vistió con el mejor frac que tenía, se peinó y cuando estuvo listo, bajó al salón principal. Las dos mujeres ya estaban sentadas, la una enfrente de la otra y le habían dejado la presidencia de la mesa a él.

—Siento haberos hecho esperar.

—No importa, Lola es una anfitriona maravillosa y disfruto mucho con su conversación. ¿Sabías que ha esculpido casi todas las obras que se exhiben en la ciudad de Tucuman?

—Bueno, decir eso es exagerar.

—No sea modesta Lola, tiene mucho mérito que una mujer haya conseguido tanto en una profesión dominada desde la antigüedad por hombres.

—De hecho hay más mujeres como yo, no somos muchas, pero algunas hay.

—¿De veras?

Leonor parecía realmente fascinada por el tema y mientras ellas hablaban Guillermo bebía. Aún no habían traído el entrante cuando él ya iba por la segunda copa de vino.

—Quizá es mejor que cambiemos de tema —propuso Lola—, me parece que el señor Caba se está aburriendo y por eso bebe tanto.

Aquel comentario disgustó a Guillermo que se sintió vigilado, aunque no quiso replicar a su hospedera para no iniciar una discusión. Optó por sonreír y dejar la copa sobre la mesa hasta que trajeran el pato con tubérculos. La cena transcurrió con las dos mujeres hablando de sus familias y amigos, Lola le contó como era Buenos Aires e Italia mientras Leonor se sorprendía con cada explicación de la artista. Parecía una niña pequeña escuchando una historia fantástica de cuento de hadas. Terminada la cena, Lola les invitó a pasar a la biblioteca para tomar el postre, que en aquella ocasión especial, era una coca esponjosa de Ratafia, muy típica de la zona.

—Este dulce —les contaba mientras vertía el té en las tazas—, se elabora desde hace más de trescientos años. Esta receta en concreto, es una que la abuela de Matilde le transmitió a ella.

Tanto Guillermo como Leonor, dieron un mordisco a la suya y en cuanto la muchacha vació su boca dijo:

—Es realmente exquisita. Me encantan las pasas y el azúcar quemado con las almendras por encima.

—Ver a Matilde prepararla es un verdadero espectáculo, sobretodo cuando riega la superficie de la coca con la Ratafia y le prende fuego para que se evapore el licor. Parece la hoguera de San Juan —se rió.

Guillermo seguía serio y callado. Prefería no levantar la vista para no centrarla en ninguna de las dos demasiado tiempo y que la otra viera en ese gesto algo inadecuado. En un momento determinado de la conversación, Lola quiso saber dónde se hospedaba su nueva invitada.

—He dejado mi equipaje en la fonda Trias, la que hay junto al puente que cruza Arbúcies, ¿la conoce?

—Por supuesto, es la única que hay en el pueblo.

—Eso me han dicho, aunque no es demasiado cómoda, solo una habitación austera con una cama, un pequeño armario y una jofaina.

—¿Por qué no se queda con nosotros? —soltó Lola en un tono alegre—. Hay habitaciones de sobra y así podré mostrarle mis esculturas a la luz del día que es cuando más bellas lucen.

Leonor miró a Guillermo que, con los ojos abiertos como platos soperos, la observaba esperando oír una respuesta negativa.

—Si a usted no le importa, me encantaría. Aquí, me he sentido como en mi propia casa, y creo que estaré mucho más cómoda que en la pensión. Además —dijo con cara compungida—, he visto un par de tipos allí que no me han causado muy buena impresión y no me siento segura estando sola en aquel lugar. ¿A ti no te importa que me quede, verdad Guillermo?

La pregunta le pilló con la guardia baja, pensando en lo inconveniente que era tener a las dos mujeres bajo el mismo techo, pero como la decisión no dependía de él, intentó disimular su disgusto forzando una sonrisa.

—¿Por qué iba a importarme? Si a la señora Ramos le parece bien a mí también.

—Entonces ya está decidido, mandaré a uno de mis sirvientes a por su equipaje y esta noche ya podrá ocupar la habitación junto a la de Guillermo.

—Muchas gracias Lola, no sabe cuanto se lo agradezco.

—No tiene importancia, voy a decirle a Antoñita que prepare la cama. Si me disculpan.

Lola les dejó solos en la biblioteca, momento en que Leonor quiso plantearle a Guillermo una propuesta.

—Podemos aprovechar estos días que voy a estar aquí para recuperar el tiempo perdido, ¿no crees? Serán como unas pequeñas vacaciones.

—¿Unos días? Creía que mañana por la mañana te marcharías.

—¿A qué tanta prisa por deshacerte de mí? Pensaba que te alegraría tenerme unos días por aquí.

—Me alegro que hayas venido, pero tras entregarme el dinero, pensé que...

—Que me marcharía enseguida. Es lo que tenía pensado hacer, pero Lola me ha acogido tan bien y tengo tan pocas ganas de volver con mis padres, que si ella me lo permite voy a quedarme hasta que te marches.

En aquellos momentos Guillermo habría gritado furioso maldiciendo su mala suerte, pero en vez de eso dijo con voz monótona:

—Lo siento querida pero debo ocuparme de Jaime, es la hora del cambio de vendaje.

Se levantó de la silla y dejando a la muchacha con la palabra en la boca, salió sin mirar atrás y con la ira reflejada en sus ojos por no lograr que la felicidad le durara más de 24 horas seguidas.

Aquella noche, como tantas otras, Guillermo la pasó en vela. En numerosas ocasiones, los experimentos, resultados fallidos, observaciones que no llevaban a ninguna parte y el sufrimiento de las chicas que tenía encerradas en la Torre de Saladeures, le habían quitado el sueño, pero en aquella ocasión el motivo era otro muy distinto. Lola, Leonor y Marie ocupaban por completo sus pensamientos. Anhelaba el cuerpo y la mente de la primera, quería enmendar los errores cometidos con la segunda y esperaba no defraudar a su padre con la última. Sabía que él se alegraría si su compromiso con Leonor fracasaba y quizá no le diera tanta importancia a los medios como al fin, si este era que a la postre se casaba con Marie Bernard. Así pasó la noche, yendo de Lola a Leonor, de Leonor a su padre y de este a Marie. Entre tanto también intentaba resolver el problema que se le había planteado con la llegada de Rodrigo al pueblo, el estado de Jaime y cómo eso podría afectar al rapto de María y por tanto a su búsqueda de la cura al Botulismo. Realmente no estaba viviendo uno de sus mejores momentos.

Por la mañana, con el cuerpo agotado y el ánimo alicaído, se dispuso a centrarse en su trabajo, al menos de ese modo, podría ocupar sus horas en algo que no fueran aquellas dos mujeres que ahora vivían bajo su mismo techo. Lo primero era ir al encuentro de Rodrigo, le pagaría lo que el sicario exigía e intentaría que acabara su trabajo cuanto antes para que se fuera del pueblo enseguida. Se vistió con el mismo traje que había llevado el día anterior, cogió el sombrero y el dinero y se marchó cuando todo el mundo seguía durmiendo, menos Celonio, que al bajar las escaleras ya le estaba esperando en el rellano de la planta baja.

—Se ha levantado usted muy temprano, señor Caba.

—Más bien voy a acostarme muy tarde.

El sirviente no entendió aquella frase, pero no quiso que se la explicara pues ya se disponía a preparar el comedor para el desayuno.

—Si alguien pregunta por mí, diles que estoy dando un paseo. Volveré en una hora.

Salió de la Gabella por la calle Mayor y bajó por las costanillas

empedradas hasta el puente que cruzaba la población junto al camino que llevaba al pueblo vecino. Tras un rato andando, llegó al punto de encuentro y a lo lejos ya atisbó a Rodrigo sentado en el muro de piedra. Por suerte ya no iba vestido como un caballero de la corte del rey Sol, sino que llevaba unos sencillos pantalones de pana, camisa blanca, faja negra y una gorra de fieltro gris, calada hasta las cejas. Al llegar a su altura, este se levantó y dijo secamente:

—¿Quiere que hablemos aquí o damos un paseo?

—Mejor vayamos hacia el bosque, allí podremos charlar sin que nadie nos oiga.

Los dos hombres sin mediar palabra recorrieron el camino de tierra oscura que en pocos minutos les llevó al interior del frondoso bosque donde hacía un par de días habían estado Guillermo y Lola paseando. Al pocos de llegar a él, Guillermo se detuvo.

—Aquí estaremos bien.

Rodrigo se sacó del bolsillo de su pantalón un papel doblado y dijo:

—Aquí tengo todo lo que he podido averiguar del tipo que apuñaló a Jaime, que no es gran cosa. —Desplegó el papel y leyó—: Se llama Juan Nogué, o al menos eso es lo que pone en el registro de la pensión y llegó al pueblo el martes por la mañana.

—El mismo día que nosotros. No me sorprende, venía siguiéndonos desde Sant Hilari y quien sabe si también desde que salimos de Santa Eugènia. Sigue.

—Según me contó el recepcionista de la fonda, previo pago, apenas ha estado en su habitación, solo iba a dormir y siempre salía muy temprano.

—¿Pudiste entrar para ver sus cosas?

—Pues claro, ¿por quién me toma? Sé como hacer mi trabajo. — Se detuvo un segundo para levantar la vista del papel y siguió su explicación—. Allí solo había un par de mudas, algo de dinero suelto y un papel con unas señas.

—¿Lo tienes?

Rodrigo lo sacó del mismo bolsillo donde tenía el primer papel y se lo entregó. Era una dirección cercana a Vic. Guillermo no tenía claro el punto exacto pero sospechaba que debía tratarse de Sentfores. Lo investigaría cuando llegara a su casa.

—¿Algo más? ¿Alguna idea de a dónde ha podido huir?

—De momento no. Nadie en el pueblo parece conocerlo. Al no ser de

aquí y haber llegado hace poco, nadie sabe nada. Algunos lo vieron tomando unos vinos en la taberna, a otros les suena de verlo pasear por el centro,... pero después de atacar a su cochero se esfumó como la niebla cuando sale el sol.

—Está bien. Si quieres puedes dejarlo y volver a Barcelona, yo me encargaré a partir de ahora. Es muy posible que ese muchacho ni siquiera esté en la comarca.

Se sacó el sobre con el dinero de la chaqueta y se la entregó a Rodrigo. Este lo contó y satisfecho, dijo:

—Voy a quedarme un par de días más en Arbúcies. Quiero hablar con la gente de las granjas de esta zona por si se ha escondido en alguna. Es posible que se aprovisionase de víveres y agua antes de partir, y quizá también haya conseguido un caballo.

A Guillermo no le gustó escuchar que Rodrigo no iba a irse, pero pensó que tenía razón, el chico podría haber robado en alguna de las casas cercanas al bosque antes de marcharse, si es que se había ido, y si el sicario quería acabar su trabajo, que lo hiciera, a fin de cuentas estaba pagado y él tenía demasiadas cosas en que pensar como para perder el tiempo buscando a ese miserable.

—Si por casualidad lo encuentras, manda recado para que podamos vernos. Como te dije es sumamente importante que hable con él. No vengas tú a la Gabella, manda a un recadero con una nota.

—Así lo haré.

Se despidieron y mientras Guillermo regresó por donde habían llegado, Rodrigo se perdió por el bosque en dirección a la granja más cercana.

Al llegar a casa de Lola, el ajeteo era evidente. Parecía que ya todos se habían levantado y tanto los sirvientes como los mozos, cocineras y demás personal, andaban por allí ocupados en sus quehaceres. Él fue directamente al cuarto de Jaime a contarle las nuevas.

—Buenos días, ¿cómo has pasado la noche?

—Mejor que la de ayer. Parece que voy recuperando las fuerzas.

—Bien, me alegro, pero no quieras apresurarte a forzar tu cuerpo. El golpe que recibiste fue muy duro y aún no estás para que te levantes.

—Ayer por la noche vino a verme el doctor Ruiz y me examinó la herida, dice que se está curando bien y que no hay infección, me dijo que si todo marcha igual, en un par o tres de días podré andar.

—Son buenas noticias, pero te necesito totalmente sano, eso quiere

decir que no debes precipitarte, es preferible que reposes uno o dos días más para que cuando te reincorpores lo hagas al cien por cien.

—Pero el doctor...

—Lo sé, el doctor te ha dicho que puedes, pero yo soy tu amo y te digo que descanses. Por ahora no me haces falta. Rodrigo sigue buscando al agresor y la Guardia Civil supongamos que también. Ahora hay algo que me tiene más preocupado.

—¿La visita de la señorita Piera?

—¿Te has enterado?

—Me lo ha dicho Antoñita esta mañana. Ha sido una sorpresa.

—Mayor fue la mía al encontrarla junto a la dueña de la casa en la sala de música.

—¿Para qué ha venido?

—Ella dice que para traerme el dinero que pedí a mi padre para pagar a Rodrigo, pero luego por la noche dijo que... —Se cortó y calló en seco. Aquello no era algo que le apeteciera compartir y menos con su ayudante. No lo entendería y si empezaba a contarle las intenciones de Leonor también le tendría que contar lo suyo con Lola y no era ni el momento ni la persona a quien decírselo.

—¿Qué le dijo?

—Nada, tranquilo. Solo va a quedarse un par de días.

—¿Regresará con nosotros? Si lo hace no podremos llevarnos a María.

—La idea no le pareció en absoluto mala.

—Ya lo he pensado e intentaré que mucho antes que eso pase, ella ya no esté aquí. No tiene ningún motivo para quedarse tras haberme entregado el dinero. Haré cuanto pueda para que su estancia aquí sea lo más breve posible.

Tras revisarle la herida y cambiar el vendaje con la cataplasma, se marchó a desayunar.

En el comedor Lola y Leonor estaban sentadas la una enfrente a la otra, como en la cena y hablaban animadamente.

—Pues yo creo que las mujeres deberíamos poder votar igual que los hombres —decía Lola en un tono alto.

—Querida, créame si le digo que si eso pasa alguna vez, no será en este siglo, a ellos no les interesa conocer nuestra opinión sobre nada que no tenga que ver con el hogar o la educación de nuestros hijos, y a veces ni en eso nos escuchan.

—En eso yo llevo más ventaja que usted, pues al no tener hijos y estar

casi siempre sola, tomo yo las decisiones sin ser cuestionada.

—¿Y no han pensado en tenerlos?

—A estas alturas ya no, hace unos años lo intentamos y no llegaron, ahora serían más una carga que una bendición. Mi marido viaja mucho y yo estoy casi todo el día en el taller. No tengo ganas ni tiempo de cuidar de nadie.

Aquello entristeció a Leonor que creía que una casa sin niños era como un jardín sin flores, donde faltaba la alegría y la belleza. Justo entonces entró en la sala Guillermo y ella aprovechó para dejar clara su condición de prometida del recién llegado.

—Nosotros vamos a tener muchos hijos, ¿verdad que sí, querido?

La pregunta pilló desprevenido al farmacéutico que no quiso desairar a Leonor pero tampoco quiso pronunciarse abiertamente ante Lola.

—No lo sé, Dios dirá.

Se sentó a la mesa y se sirvió café. Mientras las dos mujeres siguieron hablando de otros temas.

—Vamos a dejar las cosas claras —dijo Lola sentándose a los pies de la cama de Guillermo, tras presentarse en su habitación aprovechando que Leonor se había ausentado para hacer unas compras en el pueblo acompañada por Antoñita—. Esta es mi casa y Leonor y vos mis invitados, por tanto nos debemos un respeto mutuo, pero no estoy dispuesta a permitir que se mofen de mí en mi propia casa.

—¿Por qué dices tal cosa? Yo nunca me burlaría de ti.

—Entonces, ¿cómo llamarías a mentirme para acostarte conmigo y luego pavonearte con tu prometida delante de mí?

—En primer lugar yo no te mentí, nunca te dije que estuviera libre y tampoco creo que el hecho de que Leonor se haya presentado sin avisar, pueda considerarse que estemos haciendo alarde de nuestra relación. —Quiso acercarse a ella para abrazarla pero esta se apartó bruscamente—. En cualquier caso eso no tiene ninguna relevancia. Tú también estás casada y eso no te ha impedido que nos encamemos.

Lola se levantó de la cama y le dio una bofetada. Guillermo le agarró de la mano antes que pudiera bajarla y cuando intentó zafarse, él la besó. Ella no se apartó. Le tomó de la nuca con la mano libre y siguió besándole con más intensidad. La discusión había encendido la chispa, que al parecer, necesitaban siempre que la pasión aparecía entre ellos. Aquel largo y fogoso beso, fue el inicio de un breve pero intenso encuentro sexual, donde ni siquiera se quitaron la ropa. Guillermo tumbó a Lola en la cama y subiéndole el vestido hasta la cintura, se lanzó sobre ella para penetrarla mientras ella entre jadeos se dejaba llevar por el placer de sentirse tan deseada por aquel hombre que la poseía sin contemplaciones con un ímpetu propio de un muchacho de veinte años, haciéndola sentir a ella también como una adolescente.

—Esta ha sido la última vez —sentenció Lola colocándose bien las enaguas—. Mientras tu prometida siga acá, nuestros encuentros serán en el comedor y nunca a solas.

—Como quieras —respondió él con una sonrisa de medio lado—. Aunque si cambias de opinión ya sabes donde está mi cama.

Como si nada hubiera pasado, Guillermo salió de la casa para dirigirse al ayuntamiento.

—Buenas tardes señorita Torres —dijo al entrar en el cabildo.

—Buenas tardes.

—Vengo a decirle que ya tengo el dinero que esperaba.

—¿Ah sí? ¿Cómo es posible, si aquí no ha llegado nada?

—Me lo han venido a traer en persona.

—¿Su padre?

—No, una... amiga de la familia.

—Pues que bien —dijo Teresa aunque su cara expresaba todo lo contrario—. Se habrá quedado usted más tranquilo, parecía que lo necesitaba.

—Así es, debido al ataque que sufrió mi chófer, hemos de quedarnos en el pueblo y...

—¿Entonces voy a poder disfrutar de su compañía algunos días más?

—No lo creo, ya que debo dedicarle gran parte de mi tiempo a esta amiga que ha venido a visitar Arbúcies y sus alrededores.

La secretaria entristeció al caer en la cuenta que había perdido otra oportunidad de encontrar al hombre de su vida.

—Está bien, si necesita que le mande algún telegrama, que le informe sobre cualquier cosa o necesita lo que sea de mí, no dude en pedírmelo.

—Es usted muy amable, señorita. Gracias por todo. Adiós

—Adiós.

Aquello sonó a despedida y en cuanto Guillermo cruzó la puerta de la calle, a Teresa se le escapó una lágrima que resbaló por su mejilla hasta caer al suelo.

Con otro asunto zanjado, parecía que el día se estaba enderezando después de los malos presagios de aquella noche en vela. Ahora debía empezar a estudiar un plan para el secuestro de la hija del campanero. Para hacerlo, después de la siesta se inventó una excusa y se ausentó de la casa. Cargó con unos binoculares mucho más potentes y precisos que los que solía usar en el Liceo, con los que se podía regular la distancia de la imagen a observar, aunque mucho más pesados y grandes que los primeros. También cogió su inseparable farmacopea y algo para escribir. Con todo ello se dispuso a pasar algunas horas observando los movimientos de su próxima víctima. En esa ocasión fue montando uno de los caballos que tiraban de la calesa y que habían estado encerrados en el establo desde que llegaron. Hizo el recorrido en tan solo veinte minutos, que calculó con su reloj de bolsillo.

Dejó el animal amarrado en una rama escondido en el bosque y anduvo el trecho que le separaba del patio trasero de la casa de María. Al llegar la muchacha estaba en el cercado con las cabras. La estaba ordeñando sentada en una pequeña banqueta y canturreaba alegremente.

«Parece feliz», se dijo Guillermo, y en realidad así era. Jamás había sido tan feliz como lo era allí. De niña siempre se había sentido tremendamente triste por no haber conocido a su madre que murió durante el parto, y más tarde, cuando solo tenía cuatro años, contrajo una enfermedad que le dejó una pierna paralizada y que le impidió hacer lo que los demás niños como correr, saltar o trepar por los árboles. Cuando se hizo algo más mayor, tuvo que soportar lo que se contaba de su padre en el pueblo. A sus oídos habían llegado comentarios sobre sus vicios. Algunos decían que le gustaba pegar a las mujeres, otros que le gustaba acostarse con hombres e incluso en alguna ocasión había llegado a escuchar que cuando nadie le veía se vestía y comportaba como una mujer. En esas ocasiones María pensaba que la culpa era suya. Creía que el hecho de haber matado a su madre al nacer, convirtió al campanero en un desviado que suplía su ausencia llenando las noches de perversión y pecado. El día en que su padre le dijo que debía irse a vivir con su tía enferma a un pueblo lejano, la noticia le disgustó, pero tras pensarlo detenidamente, se dijo que aquella era una gran oportunidad para empezar de nuevo como María y no como la hija del campanero.

Los días allí pasaban lentamente, los cuidados de su tía ocupaban casi todas sus horas, puesto que la necesitaba para hacer casi cualquier cosa, aunque desde hacía un tiempo había hallado el modo de hacer que su vida fuera algo más amena. Poder hacer quesos desde la nada, con sus propias manos, con la leche de las cabras que ella alimentaba y cuidaba, era algo que la enorgullecía. Además, parecía que a la gente de los alrededores les gustaban y empezaban a venderse bien, así que además se estaba ganando unos dineros que se quedaba para ella. Ya había logrado ahorrar una pequeña cantidad con la que pensaba comprarse un bonito vestido estampado para su decimoctavo cumpleaños, que sería en unos meses.

Guillermo la miraba escondido tras unos matorrales altos que estaban a unos metros de la verja del patio, agachado y anotando la hora en que había llegado y lo que estaba haciendo María en aquellos momentos. Debería volver en varias ocasiones para saber si aquel era su proceder habitual o tenía otras costumbres. Se quedó allí agazapado hasta que la muchacha terminó con el ordeño y se fue al interior de la pequeña cabaña. Entonces fue cuanto él

aprovechó para acercarse un poco más y cambiar de lugar de vigilancia para pasar a observar desde la parte delantera de la casa. Al igual que por la parte trasera, aquella vivienda era austera, sencilla y carente de cualquier elemento superfluo. Solo una pared de piedra lisa, con un pequeño lugar en el que sentarse junto a la basta puerta y algunas plantas bien cuidadas junto a ella. Un gran árbol que daba sombra a un lado del camino que llevaba a la entrada, era lo único destacable de aquella zona. Desde donde estaba oyó a María, o eso supuso, porque la voz era de alguien joven, diciéndole a otra persona que todo estaba listo para empezar a hacer los quesos. La otra voz, mucho más débil y casi como un susurro, le respondió que no podría ayudarle en aquella ocasión porque le dolía la tripa. Aquella sin duda era la tía de la muchacha que, como bien sabía Guillermo, estaba afectada de colitis mucosa, una enfermedad tremendamente dolorosa para quien la padece, que impide hacer vida normal debido a los desajustes gástricos que algunas veces causan severas diarreas y otros días estreñimientos, todo ello acompañado de dolores abdominales, gases y fatiga crónica. Al parecer en ese momento, Isabel estaba teniendo una crisis que le impedía levantarse de la cama, por tanto María la dejó descansar y se dispuso a preparar ella sola los quesos. Para elaborarlos lo primero que hizo fue poner al fuego la leche que acababa de ordeñar. Sin dejar de remover lentamente, vertió zumo de limón y sal en la cazuela. Siguió removiendo durante un largo rato sentada junto al hogar. Aquello resultaba tremendamente aburrido, así que Guillermo aprovechó para recorrer el camino que desembocaba en la entrada principal para hacerse una idea de los obstáculos con los que se iba a encontrar si decidía ir hasta allí para secuestrar a la muchacha. Cuando volvió bajo la ventana, María ya estaba repartiendo el líquido casi cuajado, en varios recipientes que tenían un paño encima y los dejó reposar en la cocina mientras salía por detrás con un cubo. Renqueando, a los pocos minutos volvió con el balde lleno de agua que usó para regar las hortalizas y verduras del pequeño huerto junto a la cuadra. Así pasó un par de horas, realizando las tareas del hogar, recogiendo leña para alimentar el fuego, haciendo varios viajes a por agua y de tanto en tanto comprobaba como estaba su tía. Cuando empezaba a anochecer, Guillermo regresó a por su caballo y volvió a la Gabella algo cansado y desanimado porque parecía que la chica no se alejaba mucho de la granja, lo que dificultaría poder sorprenderla en un lugar donde ellos pudieran llevar la calesa y el baúl.

—Hola Jaime, ¿cómo está la herida? —dijo nada más entrar en la habitación de su ayudante.

—Algo mejor que esta mañana.

—Me alegro. Voy a cambiarte el vendaje.

Mientras retiraba con cuidado la tela y dejaba a la vista el corte, se percató que el enfermo parecía algo inquieto.

—¿Te duele?

—Solo un poco.

—¿Entonces, a qué viene esa cara de disgusto?

—Nada, solo que...

Dejó la frase a medias y giró el semblante hacia la pared.

—¿Qué sucede Jaime?

El cochero no quiso contestar. Se limitó a torcer la boca en un gesto de desagrado y calló.

—¿Ha pasado algo hoy que deba saber?

—No patrón, nada.

Guillermo conocía mejor que nadie a su ayudante, sabía cuando había algo que no quería decir. A Jaime no le gustaba mentir e intentaba no hacerlo. En vez de eso cuando había algo que prefería no contar simplemente callaba.

—¿Has tenido hoy alguna visita que te ha molestado?

—Podríamos decir que sí.

—¿El médico?

—No.

—¿Leonor? —Negó con la cabeza.

—¿Quién? —Quiso saber algo exasperado por aquel absurdo juego de las adivinanzas.

—Ha sido la señora Ramos.

—¿Lola? ¿Y qué quería?

Jaime no contestó de inmediato. Volvió a bajar la mirada y tras dejar pasar unos segundos en los que suspiró profundamente, finalmente dijo:

—Sonsacarme sobre la señorita Piera y la relación que mantiene con usted.

—¿Y qué le has contado?

—¡Nada patrón! —La frase sonó como un grito ahogado—. ¿Por quién me toma? Le estoy muy agradecido a la señora de esta casa sus atenciones y cuidados, pero usted ya sabe que no soy un baladrón.

Guillermo lo sabía y por eso estaba tranquilo, aún así quiso conocer

cuáles fueron las palabras de su hospedera.

—¿Qué te ha preguntado?

—Quería saber cuanto tiempo hacía que estaban juntos, el tipo de relación que mantienen, si sus familias se llevan bien... Ese tipo de cosas.

—Pero tú no le has dicho nada, ¿verdad?

—Ya me conoce patrón, sabe que nunca hablo de nada que tenga que ver con usted y menos de ella.

—Bien, no te preocupes, yo aclararé las dudas que pueda tener Lola sobre Leonor y yo.

Jaime se quedó algo preocupado por aquel comentario. Sabía que su amo era cualquier cosa menos comprensivo y también sabía que no soportaba a la gente cotilla. La señora Ramos le caía bien, era una persona amable y atenta y desde que llegaron a esa casa no lo había tratado como a un sirviente sino como a un huésped, por eso le sabía tan mal haber confesado aquello, pero por otro lado no tenía más opción que hacerlo, pues ante todo le debía franqueza a su patrón, al menos mientras siguiera siéndolo.

Sin decir nada más, el farmacéutico volvió a tapar la herida del chófer y se marchó a la sala de música esperando encontrar allí a Lola.

Al llegar y escuchar a través de la puerta las notas que marcaban el violento final de Tosca, estuvo seguro que la encontraría recostada en el sofá de terciopelo rojo bebiendo jerez, así que entró sin llamar.

—Lola, espero que puedas explicarme...

Dejó la frase sin acabar. Leonor estaba sentada junto a ella mirándolo con asombro.

—Perdona, no sabía que estabas aquí —dijo dirigiéndose a la invitada.

—Salta a la vista —dijo Leonor—. Pareces enfadado, ¿qué ha sucedido?

No supo qué decir. Miró primero a Lola que le devolvió la mirada algo divertida por la incómoda situación y luego miró a su prometida que algo más seria esperaba una respuesta.

—Es algo que debería tratar con la señora Ramos si no te importa, querida.

—Pues la verdad es que sí me importa, soy tu prometida y no debería haber secretos entre nosotros.

—Lo que debo hablar con ella no creo que te interese, son negocios que no entenderías y...

—No sigas, os dejaré solos para que podáis hablar.

Antes de marcharse le dio un beso en la mejilla a Guillermo y tras salir cerró la puerta pero no se marchó, miró a lado y lado del pasillo y cuando comprobó que nadie la observaba, pegó la oreja en la puerta.

—¿Se puede saber por qué has estado interrogando a mi sirviente sobre la relación que mantengo con Leonor?

—Ya te dije el día que llegaste que me gusta saber quien se aloja bajo el mismo techo que yo.

—Podrías haberme preguntado a mí.

—Podría, pero no me habrías dicho lo que quiero saber.

—¿Y qué quieres saber?

—Ahora ya no importa, tengo la información que necesitaba.

—¿Quién te la ha dado?

—La propia Leonor. Es una chica muy habladora ¿sabes? Disfruta contando lo mucho que os queréis y lo felices que seréis cuando os caséis, aunque no me he creído ni una palabra.

—¿No crees que vayamos a casarnos?

—Oh no, estoy segura de ello.

—¿Entonces?

—No creo que ella esté enamorada de vos.

—Por supuesto que lo está. ¿Quién crees que vino a buscarme después de un año?

—Sé que ha sido ella. Me lo ha contado. Me ha relatado el modo en que la dejaste y lo mal que lo pasó y también me ha dicho que te ha perdonado y que te ama.

—Ahí lo tienes, ¿cómo puedes dudar de ella?

—Ay querido, que poco conoces a las mujeres. Leonor no te quiere.

—¿Lo dices por lo que te ha contado?

—No, lo digo por la actitud que ha tenido ahora.

—¿Ahora?

—Si estuviera verdaderamente enamorada no se habría ido con esa excusa tan estúpida que le has puesto, habría querido saber más sobre el porque has entrado de ese modo y por supuesto nunca te habría dejado a solas conmigo.

Guillermo lo pensó un momento, quizá Lola tuviera razón aunque también lo podría estar diciendo para que dudara de su prometida.

—Estás celosa. Dices eso para que discutamos y se marche.

—Por si lo has olvidado he sido yo quien te ha dicho esta mañana que no quería volver a saber nada más de vos.

—Pero sé que no lo decías de verdad, la prueba está en qué te ha faltado tiempo para ir a interrogar a mi sirviente sobre mí.

—No es sobre ti, sino sobre ella de quien quiero saber más.

—¿A qué se debe ese interés?

—No me fio.

—¿De la señorita? Pero si es la mujer más dulce e inocente que conozco.

No lo dijo demasiado convencido. Quizá la Leonor de hacía un año, sí lo fuera, pero la mujer que había visto en las cuerdas de Villa Carmen, era otra. Pudo notar la decisión y el arrojito en sus ojos justo antes de besarla y en los días posteriores e incluso el viaje hasta allí para verle, le demostraban que ya no era la misma. Algo le había sucedido en aquel último año que la había endurecido, pero no quería admitirlo delante de Lola.

—Tú déjamela a mí. Sé como tratarla y mañana a más tardar pasado, se habrá ido.

—Eso espero, porque no quiero a esa mujer viviendo en mi casa.

Dicho lo cual se dispuso a salir, dejándole el tiempo justo a Leonor para esconderse en la oscuridad de una de las salas adyacentes a la de música.

Los días posteriores en la Gabella transcurrieron entre una calma tensa. Guillermo seguía ausentándose cuando podía a su puesto de vigilancia cerca de la casa de María. Algunas veces se marchaba de madrugada y no regresaba hasta la hora del almuerzo, otras cogía el caballo e iba hasta el bosque para observar a la muchacha desde mediodía al anochecer y las dos últimas jornadas se había escapado bien entrada la noche para preparar el momento del rapto y la huida. Por su parte Isabel y María seguían con sus quehaceres diarios sin percatarse de nada. Raras eran las veces en que la chica dejaba sola a su tía para ir a comprar al pueblo o vender sus quesos, el resto del tiempo no se alejaba de la casa más de diez minutos seguidos.

Lola y Guillermo no se habían vuelto a acostar juntos. Solo algunos encuentros furtivos para hablar o como mucho besarse, sin pasar a mayores a pesar de lo mucho que lo deseaban. La escultora no quiso faltar a su palabra y se pasaba casi todas las horas del día y muchas veces incluso de la noche, en el taller. El ruido martilleante del cincel sobre la roca era casi lo único que se oía en la planta baja y su trabajo estaba tan avanzado que ya había anunciado que en menos de dos semanas realizaría el primer viaje a Argentina para mostrar sus obras al Gobierno del país. Por esa razón su marido Julián, no había regresado y pretendía esperarla en Buenos Aires.

Leonor seguía en la casa con la excusa de pasar más tiempo con su prometido y ayudar a la hospedera con los preparativos de su marcha. Desde que tuviera claro que Lola y Guillermo mantenían un afer, no había querido irse, y aunque intentaba darle espacio a su prometido, no le quitaba ojo, sobretodo cuando sabía que tanto él como Lola estaban en la casa al mismo tiempo.

Jaime cada vez tenía mejor aspecto, la herida había sanado por completo y ahora paseaba por el jardín y el pueblo intentando recuperar las fuerzas que aún no habían regresado del todo.

—La marcha de Lola ha precipitado los acontecimientos —le decía Guillermo a su ayudante sentados bajo la sombra de la morera en el jardín trasero de la casa.

—¿Ya ha pensado cómo vamos a hacerlo?

—El plan es muy sencillo, iremos hasta su casa la noche en que partamos hacia Santa Eugènia, con la excusa de comprar más de esos quesos que me trajo el otro día. Como ya me conoce no creo que sospeche de mí, me aseguré de darle una buena propina para ganarme su confianza. Cuando salga para dármelos, tú la sorprenderás por detrás para dormirla con el cloroformo y yo haré lo propio con su tía. Ya lo hemos hecho otras veces, no creo que sea demasiado complicado.

—¿Luego la metemos en el baúl y nos vamos directamente?

—Efectivamente. No podemos mantener a María encerrada muchas horas. Viajaremos toda la noche para llegar a la Torre antes del amanecer.

—¿Y cree que no sospecharán de nosotros? Cuando la tía se despierte y vea que su sobrina no está, sabrá que la última persona que estuvo en su casa fue usted.

—Ese es un punto que aún debo trabajar. Es cierto que para poder dormir a la tía tendrá que verme la cara, por eso he pensado que podría ir disfrazado.

—¿Con una máscara?

—¡No seas ridículo! Me pondré un bigote falso y quizá una peluca rubia y unas gafas igual que hacen los actores en el teatro.

—No es mala idea, pero igualmente buscarán a un hombre de su complexión y altura, ¿y la voz? No la va a poder cambiar.

—No creo que eso haga falta, tengo unas medidas muy comunes y a las autoridades no se les ocurriría nunca buscar al secuestrador en Santa Eugènia, estamos demasiado lejos para levantar sospechas.

—Me parece un buen plan, pero me da mucha pena la muchacha. Después de todo lo que ha sufrido...

—¿A qué tantos remordimientos ahora?

—Es que esa niña entre tener que vivir sin madre junto a un padre autoritario y desviado, la enfermedad que la dejó coja y ahora hacerse cargo de su tía enferma... ¿No podríamos dejarla y buscar a otra?

—Ya te dije que esta es la mejor opción. ¿Quién sospecharía de nosotros, que vivimos tan lejos y que gozamos de la confianza y amistad de las gentes más influyentes de Arbúcies?

—Sí, pero hay otras chicas en el pueblo, ¿tiene que ser precisamente ella?

Guillermo dudó. Jaime tenía razón, nada había hecho María para

merecerse aquello, pero estaba convencido que sería la última vez, puesto que con los resultados logrados en las anteriores pruebas, podría curarla completamente.

—No debes preocuparte por ella. La salvaremos. Estoy seguro que esta vez tengo el modo de hacer que el Botulismo no la mate.

Jaime no las tenía todas consigo. Otras habían sido las veces en que su amo estaba convencido que la chica que tenían presa se recuperaría y en ninguna de esas ocasiones lo habían logrado. Quería creerlo pero no podía estar seguro. De momento dejó el tema ahí, no quiso enfurecer al boticario, que ya parecía bastante disgustado por la situación en la casa y la desaparición de Rodrigo, del que no se sabía nada desde la última conversación en el bosque, así que decidió callar para no echar más leña al fuego.

Con mucho en que pensar, Guillermo dejó solo a su sirviente en el jardín para subir a su habitación. En el mismo momento en que cruzaba la puerta para entrar en la casa, Leonor salía.

—¿Quieres que paseemos un rato por la ribera del río?

—Lo siento querida, pero debo hacer algo importante, quizá en otro momento.

—Llevo todo el día encerrada y si no salgo creo que voy a empezar a gritar.

—Quizá pueda acompañarte Jaime, le vendrá bien andar para ir fortaleciendo las piernas.

Sin darle tiempo a réplica, le dio la espalda dispuesto a atravesar el pasillo y subir a su cuarto. En vista de aquella actitud, Leonor decidió aceptar la propuesta y pedirle al chófer que la acompañara a la calle. Este aceptó algo reticente al principio, pero terminó accediendo bajo la intensa presión de ella. Una vez en la calle, Leonor quiso saber:

—¿Cómo están tu mujer y tu hija?

—Supongo que están bien, puesto que no he recibido ninguna noticia de ellas en estos días.

—Debe ser muy penoso tener a una criatura que necesita cuidados constantes y que en cualquier momento podría...

Dejó la frase sin acabar al darse cuenta de la cara de amargura de su acompañante.

—¿No crees que estaríais mejor si os fuerais al campo con tus padres? Al menos con ellos habría más gente que podría hacerse cargo de la niña.

—Lo estoy deseando, pero el señor me necesita.

—Nadie es irremplazable Jaime, seguro que Guillermo podría encontrar a otro cochero. No sería tan leal ni abnegado, pero si es para que tu familia y tú seáis felices, no debería poner ninguna objeción.

—El señor Caba ya me ha dicho que en cuanto terminemos un asunto que tenemos a medias podré irme.

—¿Qué asunto?

El chico enmudeció, se dio cuenta que había hablado de más e intentó desviar el tema.

—Cosas de caballos y carruajes, ya sabe.

—¿Estás seguro? Yo creo que no.

Él no contestó, se limitó a agachar la cabeza y a acelerar el paso. Leonor le fue a la zaga e insistió.

—¿Acaso te ha prohibido que hables del tema conmigo?

—No señorita, no es eso, es solo que...

—Es solo que no quiere que nadie sepa que es un monstruo.

Aquello le heló la sangre al cochero. Parecía que le había leído el pensamiento. Él sabía muy bien como era su amo, pero creía que nadie más se había percatado de ello, quizá la expresión que acababa de usar la señorita Piera no era más que el resultado de los muchos días de evasivas y desplantes que había recibido por parte de su prometido.

—¿Por qué dice usted eso, señorita?

—¿Es que tú no piensas lo mismo? ¿No me digas que te has acostumbrado tanto a esta situación que ya no distingues lo que está bien de lo que no lo está?

¿Podría saber ella lo que hacían en la Torre de Saladeures? No. Cuando vivían en Barcelona jamás dio muestras de ello y ahora que estaban tan alejados, era imposible. Confiaba en que tan solo estuviera enfadada con su patrón y quisiera que él le diera la razón para sentirse mejor.

—Este es un asunto del que nada sé, señorita.

—Creía que estabais en esto juntos, tú eres la fuerza bruta y él el cerebro ¿no es así?

Jaime se mareó, todo a su alrededor le daba vueltas y necesitó apoyarse en una pared para no perder el equilibrio y caer al suelo. La herida que hacía días que había dejado de dolerle, de pronto pareció abrirse. Se llevó las manos al estómago mientras las piernas dejaron de sostenerle y finalmente cayó al suelo. Leonor, lejos de preocuparse, se mantuvo firme a su

lado. Se agachó, y de cuclillas, le dijo en voz baja.

—Si quieres puedo ayudarte. Solo debes ayudarme tú primero. Si llegamos a un acuerdo, te prometo que podrás coger a tu familia e irte a vivir con tus padres a Hospitalet, pero si decides no hacerlo correrás la misma suerte que tu amo.

El muchacho no podía respirar bien, resoplaba y seguía apretándose el vientre para impedir que una herida que ya había cicatrizado por completo, sangrara. Miraba a la mujer que le ofrecía aquel trato sin entender porque aquellas horribles palabras eran pronunciadas por un rostro tan hermoso. No dijo nada. Se quedó allí sentado, con la espalda contra la fachada a punto de perder la conciencia. Antes de que eso sucediera, una pareja que pasó por delante de ellos, se detuvo para ofrecerles ayuda, y solo entonces, Leonor fingió necesitarla.

—Mi acompañante se ha desplomado y no puedo levantarlo sola, ¿serían tan amables de ayudarme?

El hombre agarró a Jaime por las axilas y lo elevó hasta poder agarrarlo por un brazo. Delante de ellos, una Leonor satisfecha le mostraba el camino al caballero que con gran dificultad llevaba al enfermo a la casa en que se alojaban.

En cuanto Celonio abrió la gran puerta del número 6 de la calle Mayor, se encontró de cara con Leonor que le apremiaba a ayudar al hombre que, sujetando a duras penas a Jaime por el brazo, había logrado llegar hasta allí sin desfallecer él también.

—Acompaña a este caballero a la habitación de Jaime y en cuanto le dejéis en la cama avisa a Lola. Yo iré a por el señor Caba.

El anciano se quedó algo atorado en la puerta sin reaccionar de inmediato, hasta que el hombre casi gritó:

—Puede sujetarle por el otro brazo por favor, está a punto de caérseme al suelo.

Entre los dos recorrieron el pasillo hasta las cuadras y posaron con cuidado al desfallecido en su catre. Enseguida acudieron Matilde y Antoñita que abriéndose paso entre los dos hombres, se apresuraron a comprobar como estaba Jaime.

—Tiene fiebre —dijo la cocinera—. Ve enseguida a por agua bien fría y un paño.

Antoñita rauda, salió de la habitación hacia la cocina y Celonio y el otro hombre la siguieron, dirigiéndose a la entrada donde se había quedado esperando la pareja de este.

—¿Desean pasar a la biblioteca? —Les indicó con la mano el mayordomo—. Yo avisaré a la dueña de la casa y enseguida estará con ustedes.

—No es necesario. Hemos cumplido con nuestro deber de buenos cristianos pero ahora debemos irnos.

—Insisto, estoy seguro que la señora Ramos querrá darles las gracias y oír cómo ocurrió todo.

—En realidad no sabemos como pasó, cuando llegamos junto a ellos, la señorita intentaba reanimarlo y al verse impotente para alzarlo del suelo, me ofrecí a ayudarla.

—¿Pueden darme sus nombres por si me preguntan?

—Yo soy Josep Pol y ella es mi esposa Magdalena Sala.

—Bien, pues muchas gracias por su ayuda, si no desean quedarse, les acompaño a la salida.

—Gracias, cuando todo ocurrió íbamos camino de una importante reunión y no quisiéramos llegar tarde. Quizá luego pasemos para interesarnos por el chico y saludar a la señora Ramos, a la cual admiro enormemente.

Sin dar más explicaciones, Celonio les franqueó el paso a la calle y la pareja se marchó precipitadamente avenida abajo. Mientras tanto, a sus espaldas los pasos de Guillermo que ya se dirigía al cuarto de su ayudante, resonaban en la planta baja. Al entrar en la estancia, la cocinera le estaba mojado la frente con agua que tenía en una palangana.

—Por favor Matilde, permita que me encargue yo a partir de aquí.

La mujer se apartó para que el farmacéutico pudiera reconocer a Jaime que seguía con los ojos cerrados y el cuerpo empapado en sudor. Primero observó detenidamente las pupilas con el oftalmoscopio que llevaba en su maletín y al ver que estas estaban dilatadas y fijas, probó con algo que no solía fallar, cogió un bote pequeño que destapó y colocó bajo su nariz un par de veces y a la tercera el enfermo abrió los ojos y empezó a toser.

—¡Por fin! Bienvenido —dijo aliviado Guillermo.

El cochero tardó en reaccionar, miraba a su alrededor sin entender muy bien porque estaba tumbado en su cama, cuando lo último que recordaba era estar paseando con Leonor. ¡Leonor! de pronto lo entendió todo. Aquel lobo con piel de cordero le había propuesto algo inaudito después de insinuarle que lo sabía todo sobre los experimentos que él y su amo llevan a cabo desde hacía años. Casi se vuelve a desmayar. Solo la voz de su patrón logró devolverle a la realidad.

—¿Cómo estás? ¿Recuerdas qué te pasó?

—Solo sé que estaba paseando con la señorita Piera y de pronto mis fuerzas me abandonaron y caí al suelo.

—Al parecer te ha traído un caballero que paseaba con su esposa y entre él y Celonio te han metido en la cama.

—No recuerdo nada de eso.

—¿Ha sucedido algo antes del desmayo para que perdieras el conocimiento?

—No, que recuerde —mintió—.

Antes que pudiera seguir preguntando, Leonor entraba en la habitación seguida por Lola, con cara de estar muy preocupada por el estado del sirviente.

—¿Cómo se encuentra, Guillermo?

—Aparentemente bien, deberemos llamar al médico para que lo examine más a fondo, pero la herida del vientre está bien, y no se ha dado ningún golpe, así que yo diría que se recuperará sin problemas.

—Me has dado un susto de muerte. —Leonor estaba interpretando a la perfección su papel de chica desvalida y compungida ante lo ocurrido, y hasta dejó escapar alguna lágrima—. Por suerte parece que ha sido solo un desvanecimiento ¿no?

—Eso parece, quizá aún no esté preparado para dar paseos tan largos. Si no os importa deberíamos dejar que descansa hasta que llegue el doctor Ruiz.

—Voy a dar aviso para que venga cuanto antes —dijo Lola saliendo de la habitación.

—¿Puedo hablar con él un minuto? —Quiso saber Leonor, aún con la voz tomada.

—Podrás hacerlo después, cuando el médico nos diga que está bien.

A ella le hubiera gustado insistir y quedarse a solas con Jaime para comprobar que sus palabras no habían caído en saco roto, pero viendo la rotundidad con que su prometido había impedido que nadie se quedara junto a él, decidió marcharse con los demás.

Antes del almuerzo el doctor Ruiz les daba el parte médico de Jaime en la biblioteca.

—Al parece ha sido solo una lipotimia. Tanto la herida como las constantes y los reflejos son normales, teniendo en cuenta sus condiciones.

—¿Cree que aún está demasiado débil para salir de aquí? —Preguntó Guillermo sentado en el sillón orejero junto a la ventana.

—Es posible, pero ya han pasado dos semanas desde que sufrió el ataque, y no había dado muestras de debilidad hasta hoy. —Se pasó la mano por el mentón un par de veces y dijo—: ¿Hay algo que pueda haberle causado un fuerte impacto?

—No lo creo, estábamos paseando a un ritmo muy lento y charlábamos de su familia, cuando de pronto se apoyó en una pared y poco a poco fue perdiendo las fuerzas hasta quedarse sentado en el suelo. —Leonor hablaba en el mismo tono lastimero que había usado en la habitación de Jaime.

—Quizá ha sido el calor —apostilló Lola—. Esta mañana el sol brillaba con fuerza y cuando llegó estaba empapado en sudor.

—Es un factor que podría haber contribuido, pero no explicaría la

pérdida de conciencia. Según me han explicado, cuando llegó tenía los ojos cerrados y al recobrar el sentido no recordaba como había llegado a la casa.

—Sí, eso es cierto —explicó Guillermo—, yo mismo lo examiné y le hice algunas preguntas y estaba totalmente desorientado.

—Bien, lo importante es que ahora está bien y que solo ha sido un susto. —Leonor intentaba quitarle importancia a las causas y enfatizar en el hecho que Jaime ya estaba del todo recuperado.

—En eso tienes razón, querida, pero es importante saber el porque para evitar que vuelva a pasar.

—No debería volver a pasar si se toma las cosas con más calma. Tengan en cuenta que la herida fue grave y aunque aparentemente parece casi curado, la pérdida de sangre y el trauma sufrido requieren de una recuperación lenta. De momento les aconsejo que se quede en la cama todo el día y que tome caldo de ave con bastante sal, eso hará que retenga los líquidos en el organismo y así suba su tensión que ahora es bastante baja. Mañana si quiere podrá levantarse con cuidado y andar para comprobar como se siente, si no hay más muestras de mareo ni desorientación, quizá podamos decir que esto de hoy ha sido solo un golpe de calor mezclado con la debilidad por no haber comido.

—¿Y cuando cree que estará totalmente recuperado? La semana próxima debemos regresar a Santa Eugènia. —Guillermo parecía realmente preocupado.

—Es difícil de pronosticar, pero lo que está claro es que el viaje deberá hacerlo en una posición lo más cómoda posible en el interior de la calesa. Son muchos kilómetros de viaje llenos de curvas y baches. No es nada conveniente que los haga como cochero.

Esas palabras supusieron un duro golpe para Guillermo, que necesitaba la ayuda de Jaime para el rapto de María y no podía confiar en nadie más para que pudiera acompañarle con la chica y el baúl hasta la Torre.

—Podéis venir conmigo —se ofreció Leonor—, mi carruaje es mucho más grande que el tuyo y ya encontraremos algún mozo para que lleve el vuestro de regreso.

Esa no era una opción, con Leonor de por medio nunca tendría suficiente margen de movimiento para realizar el plan como lo había previsto.

—Quizá tengas razón —dijo para no levantar sospechas y ganar tiempo para pensar.

El doctor Ruiz se despidió de Leonor y Guillermo en la biblioteca y

fue acompañado por Lola hasta la puerta de la calle. Aprovechando que estaban solos la escultora quiso saber:

—Dígame doctor, cuando ha dicho que el vahído pudo producirse por algo que impactó fuertemente en Jaime ¿a qué se refería?

—Algunas personas se sienten muy impresionadas por algo que ven o escuchan. Ese impacto puede ser tan severo que les cause un desmayo.

—¿Cree probable que fuera eso lo que le pasó?

—No lo descarto, aunque según nos ha contado la señorita Piera, en el momento en que ocurrió, no se produjo ninguna acción que comportara que el mozo se alterara hasta el punto de hacerle perder el sentido. Me decanto más por un golpe de calor.

—¿Podría haberlo fingido?

El médico miró a la dama muy extrañado por su pregunta, pero respondió sereno y en tono neutro.

—Siempre se puede fingir un desmayo, es tan fácil como dejarse caer y cerrar los ojos. Pero en este caso no ha sido así. Cuando le he tomado la tensión la tenía muy baja y la temperatura corporal algo alta.

—Claro. Muchas gracias por todo —dijo Lola abriendo la puerta para que el señor Ruiz abandonara la Gabella.

Cuando cerró, no regresó de inmediato a la biblioteca, se marchó a las cuadras, para ver si Jaime estaba despierto y podía hablar con él.

Al llegar, el enfermo estaba recostado en la cama con la almohada en la espalda, tomándose un tazón de caldo. Al verla entrar, se irguió y dejó el vol en la mesilla.

—¿Puedo pasar, Jaime?

—Claro señora Ramos, está usted en su casa.

—¿Cómo te encuentras?

—Algo mejor, la cabeza ya no me da vueltas y la sopa de Matilde me ha repuesto.

—Me alegro mucho. El doctor Ruiz acaba de irse y he podido hablar con poco con él sobre las causas de tu lipotimia.

—Supongo que le ha dicho que han sido el calor y el agotamiento. Últimamente no duermo muy bien.

—¿A no? ¿A causa de la herida?

—En realidad el corte se está curando muy bien y prácticamente no me duele, son peores los golpes del alma.

Jaime quiso ser sincero con aquella mujer que siempre le había tratado

como a un igual. La creía honesta, sin dobleces y cuando hablaba lo hacía de frente y diciendo lo que pensaba. Le caía bien y sabía que no le juzgaría tras lo que iba a decirle.

—Tengo muchas pesadillas ¿sabe? Desde el ataque revivo el momento una y otra vez, veo la cara de mi atacante y oigo sus palabras resonando en mi cabeza.

—Nunca me has contado los detalles de lo ocurrido en el puente, ¿qué pasó?

Jaime tragó saliva, se secó la comisura de la boca con un pañuelo y se dispuso a relatarle a Lola toda la historia, omitiendo solo que conocía al chico y los motivos por los que le atacó. Al finalizar, la escultora se mantuvo serena, miró al sirviente a los ojos y supo que le estaba contando la verdad. Ahora que ya había empezado a confiar en ella, quizá podría ir un paso más allá.

—Sé sincero Jaime, ¿ha ocurrido algo esta mañana para que te sobreviniera el desfallecimiento en plena calle?

Él lo sopesó. Por mucha simpatía que le ofreciera aquella mujer, ese era un tema del que no estaba aún preparado para hablar, así que solo dijo.

—La verdad es que no lo recuerdo, solo sé que estaba caminando cuando me fallaron las piernas y un sudor frío recorrió mi espinazo.

—¿No fue por nada que dijera o hiciera la señorita Piera?

—No, señora. Ella paseaba a mi lado y hablábamos de banalidades cuando sucedió.

Ahora sabía que mentía, pero viendo lo fatigado que parecía no quiso insistir y lo dejó descansar.

En cuanto la puerta se cerró, Jaime apretó fuertemente los puños y maldijo en voz baja. Debía tomar una decisión sobre la propuestas de Leonor antes que la señora de la casa atara cabos y descubriera que se traían algo entre manos. Debía reconocer que en el momento en que se supo descubierto, se sintió acorralado, pero con el paso de las horas su carga se había hecho más liviana. Aquel peso que soportaba en forma de secreto y que no había podido compartir con nadie, le quemaba el alma. Mucho más desde que naciera Amelia. Cada vez que miraba a su hija pensaba que ella podría ser una de las víctimas que su amo encerraba y torturaba para finalmente acabar en el oscuro fondo de aquel pozo. Antes no se hubiera planteado nunca la confesión. Le debía fidelidad a la familia Caba por los años de servidumbre y la ayuda recibida, pero tenía que reconocer que más allá de aquello, pensaba que sin él su mujer e hija estarían perdidas. Por eso siempre había callado y obedecido,

pero ahora si la propuesta de la señorita Piera era cierta, podrían alejarse de allí y empezar una nueva vida con sus padres en Hospitalet. Una vida sencilla en el campo, donde la niña pudiera vivir rodeada de aire puro y tranquilidad, donde él eligiera sus actos y no fuera un mero títere en manos del boticario. Aún se le escapaban los motivos por los cuales Leonor querría acabar con la carrera y la vida de su prometido. Parecía que le quería. Cuando estaban juntos ella era muy cariñosa y siempre que podía intentaba complacerlo en todo. ¿A caso era solo una postura? ¿Fingía para estar cerca de él y acometerle el golpe cuando más vulnerable fuera? Pero ¿por qué? Por despecho, por venganza, ¿o había otro motivo que desconocía?

Pronto saldría de dudas, aquella misma noche, cuando la casa estaba en completo silencio y solo algunos maullidos lastimeros se colaban desde la calle, Jaime acudió al jardín siguiendo las instrucciones que Leonor le había hecho llegar en una nota a través de Antoñita.

—Creía que ya no vendrías —dijo displicente sin necesidad de girarse para comprobar que quien había llegado a su lado era realmente el chófer, pues conocía muy bien aquellos pasos lentos y descompasado debidos a la cojera.

—No estaba seguro de querer hacerlo, pero supongo que la curiosidad ha vencido a la prudencia.

Se sentó en frente de Leonor e iluminados solo por la luz de una tenue vela que reposaba sobre la mesa, pudo fijarse en lo distinta que parecía aquella mujer de como la recordaba de sus días en la calle Pelayo de Barcelona, cuando sus únicas pretensiones eran las de acudir a las fiestas de sociedad, complacer a su prometido y lucirse ante las demás chicas que pretendían parecerse a ella.

—No me andaré con rodeos —empezó diciendo ella en voz muy baja—. En primer lugar y como ya te he dicho esta mañana, sé todo lo que tú y tu amo hacéis desde hace años, primero en Barcelona y ahora en Santa Eugènia. No es que yo lo haya visto con mis propios ojos, pero tengo suficientes pruebas y cuento con la ayuda de más de una persona para delataros a la Guardia Civil y que os condenen al Garrote.

Jaime iba a decir algo pero Leonor se lo impidió alzando la mano y haciendo que se detuviera antes de que pudiera separar los labios.

—No intentes negarlo, sabes tan bien como yo que esto no iba a durar para siempre y por la expresión de tu cara deduzco que te sientes aliviado. No me extraña, son muchos los años que llevas callado complaciendo a ese

perturbado que se hace pasar por un caballero distinguido de alta cuna, cuando ni siquiera es merecedor de hacerse llamar persona.

—Duras palabras para alguien que quiere compartir el resto de su vida con él.

—Ni por un instante se me pasaría por la cabeza semejante aberración.

—¿Y entonces por qué ha vuelto? ¿Por qué ha insistido en retomar este noviazgo?

—Solo es un medio para conseguir un fin. ¿De qué otro modo podría estar cerca de él sin que sospechara que le estoy vigilando?

Suspiró profundamente y observó durante unos instantes al hombre que delante de ella, en silencio y algo intrigado, seguía esperando que dijera algo que no hubiera sospechado ya.

—¿Por qué lo hace? ¿Por qué ahora?

—No tendría porque decírtelo pero necesitamos tu ayuda y si para conseguirla debo contártelo todo, lo haré. —Se recostó en la silla y cruzó las manos sobre los muslos para empezar su relato—: Hace casi un año, cuando tu patrón, como lo llamas, me humilló y me abandonó como a una vulgar fulana que hubiera pagado para una noche, me hundí. Pasé semanas encerrada en mi casa sin querer ver ni hablar con nadie, hasta que mi madre insistió en que debía dedicar parte de mi tiempo a los demás. Eso me ayudaría a mí más de lo que yo podría ayudarles a ellos, me dijo. Fue entonces cuando empecé a ir todos los días al hospicio de la Misericordia. Allí conocí a un muchacho que no hablaba con nadie, siempre triste y algo mayor que los demás. Después de pasar meses ganándome su confianza, terminó contándome que su hermana dos años menor que él, había desaparecido una noche sin dejar rastro. Desde entonces el muchacho la había buscado por las calles y orfanatos de la ciudad sin suerte. Tras aquello había perdido las ganas de vivir, se pasaba las horas sentado en un rincón, solo, sin apenas comer ni hacer otra cosa que no fuera esperar la hora en que la muerte le sobreviniera para reencontrarse con su querida Lucía. En cierto modo me recordó algo a mí, unos meses antes y le cogí mucho cariño. Hablábamos casi todos los días hasta que una mañana sin provocación alguna, me acusó de haber sido yo quien me llevara a su hermana. Empezó a gritar y a zarandearme diciendo que el collar que llevaba puesto le pertenecía a ella. Imagínate mi sorpresa cuando recordé que ese collar me lo había regalado Guillermo casi por las mismas fechas en que Lucía desapareció.

—¿Cómo podía ser el mismo? ¿No sería uno que se le pareciera

mucho?

—Eso mismo le dije yo, pero él insistió en que no podía haber otro igual, y me convenció de ello cuando me mostró una pequeña muesca que tenía la piedra que lo hacía único e imposible de imitar.

Leonor se sacó una cadena fina de color plateado que llevaba al cuello donde una L sostenía una gema totalmente blanca a excepción de una pequeña mancha negra en uno de sus bordes internos.

-Quizá te sea familiar. —Dejó que Jaime la observara bajo la titilante luz de la vela—. Imagino que a Guillermo le pareció una casualidad maravillosa que el nombre de una de sus víctimas empezara por el mismo que el mío y por eso me lo regaló. Craso error, pues un detalle tan insignificante, será su perdición.

El chófer palideció, incluso en una noche tan oscura como aquella y en un lugar tan poco iluminado, Leonor se dio cuenta que la confianza que había mostrado el sirviente hacía tan solo unos minutos, ahora parecía totalmente truncada. Teniéndole justo donde lo quería, prosiguió con sus explicaciones.

—Tras conocer la historia que encerraba el collar, no pude dejar de buscar los motivos por los cuales Guillermo tendría aquella joya. Descarté la casualidad y el robo, y como ya no podía preguntárselo, empecé a investigar con la ayuda del muchacho. Lo primero fue ir de nuevo a la casa de la calle Pelayo. Estaba cerrada desde que os fuisteis a Santa Eugènia y nadie la vigilaba, así que un día el chico se coló por el jardín y entrando por una ventana del sótano, pudo abrirme la puerta desde dentro. Lo revisamos todo: cajones, armarios, habitaciones, sótano, altillo... pero nada nos hizo sospechar que Lucía hubiera estado en aquella casa, excepto por una factura de alquiler de un local a nombre de Guillermo del que yo no sabía nada. Él no tenía despacho ni consultorio ni nada que se le pareciera, ¿para que lo querría pudiendo utilizar una de las muchas habitaciones de la gran casa familiar?, me pregunté. Lo más extraño era que la dirección que figuraba en el membrete, estaba en unos bajos del barrio más humilde y peligroso de la ciudad. Eso me intrigó y quise saber qué escondía mi antiguo prometido allí. No te negaré que tuve miedo —dijo Leonor con dudas sobre si callar o expresar en voz alta sus verdaderos sentimientos. Tras mirar de reojo a Jaime y ver que este seguía con atención la historia, decidió no dejarse nada en el tintero—. Para una señorita como yo, que nunca había cruzado más allá del Barrio Gótico por el Este y las Ramblas por el Oeste, adentrarme en una aventura así me parecía arriesgado, pero también emocionante y diferente, así que animada por las ganas de mi

nuevo ayudante en averiguar la verdad sobre la desaparición de su hermana, no lo dudé, me presenté un día en la puerta de la agencia de alquiler. Pregunté e intenté sobornar a la secretaria, que callada como una tumba, solo repetía ante mi insistencia que ese local estaba vacío desde hacía años y que no reconocía el nombre de Guillermo Caba. Por supuesto no la creí y esa actitud tan obstinada, no hizo sino acrecentar mis sospechas de que algo muy malo había ocurrido en aquel lugar, así que me decidí a seguir adelante pesase a quien pesase.

—Me cuesta imaginar que alguien como usted pudiera hacer tal cosa. Se expuso mucho, pudiendo simplemente contratar a alguien que recopilara esa información por usted.

—Lo sé, aún a mí me parece ilógica aquella decisión, pero no podía confiar en nadie para hacerlo, no sabía con qué me iba a encontrar, así que me vestí como las señoritas que por allí andan buscando hombres a quien mostrar sus encantos, y durante unos días me pasee por las calles del Rabal hablando con unos y otras intentando averiguar lo que sabían. Juan y yo formábamos un buen equipo. Era un chico muy capaz, espabilado y sabía moverse bien por esos ambientes, creció en la calle y era más valiente que cualquier hombre que conozca. Mientras yo me acercaba a las mujeres que hacían la calle, fingiendo ser una de ellas, y les sonsacaba, mi ayudante hacía lo propio con los chavales, rateros y demás maleantes del lugar. En poco más de una semana supimos que Lucía no había sido la única muchacha desaparecida, nos contaron que en cuestión de tres años, solo en aquel barrio, habían desaparecido seis niñas de edades y complexión muy parecidas a la hermana de Juan.

—Mire señorita, no sé dónde quiere ir a parar con todo esto, pero le aseguro que ni mi amo ni yo, tenemos nada que ver con...

—Jaime, harías bien en dejar de defender a ese ser. Por más que digas, jamás lograrás convencerme que hay en él ni un ápice de bondad. Más te valdría empezar a pensar en ti y en tu familia que pueden ser las verdaderas víctimas de todo esto si no tomas la decisión correcta.

Se dio cuenta que había alzado demasiado la voz y una luz de la planta baja, se había encendido. Calló y se quedó con la mirada fija en aquella ventana, esperando que alguien se asomara y les descubriera en el jardín, pero al poco la luz volvió a apagarse y todo quedó de nuevo en calma.

—No es seguro seguir hablando aquí, cualquiera podría vernos y hacerse preguntas para las que no tengo respuesta —dijo Leonor levantándose

con la vela en la mano—. Nos veremos mañana tras el desayuno en mi habitación. Procura que nadie te vea entrar. Durante la noche, puedes ir pensando dónde está tu lealtad, si del lado de tu familia o de tu amo

A 40 kilómetros de Arbúcies, en Santa Eugènia de Berga, las cosas no iban mucho mejor para la familia Caba. El patriarca, Emilio Caba, batallaba desde hacía algunas semanas con el ayuntamiento, la iglesia y los vecinos del pueblo, por el derecho al uso del pozo que estaba en su propiedad. Durante los años en que el viejo Enrique vivió en la granja Mas Febrer, que dio nombre al lugar y por el que aún era conocida la zona, aquellos que quisieran llevarse agua pudieron hacerlo. Llegaban con cubos, odres y barriles, que llenaban sin pedir permiso, a la hora que fuera y el día que quisieran, y se llevaban el agua. Eran buenos tiempos en que las lluvias abundaban y el caudal del Montseny llenaba ríos y canales subterráneos. Aquello cambió cuando Emilio y su hijo se instalaron en Villa Carmen definitivamente. Al principio restringió la entrada a unos días y horas concretos, pero tras la sequía de los últimos meses y la consiguiente falta de flujo para regar cultivos y proveer a las granjas colindantes de suficiente agua para cubrir sus necesidades, las peleas le llevaron a cerrarlo por completo. Ahora, eran muchos los que querían que además de abrirse el pozo y la zona del lago, también se hicieran prospecciones para comprobar porque el agua del afluente del Gurri tras su paso por Villa Carmen, perdía fuerza y el caudal se reducía a menos de la mitad.

—Si no quiere darnos por las buenas lo que es de todos, nos veremos obligados a dar parte al Ministerio.

El alguacil parecía mucho más decidido que el resto de miembros del ayuntamiento a terminar en aquel momento con el problema que llevaba ya meses sobre la mesa.

—Si no son capaces de ofrecerme un trato justo por el agua que deberé desviar de mis tierras al resto de granjas, no pienso mover un dedo. —Ahora era Emilio Caba quien hablaba alzando la voz para que los que se habían quedado fuera de la pequeña sala durante el pleno, pudieran oírle nítidamente—. Conozco mis derechos y sé que las aguas subterráneas que pasan por mi casa me pertenecen y no he de compartirlas con nadie si no me place, así que si quieren que vuelva a abrir el pozo, no me basta con que me amenacen con

echarme a las fauces de Allende Salazar, me merezco por lo menos una compensación por la pérdida que voy a sufrir.

—No crea ni por un momento que se puede comparar el agua que está desviando para uso particular y con la que se podrían regar todas las tierras del Molí y Plantalamor, con lo que las gentes del pueblo podrían llevarse del pozo.

—Quizá no, pero deberé hacer frente a una gran obra y perder parte de mis tierras para que el curso del río baje por donde ustedes exigen, y no pienso hacerme cargo de todo. Creo que cuanto menos, los vecinos que van a beneficiarse de eso, han de pagar su parte.

Se hizo el silencio. En la mente de todos estaba lo mal que la familia Caba había actuado impidiendo que durante años ese agua llegara donde correspondía, y lo mucho que habían cambiado las tardes de domingo desde que los nuevos dueños prohibieran el acceso al lago, pero debían reconocer que en parte aquel hombre tenía razón.

—Es un asunto que deberemos estudiar tras saber cuan costosas van a ser esas obras y el tiempo que llevará realizarlas, después lo trataremos con la asociación de regantes y llegaremos a un acuerdo que nos satisfaga a todos.

Emilio mostró una sonrisa de medio lado y se perfiló el bigote visiblemente satisfecho, pero la cosa no acabó allí.

—Mientras eso ocurre, el pozo se volverá a abrir y dejará que las gentes de Santa Eugènia vayan a su antojo a por agua.

—Eso de «a su antojo» no me parece oportuno, pues no quiero que haya gente que no conozco, entrando y saliendo de mi propiedad a todas horas.

—Pero es algo que se ha hecho así desde tiempos A —protestó el cura.

—Precisamente, creo que ya se han aprovechado lo suficiente de la generosidad de nuestra familia. Mi padre era un buen hombre, buen cristiano y mejor vecino, a quien nunca le importó nada que no fueran sus gallinas y Dios. Yo en cambio, valoro mucho más la tranquilidad y el sosiego de vivir en un lugar apartado y no pienso dejar que todo el esfuerzo que puso mi querida esposa en el jardín y el lago se vayan al garete. Así que abriré el pozo solo de lunes a sábado por las mañanas.

Hubo un gran revuelo en el consistorio, donde sobretodo las personas que estaban de pie y en su mayoría eran quienes más necesitaban el agua, parecían no estar de acuerdo con lo dicho por el señor Caba.

—No son suficientes horas para que todos los que queramos vayamos al pozo —se oyó una voz entre la multitud.

—La obtención de agua es muy lenta y muchas veces se tardan horas en llenar las cubas —dijo el herrero que necesitaba del agua para enfriar el hierro candente.

—Nosotros bebemos todos los días incluso los festivos, el agua es necesaria siempre —se quejaba una mujer con un niño en brazos.

Viendo que la crispación iba en aumento, el alcalde intervino para llamar a la calma.

—Por favor, haya paz. Esta ha sido solo la primera propuesta del señor Caba, seguro que podremos llegar a un entendimiento que nos vaya bien a todos, ¿verdad señor Caba?

—Me temo que esta es mi última palabra, la toman o la dejan.

Entonces todos los allí presentes, incluidos los propietarios de las granjas vecinas, concejales, clérigo y alcalde, se sumaron a lanzar quejas y amenazas al aire. Viendo que en aquellos momentos sería difícil apaciguar los ánimos y poder hablar con calma, el secretario del ayuntamiento se levantó de su silla y dijo a gritos:

—Aplazamos la sesión para el próximo martes, cuando ya sepamos algo más de las obras en el Febrer y todos hayamos reflexionado sobre lo hablado aquí. —Esa última frase la dijo mirando fijamente a Emilio que sentado en una postura más bien relajada, parecía divertido ante tanto alboroto.

Poco a poco la sala se fue quedando vacía y solo los miembros del cabildo permanecieron en sus sillas. El primero en hablar tras cerrar la puerta después de la salida del cura con Emilio, fue el alguacil.

—No creo que nos convenga pleitear con el señor Caba —dijo el secretario—. No olvidemos que es un abogado de gran reputación y conoce a todos los jueces y ministros de la provincia, además de que nos llevaría meses, sino años, llegar a una resolución que no sabemos si finalmente nos sería favorable.

—Sé que tiene usted razón, Pedro —respondió el alcalde rebuscando entre sus papeles—, pero no podemos dejar que los recién llegados, dicten el modo en que el pueblo debe regirse y mucho menos que estén por encima de la ley. Como usted bien dice, el señor Caba es abogado, y de los buenos, por tanto sabrá tan bien como nosotros que el real decreto dice: «Los predios inferiores están sujetos a recibir las aguas que naturalmente y sin obra del hombre desciendan de los predios superiores. Todos pueden, sin necesidad de autorización administrativa y de conformidad con lo que dispongan las Leyes y

Reglamentos, usar de las aguas superficiales, mientras discurren por sus cauces naturales, para beber, bañarse y otros usos domésticos, así como para abrevar el ganado. Estos usos comunes habrán de llevarse a cabo de forma que no se produzca una alteración de la calidad y caudal de las aguas. En ningún caso, las aguas podrán ser desviadas de sus cauces o lechos, debiendo respetarse el régimen normal de aprovechamiento». Queda claro pues, que como la familia Caba en su día realizó unas obras que impiden que el agua del río baje tal y como sería su modo natural, les corresponde a ellos restaurar el curso normal.

—En eso estamos todos de acuerdo —respondió el secretario mirando al resto de concejales allí sentados—, pero ya sabemos que ese hombre es muy terco y no dará su brazo a torcer tan fácilmente. Aún sabiendo que lleva las de perder, es muy probable que nos maree con juicios y temas burocráticos durante años por puro placer.

—Pues con la sequía que venimos sufriendo en lo que llevamos de año, lo último que necesitamos es que la situación se alargue mucho más. Es imperioso que solucionemos esto a más tardar en un mes, pues ya he perdido la cosecha de invierno y es muy posible que también la de primavera.

El alguacil, que era quien más perjudicado estaba siendo de todos los granjeros de la zona, estaba dispuesto a batallar por el derecho al agua hasta la saciedad, pues él y su familia vivían exclusivamente de lo que daba la tierra y dependían todo el año de lo que pudieran sacar durante la primavera y el verano de sus huertas.

—Bueno, si convencemos a los demás regantes que contribuyan en la derrama del río, el señor Caba no tiene porqué negarse a hacer las obras y permitir que el agua baje libremente hasta las otras propiedades. Él mismo ha estado de acuerdo en hacerlo.

—¿Y el pozo? No parecía muy dispuesto a ceder en ese aspecto.

—El suyo no es el único de Santa Eugènia —dijo el alcalde algo pesimista sabiendo que aquella opción no sería bien acogida por los vecinos—, también está el de Saladeures, el del Bulló o el de Can Genís.

—Pero esos quedan fuera del núcleo del pueblo —se apresuró a decir Pedro.

—Sin contar que el camino es bastante malo para ir en carro —corroboró el alguacil.

—Sé que no es lo ideal, ¿pero qué otra opción tenemos si Emilio no se aviene a dar paso franco al suyo?

Nadie respondió. A pesar que la mayoría no hacía mucho que conocían a Emilio Caba, habían aprendido que cuando el jurista tomaba una decisión firme, no reulaba por nada ni por nadie, pero el alcalde aún no se había dado por vencido.

—Dejadme que vuelva a hablar con él. Iré con el padre Josep a su casa y seguro que le hacemos cambiar de parecer.

Hubo algo en sus palabras que tranquilizó al resto de compañeros del consejo y decidieron dejar el tema ahí, quedando emplazados para una nueva sesión el viernes por la mañana.

—Parece que siempre que venimos a esta casa, llueve —dijo irritado el Cabo Gutiérrez al pasar con su compañero al zaguán de la Gabella mientras se quitaban la gorra y se fregaban las botas en el felpudo de la entrada.

—Sí, eso parece —respondió Celonio haciéndose cargo de sus capas mojadas—. Quizá sea porque cuando lo hacen es porque ha pasado algo malo.

Los dos Guardias Civiles le miraron con recelo.

—¿Cómo sabe que ha pasado algo malo?

—Oh no lo sé, solo lo he supuesto. —El mayordomo agachó la cabeza y colgó las prendas que ya habían dejado un pequeño charco de agua bajo el perchero—. ¿Vienen a darnos una mala noticia?

—Eso dependerá de si la persona que la recibe lo cree así. Para nosotros una muerte siempre es una mala noticia, aunque el fallecido sea un delincuente. Es preferible poder llevarlo vivo ante la justicia y que pague por sus crímenes, ¿no cree?

—Pues yo... no sé... supongo que tiene usted razón.— Se quedó unos segundos pensando y al darse cuenta que aún seguían en el vestíbulo, les dijo a los agentes—: ¿Desean pasar a la biblioteca? Yo avisaré a la señora Ramos para que se reúna con ustedes enseguida.

—Que venga también el señor Caba y su cochero, por favor.

—¿Jaime?

—Claro, ¿no fue a él a quien apuñalaron? Imagino que querrá oír lo que tenemos que contar.

Celonio condujo raudo a los dos hombres a la sala y tras dejarlos solos, corrió en busca de su ama que estaba en el estudio ultimando los preparativos para su partida a Buenos Aires en tan solo un par de días. Llamó a la puerta y sin esperar respuesta, entró. Lola estaba rellenando los formularios para el embarque.

—Señora Ramos, han venido los guardias que estuvieron aquí hace un par de semanas, los que investigaban el caso de Jaime.

—¿Y qué quieren?

—No estoy seguro, creo que tienen noticias sobre el que lo hizo. Le están esperando en la biblioteca.

—Está bien, voy ahorita. Avisa por favor al señor Caba.

—Ahora iba, señora. También me han pedido que esté presente el ayudante del señor.

—Por supuesto, a fin de cuentas fue a él a quien hirieron —dijo distraída inmersa de nuevo en los papeles.

A los pocos minutos se encontraron todos en la biblioteca y tras los saludos y cortesías habituales, el Cabo se puso a relatar lo que les había llevado hasta allí en aquel aciago día.

—Se han hallado dos cuerpos en una granja abandonada no muy lejos de aquí y creemos que podrían ser los hombres que atacaron al señor López.

—¿Dos? —saltó el chófer confundido—. Quien me apuñaló fue un muchacho que iba solo.

—Lo sabemos, tanto usted como quien lo presencié, así lo atestiguaron, pero creemos que no trabajaba solo.

—¿Tenía un cómplice? —Guillermo parecía aún más confundido que Jaime.

—Es muy posible. Uno de ellos era Rodrigo Cifuentes, un conocido criminal de la capital al que llevábamos años vigilando. Pensamos que era el cabecillas y el otro actuaba bajo sus órdenes.

—¿Cómo se llamaba el que apuñaló a mi ayudante?

—No estamos seguros, pero según nuestros compañeros de Barcelona, podría tratarse de un joven que iba de orfanato en orfanato desde que nació, un raterillo de poca monta, que había sido detenido por pequeños hurtos y altercados.

—¿Su nombre? —Quiso saber Jaime.

—Juan Nogué.

Enseguida a Guillermo le sonaron todas las alarmas. Tenía claro que él no le había ordenado a Rodrigo que matara al chico, en todo caso se habría encontrado con Juan en aquella granja y por algún motivo el muchacho habría logrado matarlo, pero ¿lo relacionarían con él? ¿Sabrían que estaba allí por petición suya? ¿Cómo era posible que un hombre tan ducho en el cuerpo a cuerpo hubiera sido abatido por un chaval? Esas y otras preguntas de índole similar no paraban de cruzarse en sus pensamientos a gran velocidad, mientras intentaba maquinarse una excusa plausible por si le preguntaban por Rodrigo.

—¿A alguno de ustedes les suenan estos nombres o tienen alguna idea

de los motivos que podrían tener para atacar al señor López? —Preguntó el Cabo.

—No —se apresuró a decir Guillermo.

—A mí tampoco me resultan familiares —corroboró Jaime, aunque estaba seguro que se trataba del mismo Juan que ayudaba a Leonor.

—¿Y usted señora Ramos, los conocía de algo? —Quiso saber el otro agente.

—De nada, es la primera vez que oigo sus nombres. Pero debo decir que no lamento sus muertes.

Todos los presentes se giraron para mirar a la mujer que había pronunciado aquellas palabras sin un ápice de compasión en su tono.

—Entonces podemos dar por zanjada la investigación ¿verdad?

—Pues todavía no —respondió el oficial a un Guillermo impaciente por despedir a aquellos hombres y no volver a verlos nunca más.

—¿Por qué? Si ya saben que fue uno de ellos quien apuñaló a mi sirviente y ahora están muertos, ¿qué más falta?

—Casi con seguridad hay una tercera persona implicada en todo esto. —Se detuvo un momento para observar el estupor de los presentes y tras comprobar que parecían verdaderamente sorprendidos por la noticia, prosiguió—. Al parecer los dos hombres se enzarzaron en una reyerta y Nogué murió desangrado por un corte largo y profundo en la garganta a manos de Cifuentes, pero este lo hizo a causa de un disparo en el pecho.

—Bien, ¿y no es posible que el tal Nogué llevara un arma?

—Podría haberla llevado, pero no disparado, pues queda claro que el primero en morir tuvo que ser él y no tuvo tiempo a disparar, por tanto, allí había otra persona que fue quien lo mató y se llevó la pistola porque en el escenario del crimen no estaba.

Tanto Guillermo como Lola y Jaime se quedaron atónitos ante aquel inesperado giro. Lo que en su día parecía un acto fortuito de un muchacho apuñalando al cochero para huir, se había convertido en una conspiración, donde armas, peleas, y varias persona implicadas parecían querer ocultar a toda costa su identidad y los motivos de sus viles actos.

—¿Imagino que ya estarán buscando a esa tercera persona? —Quiso saber el boticario crispado por tener que preocuparse nuevamente por algo que se escapaba a su control y que sin lugar a dudas interfería en su plan de secuestro.

—Por supuesto, pero antes debemos estar seguros que el hombre que

tenemos en el depósito es el mismo que le atacó a usted en el puente —dijo el Cabo dirigiéndose a Jaime.

—Creía que eso ya lo tenían claro.

—Por la descripción que nos dieron usted y las otras personas del puente, estamos casi seguros, pero para cerrar la investigación debe acompañarnos y verificarlo en persona.

—¿Y no pueden mostrarle una fotografía del individuo? —dijo Guillermo saliendo en defensa de su ayudante que parecía preocupado por tener que ir con ellos.

—Podríamos, pero tardaríamos días, pues la única que tenemos la mandamos a Barcelona para que nos dieran su nombre y señas y quizá para cuando la tengamos de vuelta, ustedes ya no estarán en el pueblo. Tengo entendido que pasado mañana regresarán a su casa.

—Así es —confirmó Guillermo algo extrañado por lo informado que estaba el agente.

—Entonces me temo que el único modo de hacerlo es que venga ahora con nosotros, señor López.

Los dos Guardias se habían levantado y se disponían a salir de la biblioteca seguidos por Jaime cuando Leonor entró algo acelerada.

—Disculpen la interrupción —les dijo a los agentes—, pero ha ocurrido algo en las cuadras que no puede esperar y necesito a Jaime.

Tanto este como el resto de habitantes de la Gabella, se irguieron ante las palabras y el rostro de espanto de la recién llegada y ya se disponían a seguirla cuando ella amplió la información.

—Los caballos del señor Caba se han escapado por una puerta que algún mozo se ha dejado abierta y ahora los animales andan sueltos por la plaza y las estrechas calles del centro del pueblo.

Al oír aquello, los motivos que habían llevado a los Guardias hasta allí, quedaron relegados a un segundo plano e ir a por los equinos pasó a ser la prioridad del cochero. Aún cojeando, fue el primero en salir de la biblioteca y dirigirse rápidamente a las cuadras. Seguido de cerca por su amo y los dos agentes, los cuatro se hallaron en la parte trasera de la casa mirando a izquierda y derecha alguna señal que les indicara hacia donde habían ido los animales. Se dividieron y mientras Jaime y Guillermo iban hacía el río, los guardias lo hacían al centro de la población. No tardaron mucho en encontrarlos, estaban pastando tranquilamente en un campo de hierba a no más de doscientos metros de la vivienda. Sin contemplaciones, el cochero les ató

una cuerda al cuello y se los llevó a paso lento de vuelta a las cuadras. Guillermo se adelantó para avisar a los gendarmes y mientras esperaban que Jaime terminara de atar a los caballos, ellos volvieron al interior de la casa para resguardarse de la lluvia que con menor intensidad seguía cayendo.

—Sé que te van a llevar a identificar el cuerpo de Juan. — Desde el interior de uno de los boxes, surgió Leonor, que sin salir al pasillo, siguió hablando en voz baja—. Diles que no fue él quien te atacó.

Sin mirarla directamente, Jaime entendió que todo aquello había sido una treta de la mujer para poder hablar con él sin ser vista. Enfadado, pero con la misma prudencia con que había actuado ella, respondió:

—¿Por qué debería hacerlo? Ese mal nacido me apuñaló y casi muero. No le debo nada a él ni a usted.

—Quizá no, pero si lo haces es cuestión de tiempo que alguien lo relacione conmigo y si eso pasa, sabrán que fui yo quien mató al otro hombre.

—¿Así que usted disparó a Rodrigo?

—Estaba allí para ayudar a escapar a Juan cuando ese animal nos encontró. El chico quiso protegerme y se enfrentó a él pero el otro le cortó la garganta sin pestañear. Antes de eso intentamos que entrara en razón contándole que quien le había contratado en realidad era el verdadero criminal y no Juan, pero fue inútil, simplemente se volvió loco al ver que mi compañero sacaba la navaja y se lanzó a su cuello como un perro rabioso. Luego pretendía hacer lo mismo conmigo. Si no llego a... Si no hubiera disparado ahora yo también estaría muerta.

Leonor estaba llorando. Jaime no podía verla pero oía los sollozos apagados tras la puerta. Dudó si creerla o no y sopesó la posibilidad de mentir a la Guardia Civil, pero luego recordó el dolor y los días de lenta recuperación que aún seguía padeciendo y la rabia volvió.

—Entonces, quizá debería delatarla a los agentes que están esperándome dentro.

—No lo harás.

—¿Por qué?

—Porque entonces Dolors Tuneu morirá.

Aquello lo desarmó por completo. Creía que la muchacha estaba muerta y quiso conocer todos los detalles antes de tomar una decisión.

—¿Como sé que no me está mintiendo?

—No lo sabes, pero deberás confiar en mí.

—Necesitaré algo más que su palabra para creerla.

Leonor sacó de una tela negra una pieza de orfebrería que le mostró al cochero.

—Esto le pertenece. Se lo entregué a Juan para que se lo vendiera al Judío delante vuestro y pensarais que fue él quien se lo había quitado. —Ante sus ojos el collar dorado y azul de la libélula, colgaba como un péndulo balanceándose de un lado a otro—. Juan creía que, para que nuestra historia tuviera más credibilidad, la sobrina del farmacéutico debía morir. Pretendía que Guillermo cargara con su muerte, puesto que no sabíamos donde estaban enterradas las otras chicas, necesitábamos al menos a una que encajara con la edad y el físico de sus víctimas para dejarla como señuelo en algún lugar donde la policía pudiera encontrarla y relacionarla con él.

—¿Y estaban dispuestos a matar a una chiquilla inocente para salirse con la suya?

—Solo como último recurso y en caso de que no pudiéramos convencerte a ti para que nos ayudaras a apresarlos. Por eso sigue viva. Pero si no me ayudas, la mataré.

Jaime la creía capaz, quizá unos meses atrás nunca lo habría imaginado, pero tras los últimos acontecimientos y oyendo la determinación en su voz, estaba seguro que con su ayuda o sin ella, aquella mujer haría lo que fuera para que Guillermo pagara por lo que ella creía que eran crímenes a manos de un psicópata.

—Está bien, mentiré a la Guardia Civil, pero luego dejaré libre a Dolors.

—Me temo que aún no puedo hacerlo.

—Pero usted ha dicho...

—Sé lo que he dicho, pero antes debes ayudarme a tenderle una trampa a tu amo. Ahora estoy prácticamente sola y eres el único que conoce sus planes.

El chófer no respondió, se dio media vuelta en dirección al interior de la casa y dejó a Leonor en la penumbra de los establos con la duda.

Guillermo insistió en acompañar a su sirviente a reconocer el cadáver encontrado junto al de Rodrigo. Fueron a pie hasta la consulta del doctor Ruiz, que era donde permanecían los cuerpos hasta ser identificados o reclamados por sus familiares. La tormenta había desaparecido por completo y en el cielo empezaban a verse los primeros rayos de sol entre las nubes, aún abundantes, que pronto desaparecerían arrastradas por el fuerte viento que se había levantado tras disiparse la lluvia. Los cuatro hombres andaban a paso lento para que Jaime pudiera seguirles el ritmo.

—Debo advertirle señor López —dijo el Cabo sin girarse a mirarlo—, que encontramos al muchacho hace algunos días, cuando un grupo de mujeres que van habitualmente por aquella zona a recoger flores y hierbas, detectaron un fuerte olor y ruido de insectos. Se acercaron a la vieja granja pensando que encontrarían algún animal muerto, pero en su lugar hallaron a los dos hombres. —Hizo una breve pausa para darle una profunda calada al cigarrillo que había encendido nada más pisar la calle—. Como le digo de eso hace ya una semana y aunque desde entonces lo hemos tenido en la morgue, no espere ver al mismo chico que le atacó en el puente, pero esperamos que pueda reconocerle por sus ropas, cabello, estatura y complexión.

Aquello animó a Jaime que vio la posibilidad de mentir sin que fuera demasiado evidente. Cuando entraron en la casa del doctor, un fuerte olor a desinfectante, alcohol y sudor golpeó a los recién llegados que por falta de costumbre torcieron el gesto al traspasar el umbral, excepto Guillermo que por su profesión ya estaba avezado a ello y ni siquiera lo notó. Sin tiempo a colocarse frente a la pequeña mesa donde la enfermera recibía a los pacientes, una joven con la típica indumentaria, en un blanco impoluto y cofia del mismo color, les asaltó en el pasillo.

—Buenos días, agentes. Buenos días señores. ¿En qué puedo ayudarles?

—Hemos venido a reconocer un cadáver. El doctor Ruiz ya está al corriente —dijo el Cabo.

—Si son tan amables de esperar un momento aquí, iré a avisarle.

La mujer se marchó por el largo pasillo que tenía justo enfrente y entró en la habitación que estaba más al fondo. Mientras esperaban, los enfermos que desde la pequeña sala adyacente a la recepción, habían estado hasta entonces en absoluto silencio, empezaron a murmurar y a hacer gestos hacia la entrada, algunos nerviosos y otros incómodos ante la presencia de la Guardia Civil en el consultorio. Tanto unos como otros, se lanzaron miradas de curiosidad y escrutinio, pero ninguna se movió de su sitio.

A los pocos minutos volvió a aparecer la enfermera que dirigiéndose al Guardia dijo:

—El doctor está atendiendo a una paciente que requiere sutura y tardará al menos quince minutos en acabar. Pueden esperarle en su despacho o si lo prefieren yo misma les puedo acompañar al sótano.

—Si solo van a ser quince minutos, esperaremos.

—Bien, síganme por favor.

Les condujo a otra zona de aquella planta que nada tenía que ver con la que dejaban atrás. Solo la entrada principal junto con las majestuosas escaleras de madera tallada y las impresionantes vidrieras de colores que llevaban al segundo piso, dejaban claro que el médico era una de las personas más influyentes y adineradas del pueblo. Para sorpresa de todos, el despacho quedaba camuflado bajo el hueco de la escalera, imposible de saber que estaba allí hasta que no se estaba enfrente. La enfermera les abrió la puerta y cuando estuvieron todos dentro dijo:

—Por favor, acomódense donde puedan, en cuanto el doctor haya acabado en la consulta, les atenderá.

Los hombres se quedaron en el despacho y cedieron una de las dos sillas de piel a Jaime, que la aceptó agradecido, además de por su debilidad y cojera, por el mareo incipiente que a cada minuto que pasaba se hacía más intenso. Durante la espera tuvo tiempo de ensayar mentalmente la reacción que iba a tener ante el cadáver. Fuera lo que fuera lo que viera, primero se mostraría afectado, luego indeciso y finalmente aduciría que no era capaz de reconocer al chico del puente. Solo esperaba que su actuación fuera lo suficientemente creíble como para que su amo y los guardias no tuvieran dudas de su respuesta y pudiera zanjar el tema allí para darle más tiempo a Dolors.

—Buenos días señores, siento haberles hecho esperar —dijo el doctor desde la puerta sin entrar—, ya han visto como tengo la consulta.

Sin sentarse y dejando la puerta abierta para que los visitantes pudieran seguirle, les indicó el camino hasta el depósito.

—Si quieren seguirme, les mostraré los cuerpos.

Bajaron unas estrechas y viejas escaleras de piedra gris, que a medida que iban descendiendo también lo hacía la temperatura hasta llegar a una oscura, pequeña y helada sala, donde a pesar de apreciarse un gran intento para que el olor que más resaltara fuera el del desinfectante, no lo conseguía y lo único que les llegaba era un potente hedor a podredumbre y sangre seca.

El doctor fue el primero en poner los pies en la morgue y encender las lámparas de pie que repartidas por la estancia, daban algo de claridad a un lugar con pequeñas ventanas a ras de calle, por las que apenas entraba algo de aire y luz. Las paredes estaban cubiertas por completo de baldosas blancas para que fuera más sencilla su limpieza, y el suelo contaba con dos sumideros, uno bajo cada mesa de autopsias, que en aquellos momentos, soportaban lo que claramente eran dos cuerpos cubiertos por sábanas blancas.

—¿Cuál quieren ver primero? —Preguntó el médico colocándose en medio de las dos largas y estrechas camillas de madera.

—Solo nos interesa el más joven, el otro ya sabemos con certeza que se trata de Rodrigo Cifuentes, ahora nos falta que el señor López corrobore que el otro es Juan Nogué.

Jaime tragó saliva y sin atreverse a ir al centro de la estancia, permaneció junto a su amo en la desembocadura de las escaleras.

—Bien, pues aquí lo tiene. —Tiró de la sábana hacia abajo dejando al descubierto solo el rostro y parte de los hombros—. Puede acercarse sin miedo, este ya no le volverá a atacar.

El chófer no se movió, miró a los agentes, miró al médico y por último a su patrón que con la mirada fija en el grotesco semblante del muerto, no se percató de la profunda respiración de Jaime, preparado para iniciar su particular obra de teatro.

—¿Señor López?

El oficial creyó ver en los ojos del sirviente miedo, pero lo que no sabía es que aquello formaba parte de la representación en que pretendía hacer creer que no era más que un simple pueblerino desacostumbrado a estar frente a cuerpos sin vida. Muy metido en su papel, Jaime fue acercándose a pequeños pasos a la camilla.

Cuando se colocó junto al doctor, delante de lo que quedaba del muchacho que supuestamente le había clavado la navaja días atrás, dejó de fingir. Aquella cara no se parecía en nada a la que recordaba. Ahora estaba totalmente deformada, con los globos oculares proyectados hacia fuera, la piel

llena de manchas rojas, púrpuras y azules, los labios totalmente hinchados y por las comisuras manaba un líquido negruzco de olor pútrido. No podía sentir otra cosa que no fuera asco. A duras penas pudo frenar una arcada, lo único que lo impidió fue que el señor Ruíz, en un rápido movimiento y conocedor de las reacciones ante tales espectáculos, cubrió de nuevo el cadáver.

—¿Se encuentra usted bien?

—No mucho. Es grotesco tener que presenciar tal cosa.

—Tiene razón, la muerte no tiene nunca un aspecto agradable, y mucho menos en tales circunstancias. El cuerpo estuvo expuesto al clima uno o dos días y los insectos y la propia descomposición de la carne, han convertido al que debió ser un agraciado muchacho en una argamasa de flujos, tejido muscular, huesos, piel, órganos y vísceras —explicó el médico a todos los presentes—. El olor que emana es debido al amoníaco que produce la fermentación del cuerpo.

Incapaz de aguantar ni un minuto más en aquel lugar, Jaime dijo:

—Siendo este el hombre que debo identificar, no puedo asegurar que sea el mismo que me atacó.

Grandes gotas de sudor empezaron a resbalar por su frente y bajar por la sien hasta su cuello. Posó los ojos en su amo que le devolvió la mirada en una mueca de incompreensión y disgusto ante aquellas palabras, aún así Jaime no reculó y prosiguió con su alegato:

—Quisiera que fuera él y pensar que ha tenido la muerte violenta y horrible que se merecía, pero soy incapaz de reconocerle en este... este cuerpo deforme.

—¿Y por su pelo o ropas? ¿No cree que pueda ser él?

El doctor señaló una percha con prendas propias de un payés, compuesta por pantalones de pana marrón, chaleco del mismo color, camisa blanca y una gorra gris de lana, colocado todo con cuidado como si se tratara de un maniquí en una tienda de ropa.

Sin apenas prestarle atención al atuendo, Jaime se giró al guardia que se lo había preguntado y dijo:

—Es posible pero no puedo asegurarlo con total certeza. Entiéndanlo, si les digo con rotundidad que es él y resulta que el verdadero culpable sigue por ahí...

Guillermo se acercó un par de pasos a la percha para ver más de cerca el traje y a pesar de no reconocer nada de la indumentaria, sí estuvo seguro que aquella gorra era la misma que había visto llevar al muchacho en Sant

Hilari y luego en Arbúcies.

—¿No crees posible que sea él?

—Estoy casi seguro que no.

Guillermo enfureció por dentro. No entendía como su sirviente podía sacar aquella conclusión de un modo tan rotundo cuando hacía solo unos instantes dudaba.

—Sí, nos hacemos cargo, aunque tenga en cuenta que el modo en que murió, más la navaja que tenía en su mano cuando lo encontraron y la posible asociación con Cifuentes, hacen pensar que efectivamente es quien le apuñaló.

—Si eso es lo que quieren que diga, lo haré. Reconoceré ante un juez o ante quien sea que era él, pero lo haré sin convencimiento.

Ante tal reacción, los agentes decidieron salir de la sala y terminar la conversación en el piso superior, pero antes de poder hacerlo, Guillermo se lo llevó a parte para hablar.

—¿Por qué no les dices que estás seguro que ese que yace ahí abajo es el mal nacido que quiso matarte?

—Porque no estoy seguro.

—No te creo. Sabes tan bien como yo que es él. ¿Por qué lo mató sino Rodrigo?

—Los motivos que tuviera Rodrigo para hacer lo que hacía, solo los conocía él. Era un desequilibrado, ansioso por clavarle su machete a quien se le interpusiera, quizá eso es lo que le pasó al pobre chico muerto.

Incapaz de soportar por más tiempo la extrema testarudez de su ayudante, Guillermo esgrimió un último argumento para hacerle cambiar de opinión.

—Mira Jaime, sabes tan bien como yo que si muestras la mínima duda, seguirán investigando y lo último que nos conviene ahora mismo, es tener a esos dos sabuesos detrás nuestro. Ahora la principal prioridad es llevarnos a María a la Torre sin que nadie nos incordie. Bastante tenemos ya con la pesada de Leonor.

La sola mención de ese nombre, hizo que Jaime se auto convenciera en seguir adelante con la pantomima. Sin responder a su amo, se dirigió con paso lento pero decidido a los agentes que estaban junto a la enfermera ultimando los detalles del entierro de los hombres que descansaban en la morgue.

—¿Dónde quieren que vaya a declarar lo que ya les he dicho antes?

—No hace falta que vaya a ninguna parte, sabemos que está cansado y puesto que el cuerpo no se puede identificar con todas las garantías,

supondremos que quien le atacó sigue libre. Seguiremos investigando la presencia de Cifuentes por estos lares, y si tenía alguna vinculación con quien le apuñaló, lo sabremos tarde o temprano. Por lo pronto, haremos el informe y le llevaremos la declaración para que la firme mañana por la mañana.

Sin otro particular que discutir, los agentes se marcharon y Guillermo y Jaime hicieron lo propio en sentido contrario, pero esta vez el farmacéutico aceleró el paso para dejar atrás al sirviente a quien creía responsable de haber puesto en serio peligro sus planes de secuestro.

A tan solo dos días de su partida a Argentina, Lola estaba nerviosa y emocionada a partes iguales. Ya había entregado la última escultura al porteador que las estaba llevando al muelle de Barcelona y ahora solo le restaba concluir los preparativos para que el personal que iba a quedarse en la Gabella, mantuvieran la casa en óptimas condiciones los meses que ella y su marido iban a estar al otro lado del océano.

—Celonio, ¿has dado orden a Antoñita para que tenga preparadas mis cosas antes de mañana por la tarde?

—Sí, señora. He visto que en la entrada ya había un par de baúles grandes.

—¿Y tus cosas ya las tienes listas?

—Todavía no, señora. Pero son tan pocas las que tengo, que no me va a llevar mucho tiempo empacarlas todas.

—¿Has pensado bien lo que platicamos? ¿Estás seguro que no regresarás con nosotros en otoño?

—Sí señora. Mi hermana está muy mayor y enferma y no tiene quien la cuide. En cuanto usted no requiera de mis servicios en Buenos Aires, me iré a Alcorta.

—Está bien, lamentaré profundamente tener que despedirme de vos, pero entiendo que debas cuidar de tu familia.

—No es solo eso, señora. Llevo muchos años a su lado y he sido feliz pero quiero pasar mis últimos días en la casa donde nací, en el campo. Lupe ha vivido allá desde siempre y jamás ha querido irse a la capital con sus hijos y nietos, ahora está sola y depende de la ayuda de los vecinos para todo. Me necesita y mientras las fuerzas me acompañen estaré con ella, luego...

—No pensemos en eso ahora, te quedarás conmigo hasta que lleve las esculturas terminadas a Rosario, Alcorta queda muy cerca. Te acompañaré a la casa de tu hermana y antes de separarnos me enseñarás los lugares donde jugabas de niño.

—Claro señora, lo haré encantado.

Para animar aquel momento que se había convertido casi en un

velatorio, Lola puso el único disco de tangos que tenía. Cuando la música empezó a salir por la bocina, el rostro de ambos se relajó y sonrieron. Lola sirvió dos copas de jerez y una se la entregó a Celonio.

—Por la patria —dijo levantando ligeramente su copa.

—Por la patria —repitió él antes de tragarse el licor de un sorbo.

Unos golpes suaves en la puerta de la sala de música, les interrumpió. Celonio fue a abrir y se encontró de bruces con Leonor, quien sin pedir permiso para entrar, empujó ligeramente al sirviente y pasó al interior de la habitación.

—Perdona por entrar de este modo Lola, pero estoy preocupada por Guillermo. Hace un buen rato que se marcharon con la Guardia Civil y todavía no han regresado.

—Es cierto, pero no creo que haya motivo de alarma, solo han ido a reconocer un cuerpo al consultorio del doctor Ruíz, volverán enseguida.

—¿Estás segura?

—Claro mujer, anda siéntate aquí a mi lado y acompáñame un rato.

Leonor se apoyó en el borde del sofá, sin acomodarse demasiado porque sabía que no iba a estar mucho rato quieta.

—Celonio, por favor, dile a Matilde que le prepare una tisana a Leonor.

—Gracias —dijo esta sin levantar la mirada del suelo.

El mayordomo se marchó y en cuanto las dos mujeres se quedaron solas, Lola preguntó:

—¿Hay algo más que te preocupe? Hace unos días que te noto muy tensa.

—No, nada.

—A mí puedes contarme lo que sea, se me da bastante bien escuchar.

Leonor lo pensó unos segundos. Estaba claro que a aquella mujer no se le escapaba nada. A pesar de haber estado enfrascada en la preparación de su partida, era muy observadora y buena conocedora del comportamiento humano, así que no le había pasado por alto el cambio de humor de su invitada. Incluso esta creía, que pudiera haber hecho que la siguieran cuando unos días atrás, fue al encuentro de Juan en la granja abandonada donde murió y donde ella... Se lo quitó de la cabeza, pensó que si Lola supiera una cosa como aquella no se habría callado, porque además de franca y directa, era una persona muy controladora y nunca habría permitido que alguien que cometiera un asesinato, aunque fuera en defensa propia, viviera bajo su techo sin más,

por tanto llegó a la conclusión que lo único que pretendía era reconfortarla como cualquier amiga habría hecho en aquella situación.

—Es posible que tengas razón, estos días he estado más nerviosa de lo habitual, pero no es por nada que deba preocuparte.

—Entonces puedes contármelo.

—Es una tontería, no tiene importancia.

Pareció por un momento que Lola había desistido de seguir averiguando lo que le pasaba, pero cuando Celonio dejó la tila sobre la mesita de centro y se retiró, la escultora volvió a la zaga.

—¿Es por Guillermo, verdad?

—¿Disculpa?

—Desde que él empezó a desaparecer sin dar ninguna explicación, tu carácter cambió y te volviste más callada y retraída.

—Supongo que sí. Sí, es eso. —Leonor vio la oportunidad de desviar la atención hacia ese tema—. Me molesta que Guillermo me oculte cosas. Cuando rompió conmigo en el pasado, empezó a comportarse del mismo modo en que lo ha estado haciendo últimamente y me temo que haya vuelto a las andadas.

—Pero en aquella ocasión, según me contaste, te dejó por otra mujer, ¿crees que esta vez es lo mismo?

—Es posible. Nadie puede asegurarme que no se esté viendo con otra.

Lola tragó saliva. Ella era esa mujer. A pesar de haberse mantenido alejada de Guillermo desde que llegó Leonor, hacía apenas una semana sucumbió de nuevo a su compañía. No se doblegó a sus deseos de mantener relaciones sexuales, pero sí se habían visto en el taller en alguna ocasión, sobretodo cuando Leonor no estaba en casa o de noche. En esos encuentros tenían largas charlas además de besarse y acariciarse, aunque sin llegar a nada más. Aún así, Lola se sentía culpable porque el propio Guillermo le había dicho que era incapaz de estar a solas con Leonor ni mostrarle el afecto que esta le reclamaba, porque a la única que deseaba en aquellos momentos era a ella. Lola estuvo tentada en contarle la verdad a Leonor, pero lo pensó mejor y creyó que lo más prudente era dejarlo estar, pues en menos de 48 horas estaría rumbo a Argentina para reencontrarse con su querido Julián y Leonor y Guillermo volverían a su casa, dejando atrás todo lo sucedido en Arbúcies.

—Tómate la infusión e intenta no ponerte en lo peor. Estoy segura que Guillermo te quiere mucho más de lo que crees, y verás como cuando volváis a Santa Eugènia será el mismo de siempre.

Leonor esbozó una sonrisa forzada y sorbió la tila. Sin decir nada más permanecieron sentadas la una junto a la otra unos minutos hasta que alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo Lola.

Guillermo entró en la sala visiblemente disgustado y con la intención de desahogarse con Lola como lo había hecho en otras ocasiones, pero al ver a su prometida allí, disimuló su enfado para que esta no le preguntara más de la cuenta.

—Que bien que estéis las dos aquí —dijo de espaldas a ellas mientras se servía un vaso de whisky—. Así os puedo informar que la Guardia Civil ha dado el caso por cerrado y nos ha dicho que podemos irnos tranquilos pasado mañana.

—¿Entonces el muerto era el mismo que atacó a Jaime? —Preguntó Leonor de nuevo inquieta.

—Casi con toda probabilidad era él, aunque su cuerpo estaba en tal estado que no ha sido posible reconocerlo.

—¿A pesar de ello, los agentes os han dicho que cerraban el caso?

—Bien, no exactamente, pero dudo que sigan investigando. Nosotros nos vamos y ya tienen a Cifuentes para que haga de chivo expiatorio. Era un delincuente importante al que buscaban desde hace años y por fin lo han atrapado, así que yo creo que dejarán que el tema muera con él.

—¿Pero os han dado algún motivo por el que ese hombre atacara a Jaime? —Leonor se resistía a creer que todo hubiera sido tan fácil.

—No, aunque ¿quién sabe los verdaderos motivos que llevan a alguien como él a hacer lo que hace?

Ante esas palabras, Leonor no pudo reprimir una carcajada irónica en su mente pensando en cuales serían los verdaderos motivos que le llevarían a él a matar a chicas jóvenes e inocentes.

—¿Jaime está bien? —Intentó averiguar Leonor sin dejar entrever su verdadera motivación para esa pregunta.

—No lo sé. A decir verdad estaba muy raro. Se mostró muy reticente en todo momento a admitir que quien yacía muerto era el mismo que quiso matarle, aunque tanto él como yo sabíamos que así era. Sudaba y estaba nervioso, mucho más de lo que yo recuerdo haberle visto nunca. No sé, quizá fuese por recordar el momento del ataque o el olor de aquel lugar, pero creo que ha mentido.

—¿Por qué lo haría? No le debía nada a ese chico, en caso que fuera

él, y tampoco ganaría nada con ello. —Leonor intentaba que Guillermo no desconfiara de su sirviente que por otro lado ahora era su cómplice.

—Tienes razón, aún así... No importa, ahora solo debemos pensar en nuestro viaje a casa e intentar dejar este asunto atrás —concluyó Guillermo para no preocupar más de lo debido a su prometida.

Tras el almuerzo y aprovechando que tanto Guillermo como Lola se habían retirado a sus habitaciones a descansar, Leonor bajó al cuarto del chófer para acabar la conversación que habían empezado por la mañana en las cuadras.

—Por lo que ha contado tu amo, has hecho un buen trabajo en el depósito. Así que ahora que estamos fuera de sospecha, podremos empezar con el siguiente paso que...

—Que será la liberación de Dolors Tuneu.

—No tan rápido. Antes debemos planear el modo en que vamos a actuar para que Guillermo caiga en nuestra trampa y sea, por fin, apresado por las autoridades.

—¿Qué tiene pensado?

—Para que el plan funcione debemos pillarle in fraganti.

—¿Cómo?

—Mientras intenta llevarse a otra chica o en su escondite cuando esté realizando sus macabros experimentos con ella.

—Pero para eso deberíamos dejar que otra muchacha caiga en sus manos y si eso pasa ¿quién puede asegurar que llegaremos a tiempo para impedir su muerte?

—Teniéndote a ti para que nos informes de todos sus pasos, eso no sucederá. Lo pararemos a tiempo.

—¿Y no sería suficiente con que les lleve hasta donde las encierra y les muestre su laboratorio?

—Con eso no bastaría para condenarlo a muerte. Él podría aducir que allí solo realiza estudios con plantas, o que experimenta con animales. Nada de eso le haría parecer culpable de asesinato.

—¿Y si les llevo donde las sepultamos?

—Por supuesto esa sería una buena prueba de sus fechorías pasadas, pero también te inculparía a ti.

—Creía que eso no le importaba. Pensaba que lo único que deseaba era que esto terminara y que los dos pagáramos por lo que hemos hecho, porque al fin y al cabo yo también era consciente de lo que estaba pasando.

—No te equivoques Jaime, creo que tanto tú como él sois igual de culpables, pero también sé que tú lo haces por tu hija y que el verdadero monstruo es Guillermo por aprovecharse de tu falta de recursos e inteligencia. Se ha valido de tu lealtad ciega para utilizarte durante años. Tú ya has tenido tu propia penitencia y la seguirás sufriendo mientras Amelia viva, así que ahora vamos a centrarnos en él. Quiero con todas mis fuerzas, que el hombre que siempre se ha salido con la suya, el hombre que ha matado y torturado a chicas inocentes, el hombre que ha jugado y pisoteado los sentimientos de los demás, reciba lo que se merece.

Leonor escupía las palabras. Sus ojos encendidos y los gestos duros y contundentes, la hacían parecer una loca caminando de un lado a otro de la pequeña habitación. Viendo la convicción con la que hablaba, ahora Jaime estaba seguro que ella no se echaría atrás, así que él también iba a hacer cuanto estuviera en su mano para que el boticario pagara. Sabía que tampoco él iba a salir impune, pues estaba convencido que por más que pudiera alejarse de todo aquello, su conciencia nunca le dejaría tranquilo, aunque eso sería algo con lo que lidiaría en un futuro. Ahora debía centrarse en ayudar a Leonor.

—Bien —dijo Jaime bajando de la cama dispuesto a ponerse manos a la obra—, ¿qué quiere que haga yo?

—Para empezar deberás convencer, si es que no lo está, a Guillermo para que rapte a otra chica.

—En realidad antes de partir hacia Santa Eugènia, queríamos... él quería, llevarse a la hija del campanero que vive a las afueras.

—Ah, ya veo... eso no lo esperaba. —Se sorprendió Leonor al comprobar que habían ido un paso por delante sin que ella se percatara—. Entonces deberás hacer cuanto esté en tu mano para que esa chica vaya con vosotros.

—Pero creía que no íbamos a permitir que nadie más sufriera.

—Y no lo vamos a hacer. Imagino que Guillermo necesita que la chica llegue entera al laboratorio, así que no creo que le vaya a hacer ningún daño por el momento... y sino, ahí estarás tú para impedirselo.

—Debe saber que en cuanto el señor tiene a una chica con la que quiere experimentar, le inyecta una toxina terrible que no tiene cura y de la que todas las chicas hasta el momento han muerto en pocos días. Si eso pasa, no podré hacer nada por ella.

Leonor lo meditó. Era un plan arriesgado, pero el único que tenía. Lo

había hablado con sus ayudantes y siempre habían llegado a la conclusión que el único modo de hacer que las autoridades vieran a Guillermo como lo que era, pasaba por pillarle con las manos en la masa.

—Debemos intentarlo —dijo resuelta—. Yo me marcharé mañana a medio día para que podáis llevar a cabo vuestro plan de secuestro. En cuanto llegéis a Villa Carmen, alguien de confianza me avisará y será entonces cuando nos presentaremos con la Guardia Civil en vuestro escondite.

—¿Cómo van a saber dónde está?

—No te preocupes, esa persona dispone de recursos para averiguarlo. Tu único trabajo consiste en hacer que esa chica no muera.

Tal y como le había dicho a Jaime, Leonor estaba a punto de partir hacia Vic aquella misma tarde. Casi sin tiempo para despedirse como hubiera querido y metiendo todas sus cosas precipitadamente en los baúles, ahora estaba frente a la puerta principal de la Gabella, dispuesta a cumplir con su palabra y dejar vía libre a los dos hombres para que secuestraran a María y poder así, realizar la última parte de su plan.

El día estaba nublado y corría un frío viento del norte que anunciaba lluvias por toda la zona de las Guilleries. A pesar de los intentos de Lola por hacer que se quedara hasta que la tormenta pasara, Leonor insistió en marcharse, con el falso pretexto que había recibido un telegrama de su madre, donde le anunciaba que su padre había empeorado y debía regresar cuanto antes a la casa de campo donde se había retirado a descansar su familia. Todos la entendieron y apoyaron, incluido Guillermo que le prometió personarse en la vivienda del empresario en cuanto arribara a la comarca, ya que no podía acompañarla porque su vehículo seguía en el carretero, donde lo estaban modificando para que Jaime pudiera viajar lo más cómodo posible los 40 fatigosos kilómetros que los separaban de su casa. A Leonor, como era de esperar, no le importó aquella excusa, que por supuesto sabía que no era del todo cierta, así que sin insistir, se despidieron con un abrazo y un fugaz beso, justo antes que la mujer subiera al vehículo y se marchara calle abajo. Sin esperar a que el carruaje se perdiera en la lejanía, tanto el personal, invitados y dueña de la casa, volvieron al interior de la Gabella para resguardarse del desapacible clima que se iba tornando por momentos más inhóspito.

—He lamentado mucho la partida de Leonor —se quejaba Lola mientras andaba junto a Guillermo camino de la sala de música.

—Creía que estabas deseando que se fuera.

—Así era hace unos días, pero tras conocerla mejor me he dado cuenta que es una pobre mujer traumatizada por lo que le hiciste hace tiempo. Me solidarizo con ella por eso.

—¡No me creo que tú también te sientas así!

—Yo no diría tanto, pero puedo entenderla.

Entonces Guillermo se dio cuenta que lo estaba diciendo por su separación inminente y se sintió feliz por despertar en ella aquel sentimiento que él también experimentaba. En cuanto se sirvieron un jerez dulce y la escultora encendió el gramófono, los dos se sentaron en el sofá rojo junto al biombo, donde tantas veces habían conversado los últimos días.

—Voy a echar mucho de menos nuestros encuentros a altas horas de la noche —dijo la escultora tras un hondo suspiro.

—Yo voy a echarte de menos a ti.

Guillermo dejó su pequeña copa sobre la mesita de centro y le quitó la suya a Lola para que tuviera las manos libres y poder agarrárselas fuertemente. La miró fijamente y sin preámbulos le soltó:

—Deberíamos pasar nuestro último día rememorando la noche en que nos entregamos en el suelo de mi habitación.

Lola apartó un instante sus ojos de los de él para luego volver a mirarle con intensidad. Su expresión era de tristeza o de melancolía y Guillermo creyó ver en ellos rechazo o una excusa, pero en cambio Lola dijo:

—Tienes razón. No veo motivo por el cual no podamos llevarnos un dulce recuerdo de tu paso por aquí. Después de Julián, vos habéis sido el único hombre que me ha hecho sentir viva y hermosa cuando más lo necesitaba. Creo que te lo debo.

—Si solo vas a hacerlo por agradecimiento, prefiero que no lo hagas. Quiero que lo desees tanto como yo, quiero que si te entregas a mí, lo hagas por los motivos correctos, no por pena.

—No son esos los motivos por los que lo haría, sino porque a pesar del poco tiempo que hace que nos conocemos, he empezado a amarte. Es una lástima que esté casada y mañana debemos separarnos.

Aquello le hizo feliz. Una alegría incommensurable recorrió todo su cuerpo y al no poder expresar con palabras lo que sentía, la besó. Intentó transmitir en ese acto todo lo que le habría dicho y ella lo entendió. Puesto que las palabras sobraban en aquellos momentos, decidieron buscar un lugar más íntimo donde exteriorizar sus sentimientos. Ya se estaban dirigiendo al segundo piso, cuando Celonio les abordó en el pasillo.

—Jaime le necesita en las cuerdas.

—Dile que más tarde bajaré.

—Lo siento señor, pero me ha dicho que se trata de un asunto urgente.

—¿Y no puede esperar a después de la siesta? Iba a acostarme un rato, estoy realmente agotado tras los preparativos del viaje.

Celonio no respondió, se limitó a encogerse de hombros y quedarse esperando junto a él. Como no parecía dispuesto a marcharse y Lola había seguido su camino al piso superior, Guillermo decidió ir a ver qué quería su sirviente y volver en seguida junto a su amante para que nadie pudiera sospechar. Cuando entró en las cuadras y vio el carruaje modificado frente a él, entendió el apremio por parte del chófer. Aquello dificultaría mucho el transporte del gran baúl que pretendían llevar hasta la Torre con María dentro.

—¿No le explicaste bien al carretero como debía hacer los arreglos?

—Por supuesto que sí, patrón. Le dije que solo queríamos que los asientos de dentro fueran algo más anchos y que añadiera una capota pequeña para el conductor, pero por lo visto lo entendió al revés y ahora tenemos un asiento más ancho para el conductor y una capota nueva que no nos hacía falta.

—Pues así no hay manera que el cajón quepa en el hueco que han dejado, y arriba no podemos llevarla, el peso hundiría el techo.

—Lo sé patrón, por eso le he hecho llamar.

Guillermo revisó el carruaje por todos sus lados y después de sopesar las pocas opciones que tenían, decidió:

—Como el mal ya está hecho y no hay tiempo para que vuelvan a cambiarlo, deberemos adaptarnos a lo que tenemos.

—¿Cómo?

—María irá dentro contigo y yo conduciré el carruaje.

—¿Usted señor? Pero si nunca ha llevado la calesa.

—Eso no es del todo cierto, recuerda que cuando estuviste enfermo el año pasado, yo me desplazaba al almacén del Rabal con él.

—Pero eran unas pocas calles y en la ciudad. En esta ocasión serán muchos más kilómetros y por caminos llenos de curvas, baches... y encima de noche.

—¿Y qué otra cosa vamos a hacer? No podemos esconder a la chica en el baúl y nadie más nos puede acompañar. Tú estás demasiado débil para aguantar todo el viaje ahí arriba. —Señaló el pequeño asiento del conductor, que aunque ahora era algo más ancho que el que había antes, no dejaba de ser una tabla de cuarenta centímetros con un cojín como único amortiguador—. Así que no se hable más, el plan será el mismo pero envés de contar con un chófer, yo seré el auriga.

Todo eso le pareció algo descabellado a Jaime, pero era consciente que su amo tenía razón. Él no podría llevar el carruaje y menos con el tiempo previsto para el día siguiente. Se esperaban lluvias y fuertes vientos que iban a

durar al menos un par de días más, así que sin opción a hacer otra cosa, aceptó. Una vez acordado, Guillermo volvió arriba dispuesto a culminar lo que habían empezado en la sala de música con Lola, mientras su ayudante se deshacía del baúl que ya no iban a necesitar.

Antes de ir al encuentro de Lola, a la que suponía esperándolo en su alcoba, decidió pasar por la suya para recoger un obsequio que había comprado para ella como despedida. Cuando entró, la grata sorpresa que lo esperaba en su interior hizo que se olvidara por completo del desagradable momento que acababa de vivir en las cuadras, pensando en el horrible viaje de vuelta a casa del día siguiente. Lola, totalmente desnuda, cubierta con un cojín que no dejaba ver nada más que sus brazos y piernas, estaba recostada en la cama, iluminada por los tenues rayos de sol que asomaban entre las rendijas de madera de las contraventanas cerradas. Toda la estancia olía a su perfume, una fragancia a rosas y fruta fresca que solía ponerse casi todas las noches cuando se encontraban a escondidas en su taller. Ella le miró aguardando su reacción que no se hizo esperar. En cuanto la puerta estuvo cerrada por dentro, Guillermo se quitó la ropa muy despacio sin apartar sus ojos de ella, que aunque no podía verla claramente por la escasa luz, supo que estaba sonriendo. Con toda la ropa esparcida por el suelo y en igualdad de condiciones, Guillermo retiró el cojín con mucha delicadeza, dejando al descubierto el hermoso y exuberante cuerpo de la escultora. Lola dejó que él tomara las riendas de la situación y no opuso resistencia cuando tiró de ella ligeramente para que se colocara algo más cerca del borde de la cama y así poder besarla desde el cuello al pubis. Los suaves y lentos quejidos de placer que ella emitía con cada caricia, le dieron la confirmación que Guillermo necesitaba para seguir bajando y finalmente detenerse entre sus muslos para recrearse antes de subir de nuevo a su vientre, pechos y cuello.

—Eres perfecta —le dijo colocándose sobre ella justo antes de besarla apasionadamente.

Conscientes que aquella iba a ser la última vez que podrían estar juntos, se amaron sin prisas. Sin palabras se dijeron lo mucho que iban a echarse de menos y cuanto lamentaban no poder descubrir hacia donde les habría llevado aquella relación de no haber sido por las circunstancias de ambos y su separación inminente. Al terminar, totalmente agotados pero felices porque sería algo que recordarían de por vida, se quedaron un rato tendidos en

la cama.

—Mañana cuando te levantes yo ya no estaré —dijo Lola triste—. Así que debemos despedirnos ahora.

—¿No vas a cenar conmigo?

—No, comeré en mi habitación y me acostaré temprano.

—Pensaba que podríamos pasar juntos algunas horas más.

—Prefiero que mi último recuerdo con vos sea alegre, no me gustan la despedidas.

—Esto no tiene porque ser un adiós, podemos volver a vernos cuando regreses de Argentina.

—No. Lo nuestro se termina hoy. Como ya te he dicho antes, podría llegar a enamorarme perdidamente de ti, pero quiero a mi marido y a él me debo. Tú, por tu parte, vas a casarte con Leonor.

Guillermo iba a replicar y darle los motivos por los que deberían verse en unos meses, pero lo pensó mejor y como no quería discutir, salió de la cama y se dirigió al armario.

—Está bien, respetaré tu decisión por ahora —dijo mientras sacaba del bolsillo de su chaqueta una cajita de madera.

Se la entregó a Lola que con gran emoción la abrió enseguida.

—Guillermo, es un camafeo precioso. ¿Qué lleva dentro? —Preguntó observando todos sus lados buscando el modo de abrirlo.

—Verbena. ¿Recuerdas el día que fuimos al bosque a recogerla?

—Claro, fue cuando nos dimos el primer beso.

Él sonrió feliz de que ella recordara aquel momento.

—La verbena es una hierba muy poderosa que cura todo tipo de males, además de proteger contra la mala suerte y ahuyentar a los malos espíritus. También fortalece el vínculo hacia la persona que la entrega.

—Gracias —dijo Lola acariciando la piedra de color rojo que decoraba la tapa.

—Es un granate y dicen que protege a quien lo lleva colgado de los peligros durante largos viajes.

—Parece que has pensado en todo. —Se rió entregándoselo a él para que la ayudara a ponérselo—. Deberé llevarlo durante la travesía ¿no?

—Me gustaría que lo llevaras siempre para que te acuerdes de mí. Otra de las propiedades del granate es unir a dos personas que están separadas por la distancia para que se vuelvan a reunir.

Lola se levantó de la cama y se miró en el espejo que había sobre la

cómoda.

—Es precioso. No me lo quitaré nunca.

Se acercó a Guillermo y lo besó con ternura en los labios.

—Ya ves que aunque quieras no vas a poder alejarte de mí para siempre, el colgante lo impedirá.

Ella lo miró tristemente sin querer decirle lo que realmente estaba pensando para no desilusionarle, pero ambos sabían que aquella iba a ser probablemente la última vez en que volverían a estar así de cerca. Se abrazaron conscientes que el momento de la despedida había llegado. El ritual de volverse a vestir, hacer la cama y dejar la habitación recogida, transcurrió en total silencio, solo algunas miradas y caricias superficiales, se escapaban cuando estaban cerca. Tras un último beso largo, empapado por las lágrimas de Lola, se separaron sabiendo que deberían vivir con una brecha abierta en sus corazones que jamás se cerraría.

El ánimo de Guillermo amaneció igual que el día, gris y triste. Se había pasado la noche tumbado con los ojos abiertos dándole vueltas a la despedida de Lola, los preparativos de la partida a Santa Eugènia y el modo en que debería hacer el camino de regreso. Pero también se había quedado despierto porque quería ver por última vez el rostro afable y bello de la escultora. Cuando el reloj marcaba las cinco, oyó abrirse el portón de la entrada principal que quedaba justo debajo de su cama. Se incorporó a tiempo para comprobar como la dueña de la casa, acompañada por su fiel mayordomo, subía al carruaje. Desde la ventana y sin que ella se percatara de su presencia, la observó muriéndose de ganas de abrir los postigos y asomarse para suplicarle que se quedara, pero no lo hizo. Quiso respetar la decisión de aquella mujer valiente que bajo una intensa lluvia, emprendía un largo viaje para luchar por lo que creía. Incapaz de regresar a la cama, se quedó un buen rato mirando como el chaparrón regaba al gigantesco platanero del que ahora conocía su peculiar historia gracias a Lola. Cuando el día se hizo algo más claro, decidió vestirse y bajar a las cuadras donde sabía que encontraría a Jaime, a pesar de no tener permitido desempeñar las tareas propias de su oficio por expresa prohibición del médico y de él mismo.

—Buenos días Jaime, ¿cómo estás?

—Bien patrón ¿y usted? —Preguntó el cochero soltando la pata de uno de los caballos a los que estaba comprobando el estado de los herrajes.

—Bastante bien, dadas las circunstancias.

—¿Qué circunstancias? ¿Ha sucedido algo?

—Nada, cosas mías.

Se paseó por los establos absorto en los aparejos y arreos colgados sin prestar atención a nada en concreto, mientras Jaime le seguía con la mirada.

—¿Se encuentra bien, amo?

—Estoy algo cansado, nada más. Pero tú no deberías estar haciendo eso. ¿No hay ningún mozo que pueda ocuparse de los caballos?

—Es mi trabajo, además no me fio de ellos. Debemos emprender un largo viaje en unas condiciones nada favorables y no confío en que esos

inútiles lo hagan bien. Prefiero hacerlo yo mismo, aunque me cueste.

—¿Es que te duele la herida?

—No mucho. Solo tengo algunas molestias, nada grave.

Guillermo se le quedó mirando sin que el sirviente lo notara pues seguía con la vista puesta en las patas de los equinos. Cuando terminó de repasar todas la herraduras, se dispuso a vestirlos antes del enganche.

—¡Eso sí que no! —Soltó Guillermo quitándole la cabezada para el caballo de mano—. Llamaré a uno de los chicos para que lo haga, el atelaje pasa demasiado para ti.

—Pero amo, si lo he hecho cientos de veces y no me supone ningún esfuerzo.

—Lo sé, pero en esta ocasión vamos a dejar que lo hagan los mozos. Para ti tengo otra tarea mucho más importante. Luego si quieres podrás revisar lo que han hecho ellos.

A regañadientes y nada convencido de dejar en manos de unos desconocidos el trabajo que le gustaba realizar siempre personalmente, Jaime acompañó a su patrón al vestíbulo de la casa donde este le dijo:

—Necesito sustraer del almacén del ayuntamiento el atrezo para mi disfraz de esta noche y para ello necesito que me acompañes.

—¿Al ayuntamiento? Pero ahora está abierto ¿y la secretaria?

—Por eso te necesito, mientras yo la distraigo tú te escabullirás por la puerta de atrás y entre la ropa de teatro, buscarás algo que pueda servirme para cubrirme la cabeza.

Aquel plan no convencía en absoluto a Jaime que, entre su cojera y el desconocimiento sobre pelucas y objetos de vodevil, no sabía si sería capaz de encontrar lo que su patrón quería. Aún así, se avino a seguirle y hacer lo que le pedía.

Tan pronto como tuvo el discurso preparado y pudo poner su mejor sonrisa, Guillermo entró en el ayuntamiento y en cuanto lo hizo a Teresa le faltó tiempo para acercarse a recibirle.

—Buenos días Teresa, ¿cómo está?

—Yo bien ¿y usted? Creía que ya no volvería a verle.

—He venido a despedirme, nos marchamos esta tarde.

Teresa borró de golpe la sonrisa y sus ojos se ensombrecieron.

—Pero si me invita a uno de esos aromáticos cafés que prepara con la cafetera italiana, me quedaré un rato a charlar con usted.

La secretaria encantada de poder tenerle, aunque fuera solo por unos

minutos, le acomodó en una silla y se marchó a la habitación donde guardaban los materiales y archivos del ayuntamiento a por la bebida. A los pocos minutos regresó con dos tazas de café caliente que enseguida impregnaron la estancia de aquel maravilloso olor. Se lo tomaron a pequeños sorbos entre frases frías y algo distantes. A la vista estaba que la incomodidad y el modo en que Guillermo cortó su relación, no les dejaba conversar como lo hicieran la última vez. Aún así, durante los escasos quince minutos que estuvieron solos, aprovecharon para desearse buena suerte en su futuro. Se despidieron amigablemente y él se marchó con la incerteza de saber si su sirviente habría podido encontrar lo mandado. Se tranquilizó al llegar a la habitación del chófer y ver encima de la cama una larga peluca castaña junto a una barba del mismo tono.

—Es lo único que he encontrado. Estaban en una caja con túnicas y ropas que parecían hechas para representar una escena del nacimiento de Jesús.

—Perfecto, deberé recortarlas un poco, pero servirán. Ahora solo falta terminar de cargar el equipaje y después de comer nos iremos.

—¿No sería mejor esperar a que se pusiera el sol?

—No iremos a por María hasta que no se haga de noche, pero debemos partir antes para que nos crean muy lejos de aquí cuando la chica desaparezca.

—Entiendo.

Guillermo Subió a su habitación y con unas tijeras para vendas, fue recortando mechones de pelo de la peluca, que caían en la jofaina que usaba para lavarse la cara. A cada corte se probaba el postizo y se miraba en el pequeño espejo. No era perfecto y si alguien a plena luz del día le hubiera mirado con atención se habría dado cuenta en seguida que aquel no era su pelo natural, pero creyó que una vez que se colocara el sombrero, y de noche, no se notaría la diferencia. Satisfecho, ahora debía buscar algo que le tapase los ojos. No era habitual ponerse gafas oscuras de noche, pero como no pretendía ir a ninguna fiesta, buscó entre sus cosas unas lentes tintadas que solía llevar para protegerse la vista de los potentes focos cuando trabajaba bajo la luz incandescente. Una vez tuvo el atuendo completo, metió los restos del cabello cortado en una bolsa que iba a llevarse para que nadie pudiera relacionarlo con el rapto, y tras llamar a un mozo para que empezara a cargar sus cosas en el coche de caballos, bajó al comedor para almorzar. Jaime por su parte, había estado supervisando el enganche y arreos del carro para que estuviera todo

listo en cuanto su amo quisiera salir. Ese momento llegó poco después de la comida, tras una breve despedida del personal que quedaba en la casa, con llantos y abrazos de Matilde y Antoñita, los dos hombres se montaron en la calesa, Guillermo como cochero provisional y Jaime como incómodo pasajero.

Dieron un largo rodeo y cuando los últimos rayos de sol empezaban a esconderse tras el Montseny, dejaron el vehículo escondido entre unos grandes árboles al lado izquierdo del camino que iba directo a la cabaña. Sin perder tiempo, Guillermo cogió su maletín con los trapos y el bote de cloroformo y se dirigieron a la entrada principal de la casa. Llamaron un par de veces pero no se oyó nada, aunque ellos sabían que María estaba dentro por la tenue luz de las velas que salía por la ventana. Volvieron a llamar y esta vez sí se escucharon unos pasos lentos y tímidos llegando hasta la puerta. La muchacha con mucha cautela, abrió solo medio palmo esperando ver quien había al otro lado. Cuando el rostro le resultó familiar, abrió algo más aunque no del todo.

—Es muy tarde ¿qué desean?

—He venido a por alguno más de esos quesos tan ricos que preparas - dijo Guillermo en un susurro solo audible para ella.

—¿No puede volver mañana? Ahora iba a dar de cenar a mi tía y a acostarme.

—Regreso ahora a mi pueblo y como me pillaba de camino, pensé que no te importaría venderme alguno más para mi hermana y mi novia.

La chica parecía recelosa, pero recordó que aquel hombre fue muy amable y generoso con ella la otra vez y por ello se decidió a vendérselos. Regresó al interior a por los quesos que tenía en la cocina y cuando salió, Guillermo ya no estaba. Tuvo que andar algunos pasos lejos de la entrada para encontrarle. En el momento en que iba a entregarle los productos, Jaime se le acercó por detrás y le tapó la boca y la nariz con el paño empapado en cloroformo que en pocos segundos dejó a la muchacha totalmente dormida. Entre los dos y sin gran esfuerzo la llevaron al coche y la recostaron en el asiento interior. Luego, mientras el sirviente se quedaba con María, Guillermo se puso la peluca y las gafas y se fue decidido con otro paño empapado en cloroformo hacia la casa que aún tenía la puerta abierta. Con sigilo entró y buscó a Isabel, que no estaba en su cama, sino sentada en un sillón de espaldas a la puerta y de cara al fuego, tapada con una manta y algo adormilada. Cuando el boticario presionó su nariz y boca con el trapo, no opuso ninguna resistencia y terminó por perder del todo la conciencia.

Sin quitarse la peluca ni la barba, Guillermo ocupó su puesto de chófer en el pescante de la calesa. Atusó a los caballos en aquellos tramos rectos donde el camino era más ancho y los condujo con cautela y pericia por aquellos lugares donde la vegetación no dejaba ver con claridad los surcos y recovecos de la calzada. A pesar de no estar acostumbrado a manejar las riendas en un carro de tiro, en ningún momento perdió el control de los animales y la carreta fue suave y sin demasiados tropiezos por el embarrado camino de tierra que la lluvia de los dos últimos días había empapado y llenado de charcos. Jaime, sentado cómodamente en el interior, no quitaba ojo a María que dormía delante de él con la cabeza recostada en la esquina de la cabina. Mientras la miraba no dejaba de pensar en cuál sería el mejor modo de evitar que su patrón le inyectara la toxina nada más llegar a la Torre. Pensó en tirar por la ventanilla las jeringas con el preparado que Guillermo guardaba en el maletín, pero desechó la idea porque sabía que su amo tenía más en el laboratorio. También barajó la posibilidad de ganar tiempo fingiendo molestias padecidas durante el trayecto para que su patrón tuviera que ocuparse de él y dejara a la chica hasta más tarde, pero aquello no era una solución definitiva y antes o después acabaría por infectarla. Podría despertar a la muchacha y dejar que escapara aunque entonces Leonor enfurecería por no haber cumplido con su parte y conociéndola como la conocía ahora, la creía capaz de usar a Dolors como cebo o algo peor. Sacó del maletín de cuero las jeringas que contenían la letal sustancia y, con la escasa iluminación de un faro que llevaba a sus pies, las observó a contra-luz. Como aquel líquido era traslúcido, bien podría haber estado la cánula llena de aire que no se habría diferenciado mucho de como se veía ahora. Apretó un poco el émbolo y dejó escapar un chorro. Parecía agua. «¡Agua, pues claro!» Se dijo. Se apresuró a lanzarlas fuera de la calesa tras haberlas vaciado por completo y luego llenó otras nuevas con el agua de una botella de cristal que llevaba siempre su amo en la funda de las portezuelas para calmar la sed en los viajes largos como aquel. Cuando terminó, comprobó el resultado acercando de nuevo las jeringas al faro y no se notaba la diferencia. Ahora solo restaba esperar que fueran aquellas las destinadas a María y no otras.

La calesa frenó en seco delante de la pequeña puerta de la Torre de piedra gris del siglo XII. Casi inmediatamente después, Guillermo apremió a Jaime para que abriera la puerta con la pesada llave que seguía escondida tras

una gran roca junto a la entrada. Mientras, él cargó a la chica sobre sus hombros y la bajó del carruaje sin demasiado cuidado.

—Enciende los quinqués y el fuego de la chimenea —le ordenó soltando a María sobre el catre y tapándola con un par de mantas—. Se nota que no ha estado nadie aquí en días, la estancia está helada.

Jaime fue prendiendo las mechas de los cuatro candiles que estaban repartidos por la planta y después de limpiar la chimenea de ceniza vieja y poner troncos en el hueco del hogar, la encendió. La habitación seguía sin ser acogedora, pero en cuanto se consumieron los primeros maderos, la temperatura subió y ya no necesitaron los abrigo para poder estar allí.

María empezaba a despertarse cuando Guillermo miró su reloj y pudo ver que los efectos del cloroformo estaban a punto de desaparecer. Se apresuró a sujetarla por brazos y pies al armazón de la cama con cintas de piel para evitar que se escapara en cuanto abriera los ojos. Ya tenía suficiente experiencia como para saber que la primera reacción de las chicas al verse en tal situación era la de forcejear y gritar, por suerte en aquel lugar de paredes impenetrables ni salía ni entraba ningún ruido, así que no hacía falta amordazarlas para acallar sus gritos. Por otro lado en cuanto le inyectara la toxina junto con un potente calmante, María volvería a dormirse al menos durante un par de horas más, el tiempo suficiente para que ellos pudieran preparar el laboratorio.

—Pon a calentar agua sobre el mechero de alcohol, debemos activar la toxina de la fresquera antes de introducirla en el cuerpo de María.

Aquello alarmó a Jaime que vio truncado su plan para que el farmacéutico inyectara el agua en lugar de la toxina. Así que, en un arrebato impropio de él, dijo:

—Eso puede llevarme un buen rato, ¿por qué no usa las que tiene en el maletín?

Guillermo pareció sorprendido por la idea del sirviente. Se había olvidado que llevaba aquello encima desde que saliera de Santa Eugènia hacía un mes, de haberlo recordado se la habría inyectado a la chica en cuanto salieron de Arbúcies, pero Jaime tenía razón, las jeringas que tenían en la Torre, habían estado sometidas a bajas temperaturas y la toxina no se activaba hasta que no alcanzaba los 30 o 40 grados, por tanto era mucho más rápido usar la que tenía en el maletín que las otras.

—Es una buena idea. Traémelas por favor.

Encantado del cambio de opinión de su amo, Jaime le acercó la bolsa y

de las tres que llevaba, Guillermo sacó una al azar y tras buscar la vena mediana de la parte interior del codo, le clavó la aguja y vació por completo el contenido de la cánula en María.

—Ahora solo hemos de esperar a que el Botulismo llegue a su sistema digestivo y empiece a multiplicarse.

Guillermo parecía totalmente agotado, ya fuera por el largo camino hasta allí o por pensar en lo que le esperaba a partir de aquel momento, su rostro había envejecido al menos diez años desde aquella mañana.

—Debemos ir a casa, padre sabe que hemos viajado de noche y esperará nuestra llegada antes del desayuno. Más tarde volveré para ver cómo está María y a partir de ahora prepárate para hacer turnos ininterrumpidos de vigilancia.

—Claro. —El cochero también parecía mucho más mayor de lo que era, aunque se sentía aliviado por haber podido salvar al menos por el momento a María—. Me gustaría pasar la mañana con mi mujer y mi hija.

—Por supuesto. En cuanto desayune con mi padre y le cuente los por menores de nuestra aventura, dormiré al menos hasta media tarde, así que no te voy a necesitar hasta entonces, pero ahora deberás llevar tú el carro o mi padre sospechará y empezará a hacer preguntas incómodas.

Apagaron todos los faros menos uno que dejaron junto a la cama de María por si esta se despertaba, y Jaime cargó la chimenea para que aguantara algunas horas más encendida. Tras cerrar la puerta por fuera, cada cual ocupó su lugar habitual en la calesa hasta Villa Carmen.

Visiblemente agotado, pero deseoso de volver por fin a su hogar, Jaime condujo la calesa los escasos dos kilómetros que separaban la Torre y Villa Carmen. La verja de la entrada principal estaba abierta de par en par y aparcado frente a las cuadras, descansaba un peculiar vehículo de los que Guillermo solo había visto en fotografías y un prototipo mucho más rudimentario y sencillo en la exposición universal de Barcelona cuando era un adolescente. Aquella maravilla de la ingeniería de la que siempre había insistido a su padre para que compraran uno y del que él no había querido ni oír hablar, ahora lucía imponente y brillante ante sus ojos. Casi no esperó a que la calesa se detuviera para bajarse. Se precipitó sobre el coche y lo contempló primero con gran admiración desde una distancia prudencial y luego fue acercándose poco a poco admirando sus curvas, color, y brillante metal negro. Tenía un pequeño volante en la parte delantera para que el conductor pudiera girar las ruedas a derecha e izquierda, dos filas de asientos muy parecidos a los de una calesa en los que podían sentarse dos personas delante y dos detrás. El armazón era casi inexistente, solo el suelo, unos apoyos para subir que iban de las ruedas de delante a las de atrás y la chapa que cubría el pequeño motor de explosión. Una gran palanca que reconoció como el freno de mano que había visto en diligencias y carros de gran tamaño, sobresalía por la parte exterior del conductor, pero echó en falta una capota. Le pareció que a pesar de toda su opulencia y gran estilo no era nada práctico para los días de frío y lluvia, por lo que supuso que solo sería posible ir en él cuando hiciera sol, aún así era innegable que aquella máquina representaba el futuro de los desplazamientos. Antes de que pudiera preguntarse siquiera de quien podría ser aquel magnífico ejemplar de carruaje de movimiento automático, Emilio se asomó por la ventana, y con unos suaves golpes, llamó la atención de su hijo. Este le sonrió tibiamente y tras darle a Jaime instrucciones para verse por la tarde, entró en la casa. Cuando cruzó el umbral, el primero en recibirlo fue Santiago, que servicial y educado como siempre, le dio la bienvenida y le tomó el sombrero y la chaqueta para dejarlos en el colgador. Luego fue el turno de Juanita, que mucho más efusiva y

cariñosa, abrazó al señorito y le dio un par de besos en las mejillas, demostrando que a pesar de los años transcurridos seguía siendo aquella ama de cría que con tanto cariño seguía cuidando de él en la medida de lo posible. Emilio Caba, más serio de lo que hubiera pretendido, estrechó la mano de su hijo en cuanto este entró en el comedor donde la gran mesa ya estaba dispuesta para el desayuno.

—¿Qué tal el viaje de vuelta? ¿Os habéis mojado?

—No, dejó de llover poco antes de partir de Arbúcies y ha sido un recorrido tranquilo, aunque algo cansado.

—Imagino. ¿Y qué tal el pueblo y el alojamiento, han sido de vuestro agrado?

—Todo ha sido perfecto. El lugar es muy bello y su gente muy amable. No tengo queja alguna ni de la casa ni del personal.

—¿Y Jaime, ya está totalmente recuperado de la caída?

—No del todo, pero con algo de reposo y el cariño de su familia, lo estará muy pronto. Le he dado el día libre para que se lo dedique a Camila y Amelia.

—Bien hecho, se lo merece después del largo regreso que habrá tenido que soportar sobre el pescante.

Guillermo no quiso desmentirle, no era relevante que el coche de caballos lo condujera hasta allí él, y de haberlo confesado habría dado pie a una conversación que no le apetecía iniciar. En su lugar cambió de tema y quiso conocer las novedades acontecidas durante su ausencia.

—Parece que por aquí han habido cambios...

—Y no todos buenos.

—¿Se refiere al tema del pozo?

—Sobretudo a eso.

Antes de seguir hablando, Emilio se dirigió a su sitio habitual en la mesa y Guillermo le siguió. Cuando estuvieron sentados y Santiago les hubo servido el café, prosiguió con las explicaciones que había dejado en el aire.

—Supongo que habrás visto el automóvil de la entrada.

—Claro, es una maravilla.

—A mí me parece una monstruosidad.

Guillermo no le contradijo, pues conocía muy bien la animadversión que sentía su progenitor por las máquinas en general y los coches en particular, así que se guardó su opinión para él.

—Estos días se está alojando aquí el señor Francisco Bonet, —siguió

diciendo Emilio—, empresario textil, cliente del bufete, inventor e ingeniero, además del creador de ese horrible artilugio.

—Bien, ¿y para qué ha venido?

—Como asesor.

—¿Asesor de qué?

—Pues verás, como ya te dije en mi último telegrama, el tema del agua está trayendo cola. Ahora los del ayuntamiento quieren que hagamos obras para que el caudal que en su día desviamos para crear el lago, vuelva a su curso normal. Para ello pretenden que me gaste la mitad de mi dinero en cerrar la entrada de agua que va del río al lago con lo que dejaría de ser tal para pasara a ser un estanque. La otra opción sería hacer una salida por el otro extremo para que el agua vaya del río al lago y de ahí vuelva de nuevo al río, con lo que quizá en poco tiempo se secaría.

—Deduzco por su tono que ninguna de las opciones le parecen satisfactorias.

—En el primer caso, corremos el riesgo que al no tener ningún aporte de agua más que el que pueda llegar de la lluvia, se produzcan sedimentos y algas que a la larga desprenderían olores y bacterias nada aconsejables.

—¿Y dejar que el agua sobrante del lago siga su curso río abajo, tampoco le parece factible?

—Dentro de lo que cabe es la mejor opción, aunque tampoco me gusta, pues según el señor Bonet, nadie nos asegura que no salga más agua de la que entre, sobretodo en épocas de sequía como esta.

—¿Entonces qué va a hacer?

—Aún no lo he decidido, pero sea lo que sea debo hacerlo rápido pues anteayer vinieron el alcalde y el párroco para decirme que si no soluciono el asunto, nos excomulgarán a todos.

—¿Cómo? —De la impresión a Guillermo se le fue un trozo de tostada por el lado equivocado y empezó a toser tanto que su padre tuvo que levantarse y golpearle repetidamente en la espalda para que recuperara el aire. Una vez repuesto del susto dijo con la voz algo rasposa—: ¿Pueden hacer tal cosa?

—Ya lo creo que pueden. Por el momento nos han quitado el permiso para realizar misas en las dos capillas, la de Villa Carmen y la de Mas Roure.

Antes de volver a sentarse, Emilio se acercó a la cómoda que había apoyada en la pared y cogió una carta que le entregó a su hijo. Este la abrió, la leyó en voz baja y la dejó encima de la mesa.

—Así que ahora, el obispo también está enterado del asunto y se ha puesto de su parte.

—¿Y qué esperabas, que se pusiera de la nuestra?

—Supongo que no, pero tampoco esperaba que algo tan nimio pudiera interesar a Monseñor Torras i Bages.

—¡Pues ya ves, con la iglesia hemos topado!

A pesar de la aparente tranquilidad y el sarcasmo con que parecía que Emilio se estaba tomando el asunto, Guillermo se dio cuenta que su padre estaba preocupado. Como verdadero creyente y practicante, una de las cosas que más ilusión le hacía era poder celebrar en el día de pentecostes, misa en las capillas. Cuando era niño ya se venían haciendo procesiones desde Vilalleons a la ermita de Villa Carmen y Mas Roure, también propiedad de la familia Caba. Si le quitaban eso, las capillas permanecerían cerradas todo el año, sin más finalidad que la de alojar polvo y viejas representaciones de santos.

—¿Cómo es posible que hayan llegado a tal punto sin haberle dejado siquiera tiempo a cumplir sus peticiones?

Emilio se demoró en su respuesta. Era evidente que no quería dar esa explicación, pero al ver a su hijo con la mirada clavada en él a la espera de recibirla, dijo:

—Discutí con los vecinos y concejales hace unas semanas en un pleno que tuvo lugar en el cabildo. Ellos querían que diera paso franco sin restricciones al pozo y al lago a quien quisiera venir por aquí. Yo no di mi brazo a torcer y ahora pretenden que con semejante argucia baje del burro. ¡Pues lo llevan claro! Ya se lo dije, me da igual que el mismo Papa venga y me diga que ya no puedo ir nunca más a misa, en mis tierras mando yo y sobre el agua que pasa por ellas también.

Guillermo no creyó ni por un momento en aquellas palabras, bien le conocía para saber que con cada una que pronunciaba le dolía el estómago y más aún el corazón. A pesar de ser el hombre más testarudo que jamás había conocido, Emilio también era inteligente y sabía cuando había perdido un pleito y en aquellos momentos sabía que así era aunque no lo quisiera admitir abiertamente, pensó Guillermo. La prueba estaba en que a pesar de lo que decía, el señor Bonet estaba allí para intentar solventar el tema.

—¿Hasta ahora que soluciones le ha dado el ingeniero?

—Ninguna que me satisfaga.

Justo después de pronunciar tales palabras, apareció por la puerta que

daba a la cocina, Francisco Bonet. Era un hombre ancho de espaldas, bastante bajo, de aspecto desaliñado y con un poblado bigote que cubría casi por completo su boca. Se quitó el bombín que llevaba calado por debajo de las cejas y sorprendido por no encontrar al señor Caba solo en el comedor, frenó en seco antes de decir:

—Buenos días, perdonen la interrupción, no esperaba que hubiera nadie aquí a estas horas.

—Pase señor Bonet —le tranquilizó Emilio—, ¿quiere desayunar con nosotros?

—Oh, no quisiera molestar.

—No lo hace, precisamente mi hijo y yo estábamos hablando del asunto del lago.

Francisco rodeó la mesa por el lado de Guillermo y este se levantó para estrechar la mano al recién llegado antes de que se sentara junto a él.

—Soy Guillermo Caba, encantado.

—El placer es mío, caballero. Pero por favor, sigan a lo suyo no quisiera interrumpir.

—En realidad me viene muy bien que haya aparecido, así podrá contarnos qué ha averiguado desde ayer.

Emilio sabía que el señor Bonet había estado haciendo prospecciones junto al pozo, el lago y el río, porque según dijo había la posibilidad de suministrar agua subterránea al lago a través de cañerías que fueran del pozo al río.

—Tal y como imaginaba es posible desviar parte de las aguas que subyacen en este terreno hasta el lago —empezó diciendo el ingeniero mientras se servía café—. Según mis cálculos sería suficiente con hacer llegar un tramo de cañerías de cincuenta o sesenta metros para que nunca faltara agua en el lago aunque no lloviera durante semanas o se cerrara el acceso al río que hay ahora.

Aquella respuesta complació a Emilio que sonrió abiertamente, aunque una duda le asaltó al instante.

—Pero si hacemos eso, ¿no se secará el pozo?

—Es seguro que no recibirá tanta agua como hasta ahora, pero no se secará. El agua del subsuelo seguirá llegando aunque desviemos parte al lago.

—Bien, me agrada recibir tal noticia. ¿Cuándo podríamos empezar con las obras?

—Cuando usted quiera. Le pondré en contacto con una buena empresa,

muy profesional, que en menos de un mes habrán terminado.

—¿Y cuánto va a costarme?

—Eso no lo sé, yo solo hago los estudios y planteo posibles problemas y soluciones, la mano de obra y el material para la canalización no es cosa mía.

—¿Entonces no va a quedarse a supervisarlo?

—Lo siento pero no puedo, debo regresar de inmediato a la fábrica y seguir con mis proyectos.

Ahora la alegría que hacía unos instantes había invadido a Emilio se estaba esfumando. Al ver que aquella conversación podría alargarse, Guillermo se levantó y dijo:

—Yo me retiro. He tenido una noche muy larga y debo descansar antes de regresar a mis quehaceres. Encantado de haberle conocido señor Bonet.

Ya se iba cuando se giró antes de salir por la puerta y dirigiéndose al ingeniero le preguntó.

—¿Cuándo se va a ir?

—Imagino que mañana por la mañana.

—¿Entonces tendremos tiempo de que me lleve a dar una vuelta en su automóvil?

—Claro, con mucho gusto.

Guillermo se marchó escaleras arriba mientras Emilio y su invitado seguían hablando de los detalles de las obras en el jardín.

Jaime necesitaba desconectar del cinismo, la maldad y las conspiraciones de los últimos días, así que dejó que el cochero del señor Emilio, Pepet, desenganchara a los caballos y guardara los aparejos para irse de inmediato a ver a su mujer e hija. Al entrar en la buhardilla, el silencio imperaba en el hogar. Primero buscó en la cocina donde no había nadie y después fue a su habitación también vacía. Ya solo le faltaba mirar en el baño, donde pensó que Camila estaría bañando a la niña. No fue así. Bajó de nuevo las escaleras y cruzó el jardín cojeando hasta la puerta trasera de la cocina donde pretendía preguntar por su familia. Antes que pudiera llegar, alguien le llamó.

—Jaime, estamos aquí.

Al girarse vio a su mujer junto al huerto, sonriéndole. Llevaba un vestido de algodón blanco de primavera y el pelo suelto cayéndole sobre un hombro. Se sintió aliviado al ver que tanto ella como la niña que tenía a sus pies, estaban bien. Fue acercándose a ellas con la mirada fija en Camila. No recordaba haberla visto tan bella en su vida, parecía mucho más joven. A pesar de no tener más de veinticinco años y ser una mujer hermosa, de cuerpo bien proporcionado y pelo rubio y largo, desde que naciera Amelia todo aquello se había camuflado bajo ropas anchas y oscuras y un aspecto descuidado y ojeroso debido a las largas noches sin dormir y a los duros días pendientes de la niña. Todo ello hizo que Jaime dejara de verla como a una mujer deseable. En cambio, en esos momentos tenía ante él a una persona muy distinta, su piel brillaba igual que su melena y el aura que la envolvía ya no estaba llena de tristeza y amargura, sino salud y alegría. Sentada en la hierba, Amelia jugaba con una figurita de madera. La niña parecía feliz y tranquila como cualquier bebé que ajeno a lo que le rodea, está concentrado en su juguete. Cuando estuvo frente a su esposa, la abrazó fuertemente mientras le decía al oído:

—Os he echado mucho de menos.

—Nosotras también —le respondió ella.

Jaime se apartó medio metro y la contempló de arriba abajo para

retener aquella imagen en la memoria.

—He subido al altillo y al no encontraros allí me he temido lo peor — dijo después de unos segundos.

—Lo siento, pero esta mañana Amelia no tenía sueño y al ver que el día era soleado y cálido hemos bajado a por algunas flores del jardín que está lleno de ellas.

—Si, la verdad es que está precioso igual que tú. Estás bellísima con el pelo suelto y este vestido tan bonito.

—¿Te gusta? Me lo ha regalado Juanita. Lo ha hecho ella misma aprovechando uno de cuando era joven, lo ha arreglado y ajustado para que me valga.

—Pues estás realmente preciosa con él.

La atrajo de nuevo y agarrándola por la nuca, le dio un beso largo e intenso interrumpido por el llanto de Amelia, que reclamaba la atención no recibida desde hacía un rato. Su padre la levantó del suelo y la besó tiernamente en la mejilla. La niña también parecía distinta, más fuerte y con la tez sonrosada.

—¿Ha tenido más ataques desde que me fui?

—No. Todo ha ido muy bien. Laura me ha sido de gran ayuda, he podido descansar y nos hemos repartido los cuidados de la niña y como ves, tanto ella como yo estamos mucho mejor que cuando partiste.

Así era, Jaime casi no podía creerse el cambio tan grande que mostraban las dos.

—Me alegro muchísimo de veros tan bien. Quizá debería dejaros solas más a menudo —se rió y eso le provocó un tirón en la herida.

—¿Estás bien? Creía que ya te habías recuperado de la caída. Me dijiste en tu último telegrama que estabas curado.

—Y lo estoy, no te preocupes, solo me duele cuando hago gestos bruscos o tareas pesadas, pero nada que el cariño y algo de descanso no puedan curar.

La pareja se abrazó hasta que Amelia empezó a llorar de nuevo.

—Imagino que estarás cansado y hambriento.

—La verdad es que sí. ¿Vamos arriba y me preparas algo para desayunar?

Los tres a paso lento, deshicieron el camino que Jaime minutos antes había seguido para encontrarlas. Fuera de las cuadras se detuvo un momento a contemplar aquella extraña máquina de cuatro ruedas, que en cierta manera

recordaba a un carro pero sin caballos ni techo. Se preguntó qué tal se vería él sentado en su interior y la respuesta fue «desnudo». Aquel automóvil era demasiado sencillos, bajo y falto de fuerza como para poder llevar a pasajeros y conductor por caminos angostos o subidas pronunciadas, no como los robustos y sufridos caballos que hasta el momento habían cumplido siempre con todo lo exigido por más difícil que hubiera sido. Dejaron atrás el coche y subieron. Mientras Jaime daba buena cuenta del copioso desayuno que su mujer le había preparado, Camila puso a dormir a la niña en su cuna.

—Por fin se ha quedado dormida —dijo entrando en la cocina y sentándose junto a su marido que aún seguía comiendo.

—Parece que ha crecido desde que me marché.

—Sí, ha engordado e incluso ha empezado a balbucear.

—Tú también estás mejor, te veo más relajada y contenta.

—Lo estoy. Desde que Amelia ha empezado a comer bien y a dormir más horas seguidas, he podido dedicarme de nuevo a coser, a limpiar y a cocinar como antes. Ahora puedo sacarla fuera sin preocuparme por su respiración ya que he visto que el aire libre le sienta bien.

—Me alegro muchísimo. Espero que muy pronto podamos irnos a vivir con mis padres.

Lo dijo sin tener en cuenta que aún no le había contado a su mujer el acuerdo al que había llegado con su amo. Al oírlo, Camila se quedó muy sorprendida y miró a Jaime con los ojos tan abiertos que este creyó que había dicho algo malo.

—¿No te gusta la idea?

—No, todo lo contrario, pero pensaba que el señor Caba no quería que te fueras por nada del mundo. Cuando se lo planteaste hace un año no quiso ni oír hablar del tema y además ¿qué pasará con Amelia? ¿Quién va a darle su medicina si tiene un ataque?

—No te preocupes por nada, hemos llegado a un acuerdo y cuando finiquite unos asuntos, me ha dicho que podremos marcharnos.

—¿Y los medicamentos?

—Ya lo resolveremos a su debido tiempo. Deja que yo me encargue de todo.

Camila no dijo nada más. Jaime parecía tan seguro y tranquilo que la idea de poder por fin marcharse a vivir al campo, donde su hija respiraría aire limpio y su marido ya no tuviera que salir a horas intempestivas y regresar al alba sin decirle donde había pasado la noche, la colmó de alegría.

—¿Será pronto?

—Muy pronto.

A pesar de sus palabras, el cochero no las tenía todas consigo. Empezó a evocar las exigencias de Leonor, a María encerrada en la Torre, pensó en lo que debería hacer para cumplir con lo que estaba prometiendo a su mujer y en los riesgos que correría al enfrentarse a su patrón. Decenas de posibles consecuencias le vinieron a la mente y ya empezaba a ponerse de nuevo nervioso cuando su mujer le devolvió a la realidad.

—¿Por qué no vamos a la cama?

Sus caricias y mirada dulce hicieron que poco a poco todo aquello fuera desvaneciéndose. Se relajó, respiró profundamente y agarró a Camila de la mano para llevársela al dormitorio donde con calma y cariño le hizo el amor.

A mediodía se despertó cuando el llanto de su hija le sobresaltó. Ella y Camila estaban en la cocina cuando él entró feliz de encontrarse allí y no en Arbúcies donde creía estar cuando abrió los ojos.

—Luego podemos ir a pasear hasta la Fuente Redonda.

—¿Seguro que podrás andar tanto trecho con tu cojera?

—Podré. Necesito salir al campo, he estado muchos días encerrado en la casa donde nos alojábamos en Arbúcies y me apetece andar.

—Cuéntame cómo es aquello —le pidió Camila mientras preparaba la mesa para comer.

Jaime le habló del clima lluvioso y tan diferente del de La plana de Vic, del pueblo y sus alrededores, de las gentes, la comida y de la Gabella. Ella le escuchaba a ratos divertida y a momentos horrorizada cuando le contó la historia inventada de como se había clavado una rama de punta en el costado al caerse del caballo mientras paseaba con su amo por el bosque, perforándose así el intestino. Terminaron la conversación cuando ella le puso al día de lo acontecido en la Villa durante su ausencia.

—La señorita Leonor ha estado tres veces de visita mientras habéis estado de viaje.

—¿Para ver al amo?

—Quizá la primera vez sí porque no sabía que él no estaba, pero las otras dos, estuvo con el señor Emilio. Juanita me dijo que se había quedado a cenar en todas las ocasiones.

Aquello no le cuadraba a Jaime que sabía que nada más que su patrón podría interesarle a Leonor de aquella casa, y no precisamente por amor, sino

para vigilarlo o sacarle información. Que hubiera estado tantas horas en compañía del patriarca, solo podía significar que había algo que él no sabía. Pero tenía claro que si iba a jugarse su futuro y el de su familia por llevar a cabo su plan, debía conocer todos los secretos que escondía esa mujer antes de dar ningún paso más.

A las afueras de Vic, en una casa solariega del siglo XVII, se paseaba algo agitada Leonor por el jardín de la familia Vicenç desde hacía un largo rato. No había salido de la propiedad desde que volviera de Arbúcies, esperando el momento en que su informador le diera aviso que Guillermo había regresado a Villa Carmen. Aquellos dos últimos días había intentado mantenerse ocupada, realizando gestiones para que a Juan Nogué lo enterraran en un buen lugar y que su sepultura, aunque sin lujos ni pomposidades, fuera digna de alguien que hubiera pertenecido a una familia bienestante. Era lo mínimo que podía hacer por él después de todo. También se aseguró de que su otro ayudante mantuviera a buen recaudo y en condiciones óptimas a Dolors Tuneu, pues pretendía que cuando todo aquello acabara, la chica volviera a su casa sin un rasguño. Para ello la había mantenido encerrada y vigilada las 24 horas del día en una pequeña choza de Taradell, donde un sirviente de su confianza le daba de comer, le proporcionaba libros, ropa limpia y enseres de higiene personal para que se sintiera lo más cómoda posible. Según le había dicho el vigilante, los primeros días, como era de esperar, se resistió y gritó hasta desgañitarse, pero al ver que aquel hombre no le quería hacer ningún daño y que sus quejas caían en saco roto, se había tranquilizado hasta el punto de haber establecido con la única persona con quien tenía contacto, una relación cordial. Ahora lo único que le restaba a Leonor era saber que Jaime y su prometido habían raptado a la hija del campanero y la tenían encerrada, para poder poner en marcha su plan de pillar a Guillermo con las manos en la masa cuando la Guardia Civil se personara a detenerle.

Dándole vueltas a los pasos a seguir estaba, cuando su madre la sobresaltó al llegar a la terraza con una bandeja de té y pastas.

—¿Te apetece acompañarnos, querida?

La chica dio un respingo y se volvió para reprocharle a su madre haberla asustado de aquella manera cuando vio que junto a ella venía el padre de Guillermo.

—Está aquí el señor Caba, ¿le recuerdas?

Cómo no iba a recordarlo si había estado cenando con él hacía un par

de días, aunque eso no pudo decírselo a su madre, que ni siquiera sabía que ella y su antiguo novio se habían vuelto a prometer.

—El señor Caba ha venido a interesarse por la salud de tu padre, pero por desgracia ahora no se encuentra en casa, así que le he invitado a tomar té con nosotras mientras le esperamos. ¿No te importa verdad hija?

—Claro que no madre, el señor Caba siempre se ha portado muy bien con la familia, y me parece muy amable por su parte que haya venido hasta aquí para ver a mi padre.

—No es ninguna molestia señorita, su padre y yo siempre hemos sido buenos amigos a pesar de todo lo ocurrido en el pasado...

—Bueno, no hablemos del pasado —le interrumpió la señora Dosaguas—. Lo importante es que todo aquello quedó atrás y ahora mi hija está totalmente recuperada y con ganas de volver a encontrar el amor, ¿verdad querida?

A Leonor le dieron ganas de echar a su madre de allí a empujones, pero en su lugar, sonrió y se sentó en una de las sillas de mimbre junto a la mesa de cristal del jardín. Emilio y su madre hicieron lo propio y en cuanto estuvieron acomodados, la señora Dosaguas hizo sonar una campanilla para que la camarera sirviera el té. Repartidas la tazas y los bollos, la sirvienta se retiró y Emilio se interesó por la situación familiar.

—Me enteré de los problemas de salud de su marido a través de mi hijo. Al parecer se encontró con Leonor en Vic y se lo comentó. Lamento no haber podido venir antes, pero mis compromisos laborales no me lo han permitido hasta ahora.

—¿Ah sí? No sabía que Leonor se había encontrado con Guillermo. — Le lanzó una mirada cargada de reproches a su hija, pero sin hacer ningún comentario al respecto, siguió hablando con el abogado—. Lo entiendo perfectamente, usted siempre ha sido un hombre muy ocupado y a mi esposo no le permitían tener visitas hasta hace pocos días. Llegó aquí en un estado lamentable, usted ya sabe, entre el estrés del juzgado, las decenas de decisiones difíciles y no siempre justas para todos que tenía que tomar a diario, y lo que pasó hace un año con nuestra querida hija... Un cúmulo de cosas que finalmente acabaron explotando y su salud se deterioró enormemente. Además de que ya no es un jovencito.

—Claro, a nuestra edad debemos cuidarnos y tomarnos las cosas con calma aunque yo tampoco soy un ejemplo de ello.

Los dos se rieron mientras Leonor no dejaba de darle vueltas al modo

de deshacerse de su madre para poder hablar a solas con Emilio. Finalmente, tras unos minutos de charla intrascendente, Leonor soltó:

—Madre, quizá al señor Caba le apetezca que le muestre la finca. El jardín y los alrededores son una maravilla.

—Por supuesto estaré encantado de verlo. Me gustan mucho las plantas y todo lo que tenga que ver con los exteriores de una casa bien cuidada.

—¿Quiere acompañarnos, madre?

—No hija, ya sabes que mis piernas no me permiten andar más de unos metros.

Leonor lo sabía perfectamente. Conocía la dolencia de su madre y que el médico le había aconsejado que no caminara e incluso le había dicho que se desplazara en silla de ruedas si debía moverse más de lo aconsejable, así que estaba tranquila sabiendo que nadie les molestaría durante el paseo. Emilio y Leonor se dirigieron al lugar más alejado de la terraza donde la señora Dosaguas seguía sentada tomando té. Recorrieron el camino de gravilla hasta el estanque de peces del extremo oeste de la propiedad, donde los amos de la finca habían construido además, un pequeño laberinto de setos para que sus nietos se divirtieran en sus largas visitas de verano. Junto al pequeño salto de agua que las rocas del estanque dibujaban a dos niveles, se sentaron para hablar.

—¿Supongo que Guillermo ya habrá regresado de Arbúcies?

—Ha llegado esta mañana.

—¿Sabe que ha venido a verme?

—No, aún sigue durmiendo.

—Bien. ¿Le ha comentado algo sobre el regreso, si han tenido algún contratiempo?

—No hemos hablado mucho de eso, pero según he podido entender por sus palabras, salieron ayer y no ha llegado a casa hasta las siete, así que eso deja un lapso de tiempo de más de tres horas desde que salieron hasta que han llegado.

—¿Entonces podemos estar casi seguros que han usado ese tiempo para raptar a la hija del campanero y llevarla a su escondite?

—Creo que así es.

—Ahora debemos averiguar dónde está ese sitio.

—Como te comenté en tu última visita, no puede estar demasiado lejos del pueblo, pues para poder ausentarse sin que se note mucho, debe poder recorrer el camino en menos de media hora.

—Eso nos deja pocos sitios en los que buscar.

—Aún así es como dar palos de ciego. Creo que lo mejor es seguirle.

—Sí, tiene usted razón. Yo no voy a poder hacerlo, mi madre me tiene muy vigilada y ya me ha reprochado que haya estado tantos días fuera.

—¿Le has contado que vuelves a verte con mi hijo?

—¡No, claro que no! Jamás lo aceptaría después de como lo pasé, además eso complicaría mucho más las cosas porque no dejaría que saliera sola de casa ni para ir a rezar. Le dije que una buena amiga mía, estaba hospitalizada y debía quedarme con ella durante los días que estuve en la Gabella.

—¿Se lo ha creído?

—No estoy segura, pero no ha tenido más remedio que transigir, pues de otro modo sabe que habría regresado a Barcelona. La condición para que viniera con ellos fue que me dejara libertad y hasta hora cumple, aunque sea a regañadientes.

—¿Entonces deberé apañármelas para vigilarle yo solo?

—Y a Jaime.

—Claro, ya lo había pensado.

—En cuanto sepa con seguridad donde tienen a la chica, daremos aviso a las autoridades para que le detengan.

Emilio bajó la mirada y se pasó la mano por la cara un par de veces mientras suspiraba.

—¿No va a echarse atrás ahora, verdad señor Caba?

—No, no... pero sigue siendo mi hijo.

—Un hijo que ya ha matado a media docena de niñas inocentes que sepamos, sin contar con las que nadie ha echado en falta ni denunciado su desaparición.

—Lo sé... aún así creo que si supiera que estamos enterados de sus... sus... horribles actos, podría llegar a convencerle para que lo dejara.

—¿Usted cree que va a escucharle?

—Puedo intentarlo. En los últimos meses parece más relajado y dispuesto a sentar la cabeza. Incluso parecía querer empezar una relación con una chica de buena familia, antes de que retomara vuestro noviazgo.

—Nunca le he creído capaz. Es cierto que accedió a mi petición, pero los días que pasé con él en Arbúcies me valieron para darme cuenta que jamás podría comportarse como un hombre de familia. A la larga acabaría aflorando su parte perversa, sin contar con que es un mujeriego empedernido, que como

usted bien dice, por un lado vuelve a comprometerse conmigo mientras se está viendo con esa otra mujer y mantiene relaciones carnales con una tercera en mi propia cara. ¿Le parece eso propio de alguien que está dispuesto a llevar una vida sosegada como esposo y cabeza de familia?

Emilio la miró con tristeza y vergüenza por ser el padre de un hombre capaz de haber destrozado la vida de tantas mujeres, entre ellas la de Leonor, que ahora estaba tan dolida que quería ver muerto a su primogénito. No pudo rebatir aquel argumento, aún así lanzó un último alegato.

—En lo referente a las mujeres, no voy a disculparle, pero en lo concerniente a su investigación, hay que tener en cuenta que todo lo ha hecho para hallar la cura de la terrible enfermedad que se llevó a su madre y que sigue causando miles de muertes.

—Es verdad, ¿pero a costa de qué? ¿Está usted dispuesto a cargar en su conciencia con la muerte de más muchachas? ¿Está dispuesto a dejar que su hijo siga raptando, torturando y matando a más niñas inocentes hasta que encuentre esa cura? ¿Y si no la halla nunca, dejará que siga para siempre?

Emilio no contestó, se limitó a bajar la cabeza de nuevo y dejarse llevar por aquellas palabras que martilleaban su cabeza.

—Mire, sé que cuesta dar el paso y si usted no es capaz, lo haré yo. Ya he secuestrado, matado y perdido a un buen chico por el camino, no voy a echarme atrás ahora. Encontraré el modo de averiguar donde tiene a María y si Jaime me ayuda, espero poder terminar con esto antes de que esa muchacha sufra ningún daño.

—Tienes razón. Te ayudaré a encontrar su laboratorio. No dejaré que la hija del campanero muera. Esa niña ya ha sufrido mucho y no se merece morir por nada.

—Bien —dijo Leonor sonriendo—. Debe regresar e intentar estar informado en todo momento de lo que hacen él y su ayudante. Aunque el cochero esté de nuestra parte, nunca se sabe hasta que punto su lealtad es fuerte. Es mejor que no confiemos en nadie más que en nosotros.

—Te informaré cuando averigüe algo.

Regresaron por el lado opuesto de la finca por el que habían llegado y de camino a la salida Leonor le dijo como último intento para infundirle fuerzas.

—Creo que su esposa nunca habría querido que en su nombre se estuvieran cometiendo tales atrocidades.

—Yo también lo creo —reconoció Emilio antes de despedirse de su

anfitriona y regresar a Villa Carmen.

A las cinco de la tarde, Guillermo se desperezó y miró su reloj que como siempre tenía sobre la mesita cuando no lo llevaba colgado del bolsillo de su chaleco. Se sorprendió al darse cuenta que había dormido casi diez horas. Últimamente no conciliaba el sueño más de tres o cuatro horas seguidas. Sería el haber estado de nuevo en su cama o la tranquilidad de saber que los planes habían salido tal y como los había ideado, pensó. Se vistió, bajó a la cocina y le pidió a Juanita que le preparara un café con un bocadillo de panceta salada. Se lo comió junto a la ventana del comedor mientras el sol que por la mañana había brillado tímidamente, ahora lucía con gran esplendor y su calor le calentaba el rostro. Con la barriga llena, salió al jardín, se caló el sombrero y fue directamente a las cuadras en busca de su ayudante. Lo encontró junto a la calesa ya lista, con su hija en brazos mientras le contaba algo sobre como tratar a los caballos. La niña sonreía y se abrazaba a Jaime cuando este le agarraba de la mano para pasarla por el lomo del animal. Guillermo observó la escena desde fuera sin querer romper el momento y esperó a que fuera el chófer quien se diera cuenta de su presencia antes de hablar.

—Buenas tardes señor Caba.

—Buenas tardes, Jaime. Veo que tu hija está sana como una manzana.

—Sí, está mucho mejor que hace unas semanas igual que Camila que parece otra mujer. Debería de haberlas visto esta tarde cuando hemos salido a dar un paseo hasta la Fuente Redonda, lo alegres y joviales que estaban las dos.

—Me alegro enormemente, pero ahora debemos irnos. Quiero pasar por el pueblo antes de ir a... visitar esa amiga enferma.

A pesar que no había nadie más allí, Guillermo no quiso hablar abiertamente de María, quizá porque se sentía algo incómodo al tratar aquello delante de alguien tan inocente como Amelia aunque esta no entendiera lo que estaban diciendo o porque nunca se sabía quien podría estar escuchando en las sombras, pero no hizo falta que dijera nada más, Jaime le entendió perfectamente.

—Subo a dejar a la niña y estoy enseguida con usted.

—Lamento tener que separarte de nuevo de ellas, pero ya sabes que esto no puede esperar.

—Claro patrón.

Jaime ascendió al altillo triste y a la vez esperanzado al pensar que todo acabaría pronto de un modo u otro. No podía estar seguro que él saliera bien parado de aquello pero como mínimo sabía que tanto su mujer como su hija cambiarían pronto de vida para irse con sus padres lejos de aquella casa, lejos de aquellas personas ricas, orgullosas y prepotentes, acostumbradas a que les obedecieran a la primera sin plantearse los motivos que les llevaban a hacer lo que hacían.

Cuando bajó, Guillermo ya estaba montado en el interior del carro preparado para que Jaime arrancara. Cuando se perdían en la lejanía, llegaba Emilio de su visita a la casa Vicenç sin percatarse que su hijo acababa de marcharse por el extremo contrario del camino, pero supo que llegaba tarde al ver que el vehículo no estaba. Se maldijo por no haber podido seguirle y resignado se encerró en su despacho a limpiar su colección de armas hasta la hora de la cena, esperando estar de mejor humor para poder sonsacarle algo de información a Guillermo.

En el pueblo, Jaime compró víveres para poder alimentar durante unos días a María. En el hogar de la Torre solían preparar sopa con verduras, pan tostado y gachas para no tener que cogerlos de la casa o pedirle a la cocinera que los preparara y levantar así sospechas innecesarias. Cuando llegaron a Saladeures, todo estaba en calma como siempre. Nada se oía ni se veía desde fuera. Al entrar se notaba que el fuego de la chimenea se había consumido hacía horas. María seguía atada a la cama con los ojos muy abiertos y todos sus sentidos agudizados a la espera de poder encontrar una explicación a todo aquello. Al contrario de lo que hubieran esperado, la chica no se puso a gritar, no les exigió que la soltaran ni les amenazó con que alguien la iría a buscar como habían hecho otras antes. En su lugar, estaba callada, tensa pero sin intención de gastar saliva en balde.

—¿Por qué ahora? —Preguntó en un tono alto pero sin gritar.

—¿A qué te refieres? —Quiso saber Guillermo.

—Supongo que me han traído de vuelta a Santa Eugènia. Sé que son de aquí porque me lo dijo la señora Blanch.

Guillermo no contestó. Se limitó a apartar la mirada de ella y quitarse la chaqueta para colgarla en el respaldo de la silla y ponerse la bata blanca

que usaba cuando hacía sus experimentos.

—Imagino que habrá sido mi padre quien les ha pedido que lo hagan.

Aquello extrañó a Guillermo que a pesar de la curiosidad que sentía por saber el motivo que llevaba a la chica a lanzar tal acusación, siguió trasteando con los alambiques y plantas en la mesa de trabajo. Jaime escuchaba y observaba todo aquello mientras volvía a prender la chimenea.

—¿A caso cree que logrará que vuelva así?

El boticario no pudo ignorar por más tiempo sus palabras y preguntó:

—¿Qué padre haría tal cosa?

—El mio. No es una buena persona, me mandó a cuidar de su hermana que me ha tratado como a una sirvienta estos años. Ahora que empezaban a ser feliz y poder vivir de mi trabajo con los quesos, ha querido traerme de vuelta para que le cuide a él.

—¿Por qué haría tal cosa? —Había dejado de trabajar y girado hacia María le prestaba toda su atención.

—Está enfermo. Se muere y según me dijo necesita a alguien que le atienda en sus últimos meses de vida.

—Es algo comprensible.

—No para mí. Vino a buscarme hace unas semanas y me lo contó. Esperaba que sintiera pena y volviera con él aquí, pero le dije que no. Mi tía está mejor pero aún no puede valerse por sí misma, además me gusta la vida en el campo, me gusta hacer quesos y eso él no lo entiende.

Guillermo la miraba sin decir nada, esperando que la chica prosiguiera con su relato.

—Se enfadó. Me gritó y amenazó con llevarme a la fuerza. Piensa que le pertenezco. Dijo que como no estoy casada y soy menor de edad, puede hacer conmigo lo que quiera.

—¿Y por qué no se te llevó entonces?

—Mi tía lo impidió, no sé de dónde sacó las fuerzas para enfrentarse a él, pero le puso un cuchillo en la garganta y lo echó de su casa. Aún así, él prometió que en poco tiempo volvería con ayuda para devolverme a su lado.

—¿Y crees que nosotros trabajamos para él?

María no respondió, pareció entender que estaba hablando con alguien que jamás se dejaría dar órdenes por un don nadie como un simple campanero viejo y enfermo como su padre. Guillermo vio entonces el miedo reflejado en sus ojos. Aquel sentimiento que tan bien conocía y que tantas veces había visto en la mirada de las chicas con las que experimentaba. Supo que en aquel

instante María se había dado cuenta que su vida corría peligro. Se giró dando por concluida la conversación mientras oía a sus espaldas los sollozos ahogados de la muchacha. Dejó que llorara durante un largo rato. Jaime que había permanecido callado, a una distancia prudencial fuera de la mirada de María, preparaba en una gran olla de cobre sopa de patata y nabo esperando el momento en que pudiera quedarse a solas con ella y tranquilizarla. Ese momento llegó cuando el sol ya se había escondido por completo.

—Debo ir a ver al señor Tuneu antes de volver a Villa Carmen. Desengancha uno de los caballos y espérame aquí. Mientras tanto dale de comer a la chica y cuando regrese volveremos juntos a casa. No tardaré.

Jaime hizo lo que pedía su amo encantado de poder quedarse con María a solas. En ese momento se mostró amable y tranquilizador con ella.

—Debes comer —le dijo acercando el cuenco a su boca.

La chica apretó los labios y giró la cara.

—No has comido nada desde ayer. Necesitas alimentarte.

Ella solo cerró los ojos y las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas.

—María no voy a hacerte ningún daño, quiero ayudarte.

—Pues entonces dime por qué estoy aquí y deja que me marche.

—Aún no puedo hacer eso pero te prometo que muy pronto podrás irte.

—¿Por qué me habéis atado a la cama?

Jaime miró sus muñecas y tobillos donde las cuerdas habían empezado a sollar su blanca piel.

—Siento mucho que debas estar atada. Si quieres puedo quitarte las ligaduras un rato para que puedas comer por ti misma e ir a hacer tus necesidades, pero luego deberé volver a atarte.

—Vale —fue lo único que dijo ella.

Se mantuvo quieta mientras Jaime la desataba. Esperó a tener el último pie libre para incorporarse a la cama y en cuanto él se levantó para llevarle el plato de sopa que estaba sobre la mesa, esta aprovechó para huir. La puerta de la Torre no estaba cerrada con llave, pues no había ninguna necesidad de hacerlo, pero en cuanto Jaime vio salir a María se reprochó el no haber tomado esa precaución antes de liberarla de sus ataduras. Lanzó la escudilla al suelo y salió tras ella. Los dos cojeaban y no fue una carrera muy rápida, aunque Jaime era mucho más ágil y fuerte que ella y la alcanzó a pocos metros de la Torre, justo antes de llegar a los pies del castillo. Ella se resistió, pateó, escupió y le arañó pero debido a la diferencia de tamaño y fuerza,

finalmente Jaime consiguió llevarla de nuevo al interior del edificio con bastante trabajo. Entonces, sí cerró la puerta con la llave que se guardó en el bolsillo de su pantalón. Con la voz entrecortada por la falta de aire, reprendió a la chica.

—Has desperdiciado la oportunidad que te he dado para poder estar suelta. Ahora deberé atarte de nuevo.

—No, por favor —imploró ella—. No volveré a intentarlo.

—No te creo. Túmbate en la cama, voy a atarte de nuevo.

María se echó a llorar y a gritar algo inteligible para su guardián y este se acercó a ella para calmarla.

—Tranquila chiquilla, no voy a hacerte daño. Ya te he dicho que quiero ayudarte, pero debes entender que si mi amo llega y te ve así, no podré hacerlo. Me impedirá volver aquí y entonces estarás sola.

Poco a poco María se fue sosegando. Se secó las lágrimas y los mocos con el reverso de las mangas y aún con los ojos enrojecidos, miró a Jaime algo asustada pero mucho más tranquila.

—Quiero volver a Arbúcies.

—Y lo harás, te lo prometo, pero deberás tener paciencia. El patrón es un hombre frío y con genio, si se da cuenta que te estoy ayudando es capaz de matarme. —Exageró un poco para hacerle entender que no debía desobedecerle—. A partir de ahora intentaré que estés lo más cómoda posible mientras permanezcas aquí, pero tú debes prometerme que no intentarás escapar y que me harás caso en todo lo que te pida.

María asintió con un ligero movimiento de cabeza.

—Está bien. Ven, siéntate en la cama y come.

María no le contradijo. Se sentó en el centro del catre y esperó a que le sirviera otro bol de sopa caliente. La fue sorbiendo cuchara tras cuchara hasta terminarse todo el contenido.

—Ahora come un poco de pan.

Le tendió una rebanada que acababa de cortar de una hogaza de pan blanco que la muchacha, sin levantar los ojos del suelo, se terminó rápidamente mientras su semblante parecía que recobraba la paz y belleza del día que la conoció.

—Muy bien. Ahora voy a contarte mi plan —dijo Jaime.

Le relató, como si hablara con una niña de cinco años, lo ocurrido desde que se la llevaron de su casa: el cambio de jeringas en la calesa, los motivos de Guillermo para tenerla allí, lo que iban a hacer él y Leonor para

liberarla y encerrar a su amo. Todo. Se confesó a ella como quien lo hace ante un cura que sabe que por el secreto de confesión no podrá decir nada, pues en ese caso era María la que tenía más a perder si delataba a su carcelero. La chica pareció entenderlo y se relajó. Se dejó atar de nuevo a la cama tras regresar de orinar.

Poco rato después llegó Guillermo que encontró a Jaime arrodillado junto a la cama limpiando el suelo mientras María dormía o lo simulaba.

—¿Qué es eso que estás limpiando? ¿Acaso la chica ha vomitado?

A punto estuvo de decirle que era sopa, cuando cayó en que aquella era la oportunidad perfecta para hacerle creer que María estaba empezando a sentir los primeros síntomas del Botulismo.

—Sí, justo después de tomarse la sopa, la ha echado toda.

—No deberías de haberlo limpiado, hubiera tomado muestras.

—Lo siento patrón, pero olía tan mal que...

Guillermo soltó un largo bufido y sin perder tiempo se puso de nuevo la bata y le tomó la temperatura a la muchacha que al verse toqueteada abrió los ojos asustada.

—¿Te duele la cabeza, la garganta o el estómago?

María no dijo nada, miró a Jaime que colocado detrás de su amo le indicaba con la cabeza afirmativamente.

—Un poco —respondió ella en un susurro.

Guillermo siguió explorándola por encima de la ropa. Le palpó el vientre, le miró con una luz las pupilas y la garganta y tras comprobar que la temperatura corporal era de treinta y siete grados, estuvo seguro que María empezaba a mostrar los primeros signos de la enfermedad. Anotó todo aquello en la farmacopea y lo comparó con los resultados de los demás experimentos fallidos. Todo coincidía, así que no se lo pensó y preparó una jeringa con la anatoxina que había desarrollado tras la última muerte, poniendo todas sus esperanzas en que fuera la última vez que tuviera que hacer aquello.

—Sujétala por los brazos y las piernas para que no se mueva.

Jaime sabía como hacerlo. Era una técnica que ya había utilizado en varias ocasiones y que permitía inmovilizar a alguien que estaba tumbado boca arriba sin demasiado esfuerzo. Se colocó a un lado de la cama para poder agarrarla con una mano por los hombros y con la otra por el muslo. María se resistió pero no dijo nada, pues vio en Jaime una mirada de advertencia que ella entendió y se quedó quieta esperando que llegara Guillermo con la vacuna. Le subió la camisa dejando al descubierto el vientre

y con sumo cuidado le introdujo la aguja en el centro del ombligo, vertiendo por completo el contenido de la jeringa en su interior.

—Ahora solo hay que esperar. Esta vez debería funcionar.

—¿Qué le ha inyectado?

—Una vacuna desarrollada por mí a partir de la toxina del Botulismo.

—¿Quiere decir que le ha metido más infección de la que tenía?

—Sí, pero de menor toxicidad y que espero que sea capaz de encontrar y destruir a la enfermedad original.

—¿Cómo puede la misma enfermedad que intenta destruir curarse a si misma?

Jaime estaba realmente perplejo y asustado por permitir que su amo pinchara a María, esa vez sí, con el tóxico que tanto había intentado alejar de ella.

—No es fácil de explicar, pero he usado el mismo método que hace unos años Pasteur demostró que funcionaba en animales infectados de *Bacillus anthracis*. Él creó una cura a partir del mismo virus degradado. Demostró que sometiendo a la enfermedad a una alta temperatura, esta moría o se degradaba lo suficiente como para no desarrollarse totalmente en su huésped. Sigue produciendo algunos síntomas y malestares, pero no la muerte del enfermo.

—¿Entonces usted ha cogido la toxina mala, la ha quemado o hervido o lo que sea, y cuando esta ha perdido fuerza se la ha inyectado a María para que mate a las peligrosas?

—Simplificándolo mucho, sí.

Jaime empezó a sudar pensando en qué pasaría si esa vacuna entraba en un cuerpo al que no debía sanar y que por tanto ahora tendría trazas del Botulismo que antes no tenía. Arriesgándose a que descubriera su plan preguntó:

—¿Qué pasaría si se vacuna a alguien que no lo necesita? Esa toxina degra...

—Degradada —completó Guillermo.

—Degradada, ¿podría hacer que el paciente contrajera la enfermedad?

—No de un modo que pudiera matarle. Tendría síntomas como si tuviera la enfermedad pero no lo suficientemente fuertes como para causarle la muerte.

—¿Está seguro? ¿No debería probarla primero en algún animal?

—Si tuviera tiempo lo haría. Lo ideal sería inyectársela primero a un caballo para que este la metabolizara y luego sacarle sangre al equino para

crear una vacuna a partir del suero, pero en este caso la chica deberá hacer de conejillo de indias.

Aquello no tranquilizó en absoluto a María que deseó haber escapado cuando tuvo la oportunidad de hacerlo y no quedarse allí confiando en el cochero que había permitido que le inyectaran algo que haría que se pusiera muy enferma.

—Aquí ya no podemos hacer nada más. Volveremos por la mañana — dijo Guillermo cambiando la bata por la chaqueta y el sombrero—. Asegúrate que el fuego no se consuma en algunas horas y apaga los candiles. Yo te espero en el coche.

Jaime obedeció a su patrón mientras este salía al exterior. Antes de irse aflojó las cuerdas de María y le dijo:

—Tienes comida, agua y leña allí. —Señaló hacia la chimenea—. No intentes salir pues cerraremos la puerta por fuera y no hay otro modo de escapar. Por la mañana volveré.

—Jaime —la chica le miró con ojos asustados—, ¿eso que me ha pinchado va a matarme?

—Él ha dicho que no.

—¿Y tú le crees?

—Debo hacerlo, ahora ya no podemos volver atrás. Reza y no pierdas la esperanza.

Se marchó dejando a la chica con la única luz del fuego en la llar iluminando su cara mientras le pedía a Dios que la sacara de allí con vida.

Consciente que llegaba tarde y que eso molestaría a su padre, Guillermo entraba en Villa Carmen cuando el reloj de pie Longcase de estilo francés que reposaba en la pared oeste del comedor, dio las ocho y cuarto. Algo preocupado le dejó el sombrero a Santiago y se dirigió rápidamente al comedor, esperando poder plantearle a Emilio algo importante que llevaba días rumiando. La mesa ya estaba dispuesta para sentarse a cenar, pero Emilio aún no había salido de su despacho esperando el regreso de su hijo, el cual se sorprendió enormemente al comprobar que no estaba allí.

—¿Dónde está mi padre, Santiago? ¿A caso ya ha cenado?

—No, señor. Sigue en su despacho. Se ha pasado la tarde allí.

—¿Puedes llamarle, por favor?

—Claro señor.

El mayordomo se marchó al final del pasillo a paso lento y golpeó suavemente la puerta del despacho de Emilio Caba. Este le contestó con un simple «pase» y a los pocos segundos salían él y el sirviente.

—Buenas noches hijo ¿qué tal el día? ¿Has descansado bien?

Aquello aún dejó más perplejo a Guillermo que esperaba una reprimenda. Se alegró al ver que la cara de su padre parecía relajada y respondió:

—Sí, he dormido estupendamente y luego he ido al pueblo.

—¿A la farmacia?

—Sí, he estado hablando un largo rato con Antonio.

—Mucho rato al parecer, pues se te ha hecho un poco tarde.

Ahí estaba, ese comentario sí era propio de él, aunque lo dijo más como una observación que como una queja.

—Debíamos ponernos al día de mucho.

—Claro y ¿qué tal está su familia? Supongo que no muy bien.

—No mucho, como es de esperar. Ni él tampoco. Dolors era la niña de sus ojos y todos están muy angustiada por su desaparición.

—La verdad es que todos lo estamos. No la conocía personalmente pero me parece un hecho terrible todo lo que está pasando con las niñas

desaparecidas.

—¿Niñas desaparecidas? ¿Es que ha habido más de una?

—¿No lo sabes? Últimamente han aumentado las denuncias de desapariciones de chicas jóvenes. En los juzgados no se habla de otra cosa.

Por supuesto aquello no era cierto, no había más denuncias de lo habitual, pero era el modo de Emilio de poner a prueba la reacción de su hijo ante la noticia.

—Llama mucho la atención que todas sean de esa edad y que su complexión siempre sea delgada y aniñada.

—Sí que es curioso... Y preocupante.

—Y lo más extraño es que la mayoría vivía en la calle o en orfanatos. Parece que quien lo esté haciendo tiene muy claro que a nadie le importará que no vuelvan a aparecer.

—¿Es que cree que alguien se las está llevando?

—Eso dice la Guardia Civil.

Guillermo se puso en tensión, pensaba que nadie estaba buscando a esas crías. Hasta ese momento estaba convencido que su trabajo de selección, seguimiento y rapto era perfecto. Creía que aquellas muchachas eran unas desconocidas para quienes las rodeaban y que jamás nadie pondría una denuncia cuando desaparecieran. Ahora veía que se equivocaba y quiso seguir ahondando en el tema.

—¿Cuántas han sido?

—Hasta ahora seis.

—¿Todas de igual edad, complexión y estatus social?

—Sí.

Hubo un silencio solo interrumpido por Santiago sirviendo el jabalí con verduras en los platos de porcelana blanca. Cuando este abandonó la sala, Emilio reanudó la conversación queriendo tensar un poco más la cuerda.

—Tú que eres farmacéutico y estás acostumbrado a trabajar con todo tipo de drogas y pócimas; ¿crees que quien está raptar a esas chicas usa algo para dormirlas?

—¿Por qué me pregunta eso? En la farmacia no hacemos ese tipo de producto.

—Las gotas que me diste para descansar, usadas en gran cantidad sin diluir en agua, ¿no podrían hacer que una chica menuda cayera dormida al instante?

—Puede... no lo sé... quizá.

Sabedor que aquello estaba poniendo cada vez más nervioso a su hijo, Emilio siguió con las conjeturas.

—¿Se te ocurre para qué alguien querría a esas chicas?

—¡Como voy a saberlo! Hay gente muy enferma en el mundo, depravados, proxenetas, esclavistas y otros monstruos a quien una chica sana y joven podría serle útil.

—Sí, es algo que la policía ya está barajando pero quizá haya otra clase de persona que a la vista de todos pueda parecer respetable y honrado cuando en realidad bajo la superficie pueda esconderse alguien malvado e igual o más depravado que esos que acabas de mencionar.

Guillermo estaba deseando terminarse la carne y retirarse a su habitación, pero no podía dejar aquello a medias, así que intentó salir del paso como pudo.

—Siempre ha habido gente de esa clase. Tenemos ejemplos recientes en la historia como Jack el destripador que mataba a mujeres de la calle, Antoine Léger, que asesinó y violó a muchachas sin techo o Amelia Sach y Annie Walters, que acabaron con la vida de varios bebés.

—Es cierto, pero me estás poniendo ejemplos de hechos que sucedieron en Inglaterra y Francia, nunca en España se han dado tales atrocidades.

—Está usted mal informado, padre. En el norte, Juan Díaz de Garayo "el Sacamantecas", fue un violador, caníbal y necrófilo, que se cobró seis víctimas según dijeron.

—Pero eso pasó hace mucho tiempo y muy lejos de aquí.

—No hace tanto. Algunos de esos asesinos fueron ahorcados hace solo un par de años.

—Bien, pues tuvieron lo que se merecían, como cualquiera que haga lo mismo que ellos. Lo único que cabe esperar es que las autoridades hagan su trabajo y pillen a ese malnacido.

Guillermo tragó saliva. Era de esperar que su padre pensara de tal modo. Siendo abogado y con la rectitud moral de la que siempre hacía alarde, no podía ser de otra manera, aunque él no creía encontrarse en el mismo grupo que aquellos psicópatas a los que había estudiado y mencionado anteriormente. Se consideraba un hombre de ciencia que, al igual que otros antes que él, debía poner por encima de cualquier valor moral o prejuicio social, la salud del pueblo y el avance en la medicina. No podían hacerse tortillas sin romper los huevos y eso era lo que estaba haciendo él, causar

daño a unos pocos para que más tarde muchos se beneficiaran. Aunque estaba seguro que aquella sería la última vez que podría hacerlo, si su padre estaba en lo cierto y los casos de desapariciones estaban siendo investigados, solo era cuestión de tiempo que llegaran a él. Si algo había aprendido de todos aquellos casos de asesinos en serie, era que antes o después, de un modo u otro, siempre acababan pillándolos por no dejarlo a tiempo y se arriesgaban más de la cuenta cometiendo algún absurdo error que les llevaba directos a la horca. A él no le pasaría tal cosa, pues la vacuna funcionaría y en pocos días María podría... ¿Irse? ¿Dejaría que sin más regresara a su vida anterior? Sin duda lo delataría. Aquella muchacha era decidida y valiente, seguro que no aceptaría marcharse sin más y olvidar todo lo ocurrido. Aunque el experimento fuera un éxito y lograra recuperarse del todo, debería matarla como a las demás.

Se obligó a respirar profundamente y seguir comiendo como si nada, pues a pesar de querer huir de ahí, antes debía decirle algo importante a su padre:

—Supongo que ya lo habrá supuesto, pero quiero confirmarle que voy a ir a casa de los Bernard a presentar mis excusas a la familia y especialmente a Marie, por haberle hecho perder el tiempo.

—¿Te refieres a que has decidido seguir adelante con tu matrimonio con Leonor Piera?

—No, me refiero a que he decidido que voy a seguir soltero.

—¿Y Leonor ya lo sabe?

—Todavía no. Desde que nos vimos por última vez en Arbúcies, no hemos vuelto a hablar.

—Pero, ¿por qué no quieres casarte?

—Porque me he dado cuenta que mi vida es la medicina y que jamás podré hacer feliz a ninguna mujer.

Lo que realmente hubiera querido contarle a su padre era que jamás ninguna mujer podría llegar a significar tanto para él como Lola Ramos. Después de haberla perdido para siempre no quería saber nada de ninguna otra, y estaba decidido a consagrar su vida a la ciencia.

Por su parte Emilio estaba contrariado. Sabía como terminaría la relación entre Leonor y él, y por supuesto ya se había ocupado también de arreglar las cosas con Don Pedro para que su hermana no se creara falsas expectativas con Guillermo, pero no esperaba que su hijo fuera tan... honorable. Le creía un egoísta, jugador y mujeriego además de un hombre

despiadado y sin escrúpulos, pero ahora veía que además podía ser considerado y deferente con quien apreciaba. Sin poder hacer otra cosa para no revelar lo que sabía, se limitó a quitarle importancia y a darle la razón.

—Bien hijo, como quieras. Si ya tienes la decisión tomada...

Por la mañana temprano, cuando el sol asomaba tímidamente su corona por detrás del campanario y mucho más allá a espaldas del Montseny, Guillermo se desperezaba con las primeras luces. Poder abrir los ojos mientras los tenues rayos del sol matinales entraban por la ventana de su habitación orientada al este y lo teñían todo con reflejos rojos, amarillos y naranjas, era un pequeño placer del que no disfrutaba desde hacía semanas. Aquello anunciaba un comienzo que él esperaba que fuera de progreso. Deseaba con todas sus fuerzas que al llegar a la Torre, María se sintiera con ánimos para afrontar aquella jornada que sería decisiva para saber si todos sus esfuerzos e ilusiones de los últimos ocho años, habían sido en balde o por el contrario allí empezaría una carrera para que el mundo por fin recibiera la cura a aquella intoxicación masiva. Contento pues, y lleno de energía, se vistió y bajó a desayunar sabiendo que era demasiado temprano para que su padre estuviera levantado. Al momento de sentarse en la mesa aún desnuda, apareció en el comedor Juanita dispuesta a escuchar las peticiones para el desayuno de su amo.

—Tráeme un café con leche y unas tostadas con mantequilla.

Cuando la mujer abrió la puerta de la cocina, él añadió.

—¿Ha llegado ya el periódico?

—Sí señor, acaba de traerlo Pepet.

—Quiero leerlo, por favor. También voy a querer un zumo de naranja.

—Ahora mismo.

No era habitual que a él le interesaran las noticias que traían los diarios, pero después de la conversación con su padre de la noche anterior, buscaba entre las páginas de sucesos algo relacionado con la investigación de las chicas desaparecidas. Tras escrutar minuciosamente las hojas centrales, solo encontró un pequeño artículo que hacía mención a que tras cuatro semanas de la desaparición de Dolors Tuneu, no se sabía nada de la muchacha. Aquello le extrañó pero no le dio demasiada importancia, pues no era la primera vez que Emilio se enteraba de casos antes de que aparecieran en la prensa. Se terminó el desayuno y se marchó a las cuadras a por su fiel

ayudante. Jaime estaba cambiando la paja de los boxes cuando Guillermo le interrumpió.

—Prepara la calesa enseguida. Debo pasar por la Torre antes de ir a trabajar.

Sin responderle, el chófer dejó lo que estaba haciendo y se puso a enganchar a las yeguas al carro, se vistió con la levita, las botas y la gabina típica de su oficio y puso rumbo a Saladeures. Cuando llegaron no esperaban encontrar lo que vieron. María estaba tumbada en el suelo sobre un charco de vómito, junto a la chimenea encendida. Tenía los ojos cerrados y no reaccionó cuando ellos entraron. Guillermo se lanzó sobre el cuerpo para comprobar las constantes y al ver que el pulso era lento pero fuerte, se tranquilizó.

—Llévala a la cama —le ordenó a Jaime—, y ácala bien que al parecer anoche dejaste las cuerdas demasiado flojas y ha podido soltarse aún estando tan débil como está.

El muchacho hizo lo que se le pedía preocupado por el estado de María. La dejó con sumo cuidado sobre el catre y volvió a ligarla por brazos y piernas pero sin apretar demasiado las ataduras. Mientras le limpiaba la cara y el cabello con un trapo húmedo, Guillermo ya estaba preparando en un matraz de cristal una mezcla de plantas que machacó en el mortero con el zumo exprimido de dos limones. Todo eso lo puso a calentar mientras tomaba la temperatura a la chica.

—Dentro de diez minutos me dices que marca el termómetro. Yo debo terminar con esto.

Guillermo volvió a enfrascarse en sus pótimas, mientras Jaime junto a la cama, esperaba pacientemente a que pasaran esos diez minutos eternos conteniendo la respiración y rezando para que María abriera los ojos. Su respiración era regular y pausada y su piel estaba algo perlada por el sudor.

—El termómetro marca casi 39 grados.

—De acuerdo. Debemos hacer que baje. Intenta que tome un poco de esto.

Coló el resultado de la mezcla que había estado preparando en el alambique y se lo tendió a su ayudante en un vaso.

—¿Qué es?

—Ya deberías saberlo, no es la primera vez que se lo das a una de ellas.

Jaime lo miró a contraluz y lo olió, supo enseguida que se trataba de zumo de limón con salvia, caléndula, jengibre y miel para endulzarlo. Aquello,

según le había contado con anterioridad su amo, reducía la temperatura corporal además de ser un potente antiséptico, antiinflamatorio y ayudaba a reforzar el sistema inmunitario. Antes de dárselo a María intentó que abriera los ojos. Le dio un par de cachetes suaves y la ayudó a incorporarse, sujetándole la nuca. A duras penas pudo mantenerse erguida lo suficiente como para tomar dos sorbos.

—No puedo tragar —dijo con un hilo de voz—, me duele mucho la garganta.

Al oírlo, Guillermo dejó lo que estaba haciendo y se acercó a la cama. Con la ayuda de un foco que fue pasando del ojo derecho al izquierdo y viceversa, se dio cuenta que la chica sufría de estrabismo. Era algo leve, pero claramente el ojo derecho estaba desplazado hacia arriba en comparación con el izquierdo.

—¿Ves doble?

—Algo borroso.

María intentó fijar la vista en el faro que aún estando totalmente quieto frente a su cara, a ella le dio la sensación de que se movía levemente por las imágenes superpuestas de la visión doble.

—Veo más de un quinqué.

—Jaime que se acabe el preparado para la fiebre —dijo Guillermo antes de escribir en su farmacopea «A las diez horas de suministrar vacuna, sujeto presenta estrabismo, disfagia y diplopia».

Con mucha paciencia y múltiples quejas por parte de la chica, el cochero fue suministrándole todo el contenido del vaso a pequeños sorbos. Al terminar María volvió a tumbarse y a cerrar los ojos totalmente agotada.

—Dime, ¿notas los brazos y piernas pesadas, te cuesta moverlos? — Quiso saber el boticario listo para anotar la respuesta de María.

—No, solo estoy muy cansada.

Él anotó a continuación de lo anterior «Sin síntomas de parálisis muscular». Guardó la libreta en el bolsillo interior de su chaqueta, se quitó la bata y tras calarse el sombrero le dijo a su ayudante.

—Llévame a la farmacia y luego vuelves y pasas la mañana con ella. A mediodía cuando vengas a recogerme me traerás de vuelta.

Jaime conocía el procedimiento. Siempre había sido igual. Su amo hacía su vida normal sin levantar sospechas, mientras él se encargaba de vigilar y cubrirle las espaldas para que él pudiera hacer como si nada. En esa ocasión lo agradeció. Normalmente se tomaba aquello como un robo de su

tiempo, como un trabajo secundario que no quería hacer, pues para eso ya tenía a su propia hija, pero con María era distinto. Se había tomado sus cuidados como un propósito personal del que no quería renunciar y además aquello también le permitiría avisar a Leonor en cuanto viera que podía dejar sola a María unas horas.

Contradiciendo las órdenes de su amo, Jaime no volvió a la Torre para cuidar de María, sino que se marchó directamente desde la farmacia a Vic. Creía que la muchacha podría quedarse algunas horas sola. Había algo más imperioso que debía hacer para ayudarla. Necesitaba hablar urgentemente con Leonor. Ella jamás le dijo donde encontrarla, su plan era esperar a que alguien de su confianza la avisara en cuanto llegaran de Arbúcies para poder mandar a la Guardia Civil al escondite de Guillermo y pillarle. De eso ya iban a cumplirse tres días y desde que la mujer partiera de la Gabella no había tenido más noticias de ella. El chófer había realizado un sin fin de conjeturas, como que ya no le interesaba salvar a María y pretendía esperar a que esta muriera para que así, en el momento en que llegaran las autoridades, el drama fuera mayor. También había llegado a pensar que esa persona de confianza la había traicionado sin informarla de su llegada. Otra posibilidad que se le había cruzado por la mente era que la hubieran relacionado con el asesinato de Rodrigo y ahora fuera ella quien estuviera apresada. Como la incertidumbre le estaba matando y no podía confiar en nadie, se decidió a averiguar donde se alojaba e ir él personalmente a verla. Recordó que la primera persona con quien contactó Leonor al llegar a la comarca había sido Miguel, el amigo fiestero y poco recomendable de Guillermo. Por supuesto no podía ir directamente a él a preguntarle, o el farmacéutico se habría enterado en pocas horas, pero si podía sonsacarle a su chófer la información. Conocía a Julián y sus incontrolables ganas de hablar más de la cuenta cuando tomaba más de una copa.

En menos de media hora Jaime se plantó delante de la taberna donde solían reunirse durante los descansos los conductores de calesas de la ciudad. Encontró a Julián con una pinta en la mano en una esquina de la mesa de billar, mirando como otros jugaban. A pesar de no ser más de las nueve de la mañana, una docena de hombres, todos con levita larga de mayor o menor calidad, dependiendo de para quien trabajaran, tomaban vino, cerveza o aguardiente mientras hablaban, jugaban a las cartas o lanzaban unas carambolas. Se acercó a la mesa de billar, orgullo del propietario que siempre

contaba que había sido rescatada de una vieja casa cuando el amo fue desahuciado de ella. Al parecer todos sus muebles fueron subastados y él la consiguió tras pujar contra un señorito que no se lo puso fácil, pero que a parte de dinero no tenía los arrestos que a él le sobraban para llegar hasta el final y conseguirla. Así fue como se convirtió en el único con una mesa de billar en su local, que ahora se llenaba todas las tardes de hombres que hacían cola para jugar.

—Hola Jaime, ¿cómo estás? Hacía tiempo que no te veía por aquí.

—Estoy bien ¿y tú qué tal, Julián?

—Como siempre, de acá para allá con el señorito Miguel.

—Claro, como todos. A ver cuando sientan la cabeza y se quedan en casa para que podamos descansar nosotros también.

Tanto Julián como los otros chóferes allí presentes, asintieron y se rieron. Algunos de aquellos hombres, la mayoría jóvenes, recién casados y con niños pequeños, vivían en la misma situación que Jaime, pendientes de sus patronos a expensas de las salidas a altas horas de la noche, regresando de madrugada a sus casa, sin horario fijo, causándoles perjuicios para su salud y vida familiar.

—¿Quieres que echemos una partida al billar? —Propuso Jaime para no parecer demasiado ansioso en conseguir la información que había ido a buscar.

—Claro, creo que estos señores ya han terminado, ¿verdad Faustino?

Un conductor de pronunciada panza, con una levita sencilla de color gris sin adornos, cedió su taco a Julián y el contrincante de este, hizo lo propio con el suyo a Jaime.

—Mañana quiero la revancha —dijo el hombre de la gran barriga.

—Mañana no puedo —respondió el otro—, voy a estar todo el día de viaje con el alcalde por Barcelona.

—Entonces te invito a una jarra de cerveza.

—Hecho, aún me queda un rato hasta que el corregidor salga de su reunión.

Los dos hombres se alejaron hacia la barra cuando Julián afilaba su taco con la tiza. Tiraron una moneda al aire para decidir quien empezaba y la suerte se puso del lado de Jaime, que se tomó aquello como una señal y en cuanto las tres bolas estuvieron colocadas sobre el tapete, se posicionó en una de las bandas para hacer el primer lanzamiento. Se concentró en tocar la bola que se le había asignado para que esta golpeará primero la banda larga, luego

la corta y antes de tocar la bola blanca, rozara por tercera vez de nuevo la banda larga. El tiro le salió perfecto, la bola de marfil roja hizo el recorrido tal y como él había previsto. Aquello le daba un punto de ventaja sobre Julián pero a él lo que le interesaba no era tanto ganar como saber donde estaba Leonor, así que empezó con su estrategia para sacarle al otro conductor la información.

—Mi amo está algo molesto con el tuyo —dijo sin levantar la cara del tapete mientras calculaba su próximo lanzamiento.

—¿Por qué?

—Cree que su prometida y el señor De Castro se ven más de lo que deberían.

—¿Eso piensa? Pues está bastante equivocado porque que yo sepa hace mucho que no se ven.

Jaime empujó el taco contra la bola roja para intentar hacer la misma jugada anterior pero en esa ocasión falló el tiro.

—Parece que me toca a mí —dijo Julián colocándose en un extremo de la mesas con su taco en posición horizontal para lanzar.

—No es eso lo que tengo entendido. He oído que se pasa muchas tardes por casa de sus padrinos para verla.

—¿Por la finca Vicenç?

Era costumbre de Julián responder casi siempre con otra pregunta. Esta vez Jaime no contestó y dejó que el propio hombre rumiara si aquello era cierto o no.

—Hace semanas que no le llevo a Sentfores. Quien le haya dicho eso a tu amo, o se ha equivocado o tiene muy mala baba y quiere que el señor De Castro y el señor Caba se peleen.

Jaime estaba satisfecho, parecía que poco a poco al chófer se le iba soltando la lengua. Decidió seguir tirando del hilo.

—Creo que fue la semana pasada cuando alguien le dijo a mi amo que vio al tuyo enfilando la cuesta de... ¿como se llama la calle que da a la casa de los señores Vicenç? —Simuló que tenía el nombre en la punta de la lengua pero no le salía—. La calle...

—Calle de Sant Martí sería, es la que atraviesa el puente de piedra de la parte norte de la ciudad y va a parar a la cuesta de Sant Martí. Tuvo que ser allí porque más adelante está el camino privado de la propiedad donde unos altos setos tapan la carretera principal y por donde solo acceden los que quieren llegar a la finca.

Aquella explicación era más que suficiente para encontrar la casa, ahora sabía como llegar y cómo hacer para no ser visto si quería hablar con Leonor.

Terminaron la partida rápidamente. Jaime no dio pie con bola y dejó que Julián se llevara su recompensa por la ayuda prestada regalándole la victoria.

—Otro día apostaremos ¿te parece?

—Otro día no me vas a ganar tan fácilmente —repuso Jaime molesto por los alardes que se estaba dando el otro por algo que no era mérito suyo.

—Me parece que las horas de enclaustración a los que te tiene sometido tu patrón, han hecho que pierdas habilidades con el taco, amigo mio.

Jaime no quiso desmentirle, pagó la pinta que se había bebido durante la partida y se marchó veloz a las afueras de la ciudad, dejando por el momento la calesa aparcada donde lo hacían la mayoría cuando esperaban que los propietarios terminaran sus reuniones o visitas en el centro por donde era difícil circular con ellos. El paseo hasta la casa Vicenç le llevó casi una hora. Cuando vislumbró la propiedad delante suyo, se apartó del camino principal y rodeó el jardín resiguiendo la pared de piedra que delimitaba el jardín de los campos de cultivo. Era un terreno extenso, abrupto y difícil de recorrer por los profundos surcos hechos en la tierra con el arado, aún así se obligó a dar largas zancadas para sortear las acequias y en pocos pasos plantarse en la parte trasera de la casa por donde podía verse la salida de la finca al jardín. Allí estuvo un largo rato mientras esperaba ver aparecer a Leonor. Antes de llegar no se había planteado la posibilidad que ella no estuviera en la casa o que de estar, se quedara dentro, imposibilitando el encuentro. Ya estaba ideando el modo de saltar el muro y colarse por la puerta de servicio, cuando Leonor salió al jardín con una cesta y unas tijeras, claramente dispuesta a cortar unas rosas que apenas empezaban a florecer pegadas a la pared de piedra. El cochero se asomó por detrás del rosal dándole un gran susto que por poco la tira de espaldas al suelo. Se repuso como pudo del sobresalto y antes de dirigirse a él, miró que no hubiera nadie a su alrededor para decirle:

—¿Estás loco? ¿Por qué has venido? ¿Te ha visto alguien? ¿Estás solo?

—Sssshhh —le indicó él dando manotazos al aire para que se callara —. Debía decirle algo importante y usted no se ha puesto en contacto conmigo, así que he venido hasta aquí solo. No me ha visto nadie.

Leonor dejó la cesta en el suelo pero no las tijeras que agarró con

fuerza en su mano derecha dispuesta a usarlas si fuera necesario.

—¿Le ha pasado algo a María o es que Guillermo se ha enterado de nuestro plan?

—Si se calla podré explicarle el motivo que me ha hecho venir, que por cierto no ha sido nada fácil. Vive usted en un lugar muy apartado y antes de llegar he tenido que averiguar donde se alojaba porque como no me dijo...

—¿Vas a decirme de una vez qué quieres o vas a esperar a que alguien nos vea?

Jaime tragó saliva y se centró en lo que realmente importaba.

—Debe darme más tiempo antes de mandar a la Guardia Civil a por el señor Caba.

—¿Por qué?

—María está enferma y sin los cuidados de mi patrón no sobrevivirá.

—¿Has dejado que él la infecte?

—Yo no le dejé, pero es largo de contar. Lo único que debe saber es que por ahora María debe seguir bajo sus cuidados.

—¿Entonces qué hacemos? Ya estaba casi lista para que detuvieran a Guillermo en los próximos días —mintió Leonor.

—Pues deberá esperar.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé. Unos días, unas semanas. No lo sé. Es la primera vez que veo algo así y ni el señor Caba sabe la reacción que puede tener eso sobre la chica o si se recuperará del todo.

—Mira Jaime, ahora no puedo hablar, mi madre y la señora Vicenç están dentro y este tema no puede tratarse en un minuto. Nos veremos mañana a medianoche bajo el puente de Queralt.

El chófer lo pensó y creyó que para esa hora debería estar en casa con lo cual no le sería difícil escaparse con la excusa de siempre sin que su mujer sospechara.

—Está bien.

El hombre se agachó cuando oyó voces saliendo de la casa y en cuanto estuvo seguro que las mujeres se alejaban, pudo salir huyendo campo a través y llegar de nuevo al camino de entrada sin ser visto y de ahí regresar a por la calesa de su amo en el centro de Vic.

—Llegas tarde —dijo enfadado Guillermo en cuanto Jaime detuvo la calesa frente a la farmacia y se bajó de un salto para abrirle la puerta a su amo —. Sabes que tenemos el tiempo justo para ir a la Torre y llegar a casa antes

que mi padre pregunte más de la cuenta.

—Lo siento patrón, volviendo de allí, se me ha salido una rueda y...

—Me da igual, no me cuentes excusas. —El boticario ya había colocado un pie dentro de la cabina cuando se giró hacia su chófer y dijo en un tono susurrante pero contundente—: Ahora ya no podré ir a ver a María hasta después de mi jornada de la tarde.

Esperó a que Jaime cerrara la puerta y por la ventanilla dijo algo más relajado.

—¿Cómo ha pasado la mañana?

—Mmmm... Bi... Bien. Durmiendo —dijo con la esperanza de que realmente hubiera sido así.

—Has tenido suerte que no sufriera ningún ataque sin estar yo allí, ahora llévame en seguida a Villa Carmen.

Durante todo el camino a casa, Jaime no dejó de regañarse por no cuidar de María. ¿Y si había sufrido un ataque? ¿Y si mientras él no estaba, la muchacha se había ahogado con su propio vómito? No sería extraño. Casi siempre lo hacían, aunque la mayoría de veces había alguien con ellas para tumbarlas de lado y evitar que se lo tragasen. Quizá María había despertado y gritaba de dolor por los fuertes espasmos abdominales que provocaba la toxina al pasar por el sistema gástrico, o lloraba porque no podía mover sus brazos y piernas. El modo en que se expresaba esa enfermedad era terrible. Jaime recordaba como la infección atacaba a los músculos de las chicas, provocándoles parálisis en todo el cuerpo de tal modo que llegaba un momento en que ni siquiera eran capaces de hablar o tragar, con lo cual adelgazaban hasta el punto de quedarse casi en los huesos antes de fallecer por una insuficiencia respiratoria. Rezaba para que María no tuviera que pasar por todo aquello. No sabía si se recuperaría, pero por lo menos quería hacer todo lo que pudiera para evitarle a toda costa el sufrimiento.

Las siguientes horas fueron angustiosas para Jaime. A cargo de María que seguía tumbada y atada por los pies al catre de la Torre de Saladeures, sufría al ver como su salud empeoraba por momentos. Tenía los síntomas típicos de la enfermedad, aunque en su caso se habían manifestado mucho antes de lo habitual. En las otras chicas, la flacidez muscular y la dificultad para respirar, no aparecían hasta el quinto o sexto día, pero en su tercer día, María ya empezaba a no poder mover las extremidades. Ahora Jaime, sentado junto a la cama, anotaba en una cuartilla de hojas amarillentas, cualquier pequeño cambio que observaba en el cuerpo de la muchacha y las respuestas a las preguntas que su amo le había indicado que debía hacerle: ¿ves doble? ¿te cuesta tragar? ¿sientes náuseas? ¿tienes ganas de ir de vientre? ¿tienes hambre?... En todos los casos la respuesta era afirmativa, excepto en las dos últimas. Llegados a ese punto, el chófer sabía que si su estado empeoraba hasta el punto en que la chica no pudiera tragar nada, lo próximo sería hacer que la comida en forma de papilla llegara directamente al estómago a través de un embudo unido a un tubo de goma. El proceso era realmente desagradable, pero necesario para que las pacientes no murieran de inanición a los pocos días. En algunos casos, habían tenido a las pacientes en estado casi vegetativo durante dos o tres semanas, con respiración asistida y alimentación forzada.

Aprovechando que María intentaba abrir los ojos, Jaime le preguntó:

—¿Cómo te encuentras? ¿Quieres un poco de agua?

—Sí, tengo la boca muy seca y la lengua hinchada.

Le acercó un vaso y la ayudó a incorporarse lo suficiente para que el agua no se derramara. A pesar del esfuerzo por tragar, a María le fue casi imposible tomar más de dos sorbos, cayéndose casi todo por la comisura de los labios.

—Tranquila, es un efecto de la toxina.

—¿Cuánto me queda? —Preguntó sin poder abrir los ojos debido a la caída de ambos párpados, signo evidente del avanzado estado de la enfermedad en su organismo.

—No vas a morir. Según el boticario, empeorarás mucho antes de empezar a mejorar.

María volvió a tumbarse y dejó caer los brazos a ambos costados del cuerpo.

—Las cuerdas de los pies no son necesarias, apenas puedo mover ningún músculo del cuerpo.

Jaime entristeció al ver a María tan débil sin poder aliviar su sufrimiento. No hizo ni dijo nada más después de aquello, siguió con los ojos cerrados sin moverse mientras él esperaba el momento de ir en busca de su amo a la farmacia.

Tras recogerlo en el centro del pueblo, fueron directamente a la Torre.

—Enséñame lo que has anotado durante la tarde —le ordenó su patrón con el brazo extendido hacia Jaime.

—Se ha pasado buena parte de ella tumbada sin abrir los ojos. —Bajó la voz para evitar que María pudiera oírle—. Está llegando a la fase crítica. Pronto dejará de respirar por sí mismas.

Guillermo no le respondió, se limitó a leer los apuntes con mala letra que el chófer había tomado y llegó a la misma conclusión:

—Si durante la noche no mejora, mañana tendremos que intubarla.

—Creía que con la vacuna evitaríamos tener que llegar a ese punto.

—Pues ya ves que no.

—Pero usted dijo que...

—Yo dije que inyectándole una pequeña cantidad de la toxina, manifestaría signos de la enfermedad, sin llegar a matarla. —Había alzado la voz mucho más de lo que pretendía. Al darse cuenta, soltó el aire y dijo algo más calmado—: O al menos eso creía. Quizá deba reajustar las proporciones para la próxima vez.

—Pero usted dijo que sería la última, que había encontrado el modo de hacer que la toxina no la matara y mírela —señaló a María tendida como una muñeca de trapo—, ni siquiera puede abrir los ojos.

—Sé lo que te dije y también sé que estás más preocupado por largarte que por encontrar un remedio para el Botulismo. Cumpliré con mi palabra. En cuanto terminemos con ella, podrás irte, ya encontraré a otro que ocupe tu lugar.

—Pensaba que si esto no salía bien, dejaría de intentar encontrar la cura. Me dijo que para usted esta también sería la última.

Guillermo no quería discutir, no tenía porque justificarse ante su

serviente, así que le dio la espalda, se quitó la chaqueta (que como siempre colgó en el respaldo de la silla) y se puso su habitual bata blanca. Al volverse de nuevo hacia el centro de la habitación, vio al chófer tan afectado junto al lecho de María, que dijo para intentar animarle:

—Aún es pronto para saber si seguirá empeorando o por el contrario yo estaba en lo cierto y en las próximas horas manifestará una mejora.

Encendió el mechero de gas para hervir agua mientras abría un saquito de arpillera con un polvo oscuro y lo echó en el recipiente que se estaba calentando. Por el olor que se desprendió casi al instante, Jaime supo qué era y se acercó a la mesa algo incrédulo.

—¿Es que va a preparar café?

—Claro, voy a pasarme la noche en vela y lo necesitaré, pero además mezclaré una parte con cardamomo y unas gotas de cocaína para María, le ayudará a respirar mejor.

—¿Y usted cree que eso va a funcionar?

—La cafeína junto con la cocaína es un potente excitante que estimulará su sistema nervioso central para que los músculos torácicos se reactiven.

—¿Y esas semillas?

—Se llama cardamomo y hará que aumente la salivación y pueda tragar mejor.

Jaime pareció relajarse un poco al comprobar que su amo no había tirado la toalla con María y estaba pensando en soluciones para que estuviera más cómoda.

—Ahora puedes irte y llevarte el carro.

—¿No quiere que me quede?

—No, prefiero estar solo.

—Puedo venir a sustituirlo dentro de unas horas si quiere.

—No hace falta. Ven a buscarme mañana temprano para que pueda ir a casa a cambiarme de ropa y si mi padre te pregunta... —lo sopesó unos segundos— No te preguntará, esta noche tiene una cena con algunos miembros del Club y volverá tarde.

Hizo un gesto con la mano despachando a su ayudante y al ver que este seguía plantado con la mirada fija en María, tuvo que insistir:

—¿Es que piensas quedarte como una estatua ahí de pie? Márchate ya y descansa, que mañana te tocará velarla hasta mediodía.

Jaime abandonó Saladeures totalmente abatido, con el único deseo de

meterse en la cama y no salir hasta que todo hubiera pasado. A pesar de ello, al llegar a las cuadras le alcanzó el olor de lo que Camila estaba guisando y eso le recordó que tenía una familia. Una a la que mentía todos los días y de la que no se sentía digno, pero que dependía totalmente de él. Subió las escalera dispuesto a hacer pasar la vergüenza por cansancio. Cuando entró en la cocina, Camila estaba de pie junto al fuego removiendo la olla. Se acercó a ella y le apartó el pelo que se había acostumbrado a llevar suelto a petición de él, y la besó en el cuello.

—Hola querido ¿tienes hambre?

—La verdad es que estoy más cansado que hambriento, aunque lo que hay en la olla huele de maravilla.

—Deberías descansar un poco mientras termina de hacerse, no tienes buen aspecto.

—Iré a ver a la niña ¿está durmiendo?

—Acabo de dejarla en su cuna, quizá aún siga despierta.

Con cuidado se acercó a la alcoba y se asomó por encima de la cuna, que no era mucho más grande que una caja de fruta. Amelia estaba dormida, así que se sentó en la cama y la observó. Aquel gesto le recordó a lo que había estado haciendo durante toda la tarde con María y se echó a llorar. Fue un llanto silencioso, ahogado, pero donde una cantidad ingente de lágrimas cayeron por rostro y cuello, empapando sus rodillas. Durante más de diez minutos dejó que toda la impotencia, frustración y rabia, salieran sin control. No se sintió mejor, pero si algo más ligero, como si soltar aquellos sentimientos acumulados en los últimos días, le hubieran despejando la mente, dejando paso a una firme determinación de salvar a María y Dolors Tuneu, aunque le fuera la vida en ello. La voz de su mujer desde la cocina le devolvió al mundo real.

—Jaime, la cena está lista.

Antes de presentarse ante su esposa, se lavó bien la cara y se puso otros pantalones. Camila ya le estaba esperando sentada con dos escudillas de estofado de gallina con patatas y dos jarras de vino encima de la mesa.

—Deberías tomarte descansos más largos, este mediodía apenas has parado para comer.

—Sin trabajo no se obtiene descanso y sin lucha no se obtiene victoria.

—Creo que estoy de acuerdo con lo primero, pero no entiendo muy bien porque dices lo de la lucha. ¿Acaso estás enzarzado en alguna?

—No querida, era solo una expresión. —Para hablar de otra cosa,

Jaime preguntó—: ¿Cómo habéis pasado la tarde?

—Hemos estado mirando como trabajaban los obreros en el lago desde lo alto del puente.

—¿Así que ya han empezado a redirigir el cauce del río?

—¡Sí, y ya era hora! —Exclamó Camila masticando un trozo de pan mojado en el caldo del estofado—. Se estaba hablando mucho últimamente en el mercado sobre el tema. Sobretudo los payeses que viven exclusivamente de sus cultivos. Estaban cansados y con razón, de las malas cosechas por culpa de no tener suficiente agua para regar las hortalizas.

—¿A caso le echan la culpa de la sequía a la familia Caba?

—No, pero si creen que son muy egoístas al impedir que no les llegue todo el agua que les toca porque ellos quieran navegar en sus barquitas un domingo de cada tres meses.

Jaime reflexionó aquella respuesta. Había olvidado lo inteligente y reivindicativa que podía llegar a ser su mujer algunas veces. Le gustaba verla así, hablando de algo que no fuera su hija o su estado de salud. Definitivamente Camila parecía otra desde que volviera de Arbúcies y le agradaba el cambio.

—¿Cómo ha pasado la noche? —Quiso saber Jaime en cuanto cruzó la gruesa puerta de roble de la Torre.

—Algo mejor que la tarde —respondió con voz cansada Guillermo—. Cuando se tomó la mezcla de café con cardamomo, empezó a respirar con más fluidez, aunque el peligro no ha pasado. Debemos tenerla vigilada todo el día de hoy y seguir anotando cualquier pequeño cambio que se produzca en su cuerpo.

El ayudante estudió los cachivaches, mejunjes y demás objetos que reposaban sobre la mesa de trabajo para intentar dilucidar qué había estado haciendo su patrón las últimas horas. Nada que no hubiera visto antes: algunos albarellos de porcelana donde podía leerse lavandula, aloe feroz, elettaria cardamomum, eucalyptus y algunas plantas que conocía bien como salvia, romero, hinojo, tomillo, verbena o violeta de asno, indicadores sin duda, de que había estado dándole a María infusiones y tes de hierbas, para que sus músculos no perdieran por completo la movilidad y el cerebro recibiera un aporte extra de oxígeno. Sin embargo, sí hubo algo que llamó su atención, un botecito de cristal pequeño con un líquido ámbar.

Se acercó a la mesa y lo tomó en sus manos. Como estaba abierto, se lo llevó a la nariz para olerlo. El tufo hizo que lo retirará enseguida.

—¿Qué es esto?

—Déjalo en la mesa. Es algo muy valioso y escasísimo que podría salvarle la vida a la paciente si tiene un ataque.

Guillermo se acercó y tras quitárselo de las manos lo tapó a presión con un corcho y lo dejó en lo alto de la estantería, donde apenas alcanzaba su mano.

—¿Qué es? —Volvió a preguntar Jaime.

—Epinefrina.

—¿Qué?

—Es para aumentar el ritmo cardíaco y expandir los músculos torácicos para que pueda respirar mejor, pero si se manipula incorrectamente o se le da una dosis superior a la adecuada, podría tener consecuencias

nefastas.

—Parece peligroso.

—Y lo es si no se inyecta por un profesional. Debe clavarse la aguja directamente en el corazón para que funcione en caso que se produjera un paro cardíaco. —Guillermo le mostró el modo de hacerlo fingiendo que tenía sobre la mesa el cuerpo de alguien inconsciente—. Lo tengo solo en caso de extrema necesidad. Además lo he hecho traer de Alemania, directamente del laboratorio de un químico amigo mio, Friedrich Stolz, que lo ha sintetizado y aislado hace muy poco. Hay que manipularlo con mucho cuidado porque podría decirse que aún está en una fase experimental.

A Jaime se le quitaron la ganas de tocar nada más de lo que había sobre la zona de trabajo. En su lugar se volvió hacia la cama donde María seguía con los ojos cerrados y se sentó en la silla que había junto a ella. Aún estaba caliente, señal de que su amo había pasado un largo rato junto a María, velándola. Ahora era su turno, en cuanto llevara a su amo a cambiarse a Villa Carmen y lo dejara en la farmacia, se pasaría el resto del día cuidando de ella. Aquella tarea ya no le parecía tan baldía ni una pérdida de tiempo como en ocasiones anteriores, cualquier cosa que pudiera hacer por ella le parecía poco.

—Tira algunos leños al fuego y vayámonos, quiero llegar pronto a la farmacia para poder preparar algunos específicos que voy a necesitar esta noche, y tú tienes encargos que hacer en el pueblo.

—¿Es que va a volver a quedarse la noche en vela?

—Es necesario si quiero estar aquí para cuando la chica presente los primeros síntomas de mejoría.

—¿Y si lo hace mientras esté yo de guardia?

—Podría pasar, pero dudo que sin los medicamentos que yo le suministroo haya grandes cambios. Esta noche probaré algunas cosas que he estado estudiando las últimas horas y que creo que podrían acelerar la recuperación de María.

Era la primera vez que Jaime le oía pronunciar su nombre. Por lo general tenía siempre la costumbre de tratar a las pacientes como lo que eran, cuerpos en los que experimentar y de los que no encariñarse ni ponerles nombre ni rostro por si sucedía lo que finalmente acababa pasando el cien por cien de las veces. Eso le hizo albergar esperanzas en la confianza que parecía tener el boticario por la recuperación de la chica.

En cuanto dejó a Guillermo en su puesto de trabajo, se dispuso a

comprar todo lo de la lista que le había entregado su amo. La primera parada sería en el mercado, donde se haría con fruta, huevos y habas, que debería tomar María para que el ácido fólico retrasara la degradación de las células. Cuando se disponía a pagar, escuchó que las dos mujeres que estaban a su lado tenían una conversación un tanto acalorada.

—A mí me han dicho que se ha escapado porque no soportaba a su tía y que tampoco quería volver con su padre.

—¿Pero dónde va a ir una chiquilla tan joven, sin perras y coja?

—Pues con cualquiera que le dé un techo y un trozo de pan, mejor que la vida que llevaba a cargo de esa mujer, cualquier otro lugar es mejor.

—También he oído que el campanero ha salido en su busca hasta Arbúcies.

—¡A buenas horas mangas verdes! Ese solo se acuerda de Santa Bárbara cuando truena. Pudo ir a por su hija hace años y en cambio la ha dejado en el culo del mundo lejos de su pueblo hasta que ha desaparecido.

Todas sus alarmas se encendieron y fue enseguida a contárselo a su patrón a la farmacia.

—Está bien que me lo hayas venido a decir, pero ahora vete a la Torre y déjame a mí el resto. Debemos actuar como si nada.

Aquello fue lo único que consiguió sacarle a un Guillermo que más que alterado o nervioso por la información, parecía aliviado al saber que por fin algo salía como estaba previsto. Aún tenso por no ver en el farmacéutico ni un ápice de inquietud, se marchó sin perder tiempo junto a María, que parecía no haber movido ni un solo músculo desde que se marcharon hacía un rato. La contempló mientras se cocinaban las habas. Su cara estaba relajada como cuando los niños duermen tras un largo día de juegos, teniendo la conciencia limpia de todo remordimiento. No parecía que le sucediera nada, sino más bien que estuviera teniendo un profundo sueño tranquilo y reparador. La hubiera dejado así el resto del día, pero sabía que necesitaba comer y él quería comprobar su estado, que solo podía hacer hablando con ella, así que la despertó con cuidado. Le dio unos golpes en el hombro, que ahora descansaba en su postura natural al no estar atada a las barras de la cama desde hacía algunas horas (no tenía sentido puesto que tampoco hubiera tenido fuerzas para huir).

—María te he preparado la comida —dijo Jaime con voz melosa.

La chica no abrió los ojos enseguida y cuando lo intentó solo pudo entreabrirlos un poco. En cuanto vio a Jaime quiso gritar, insultarle, llorar,

escupirle e incluso pegarle, pero ni su cuerpo ni su garganta se lo permitieron. En su lugar se llevó una mano al cuello para que él entendiera que quería agua.

El hombre le acercó un vaso y la ayudó a beber. Pareció que tras tragar algunos sorbos, se sentía con más fuerzas para pronunciar algunas palabras.

—Te odio, me engañaste y por tu culpa voy a morir en este agujero.

Soltar aquella frase le había costado la poca energía que conservaba, aún así tuvo las reservas suficiente para intentar recostarse y mirar a Jaime fijamente para volver a decirle:

—Hijo de puta mentiroso y enfermo.

Jaime palideció. Él, que intentaba ayudarla, que quería más que nadie que se recuperara y que su amo pagara por todo lo que le había hecho. Él que...

—Sí, yo he tenido la culpa. Te prometí que no iba a pasarte nada y en cambio... Te he fallado, merezco que me digas eso y mucho más.

Y no era por falta de ganas que María no lo hacía, sino por falta de fuerzas. Usó su último aliento para levantarse de la cama y lanzarse contra su opresor, pero perdió el equilibrio y cayó al suelo con los ojos cerrados. Se quedó allí totalmente inmóvil unos segundos hasta que Jaime se acercó para levantarla y se percató que no estaba respirando. Se asustó, la zarandeó, la llamó e intentó que abriera de nuevo los ojos en vano. Acercó la oreja a su nariz para comprobar si seguía respirando, pero no lo hacía. Le buscó el pulso y tampoco lo encontró. Temió haberla perdido definitivamente. Pero no se resignó, sino que intentó recordar los movimientos del masaje cardíaco que el señor Caba realizaba a las chicas e intentó reproducirlo. No le valió de nada, la chica seguía tumbada sin reaccionar. Se puso aún más nervioso y cuando las lágrimas empezaban a brotar, miró hacia arriba pidiendo un milagro. Entonces vio el pequeño frasco de cristal en lo alto de la estantería. Sin pensar en las terribles consecuencias de las que le había advertido aquella mañana el farmacéutico, lo tomó en sus manos y buscó una jeringa. Con movimientos torpes consiguió llenar el cilindro con un poco del líquido ámbar y se acercó de nuevo a María tumbada boca arriba. Se arrodilló junto a ella y con una mezcla de pudor y miedo le desató los primeros botones del camisón para tener una mejor visión del tórax. Con los dedos de la mano izquierda buscó el lugar por donde introducir la jeringa. Sabía que si pinchaba en hueso la punta se doblaría y no lograría llegar al corazón, así que cuando creyó encontrar el hueco entre la tercera y cuarta costilla, levantó la mano derecha en la que sostenía la jeringa y con un movimiento decidido se la clavó donde

sospechaba que debería estar el corazón. Presionó el émbolo y vació el contenido de la jeringa para sacarla enseguida. Sin apartar la mirada del rostro de María esperaba ver en ella una reacción pero no sabía que sería tan inmediata y abrupta. La chica abrió los ojos y la boca al mismo tiempo como quien sale del agua tras pasar un largo rato sumergido y busca llenarse los pulmones de aire. Por primera vez en minutos los dos volvían a respirar con normalidad. Jaime la cogió en brazos y la soltó con cuidado sobre la cama. La tapó y esperó a que ella dijera o hiciera algo, pero lo único que vio en ella fue desprecio y dolor.

Aquella situación en la que ninguno le dirigió la palabra al otro, duró el resto del día. El cochero se ocupó de limpiar y cocinar, y María se quedó tumbada en la cama hasta que el sol dejó de iluminar el interior de la Torre. Solo cuando él se marchaba para ir al pueblo, le dijo:

—Ahora vendrá mi amo y te pido que por favor no le digas nada de lo que ha pasado esta mañana.

La chica seguía con los ojos cerrados, aunque Jaime sabía que no estaba dormida porque hacía tan solo un minuto la había pillado observándole de reojo.

—Espero que no creas que quiero que te pase nada malo. Sé que no he podido cumplir mi promesa y que estás sufriendo muchísimo, pero te prometo que haré cuanto esté en mi mano para que mañana salgas de aquí. Solo dame unas horas más y no le digas nada al señor Caba o no podré ayudarte.

Por supuesto María no confiaba en él. No podía saber si lo que estaba diciendo era real o simplemente pretendía salir airoso de una situación que podría haber terminado muy mal, no solo para ella sino también para él si su amo llegaba a enterarse que su ataque fue consecuencia de una discusión entre ambos y que terminó con ella casi muerta y él realizando una maniobra para la que no estaba cualificado. Aún así, decidió darle esas horas que le pedía, pero estaba decidida a delatarlo y contar todo lo que el sirviente le había confesado si al día siguiente no conseguía salir de aquellas cuatro paredes.

El puente de San Francisco o de Queralt, como se conocía al viaducto del siglo XI situado en la zona sur de Vic, era una de las construcciones más antiguas y emblemáticas de la ciudad. Los característicos arcos de medio punto de su base, que lo sostenían, formaban una bonita estampa cuando se contemplaba desde la Rambla de la Muralla o desde la de Montcada. Tanto el primero como el último de sus arcones, que reposaban en ambas riberas y no estaban dentro del agua, permitían a fugitivos, amantes y demás moradores de la noche, resguardarse bajo sus intradós. Allí mismo estaba escondido Jaime cuando las campanas de la cercana catedral daban la media noche. No era el lugar en el que quería estar en aquellos momentos, pero era justo donde debía permanecer para poner en marcha de una vez por todas el plan de apresar a Guillermo y dejar libre a las dos muchachas.

Sabía que en aquella partida había sido hasta el momento solo un peón, pero estaba dispuesto a tomar el papel de Reina en cuanto le dejara las cosas claras a Leonor. Inmerso en esos pensamientos estaba cuando el sonido amortiguado de los cascos de un caballo sobre el barro fresco, anunciaron que alguien estaba en la orilla. Luego unas pisadas lentas y algo torpes dirigiéndose hacia él, le hicieron ponerse en guardia y pegarse contra las paredes internas del arco. Hasta que no vio una figura claramente de mujer camuflada bajo una vestimenta masculina, no sacó la cabeza para ver quien era y al clavar sus ojos en los de ella, por fin pudo respirar tranquilo.

—No tengo mucho tiempo —dijo Leonor descubriéndose ante un Jaime aún con el corazón algo acelerado.

—¿Cómo ha sabido que era yo y no otro el que estaba aquí?

—He reconocido el caballo, es el que solté en Arbúcies.

—Podría haberse equivocado.

—Podría, pero vengo bien preparada.

Sacó un pequeño revólver con culata de marfil que centelleó al reflejarse en él la luz de la luna. Tras ver la cara de susto del cochero, volvió a guardarlo en el cinto, segura de que no iba a necesitarlo por el momento.

—¿Esa fue el arma que usó para matar a Rodrigo Cifuentes?

—Esta misma y no dudaré en usarla contigo si hace falta.

El cochero se quedó impresionado por la firmeza de aquella mujer que a pesar de su frágil apariencia y juventud, se atrevía a plantarle cara en un lugar tan apartado y solitario como aquel.

—Y bien, ¿para qué me has hecho venir aquí?

—Fue usted quien quiso venir.

—Yo propuse el lugar, pero tú te presentaste en casa de los Vicenç y por poco haces que todo se vaya al garete. ¿Qué querías viniendo de aquel modo ayer?

—Como ya le dije, mi intención era pedirle más tiempo para que María se recupere de la enfermedad. El señor Caba le inyectó una cura que en un principio debía salvarla del Botulismo que supuestamente le inyectó horas antes, pero como yo cambié la toxina por agua, no estaba infectada, aunque él no lo sabía. Como estuvo a punto de pillarme en una mentira, dejé que creyera que la chica estaba teniendo los primeros síntomas de la infección...

—A ver, a ver, más despacio. —Leonor levantó las manos agitándolas en el aire para que dejara de hablar—. ¿Dices que Guillermo la ha tratado contra algo que no tenía y que el remedio la ha puesto enferma de verdad? No lo entiendo.

—Se ve que las vacunas contienen parte de la misma enfermedad pero más diluida, ¿cómo lo llamó él? —Lo pensó un momento y soltó—: Más degradada. Pero aún así contiene la toxina, por tanto María empezó a tener los mismos síntomas que las infectadas y ahora está muy mal.

—Bien, ¿y tú quieres que te dé más tiempo para que Guillermo la cure?

—En realidad ya no quiero esperar más. Lo que deseo es que ponga en marcha su plan cuanto antes.

—Pero eres consciente que si hago eso, en unas pocas horas tu amo estará encerrado y que sin sus cuidados María podría morir.

—Lo sé, pero la chica ya no quiere colaborar y no la culpo. Le prometí que no permitiría que le hicieran daño y esta mañana ha estado a punto de morir en mis brazos, si no llego a...

Se detuvo a sopesar sus siguientes palabras y llegó a la conclusión que quizá no hacía falta que la mujer conociera toda la verdad, con que tuviera una noción de los últimos acontecimientos sería suficiente para que entendiera la gravedad y la urgencia de empezar cuanto antes con el plan.

—Lo que quiero decir es que prefiero que la traten en un hospital a que

siga allí encerrada donde no mejora.

—Está bien, pero deberás hacer exactamente lo que yo te diga sin cuestionar nada.

—Claro. Supongo que también necesitará saber donde mantiene el señor Caba presa a María.

—No hace falta, ya lo sabemos.

—¿Ah sí?

—Como te dije tengo a alguien de confianza que os ha estado vigilando y que me ha informando de vuestros pasos. Igual que pronto averiguaremos donde habéis estado escondiendo los cuerpos de las otras chicas muertas.

Jaime palideció y notó como sus piernas eran incapaces de sostenerle. Si aquello era cierto (y no parecía que Leonor estuviera mintiendo), había al menos otra persona que conocía su secreto y si aquello salía a la luz, él como ejecutor de aquellos terribles actos, pagaría de igual modo que pudiera hacerlo su amo. Tuvo que apoyar la espalda contra la piedra del puente, hasta que notó como el oxígeno volvía a correr por sus venas y la fuerza de sus músculos le permitían erguirse de nuevo.

—Veo que no te lo esperabas.

—Para nada.

—Bien, ahora que sabes que estás en mis manos, quiero por tu parte la misma lealtad que le has ofrecido durante estos años a Guillermo.

—La tendrá, pero debe prometerme que a María y a Dolors no les pasará nada.

—Por Dolors no debes preocuparte, está en un lugar seguro, bien cuidada y en cuanto Guillermo esté en la cárcel ella volverá con su familia. Por lo que respecta a María, no está en mis manos. Tú la has puesto en esta situación y tuya es la responsabilidad de que salga de allí con vida, pero te aconsejo que en el momento en que lleguen las autoridades, tengas un plan de huida, pues quien sabe como podría reaccionar Guillermo cuando se vea acorralado. No me extrañaría nada que la usara como rehén o incluso que la mate cuando se vea incapaz de salir airoso.

Aquella opción ni se le había pasado por la cabeza, pero ya no podía recular, solo le cabía rezar y esperar que la divina providencia quisiera que todo saliera bien para María y la otra chica.

No recordaba haber estado tan nervioso en toda su vida. Ni siquiera aquella vez en que una patrulla le paró para registrar el carro en el que llevaba dormida a una de las chicas secuestradas al almacén de la calle del Rabal. A pesar que su tarea era mantener al farmacéutico en el interior de la Torre el tiempo suficiente para que la Guardia Civil lo pillara con las manos en la masa, Jaime sentía que aquel iba a ser el último día «normal» de su vida. Sabía que las cosas jamás iban a volver a ser iguales para él.

Aunque era inevitable que aquello llegara a su fin, por el bien de María, de su familia y por su propio bienestar, Jaime no podía evitar sentirse un traidor por un lado y un compañero que intenta hacer lo mejor por su amigo, por el otro. De unos años a esa parte, había visto como la juventud y vitalidad del señor Caba, se iban marchitando. En los comienzos la fuerte convicción que le había empujado a emprender aquella terrible carrera contra la enfermedad, ya no eran ni una sombra de lo que fueron. Parecía que a medida que los resultados fallidos de los experimentos se sucedían, su cordura menguaba de igual manera. Ya no hablaba del día en que el mundo conociera su nombre junto al de una cura, tampoco de las miles de personas que iba a guarecer con ella, ni siquiera hablaba ya de poder dejar aquella vida de clandestinidad para formar una familia y vivir cómodamente en una casa junto al mar, como había sido siempre su deseo. Desde que volvieron de Arbúcies, no mencionó ni una sola vez su voluntad de retirarse, de dedicarse a su profesión de farmacéutico ni de casarse. Jaime tenía la sensación que su amo no veía más allá de aquella Torre. Tras la pelea de hacía dos noches, tenía claro que su patrón no iba a cejar en el empeño de encontrar la cura al Botulismo. Saliera como saliera aquella situación, él jamás dejaría de experimentar y matar a cuantas hicieran falta para lograr su objetivo, e incluso si lo conseguía, Jaime sabía que siempre habría algún otro propósito que le llevaría a estar en continua pelea entre la moralidad y la ciencia.

Aquella vida no estaba hecha para él, no podía seguir callando y mirando hacia otro lado. Amelia crecería y Camilia cada vez le exigía más atención, además de que ya no sentía la lealtad hacia su amo como antes.

Aquella fe ciega en él de cuando le decía que iban a cambiar el mundo, cuando le convencía que lo que estaban haciendo era por un bien superior, ya no le servía. Había visto tanto sufrimiento, torturas, angustia y dolor en aquellas chicas, que no podía dejar que ni una sola pasara por lo que estaba soportando María.

Por todo ello, decidido anteponer a los demás por delante de su propia seguridad. Con las primeras luces del alba, llevó el carro lleno de paja que usaba para trasladar los cuerpos al pozo, a un lugar escondido cerca de la Torre de Saladeures, pero lo suficientemente lejos como para que el boticario no lo viera. Luego regresó a pie a Villa Carmen a por su traje de cochero y la calesa para ir en busca de Guillermo y hacer como todos los días, su tarea habitual de chófer obediente.

En poco menos de una hora llegaría Leonor para recogerle e ir juntos al cuartel de la Guardia Civil, a denunciar a su hijo. No las tenía todas consigo y no sabía si sería capaz de plantarse delante de aquellos hombres y decirles abiertamente que su hijo era un asesino y que debían ir a detenerlo para posteriormente darle muerte por los horrendos crímenes cometidos con sus propias manos. Era abogado, y por tanto conocía perfectamente el proceso al que se vería sometido Guillermo, tanto en los tribunales como por parte de la opinión pública. Aquella noticia no era algo que pudiera esconderse o taparse con discreción. Era cuestión de tiempo que tanto periódicos locales como nacionales, se hicieran eco de lo sucedido. Su apellido, su casa, su familia, se verían involucrados en todo aquello sin poder impedirlo. Durante años llevar el apellido Caba sería una lacra y no sabía si estaba preparado para soportarlo. No solo Guillermo se vería afectado, también Victoria y porque no decirlo, él mismo y su bufete se verían envueltos en el escándalo.

Lo había sopesado largamente sin llegar a ninguna conclusión satisfactoria, aunque sí tenía claro que no iba a permitir que todo aquello le salpicara ni a él ni a cuantos le rodeaban. De momento iba a seguirle la corriente a Leonor, pues de otro modo ella era bien capaz de ir por su cuenta e inculparlo a él de cómplice por saber lo que estaba haciendo su hijo y no intentar impedirlo, con lo cual también iría a la cárcel.

—Demasiadas cosas en que pensar y muy poco tiempo para hacerlo.

Dijo Emilio desesperado mientras se colocaba adecuadamente la corbata frente al espejo de cuerpo entero de su habitación en la segunda planta

de Villa Carmen.

Leonor estaba lista y más resulta que nunca a hacer justicia. Por fin la persona que más daño le había causado, pagaría por sus crímenes contra aquellas pobres muchachas, por la muerte de Juan y sobretodo por su propio dolor.

Ya se disponía a salir de casa de los Vicenç cuando su madre la paró en la puerta.

—¿Vas a salir?

—Sí, voy a desayunar con Miguel, el sobrino de los Vicenç. Hemos quedado dentro de un rato en el centro de Vic.

—Vengo contigo, quiero hacer unas compras en la Rambla y no hace falta que cojamos dos vehículos si podemos ir juntas.

—Pero... Pero usted aún tiene que vestirse y yo ya salía por la puerta. Además pensaba coger el coche pequeño y en él no cabemos las dos y la silla de ruedas.

—Bueno hija, supongo que podemos tomar la calesa grande. Si aguardas un minuto le diré al mozo que la prepare.

—Lo siento madre, pero no quiero hacer esperar a Miguel.

Sin obtener la réplica, Leonor se subió en la parte trasera del sencillo carro y le indicó al cochero que se dirigiera a la ciudad. Justo antes de entrar en el casco antiguo, le ordenó que se desviara hacia el puente de Queralt por donde pretendía llegar a Villa Carmen, sin tener que pasar por el centro y la carretera principal, para evitar que nadie pudiera reconocerla. Poco antes de las nueve llegaba a la mansión de Santa Eugènia.

Emilio ya la estaba esperando en la puerta para contarle los últimos acontecimientos lejos de los oídos indiscretos del personal de la casa.

—Guillermo acaba de irse.

—¿A la farmacia?

—Sí, normalmente se pone a trabajar a las nueve.

—¿Y Jaime?

—Lo he visto marcharse muy temprano con el carro de la paja y luego ha regresado para ir en busca de mi hijo y traerlo aquí.

—¿Y ahora dónde está?

—Supongo que en Saladeures. Estos últimos días ha sido su modus operandi. Deja a Guillermo en la farmacia y se pasa la mañana en la Torre,

luego lo recoge en el pueblo y se quedan los dos junto a María. Por la tarde Guillermo regresa a su trabajo mientras que el sirviente vuelve a quedarse en Saladeures.

—¿Y por la noche Guillermo se queda solo en la Torre?

—Las tres últimas noches así lo ha hecho.

—Bien, pues ahora deberíamos ir al cuartel.

—Ve tú delante y yo te seguiré, antes debo coger un par de cosas de mi despacho.

Sin pasar al interior de la Villa, Leonor se montó de nuevo en el carro y tomó dirección a la ciudad algo nerviosa y a la vez emocionada al ver que las cosas iban siguiendo su curso sin incidentes. Ella llegó antes que el abogado al cuartel e indicándole a su cochero que aparcara en la esquina, se bajó a esperar a su acompañante a escasos metros de la entrada.

La caserna no era más que un edificio de una sola planta, no mucho más grande que unas cuadras. A decir verdad, parecía más un granero o un cobertizo que un cuartel donde agentes que hacen valer la ley, pudieran desempeñar con profesionalidad su trabajo. Encima de la entrada, sobre franjas rojas y amarillas, podía leerse «Casa cuartel de la Guardia Civil» y en letras más pequeñas «Todo por la patria. El honor es mi divisa». Aquel lema impactó a Leonor, a quien le produjo una extraña sensación de orgullo patrio capaz de contagiar a todo el que cruzara aquella puerta. Justo cuando la mujer iba a adelantarse, Emilio Caba la sujetó por el brazo impidiendo que diera un paso más.

—¿Estás segura de lo que vamos a hacer? —Sus ojos tristes y su voz apagada mostraban su profundo pesar—. Sabes que a partir de aquí ya no hay marcha atrás.

—Lo sé y no pienso flaquear ahora y espero que usted tampoco.

Emilio lo pensó y finalmente dijo:

—Está bien, entonces deja que sea yo quien denuncie a Guillermo.

—Pero... Dijimos que lo haríamos juntos.

Leonor no quería que nadie le arrebatara el placer de incriminar a su prometido tras tantos meses de preparativos, lucha y vicisitudes.

—No quiero que te veas implicada en esto, tus padre no te lo perdonarían. Además soy abogado y sé manejar en estas situaciones mejor que tú.

Sin esperar respuesta, Emilio Caba entró con paso firme al interior del cuartel. Pasó junto a una pareja de agentes uno a cada lado de la puerta, con

sendos fusiles colgados a la espalda, que le franquearon la entrada. En el interior otro guardia uniformado idénticamente a los de fuera: tricornio de fieltro negro sujeto por el barboquejo, calzón de punto blanco, casaca de paño azul oscuro, abrochada con siete botones a cada costado, y botas de montar, se giró al oírle entrar.

—Buenos días —dijo con voz firme el recién llegado.

—Buenos días caballero —respondió este lanzando el cigarrillo que se estaba fumando al suelo y pisándolo después.

—Quisiera hablar con el oficial al mando, por favor.

—Está haciéndolo —mientras lo decía mostraba con orgullo sus bocamangas adornadas con trencillas y galones dorados—. Soy el sargento Francisco Ochoa.

—Disculpe sargento, no me había fijado. —Emilio miró a su alrededor y a pesar de no haber nadie más en la caserna, quiso hablar con él en un lugar más privado—. ¿Podemos ir a su despacho? —Preguntó mientras señalaba la puerta abierta de la única habitación que podía verse en la estancia.

—Claro, pase.

Desde lo alto del cerro, junto al castillo de Saladeures, Emilio y Leonor esperaban el momento en que Jaime saliera de la Torre para contarle la sucesión de los hechos que iban a tener lugar en pocas horas. No había sido fácil convencer al sargento de la Guardia Civil para que dispusiera de un grupo de hombres y se dirigiera lo antes posible a aquella zona boscosa de Santa Eugènia. Solo tras hablarle detalladamente de como Leonor había asesinado a Rodrigo Cifuentes en Arbúcies con la ayuda del cochero de su hijo, se avino a acceder a su petición.

—Se ha pasado más de una hora en el cuartel, ¿de qué han estado hablando tanto rato usted y el jefe de la Guardia Civil? —Leonor temblaba y Emilio no tenía claro si era a causa del frío o de los nervios.

—He tenido que pactar el mejor modo de sorprender a Guillermo sin levantar sospechas y poder pillarle antes de que se fuera de aquí —dijo Emilio señalando hacia abajo en el punto donde estaba el camino que llevaba a la Torre.

—Me parece bien, pero nosotros ya no podemos hacer nada más, ¿para qué hemos venido?

—Quizá hagamos falta si consigue escapar hacia el bosque o intenta refugiarse en el interior del castillo.

—¿Usted cree que va a poder? —Leonor miraba incrédula a derecha e izquierda segura que no habría modo de que su prometido lograra salir de allí sin que los gendarmes lo abatieran—. La construcción solo tiene una salida y es imposible que consiga pasar sin que le vean.

—Es cierto, pero no sabemos qué hay bajo nuestros pies. Por lo que tengo entendido, es muy probable que se extienda una galería de túneles excavados durante la guerra carlista. Al parecer el castillo fue una base militar tomada por los liberales que construyeron vías de escape y comunicación por el subsuelo.

Aquella explicación dio mucho en que pensar a Leonor, que en silencio buscó la manera de poder averiguar si aquello era cierto.

—Usted es amigo de los señores Fontcoberta, ¿no podría pedirles que

nos dejaran acceder a esos túneles?

—¿Con qué excusa?

—No lo sé, dígales que está investigando un caso o que tiene curiosidad por conocer la historia de las Guerras Carlistas en esta zona. Cualquiera cosa para que nos dejen bajar y comprobar si realmente Guillermo puede escapar por ahí.

Emilio lo sopesó sin prisas. Aquella era una idea descabellada, pero a él también le interesaba poder hablar con su primogénito lejos de la vista y oídos de todos, aunque debía pensar en algo mejor si quería llegar a los túneles sin levantar sospechas.

—Está bien —accedió finalmente el abogado—, llamaré a la puerta y les pediré a los Fontcoberta que me dejen echar una ojeada. Hace algunos meses ellos mismos me ofrecieron la posibilidad de bajar porque saben que soy un gran aficionado a las armas antiguas y es en el sótano donde guardan las más pesadas, pero tú te quedarás aquí a esperar que Jaime aparezca para contarle lo que nos ha dicho el sargento.

A regañadientes Leonor se conformó, lo importante en aquellos momentos era evitar que Guillermo pudiera huir de allí sin pagar por sus crímenes. Estaba casi segura que si tenían todas las salidas cubiertas, le sería imposible hacerlo.

A los diez minutos, Emilio estaba golpeando la puerta del castillo con la pesada aldaba de hierro en forma de serpiente enroscada.

—Buenos días señor Caba, ¿imagino que habrá venido a ver a los señores? —Preguntó el mayordomo un tanto acelerado.

Aprovechando un momento de duda en la respuesta de Emilio, el sirviente siguió hablando.

—Lamento decirle que no están. Han ido a pasar unos días a Vichy, en Francia y no regresarán hasta dentro de unas semanas.

—Sí, por supuesto, ya lo sé. —Aquella información le había proporcionado una gran idea—. Me ha llegado un telegrama esta misma mañana donde me han pedido que venga a recoger unos papeles que llevo esperando algunos días y que necesito urgentemente.

—Ah, pues no sabía nada.

—Si me permite pasar un momento, sé exactamente donde los ha dejado el señor Fontcoberta, solo será entrar y salir, se lo prometo.

El mayordomo dudó unos segundos, pero como conocía bien al abogado y no era la primera vez que iba a recoger documentos, aunque nunca

sin estar su amo presente, dejó que el caballero entrara.

—Me ha dicho su amo que los encontraré en el despacho.

—Bien, le acompaño.

—No se moleste, sé donde está. Iré a por ellos y saldré en un minuto.

—Si no le importa me hará usted un favor. Estaba atendiendo al carnicero que ha traído un par de corderos y no me gustaría que se quedara mucho rato solo.

—Por supuesto, vaya tranquilo. Yo en cuanto encuentre el sobre, me marcharé, ya conozco el camino.

El hombre se alejó a paso ligero hacia la cocina mientras Emilio simulaba que se dirigía al extremo oeste del edificio, cuando en realidad, lo hizo por el lado opuesto donde sabía que estaba la entrada a la bodega y con casi toda probabilidad a los túneles.

La puerta que daba a las viejas escaleras, estaba abierta. Apoyado contra la pared y vigilando donde pisaba, fue descendiendo a oscuras hasta dar con una superficie plana. Buscó a tientas el interruptor de la luz (el castillo era uno de los pocos sitios a los alrededores que contaba con tal lujo utilizando la energía hidráulica del pantano como fuerza motriz). A pesar que la iluminación era muy débil, le valió para orientarse enseguida. A un costado, barriles, botas y botellas, descansaban cubiertas totalmente por una capa gruesa de polvo que denotaba que llevaban allí desde que el castillo se irguió. Justo delante, en una pared de piedra que parecía excavada directamente en la roca, había un cañón de hierro fundido, pintado de negro con algunas balas a sus pies. Le hubiera gustado admirarlo un buen rato, pero sabía que el tiempo le iba en contra, así que dejó atrás el arma y pasó por delante de mosquetes, pendones, armaduras y otros elementos claramente militares, que como bien sabía de boca del amo del castillo, eran reliquias familiares pertenecientes en su mayoría a los señores de Sala d'Heures, prohombres de gran valor, que lucharon codo con codo junto al conde de Barcelona, Ramon Borrell. Pasó de largo y se adentró en un agujero profundo y húmedo que resonaba con cada una de sus pisadas. Al ver que tenía por delante algunos cientos de metros de túnel, dio media vuelta para coger de una de las estanterías de la bodega, un faro. Con él en su mano izquierda y un revólver de su colección, en la derecha, se dispuso a llegar hasta los pies de la Torre.

A pesar de los años transcurridos desde su construcción, el espacio estaba mucho más limpio de lo que hubiera esperado y era lo bastante alto como para andar erguido. Llegó a un punto donde el túnel se diseminaba en

tres direcciones y decidió tomar el que tenía en frente.

—Según mis cálculos ahora debo estar cerca de la ermita de San Juan a la derecha y el pantano debe quedar a la izquierda, de modo que si voy recto llegaré a la Torre.

Andados menos de cien metros, se topó de frente con una pared de obra no demasiado antigua, hecha con ladrillo visto muy semejante al de los edificios industriales tan abundantes en su Barcelona natal. Miró a su alrededor, bajo sus pies y hacia arriba y se dio cuenta que el único modo de seguir avanzando era derribar aquella tapia o cuanto menos hacer un agujero lo suficientemente grande como para pasar por él. Sin pensárselo dos veces, agarró una roca y empezó a golpear la pared en su centro, por donde parecía más débil. La mampostería no estaba hecha con demasiado esmero, así que con algunas docenas de golpes fuertes, el primer tocho cedió. Tras ese, los demás cayeron sin apenas tocarlos. Hecho el boquete por donde colarse, Emilio tomó de nuevo el faro y el revólver dispuesto a seguir su camino, aunque no tuvo que hacerlo, pues lo que el muro tapaba no era otro tramo de túnel, sino una cavidad no mucho más grande que una madriguera. El olor en aquel hoyo era casi insoportable. Una mezcla de putrefacción, humedad y productos químicos hicieron que tuviera que aguantar las arcadas nada más poner un pie en él. Luego, al mirar hacia abajo, se dio cuenta que sus zapatos se habían manchado con un líquido pegajoso casi negro, que con toda seguridad era lo que emanaba ese olor fétido. No le faltaron ganas de irse por donde había llegado, pero de pronto oyó voces. Parecía una voz de hombre y otra de mujer, aunque el sonido le llegaba muy distorsionado. Prestó atención y pudo identificar a una de ellas. Sin duda el hombre era Jaime y probablemente la otra pertenecía a la hija del campanero, pues sonaba débil y añorada. Se quedó quieto y en silencio en el hueco intentando entender lo que estaban hablando, pero a los pocos segundos, se oyó una puerta que se cerraba pesadamente, un par de vueltas de llave y silencio.

—Jaime habrá salido —se dijo mirando su reloj de bolsillo que marcaba medio día—. Debo darme prisa antes de que llegue mi hijo.

Miró hacía arriba y estudió con atención la trampilla parecida a la tapa de un alcantarillado público, pero mucho más pequeña y con las barras de hierro más separadas. Observando el conjunto con atención, tuvo la sensación que aquello podría haber sido mucho tiempo atrás, una pequeña celda bajo tierra. Intentó levantar la pesada tapa pero aún con todas sus fuerzas no consiguió que se moviera ni un solo centímetro. Recogió la piedra que había

usado anteriormente para romper el muro y con ella golpeó los pernos para que cedieran, pero no se menearon en absoluto. Creyó que quizá si se subía a algo para poder empujar la trampilla con la espalda, podría lograrlo. Buscó rocas grandes y planas, alguna caja o madera en la que poder elevarse, pero allí no había nada parecido. Se desesperó. Sabía que tenía poco tiempo antes de que llegara la Guardia Civil, si es que no estaban ya fuera esperando la llegada de Guillermo. Gritó tan alto como pudo para que la chica del interior de la Torre pudiera oírle.

—María, ¿estás ahí?

No se oyó nada. Volvió a gritar.

—María Jiménez, ¿puedes oírme?

Creyó que quizá la muchacha estaría dormida o inconsciente. Lo intentó con más fuerza. Puso todo su empeño en ello.

—María, estoy aquí abajo.

Esta vez sí pudo escuchar el sonido del arrastre de una mesa o una silla sobre su cabeza y al instante la cara de la hija del campanero se asomaba entre las barras de hierro.

—¿Quién es usted? ¿Qué está haciendo ahí abajo?

—Me llamo Emilio Caba y soy el padre de Guillermo Caba. Necesito que...

—¿Usted es el padre del monstruo que me tiene aquí encerrada?

—Sí, pero ahora necesito que...

La chica se marchó dejándole con la palabra en la boca. Emilio suspiró creyendo que lo tenía todo perdido. Si no conseguía que la chica lo ayudara a subir, todo aquello no habría valido para nada y lo que era peor, no lograría hablar con su hijo antes de que le detuviera la policía. Lo intentó de nuevo, esta vez más dulcemente.

—Escucha niña, sé que mi hijo no es buena persona y he venido para ayudarte a salir de aquí.

El rostro de María volvió a asomarse.

—¿Y cuando llegue el farmacéutico y vea que no estoy, qué va a pasarme?

—Nada. Nada en absoluto.

—Jaime me ha dicho que en cuanto llegue del pueblo va a llevarme a un hospital.

—¿Y confías en él?

—No, pero es lo único que puedo hacer en la situación en la que estoy.

—Bien, pues yo te prometo que si abres la trampilla y me dejas subir, te libraré de los dos.

María lo sopesó. ¿Podía confiar en alguien que llevaba la misma sangre de quien la había raptado, encerrado, inyectado una terrible enfermedad y luego impedido que pudiera tener los cuidados necesarios para curarse? No lo creía, pero tampoco tenía mucho que perder, así que dijo:

—Está bien, lo intentaré, pero no creo que pueda, esta puerta parece muy pesada y yo estoy muy débil.

—Debes buscar una barra de hierro o de madera maciza, algo que quepa en el agujero para hacer palanca, yo te ayudaré desde aquí.

María buscó por toda la estancia. Allí solo había utensilios de laboratorio, algunos leños para el fuego, demasiado gruesos para que sirvieran y poco más. Vio la escoba apoyada en la pared. Su mango era de madera y parecía del mismo diámetro que el agujero.

—Tengo el mango de una escoba, ¿servirá?

—Prueba a ver.

La chica introdujo el extremo del palo en el agujero y se apoyó con todo su peso sobre él para levantar la trampilla. Se oyó un crujido y el mango se partió por la mitad.

—¡Maldita sea! —Se oyó desde el interior del hoyo—. Tendrás que encontrar algo más fuerte. Que sea de hierro, cobre o acero.

—Como si eso fueses tan fácil. Lo único de hierro que hay aquí es una gran olla con la que Jaime prepara la sopa.

Aquello le dio una pequeña esperanza al abogado.

—¿Cómo se sujeta la olla, en un trípode o una cadena con ganchos?

María se acercó al fuego donde solo quedaban algunas brasas y vio que el pote estaba suspendido sobre ellas y que de sus asas salían dos ganchos unidos entre sí por una cadena.

—Se aguanta por unos ganchos de hierro, pero están soldados a una larga cadena que viene de la chimenea.

—A ver, no va a ser fácil, pero deberás descolgar la olla y tirar con todas tus fuerzas de esa cadena para que se desprenda de su sujeción y caiga en tus manos.

La muchacha no las tenía todas consigo. A penas podía caminar y mucho menos se sentía con las fuerzas necesarias para realizar algo que parecía casi imposible. Aquella cadena había soportado el peso de una gran olla de hierro llena, ¿cómo podría ella provocar que se descolgara?. Aún así

quiso intentarlo. Lo primero que hizo fue usar la funda de su almohada para no quemarse las manos al bajar la olla de su soporte. Con bastante esfuerzo lo logró y la dejó en el suelo. Luego, sin quitarse la funda de las manos, tiró hacia abajo de la cadena, que no cedió, pero sí se desprendieron algunas piedras y tierra de lo alto del conducto. Lo intentó de nuevo, y lo mismo.

—No voy a poder, está demasiado bien sujeta a la pared —gritó sin moverse de su sitio.

—Debes intentarlo con más fuerza.

Lo probó de nuevo y esta vez alguna roca más grande cayó sobre las brasas. Aquello la animó a seguir tirando y apesar que parecía algo más suelta, la cadena seguía sin ceder. Finalmente se colgó con ambas manos y levantó los pies del suelo dejando que la cadena soportara todo el peso de su cuerpo, hasta que se desprendió y la dejó caer al suelo.

—¿Estás bien? —Quiso saber Emilio tras oír el golpe.

María no respondió, aquello la había dejado totalmente agotada y ahora no podía ni levantarse. Aún así se arrastró como pudo hasta la trampilla y con la respiración entrecortada por el esfuerzo, dijo:

—Ya la tengo. ¿Qué quiere que haga ahora?

Emilio dudó si proponerle el siguiente paso, pues la notaba tan débil que no creía que fuera capaz de hacerlo.

—Ahora has de introducir uno de los ganchos en el agujero y tirar hacia ti, con eso debería desplazarse lo suficiente como para que después yo pueda hacer el resto.

María se tomó un momento para respirar y recuperar un poco de la energía perdida al descolgar la cadena. Se levantó e hizo lo que le indicó el abogado. La tapa era mucho más pesada de lo que parecía, pero María pudo hacer que se moviera lo suficiente como para que el hombre introdujera sus manos por la separación creada y apartara del todo la trampilla. Con una inusitada agilidad para alguien de su edad, Emilio logró subir al interior de la Torre. Al ver a la chica tan pálida y débil que casi no podía sostenerse en pie, la sujetó y la acompañó a la cama, donde dejó que se tumbara.

—Toma un poco de agua y descansa. Yo esperaré a que regresen Jaime y mi hijo.

—Pero creía que iba a sacarme de aquí.

—Y lo haré, en cuanto hable con ellos, te lo prometo.

María ya no creía en la palabra dada por ningún hombre. A cuantos había conocido, empezando por su padre, la habían engañado, traicionado y

causado dolor. Sin esperanza alguna de poder salir de allí con vida, se dejó vencer por el cansancio y se quedó dormida.

Mientras esperaba el regreso de Jaime con su hijo, y sin nada mejor que hacer, Emilio observó y revisó todo cuanto había en el interior de la Torre. Sobre la mesa de trabajo, un sinfín de botes de cristal y cerámica, llenos de hierbas curativas que conocía bastante bien. También había alambiques, mecheros, plantas secas y otros mejunjes, que aunque no tenía claro para qué eran, pudo imaginarse su uso. En un escritorio, papeles con fórmulas que no entendía y una libreta de piel negra que abrió. En sus páginas, la letra pulcra y clara de Guillermo, explicaba con todo lujo de detalles cuantos experimentos y pruebas había realizado supuestamente con las chicas muertas, pues aunque en ninguna de las páginas aparecían sus nombres, sino cifras y letras, a Emilio no le costó saber que se traba de ellas. Algo que le llamó la atención fue el número de víctimas. Según Leonor habían sido media docena, pero según las anotaciones, fueron al menos quince. Si aquello era lo que creía, toda esperanza de que su hijo pudiera redimirse y reconducir su vida, era vana. Como abogado y por la experiencia de su dilatada carrera como tal, sabía que por norma general tanto delincuentes de guante blanco, asesinos o terroristas, pocas veces se arrepentían y mucho menos deseaban la redención. Se guardó el cuaderno en el bolsillo interior de su chaqueta junto a la pistola y siguió con el macabro tour por aquella estancia. En un rincón oscuro y bajo una lona, se escondía una camilla de madera, claramente manchada de sangre, donde reposaba un rulo de piel marrón, que desplegó y para su sorpresa contenía bisturís, cuchillos de varios tamaños, tenazas e incluso una sierra para huesos. En aquellos instantes le vino a la mente la novela *Dr. Jekyll y Mr. Hyde* escrita hacía casi veinte años por Robert Louis Stevenson, que bien podría estar basada en su hijo, un perfecto caballero de día y un auténtico psicópata de noche. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo e hizo que soltara de inmediato aquellas horribles herramientas. Lo dejó todo como estaba sin querer tocar nada más de aquella habitación para no mancharse las manos con sangre inocente.

Cuando empezaba a impacientarse, una vuelta de llave en la puerta, le alertó de la llegada de alguien. Esperaba que fuera Guillermo acompañado por

su fiel ayudante, pero venía solo. «Tanto mejor», pensó Emilio, «así podremos hablar sin testigos».

—¡Padre! ¿Qué hace usted aquí? ¿Cómo ha entrado?

Se miró la mano donde todavía sostenía la pesada llave sin explicarse cómo había podido su padre atravesar la puerta.

—¿Le ha dejado pasar Jaime antes de marcharse al pueblo?

—No, él no sabe que estoy aquí.

—¿Entonces cómo...?

—Eso ahora da igual, hay otras cosas que necesitan una aclaración más acuciante, ¿no crees? —Dijo el señor Caba señalando a María que después de quedarse dormida tras el agotador rescate del abogado en los túneles, aún seguía con los ojos cerrados.

—Verá, padre... Ella es... Es una chica que... Estaba enferma y yo... yo... la estoy cuidando para que se recupere.

—Sí, sé quién es y lo que hace aquí, pero quizá deberías contarme cuantas ha habido antes de ella. —Sacó la farmacopea del bolsillo interior y se la mostró sin abrirla—. Según esto han sido más de las que me ha contado Leonor.

—¿Leonor? ¿Qué tiene que ver ella con todo esto?

—Mucho más de lo que te piensas, ¿o a caso creías que realmente había olvidado todo el dolor que le causaste en el pasado y había regresado para casarse contigo?

Guillermo se sintió abrumado, mareado y algo fatigado de repente. Las últimas setenta y dos horas lo habían dejado físicamente agotado, pero nada en comparación con aquellas palabras, que no solo por su contenido sino por provenir de quien lo hacían, le estaban causando un profundo tormento. Tuvo que sentarse en la única silla que había en la estancia, junto a María. Se cubrió la cara con ambas manos y bajó la cabeza para intentar respirar mejor. Durante al menos dos minutos estuvo así. Cuando volvió a incorporarse su padre seguía de pie mirándolo inexpresivamente como quien observa algo por primera vez y no sabe qué cara poner.

—¿Vas a contármelo o quieres que llame directamente a la Guardia Civil para que te encierren y ya les explicarás a ellos todo esto?

Guillermo se levantó como accionado por un resorte y miró a su padre intentando averiguar si aquello era un farol o realmente estaba diciendo la verdad.

—Sino me crees, puedes comprobarlo tú mismo —Emilio no estaba

seguro de si la policía habría llegado o no, pero se lanzó con más fuerza sobre su hijo—. Esta mañana yo mismo he ido a poner la denuncia y ahora habrá una decena de ellos ahí fuera con fusiles esperando para detenerte.

El boticario se sintió acorralado y traicionado, además de por su padre, por su ayudante. Justo antes de entrar, se había quedado atrás a desenganchar a los caballos para que comieran y bebieran, algo que jamás había hecho, pero a lo que no le dio importancia, ansioso como estaba de poder entrar y empezar cuanto antes las pruebas con María. En esos momentos entendió que todos estaban en su contra y se habían puesto de acuerdo para apresarlo.

—¿Qué le han prometido a Jaime para que se una a ustedes?

—En realidad casi nada. Fue Leonor quien se lo cameló. Apeló a su lado humano y al sentido común que estos años le ha faltado. No necesitó mucho más para que entendiera que debía estar del lado de los buenos.

—¿Entonces ha sido él quien le ha abierto la puerta? —Guillermo seguía empeñado en averiguar cómo había entrado su padre.

—No, he subido por ahí. —Señaló el agujero en el suelo con la tapa aún abierta.

—¿Es que por aquí abajo hay una red de túneles? —Lo dijo con sorna pues le parecía improbable que si era cierto él no lo hubiera sabido hasta entonces.

—No los he recorrido todos, pero como bien sabes aquí se atrincheró un destacamento carlista que usó el subsuelo para desplazarse sin ser visto.

Aquello le sorprendió enormemente, pero tras la incredulidad inicial, empezó a gestar un plan de fuga, aunque antes necesitaba saber quien más sabía todo aquello y con quién podría contar cuando estuviera fuera.

—¿Cómo supo Leonor lo que estaba haciendo?

—Se enteró cuando un muchacho del orfanato al que iba a ayudar, le vio el collar que le regalaste, uno con una perla blanca y su inicial. ¿Es que ni siquiera pudiste gastar mi dinero en algo bonito para tu prometida?

Guillermo ya no escuchaba las pullas de su padre. Recordaba aquel collar, había pertenecido a una de la niñas y al ver lo fino y elegante de su porte y además la coincidencia de la letra con la inicial de Leonor, se lo regaló. Qué estúpido había sido, como se le pudo ocurrir semejante idea. Había leído muchas historias de asesinos en serie a los que siempre pillaban por detalles insignificantes que se les habían pasado por alto. Igual que a él con el collar.

—¿Quién es ese muchacho?

—Se llamaba Juan Nogué.

—¡No es posible!

—Veo que le recuerdas. Es el pobre muchacho que también murió por tu culpa a manos de otro monstruo como tú.

—¿Cómo se atreve a compararme con Cifuentes? Él era un asesino a sueldo que disfrutaba matando. Yo en cambio todo lo que he hecho ha sido en nombre de la ciencia, para curar y... ¿A caso tiene idea de lo que he sufrido y trabajado para llegar hasta aquí?

—¿Trabajar? ¿Sufrir? ¿Tú? ¿No querrás decir que han sido ellas las que han sufrido en tus manos? —Volvió a alzar la libreta que seguía sosteniendo.

—De sobra sabe porque lo he hecho. ¿Ya no recuerda lo que padecimos cuando madre murió a causa de esta terrible enfermedad?

Emilio bajó los ojos y recordó aquellos aciagos días de hacía más de veinte años en que su querida esposa experimentó los horribles dolores, espasmos y finalmente la muerte a manos del Botulismo.

—¿Recuerda que el día de su entierro le dije que no iba a permitir que nadie más muriera como ella?

Ahora lo recordaba. En su momento no le dio importancia, creyó que eran las palabras de un muchacho dolido por la pérdida de su madre, que en un momento de rabia había soltado lo primero que se le había pasado por la cabeza. Jamás se le habría ocurrido pensar que aquello desembocara en lo que tenía delante.

—No metas a tu pobre madre en esto y nunca la menciones junto a hechos tan horrendos como los de secuestrar, torturar y matar a niñas inocentes. —Emilio se había acercado a escasos centímetros de su hijo y con el rostro casi pegado al de él, había levantado un dedo acusador para seguir diciendo—: Carmen era una santa, una devota cristiana, piadosa de Dios que se habría arrancado los ojos antes de ver como su hijo mayor se convertía en Belcebú. Ella te tenía en un pedestal. Jamás dudó de tu capacidad e inteligencia y siempre decía que ibas a ser el mejor en lo que te propusieras «Guillermo hará de este, un mundo mejor. Verás como algún día podremos sentirnos orgullosos de él». Pobre Carmen, no conocía tu verdadera naturaleza. Yo en cambio siempre he sabido que estabas hueco por dentro, y a pesar que te he creído capaz de las atrocidades más viles, nunca me hubiera imaginado que llegarías tan lejos.

—Pero padre...

—¡No me llames así! No eres mi hijo. Eres un demonio.

A Guillermo se le llenaron los ojos de lágrimas al recordar a su madre. El nudo que se le formó en la garganta, impidió que pudiera pronunciar una sola palabra más, aún así no quería que se su padre pensara que sus propósitos no eran nobles y se esforzó por explicarse.

—Sé que mis métodos no han sido los mejores y que los resultados hasta ahora dejan mucho que desear, pero debe saber que María ha sido la última. La vacuna que le inyecté hace unos días ha funcionado y la chica ha empezado a recuperarse de la toxina. —Se acercó a ella y le descubrió un brazo para mostrarle a Emilio las mejoras—. Ve, padre. Sus músculos ya han recuperado su fuerza y respira con total normalidad, hace tan solo veinticuatro horas no podía ni siquiera abrir los ojos.

Emilio tuvo que reconocer que si aquello era cierto, María se había recuperado bien, pues hacía solo un rato había sido capaz de tener la fuerza suficiente como para arrancar la cadena que sostenía la olla y levantar la tapa con el gancho de hierro. Dejó que su hijo siguiera hablando.

—Solo debo hacer unas pocas pruebas más, pero estoy seguro de poder decir que por fin he encontrado la cura para el Botulismo.

Aquello podría ser un gran hallazgo, una noticia estupenda que daría la vuelta al mundo, pero que si se supiera la manera en que Guillermo lo había logrado, la alegría duraría poco. Emilio no podía dejar que nadie supiera que un Caba había sido capaz de tan viles actos aunque la finalidad fuese algo tan bueno para la humanidad. Tomó una decisión dolorosa pero a su parecer totalmente necesaria.

—No puedo dejar que le cuentes al mundo lo que has hecho.

—¿Por qué? Esta vacuna salvó miles de vidas.

—Es posible, pero ¿qué pasaría si alguien llega a enterarse del modo en que has llegado a ella?

—Como bien sabrá, otros antes que yo han hecho cosas parecidas. La ciencia requiere de sacrificios y antes de llegar al éxito siempre hay fracasos. Es algo asumible si el resultado final es tan bueno como este.

—¿Asumible para quien? ¿Para las familias de esas chicas, para las propias chicas muertas, para nuestros vecinos o para la iglesia? ¿De verdad crees que aunque hayas encontrado una cura para la infección, esas muertes no van a recaer sobre ti?

—No espero que todo el mundo lo entienda, pero sí que la gran

mayoría lo haga, sobretodo la comunidad científica. Ya no seré nunca más un farmacéutico de pueblo, se me comparará con Pasteur, con Koch o con el doctor Santiago Ramón y Cajal. El apellido Caba estará en todos los periódicos del país y del mundo entero.

Precisamente eso era lo que preocupaba a Emilio, su apellido jamás debería estar unido al de un asesino y no iba a permitirlo. Sacó el arma que llevaba escondida en el bolsillo interior de su chaqueta y apuntó a su hijo.

—¿Pero qué está haciendo padre?

—Como te he dicho no puedo dejar que nadie más sepa de tus actos.

Unas enormes nubes negras se extendían a gran velocidad sobre el castillo de Saladeures. El aire olía a humedad y solo el sonido de algún trueno lejano irrumpía en el silencio del bosque. Leonor seguía en su puesto de vigilancia, pero desde que habló con Jaime antes de que se fuera al pueblo, lo hacía desde el interior de la calesa. Desde allí podía observar casi todo el camino que iba desde más allá de la Torre por la izquierda hasta casi la casa de los masoveros por la derecha. Algo por encima tenía la imponente edificación del castillo y junto a este la pequeña capilla de San Juan.

Hacía poco más de una hora que Emilio se había marchado a investigar los túneles y la Guardia Civil aún no había llegado. Ella, impaciente y muy nerviosa había empezado a mordisquearse las puntas de los dedos mientras se decía «Puedo bajar a la Torre para sorprender a Guillermo cuando llegue y retenerlo hasta que aparezca la policía», para poco después pensar «Debería ir yo también a los túneles y seguir los pasos de Emilio para que no esté solo con su hijo, pues seguro que en un momento de debilidad es capaz de contárselo todo y ayudarlo a escapar». En esas estaba cuando vislumbró entre unas encinas, el carro de su prometido. Con total normalidad llegó junto a la Torre, bajó del carro y entró mientras el cochero le decía algo para quedarse fuera «Bien hecho», pensó Leonor que ahora había bajado de la calesa para tener mejor visión «es preferible que cuando lleguen los gendarmes no estés dentro». Jaime desenganchó a los caballos y los llevó a un lugar alejado cerca del pantano, para regresar al poco rato solo. «Seguro que lo ha hecho para que Guillermo no pueda huir en caso que quisiera intentarlo». Como si la hubiese escuchado, el cochero miró hacia donde estaba ella y le hizo una señal indicándole que iba a subir. En unos minutos se plantó junto a ella.

—He hecho lo que me ha pedido. Ahora el señor Caba estará en el interior de la Torre hasta las tres, momento en que deberá regresar a la farmacia.

—Como bien sabes eso no sucederá. En breve la Guardia Civil estará aquí y se lo llevarán al cuartelillo.

—¿Y qué pasará con María?

—Supongo que cuando detengan a Guillermo, podrás entrar y llevártela.

—¿Está segura? ¿Se lo han dicho ellos?

—¿Quien, la policía?

—Sí.

—Pues no directamente, yo no hablé con el sargento, fue Emilio Caba quien lo hizo, pero imagino que en cuanto vean las condiciones en qué está, no podrán hacer otra cosa que auxiliarla.

—Preferiría ser yo quien la llevara al hospital.

—¿Cómo lo vas a hacer? ¿En el vehículo de tu amo?

—No, tengo el carro de la paja escondido en aquel recodo del camino.

Jaime señaló un lugar indeterminado a lo lejos, en el tramo que iba del castillo al pueblo. Cuando Leonor se disponía a responderle, se oyeron en aquella dirección cascos de caballos. Montados en ellos, cinco o seis agentes vestido de verde, con capa larga y fusil, se aproximaban a velocidad moderada. Casi sin tiempo para reaccionar Leonor vio como Jaime intentaba bajar del cerro para ir a su encuentro.

—¿Pero qué haces?

—Ir a contarles lo que está pasando y darles instrucciones para que el señorito no les vea llegar.

—Será mejor que no te muevas de aquí si no quieres acabar en la celda contigua a la de Guillermo.

—Pero si no les digo que dentro está María, quizá entren sin tener en cuenta que ahí hay gente inocente.

—No te preocupes por la chica, ahora has de pensar en ti y en tu familia. Después de hoy deberás marcharte enseguida con tus padres si no quieres terminar ahorcado.

Jaime lo pensó tan solo un momento y como había tomado la decisión hacía horas, quiso llevarla a cabo.

—Mi mujer ya está avisada y con las maletas preparadas, ahora debo cuidar de María y usted también debería estar pensando en liberar a Dolors. Creo que llegados a este punto no puede dudar de mi lealtad y espero que cumpla su promesa antes de que acabe el día o...

—¿O qué? ¿Qué vas a hacerme? ¿A caso crees que estás en posición de amenazarme? Recuerda que sé todo lo que habéis estado haciendo tú y tu patrón, así que no me levantes la voz y relájate.

—Usted también debería recordar que yo sé que disparó a Cifuentes en

Arbúcies y que puedo bajar ahora mismo a contarles a esos guardias todo lo que sé sobre eso y sobre el secuestro de la señorita Tuneu.

—¿A quién piensas que van a creer primero, a un sirviente o a la hija de un juez?

Ambos guardaron silencio y se sostuvieron la mirada, hasta que Leonor rompió la tensión.

—Ninguno íbamos a salir bien parados de esta, así que calmémonos y veamos como se desarrollan los acontecimientos. Emilio ya debe estar en el interior de la Torre con Guillermo así que solo podemos esperar a que la Guardia Civil sepa hacer bien su trabajo.

Sin percatarse que estaban siendo observados, los agentes se apearon de sus caballos y los amarraron en los árboles fuera del camino, se quitaron las capas para poder maniobrar mejor y casi en cuclillas fueron avanzando lentamente hacia la Torre. A unos diez metros de la entrada, se apostaron la mitad en el lado izquierdo y la otra en el lado derecho del camino. Detrás de arbustos y rocas grandes. Permanecieron agachados y apuntando con sus fusiles a la puerta del edificio durante un par de minutos. Al no ver movimiento por los alrededores, uno de ellos, se levantó tras la indicación dada por el Sargento Ochoa con una señal de la mano, y se dirigió con paso firme a la puerta. Golpeó de forma contundente un par de veces y dijo casi gritando:

—¡Abran a la Guardia Civil!

No hubo ninguna respuesta. El hombre volvió a repetir el gesto, pero antes de que pudiera anunciarse, se oyó un disparo. Aquello puso en jaque a los demás agentes que hasta entonces no se habían movido de su puesto aunque seguían con los fusiles en alto. A una orden del oficial, todos se levantaron y se lanzaron contra la pesada puerta de roble. Les costó muchos intentos y varios hombros doloridos conseguir abrirla, pero finalmente entraron. Cuando irrumpieron en la Torre, Jaime se lanzó colina abajo tan rápido como pudo pero cubriéndose con los árboles para no dejarse ver. Al llegar junto a la fortaleza, se colocó en la pared oeste y fue acercándose muy despacio a la entrada con la espalda pegada a la piedra de la fachada. Sin sacar la cabeza por la puerta abierta, acució el oído intentando dilucidar lo que sucedía dentro.

—Aquí hay un acceso a un pozo o a un túnel subterráneo, quizá el tirador esté ahí abajo —oyó que decía uno de los hombres.

El Sargento se asomó al agujero y tras comprobar que no había nadie

más allí que la chica, y que era muy improbable que ella hubiera disparado, ordenó:

—Bien, bajemos. Marcos y Rafael, conmigo. Luis y Juan registrad los alrededores por si hubiera otra salida y tú Miguel, quédate e interroga a la chica.

El cochero se escondió tras unos matorrales y esperó a que los policías se alejaran para volver a la puerta y comprobar si María estaba bien. Cuando escuchó su voz se tranquilizó. Al parecer uno de los guardias, seguía dentro y la estaba interrogando sobre lo ocurrido minutos antes.

—¿Estás bien? ¿No estás herida?

—No —dijo ella tapada con la sábana, escondiendo su cuerpo hasta los ojos.

—¿Cómo te llamas?

—María.

—¿Quién ha disparado? ¿Has sido tú?

—No, ha sido el padre de...

En ese momento una piedra irrumpió desde el exterior y rodó junto a la cama, alertando al agente que estaba hablando con María. Este se levantó de la silla y con cautela salió de la Torre. Asomó la cabeza a derecha e izquierda pero no vio a nadie. Ya se había dado media vuelta cuando oyó un silbido. El ruido provenía de entre unos matorrales junto a los caballos. El guardia, joven y visiblemente nervioso, alzó su fusil y se lo colocó en el hombro. Dio algunos pasos lentos y titubeantes hacia los árboles con el dedo en el gatillo y sin dejar de apuntar hacia aquel lugar. Jaime aguantando la respiración y sin querer precipitarse desde lo alto de un roble, esperó a que el chico estuviera justo debajo de él y se dejó caer sobre su cabeza, derribándole al instante. Lo dejó allí inconsciente tapado con algunas ramas de pino tras quitarle el mauser y colgárselo por la cinta en el hombro. No tenía intención de dispararlo pero le serviría como protección en caso de necesidad. Ahora que sabía que la chica estaba sola en el edificio corrió hacia allí para llevársela cuanto antes.

—María, ¿cómo estás? ¿Puedes andar?

Ella se bajó de la cama para comprobarlo y al ver que sus piernas podían sostenerla, asintió.

—¿Quién ha disparado? —Conocía la respuesta pero quería estar seguro.

—El padre del farmacéutico.

—¿Le ha herido?

—No lo sé, yo estaba dormida y cuando he oído el disparo me he despertado. Solo he visto como se peleaban y cuando su amo ha tirado a su padre al suelo, se ha metido en el agujero. Luego el señor mayor lo ha seguido.

—Está bien. Vístete, corre. Debemos irnos enseguida.

Le tendió la ropa que había llevado puesta el día en que llegó y cuando se disponían a salir por la puerta, oyeron las voces de los guardias que regresaban.

—Tendremos que escapar por aquí —Jaime señaló el agujero y agarró a María por la mano para que bajara.

—No quiero meterme ahí dentro —se quejó ella.

—Si quieres que te saque de aquí, debes hacerme caso, soy la única persona que está dispuesta a ayudarte en este momento.

María dudó pero los pasos de los agentes estaban cada vez más cerca y teniendo que decidir entre lo malo conocido o lo bueno por conocer, se quedó con lo primero. Jaime agarró un quinqué y saltó dentro, luego le tendió los brazos a la chica para ayudarla a bajar. Todo estaba oscuro y no tenía ni idea de hacia dónde les llevaría aquello, pero al ser la única opción que había para escapar, el chófer no lo dudó. Recorrieron algo más de cien metros cuando se encontraron en el centro de la cruceta. A lo lejos por la derecha se oían voces de hombres, que Jaime identificó como las de los Guardias, así que tomaron el camino contrario. En pocos minutos se toparon de bruces con una pared que les impedía seguir avanzando y tampoco podían retroceder, pero sobre sus cabezas una tapa muy parecida a la que había en la Torre, les proporcionaba una posibilidad.

—Súbete sobre mí y empuja la verja.

María se puso de rodillas sobre la espalda encorvada de Jaime que la elevó tanto como le permitieron sus piernas y ella con ambas manos agarradas a los barrotes tiró la tapa hacia fuera. Esta cedió con algo de esfuerzo y con un sonido chirriante, se abrió del todo.

—Espera aquí —le pidió él—. Primero subiré yo y te ayudaré a salir.

Se agarró con fuerza a los bordes de la abertura redonda e impulsándose dio un gran bote que le permitió salir. Una vez fuera, miró a su alrededor y vio un altar y un par de hileras de bancos que le dieron la certeza que estaba en una iglesia. Una muy pequeña y austera pero bien cuidada y limpia. Estaba seguro que era la capilla de los señores del castillo. Le tendió la mano a María para que subiera y cuando los dos estuvieron en la sala principal de la parroquia, bajó con cuidado de nuevo la tapa.

—Sígueme en silencio, si estamos donde creo, llegaremos enseguida al carro y saldremos de aquí antes de que nos echen de menos.

La bala le había atravesado el brazo, y aunque sabía que la herida no era mortal, el dolor era casi insoportable. Por suerte a sus piernas no les ocurría nada y pudo saltar al agujero sin dificultad tras derribar a su padre y quitarle la única prueba que podría incriminarlo. Sabedor que en pocos minutos Emilio le seguiría, aisló el dolor en lo más profundo de su mente y en cuanto estuvo dentro de la madriguera buscó un lugar en el que esconder la farmacopea. Si lo cogían no quería que el trabajo de toda su vida cayera en manos de la policía y si conseguía escapar, siempre podría volver a por ella. Eligió una roca suelta igual a las que componían las paredes de la Torre y tras meter el cuaderno en el hueco, volvió a colocarla en su sitio. Nadie podría apreciar la diferencia con las demás. Luego se arrancó un jirón de ropa de la parte inferior de su camisa y se lo colocó tan fuerte como pudo alrededor de la herida. Cuando aún oía los golpes de la Guardia Civil sobre su cabeza, intentando derribar la puerta, corrió. Se alejó tanto como pudo de ellos a oscuras y sin ver donde pisaba, con la única intención de llevarles la suficiente ventaja como para poder salir fuera y esconderse en el extenso bosque que rodeaba el pantano.

Al llegar a la encrucijada de túneles, se decidió sin mucho criterio por el de la derecha. Tambaleándose y tropezando por la pérdida de sangre que empezaba a hacer mella en sus fuerzas, encaminó sus pasos a una luz lejana que parecía provenir del exterior. A medida que iba acercándose a ella, la esperanza disminuía, pues una puerta muy parecida a la de una celda, hecha de hierro forjado, barraba el paso. Tenía un diseño basto y sencillo pero era tan fuerte como un muro de carga. Cuando pudo observarla con detalle, descubrió con alivio que solo estaba atrancada por un cerrojo de gancho, muy fácil de manipular desde dentro e imposible de abrir por fuera. Agarró el pasador e intentó deslizarlo a la izquierda, pero el óxido de los años impedía que se moviera. Usando las dos manos y una gran fuerza que no le sobraba, consiguió que la puerta se abriera propagando el estrepitoso chirrido de los goznes también oxidados, por todo el túnel. Una vez en el exterior tuvo que situarse. Solo veía árboles y hierba alta. Anduvo algunos pasos al frente hasta que tuvo

delante la presa del pantano. Si conseguía cruzarla y atravesar el bosque, conocía un lugar donde podría refugiarse hasta que cayera la noche. Se puso a caminar aunque la herida y la falta de energía por la hemorragia, le impedían hacerlo tan rápido como hubiera necesitado. Ni siquiera llegó a pisar la corona del dique cuando oyó una voz detrás de él.

—¡Guillermo, no des un paso más!

El farmacéutico se detuvo en seco y se giró muy despacio reconociendo perfectamente la voz de quien le había llamado. Su padre le apuntaba con la misma pistola con la que le había disparado antes pero ahora tal y como estaban ambos, si volvía a hacerlo, el tiro sería mortal. Reconociendo la inferioridad en la que se encontraba, Guillermo apeló a la compasión para mejorar su situación.

—Padre, ¿no querrá matarme, verdad?

—Ganas no me faltan. ¿Cómo has podido hacernos esto?

—¿A quienes?

—A Victoria y a mí.

—¿Por qué menciona a mi hermana ahora? ¿Qué tiene ella que ver con todo esto?

—Hasta ahora nada, pero a partir de este momento, tanto ella como yo nos veremos abocados a vivir con la losa que supondrá llevar el mismo apellido que un asesino en serie.

Aquello hizo que Guillermo se tambaleara. No sabía si el mareo estaba provocado por el dolor y la sangre que chorreaba por su brazo y caía al suelo formando un charco a sus pies, o por el hecho de recordar a su hermana en un momento como ese, pero la realidad era que la vista empezaba a nublársele.

—Padre, deje que me vaya. No me queda mucho tiempo antes de que me desmaye.

—La Guardia Civil no tardará en llegar. La puerta de la Torre estaba a punto de ceder cuando te he seguido.

—¿Y prefiere que ellos me detengan, me interroguen y publiquen mi nombre en todos los periódicos?

Aquel era el principal temor del abogado, pero sus convicciones y fuerte moral cristiana le impedían ceder a la petición de su hijo.

—Jamás permitiría que te cogieran pero no puedo dejar que escapes, por eso tengo que matarte.

Guillermo no daba crédito a lo que estaba oyendo. Lo atribuyó a la debilidad que estaba sufriendo e hizo que su padre lo repitiera.

—¿Ha dicho que va a matarme?

—No me has dejado otro remedio.

Emilio tenía lágrimas en los ojos. Jamás comprendió a su hijo ni llegaron a entenderse y de un tiempo a esa parte hubiera querido ver a su primogénito muerto en varias ocasiones, pero al darse cuenta de lo cerca que estaba ese momento y sobretodo el hecho de tener que ser él quien lo llevara a cabo, le causaba un dolor indescriptible. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano sin dejar de apuntar a Guillermo con la pistola y dijo:

—¡Camina!

—¿Dónde quiere llevarme?

—Tú date la vuelta y anda hacia allí.

Emilio le guió a empujones a lo alto de la presa. En cuanto estuvieron en el centro, le ordenó que se parara.

—¿Es que va a dispararme y a arrojarme al agua?

Emilio elevó su rostro al cielo donde las primeras gotas de lo que sería una gran tormenta le mojaron la cara.

—Cuando abra la compuerta, tu cuerpo bajará por el río hasta perderse en algún lugar lejos de aquí. Parece que el Señor así lo quiere, pues tras meses de sequía ha traído justo hoy la lluvia.

Guillermo no quería morir, pero le reconfortaba pensar que su padre no era el pusilánime que siempre había creído. En el fondo se alegraba que fuera alguien de su sangre quien pusiera fin a su vida. Si tenía que morir, qué mejor que hacerlo a manos de quien le detestaba tanto como le quería. Porque en el fondo estaba seguro que a pesar de sus palabras y ese último gesto, su padre le apreciaba.

—Hágalo padre, estoy preparado. Pero antes deje que le diga una vez más que todo lo que he hecho ha sido por amor. Amor hacia la humanidad, hacia la ciencia y hacia mi madre. También quiero que sepa que mi única mentira ha sido fingir ser otra persona para agradarle a usted. Al menos ahora sabe quien soy de verdad y que muchas de las cosas que le parecieron incomprensibles o injustificables en su día, las hacía para poder seguir con la búsqueda de la cura, que estoy seguro que he hallado. Si tan solo hubiera tenido algunos días más...

Unos instantes antes Emilio estuvo dudando si disparar o dejar que su hijo escapara, pero aquella última frase, le recordó nuevamente porque estaba allí. Acababa de convencerse que Guillermo jamás cambiaría. Tanto la lista de las chicas muertas, los instrumentos de tortura de la Torre y María tendida en

la cama, le dieron la fuerza para apretar el gatillo. Cerró un segundo los ojos, tomó una bocanada de aire y accionó el disparador. Los volvió a abrir cuando el agua que salpicó el cuerpo al caer, le alcanzó. Entonces vio como su hijo se hundía en el pantano y desaparecía bajo las turbias aguas. Sin tiempo para pensar en las consecuencias de lo que acababa de hacer ni sentir remordimientos o pena, las voces de los guardias provenientes del interior del túnel, le devolvieron a la realidad. Dándose cuenta de su situación si lo encontraban con el arma en la mano, la lanzó con todas sus fuerzas al embalse y corrió junto a la salida para impedir que los agentes llegaran hasta él.

—Sargento Ochoa —dijo Emilio con la voz entrecortada por la carrera —, aquí no hay nadie. He revisado los alrededores y no he visto nada.

—¿Qué hace usted aquí? Habíamos quedado que nos esperaba junto a la entrada de la Torre.

—Lo sé, pero como tardaban tanto, he creído que sería conveniente que alguien revisara esta zona por si Jaime y Leonor intentaban escapar por aquí.

—¿Ha venido por los túneles?

—No, he rodeado la Torre.

—¿Y la puerta, por qué está abierta?

—No lo sé, acabo de llegar del bosque.

—Pues nosotros venimos de la Torre y ni allí ni en la parte

—Pues nosotros venimos de la Torre y ni allí ni en la parte delantera hemos visto a nadie, pero alguien ha disparado antes de que pudiéramos entrar en la fortaleza. ¿No ha visto a nadie salir por aquí?

—No, ya le he dicho que acabo de llegar del otro lado de la presa.

—Está bien, entonces es probable que el tirador siga bajo tierra.

—Es posible, pues según tengo entendido, en esta zona hay más de un túnel.

El sargento no estaba seguro de marcharse y dejar aquella parte sin revisar pero si el abogado había asegurado que allí no había nadie, no quería perder el tiempo remirando algo que no les llevaría a nada, así que ordenó a sus hombres que se retiraran para buscar por los demás túneles.

—Usted venga conmigo a la Torre. Hay allí una chiquilla que encaja con la descripción de Dolors Tuneu y como es posible que tanto la señorita Piera como su cómplice hayan escapado, es usted el único que puede identificarla antes de avisar a su familia.

Mientras el sargento se adelantaba, Emilio se quedó unos instantes

mirando en dirección al pantano y santiguándose dijo:

—Perdóname señor porque he pecado de soberbia al impartir justicia cuando tú eres el único que puede hacerlo. Humildemente te pido que tengas misericordia de mi hijo y lo acojas en tu gloria.

Sin saber muy bien qué hacer, Leonor que había estado observándolo todo desde lo alto de la colina, no daba crédito a lo que estaba pasando. No hacía más que entrar gente en la Torre pero no salía nadie. Desde que ella había estado allí, ni Guillermo, ni Emilio ni los agentes de la Guardia Civil, habían vuelto a aparecer. Supuestamente la hija del campanero también estaba dentro pero ella no la había visto. Tampoco Jaime tras derribar al guardia y entrar con el rifle, volvió al exterior de la Torre. Juntándolo todo podría pensar sin equivocarse, que efectivamente allí dentro había una entrada a los túneles subterráneos y que por lo menos habría otra salida además de la del castillo, porque por la puerta principal de este tampoco había aparecido nadie. El plan inicial era esperar a que la policía entrara y arrestara a Guillermo, ella debía quedarse observando y cuando todos se hubieran ido al cuartel daría la orden para que soltaran a Dolors. Todo aquello ya no era válido. Ni Guillermo había sido arrestado aún, ni podía marcharse porque quería saber como terminaría todo. El único en quien podía confiar era Emilio pero no sabía cómo dar con él, así que decidió bajar e intentar averiguar algo por su cuenta. Con bastante dificultad por el largo vestido que se enredaba entre las ramas del sotobosque, consiguió llegar a la pared oeste de la fortaleza. A punto estuvo de ser descubierta por el sargento que en aquellos momentos salía con Emilio. Pegada a la pared, aguzó el oído para escuchar lo que decían.

—¿Dónde está la chica? —Le gritaba a uno de los guardias.

—No lo sé sargento, nosotros estábamos en la parte Este del bosque y acabamos de llegar.

—¿Y Miguel, dónde está? Se supone que debía quedarse interrogándola.

—Tampoco lo sabemos sargento.

—Buscadles —ordenó furioso—, no pueden estar muy lejos pues no es propio de él abandonar su puesto y la chica parecía demasiado débil como para haber escapado sin ayuda.

En seguida los dos agentes se marcharon en busca de los caballos para poder recorrer más terreno en menos tiempo, dejando de nuevo solos al

Sargento Ochoa y a Emilio Caba.

—¿Usted cree que mientras hemos bajado a los túneles, el cochero y la mujer han estado aquí y se han llevado a la muchacha?

Emilio lo dudó un segundo y aunque en su fuero interno no lo creía posible, siguió con la farsa ante el suboficial.

—En mi humilde opinión, creo que es casi seguro que hayan estado aquí hace un rato, llevándose a Dolors y que quizá su agente haya intentado impedirselo y lo hayan herido o secuestrado también.

—Señor, hemos encontrado a Miguel desvanecido junto a los animales.

El muchacho llegaba agarrado por los brazos a manos de sus compañeros con los ojos medio cerrados y arrastrando las piernas sin fuerzas para andar por sí mismo.

—Dejadlo en la cama de dentro y salid enseguida a buscar a esos delincuentes. No creo que estén muy lejos si van con la chica.

Leonor perdió totalmente el color del rostro. Ahora entendía que estaba completamente sola en terreno hostil. Ya ni siquiera podía confiar en Emilio Caba «de tal palo, tal astilla», pensó mientras intentaba que la respiración volviera a la normalidad tras escuchar aquella confesión por parte del abogado. Debía pensar en el mejor modo de salir de allí sin ser vista, pero estaba rodeada y sin un camino seguro por el que huir. Pensó en los túneles. Si otros habían podido bajar, ella también podría. Intentaría recorrerlos hasta el castillo y de allí a la calesa había un paso. Aprovechó el momento en que tanto Emilio como el guardia se alejaban para reseguir la pared con sigilo hasta la puerta de la Torre. Los esfuerzos fueron en vano, pues el roce del vestido contra la piedra rugosa hacía demasiado ruido en un paraje donde solo el canto de los pájaros y los truenos cada vez más cercanos, rompían el silencio. Ambos hombres se volvieron y la pillaron antes de que pudiera entrar en la fortificación.

—¡Alto ahí señorita! —Gritó Ochoa.

Ella corrió, pero no pudo dar más de dos pasos antes de que se le tirara encima el agente.

—¿Dónde va? Creía que ya estaría lejos con el cochero y la chica.

—Yo no soy a quien están buscando, aquí el único secuestrador y asesino es el hijo de este hombre.

Hizo un gesto despreciativo con el mentón hacia Emilio que con cara de no saber a qué se refería Leonor, la miraba como si tuviera delante a una loca que solo dijera incoherencias.

—¿Es esta la mujer de quien me habló esta mañana, señor Caba?

—Efectivamente, ella es quien raptó a Dolors Tuneu y asesinó a Rodrigo Cifuentes en Arbúcies.

Leonor no podía negar que Emilio estaba en lo cierto, aún así aquello no era lo que debería estar pasando y se defendió con todas sus fuerzas.

—Sargento, como ya le he dicho, Guillermo Caba es quien ha matado a más de media docena de chicas inocentes tras experimentar con ellas en esta Torre durante meses. ¿Por qué no están buscándolo?

—Señorita no me diga como tengo que hacer mi trabajo. A ver, empiece por decirme dónde está la chica que hace un rato estaba en esa cama de ahí dentro.

—¿Cómo quiere que lo sepa? Yo he estado en lo alto de esa colina hasta ahora.

—¿Y para qué ha venido hasta aquí si no es para encubrir las pruebas con su cómplice? —Se giró hacia el abogado y le preguntó:— ¿Cómo dijo que se llamaba el cochero?

—Jaime López.

—Eso, con su cómplice Jaime López.

—Jaime no es mi cómplice sino el de Guillermo Caba.

—Bien, como veo que no quiere colaborar, vamos a llevarla al cuartelillo y allí podremos interrogarla como Dios manda. —El sargento le ordenó a uno de sus hombres:— Juan, llévate a esta mujer a Vic y enciérrala en una de las celdas. Que no hable con nadie sin que esté yo delante.

El joven agente no tuvo tiempo de cumplir con las órdenes de su superior antes de que la mujer le lanzara lo primero que encontró a sus pies, una enorme piedra de cantos afilados que le dio al guardia en la sien abriéndole una brecha. Tras la confusión corrió de nuevo colina arriba para poder escapar en su calesa, pero no lo consiguió, el sargento disparó una salva al aire, deteniendo la huida de Leonor en seco, que fue apresada y conducida sin miramientos a la cárcel.

No estaba acostumbrada a que la trataran de aquel modo. Ni agua, ni comida, ni ninguna comodidad mientras estuvo encerrada en la celda del cuartel de la Guardia Civil en Vic. En un agujero oscuro y con solo una tabla de madera que hacía las veces de cama y mesa, Leonor permaneció allí sentada casi doce horas tras su detención en la Torre de Saladeures. Lo único que podía hacer era pensar. Maldijo más de mil veces a Guillermo, se arrepintió de haber confiado en Emilio y se culpaba porque a causa de su arrogancia, Juan había muerto en vano. La frustración por estar allí encerrada en lugar de Guillermo, lo inundaba todo en aquel pequeño calabozo. No pudo dormir en toda la noche, la rabia se lo había impedido y ahora, cuando el amanecer empezaba a asomar por las rejas de la prisión, el sargento quería interrogarla.

—Junte las manos delante del cuerpo para que pueda ponerle los grilletes —le ordenó uno de los guardias al abrir la puerta de la celda.

—No va a ser necesario —respondió ella con un hilo de voz.

—Después de lo de ayer, no queremos correr riesgos.

Leonor hizo lo que se le pedía consciente de que su comportamiento de la tarde anterior la había hecho parecer peligrosa y algo desquiciada. Al llegar al despacho del sargento Ochoa, este ni siquiera levantó la vista de los papeles, se limitó a señalar una silla vacía al otro lado del escritorio y tras un par de minutos dijo:

—Tenemos el testimonio jurado del señor Emilio Caba Pelliser, donde dice que usted misma le confesó hace unos días que había disparado a Rodrigo Cifuentes en el pueblo de Arbúcies (provincia de Gerona), con la misma pistola que encontramos tras registrarla en el momento de su detención. También nos ha dicho que secuestró a Dolors Tuneu, desaparecida a mediados de abril. ¿Qué tiene usted que decir al respecto?

Sentada frente al suboficial, desaliñada y con la cara ennegrecida por la mezcla de lágrimas y la suciedad de sus manos al querer secarlas, Leonor se sentía débil y sin fuerzas para defenderse con la suficiente convicción ante las acusaciones que le estaba lanzando el guardia, así que solo dijo:

—¿Dónde está Guillermo Caba?

—Señorita, ¿a caso no entiende que está en un grave aprieto? Se la acusa de secuestro y asesinato, por no hablar de que agredió a un agente de la autoridad.

Leonor siguió callada. Tenía claro que el abogado se le había adelantado poniendo al sargento en su contra. Primero la mañana en que supuestamente fueron a denunciar a Guillermo y después tras su detención al hacer aquellas declaraciones, que aunque eran ciertas, estaban contadas y manipuladas para que pareciera ella la única culpable sin que el nombre de su hijo apareciera por ninguna parte. Se sentía en inferioridad de condiciones. ¿Qué podía hacer ella sin pruebas materiales que inculparan a Guillermo? Prefirió no desmentir al agente y seguir con su estrategia.

—¿Dónde están Jaime y la chica? —Preguntó Leonor.

—Creía que usted lo sabría, al ser el señor López su cómplice.

—No es mi cómplice sino el de Guillermo Caba, ya se lo dije ayer. Deben buscarlo e interrogarlo.

—Señorita Piera, como yo también le dije ayer, no me diga como debo hacer mi trabajo. Ya hemos dado orden de que le detengan en cuanto aparezca. Desde ayer por la mañana en la farmacia no se le ha vuelto a ver.

—¿Y María?

—¿Quién es María, otra de sus ayudantes?

Leonor se dio cuenta que había destapado algo que prefería guardarse para jugar la baza de la libertad de la auténtica Dolors Tuneu, cuando fuera el momento.

—No voy a decir nada hasta que pueda hablar con mis padres y un abogado.

—Está bien, se quedará en la celda hasta que se muestre más colaborativa.

Tras hacer sonar la pequeña campana que tenía sobre el escritorio, dos agentes entraron en el despacho y uno por cada lado, se la llevaron de nuevo a la misma celda en la que había pasado la noche. Allí, Leonor lloró. En silencio, girada hacia la pared para que nadie pudiera verla, derramó amargas lágrimas hasta casi perder el sentido por la debilidad y la falta de sueño. La incertidumbre sobre su futuro y el no saber como se desencadenaron los acontecimientos en la Torre, tampoco la ayudaron a mantenerse serena. Aunque nada le resultaba más amargo que el hecho de no saber si finalmente Guillermo pagaría por sus delitos o únicamente ella sería la encausada.

A las pocas horas del primer interrogatorio, y casi desfallecida por no haber comido aún, Leonor pidió ver de nuevo al sargento.

—Espero que haya tenido tiempo para reflexionar y venga dispuesta a confesar —dijo el guardia antes de que ella diera los motivos que la habían llevado hasta allí.

—En realidad quiero hacer un trato. Si me sueltan diré donde está Dolors Tuneu.

El sargento la miró con desprecio mientras mostraba una sonrisa de medio lado.

—Señorita, no creo que esté en posición de exigir nada, dé gracias a que aún no la hayamos trasladado a la cárcel para mujeres de Alcalá de Henares. Si no fuera porque su padre es quien es, ahora mismo estaríamos hablando en otros términos, así que no se quiera pasar de lista conmigo. —El guardia se levantó de la silla y dijo en un tono alto—: Si no ha venido a confesar, se quedará en la celda hasta que lo haga o hasta el juicio.

Las palabras y el modo en que las acababa de pronunciar Ochoa, atemorizaron a Leonor, que ya no se veía tan capaz de aguantar el tipo como antes de presentarse en el despacho. Agachó la cabeza y con la voz tomada pidió respetuosamente.

—Denme al menos agua y algo para comer. Desde que llegué ayer no he tomado nada.

—Está usted recibiendo el mismo trato que los demás reos, 24 horas de ayuno para que su cuerpo se purifique, puesto que su alma será difícil que lo haga. —El hombre volvió a sentarse y algo más sosegado, añadió—: Pero ya que lo pide con humildad, se lo concederé. Juan —llamó a uno de los agentes que esperaban fuera del despacho—, lleve a esta mujer a su celda y denle algo de beber y comer. Luego pónganse en contacto con su familia para que contrate a un abogado.

Por la tarde, llegaba Emilio Caba a la gendarmería. Vestido como si fuera a cualquier visita de un cliente, con traje, corbata y maletín, se presentó ante el suboficial.

—Siéntese, por favor —dijo este—. ¿Ha venido para saber cómo va la investigación?

—No, he venido a hablar con la señorita Piera.

—¿De verdad? Creía que no le tenía ningún aprecio. Siendo precisamente usted quien la delató...

—Es cierto, pero también soy un buen amigo de su padre y la conozco

desde hace muchos años. Me preocupa su estado y a su familia también. Han sido ellos quienes me han pedido que venga.

—Entiendo. Imagino que el juez Piera no querrá verse involucrado en todo esto. Para un hombre de su posición será muy difícil lidiar con el hecho de que acusen a su única hija de asesinato.

Emilio no respondió a eso. Solo quería hablar con la muchacha y exponerle lo que había ido a decirle. El guardia se dio cuenta y no se demoró más en concederle el permiso para acceder a la celda.

—Está bien, dejaré que hable con ella, a lo mejor a usted le escucha y pueda hacer que confiese. —Hizo sonar la campanilla y al momento apareció su ayudante—. Por favor Juan, lleva al señor a ver a la reclusa.

Cuando Leonor vio quien entraba en lo que ahora era su habitación, se abalanzó sobre él con tanto ímpetu que lo empujó contra la pared. El agente que aún no había salido del calabozo, tuvo que separarlos y usar la fuerza para que Leonor se sentara sobre la tabla de madera. Tras ponerle las esposas y ver que se calmaba y que el abogado no parecía asustado por el arrebato de la mujer, les concedió privacidad sin alejarse demasiado de la reja. Una vez solos, Emilio empezó a hablar:

—He venido a darte la solución para que no vayas a la cárcel.

Leonor no le estaba prestando atención. Se había girado de espaldas a él sin querer escucharle.

—En realidad ha sido idea de tu padre —insistió el abogado.

Al oír aquello se giró un cuarto para mirarle. Al comprobar que había captado todo su interés, Emilio siguió con la explicación:

—Quizá esté siendo demasiado bueno contigo al prestarme a esto, al fin y al cabo quisiste que mandara a mi hijo a la horca. —Hizo una pausa al recordar como murió realmente Guillermo y una punzada de dolor le obligó a sentarse junto a ella. En voz mucho más baja siguió hablando—: El sargento Ochoa y los demás agentes ya te han visto fuera de ti: el modo en que atacaste al agente en Saladeures, este arremetimiento contra mí y algún que otro episodio que vas a interpretar de aquí al juicio, harán que crean que no estás en condiciones de ingresar en una cárcel sino en un sanatorio para enfermos mentales. Tu abogado argumentará que tras el abandono de Guillermo caíste en una profunda depresión, que por otra parte no es del todo falso, y que la sed de venganza te llevó a cometer todos los actos posteriores.

—Yo tengo otro plan mejor, cambiaré mi libertad por la de Dolors Tuneu. Recuerde que solo yo y quien la custodia, sabemos donde está y esa

persona tiene órdenes específicas de matarla si no recibe noticias más en tres días. El plazo expira mañana.

Aquello le dio que pensar a Emilio, que lejos de amedrentarse o recular fue a por todas contra Leonor.

—Como ya te he dicho, la idea ha sido de tu padre. ¿No querrás que su salud empeore más de lo que ya está?

—¡La culpa es suya! —Le espetó ella levantando un dedo acusador—. Teníamos un trato y le dio la vuelta para que ahora esté yo aquí en lugar de Guillermo. Si le sucede algo a mi padre, será usted el responsable.

—Es posible, pero debes admitir que no he dicho ninguna mentira. Realmente fuiste tú quien mató a Cifuentes y quien tiene presa a la sobrina del señor Tuneu.

Sin decirlo en voz alta, Leonor admitió que aquello era así. En su fuero interno sabía que un día u otro debería pagar por sus pecados y lo mejor era hacerlo en un sanatorio si la alternativa era pasar el resto de sus días en una cárcel realizando trabajos forzados, o peor aún, morir en la horca. Sin fuerzas para seguir discutiendo, admitió su derrota.

—Haré lo que mi padre quiera.

Justo después de dejar a María a las puertas del Hospital de la Santa Cruz de Vic, Jaime se presentaba en el despacho que Emilio tenía en Villa Carmen. No a voluntad propia, sino porque los nuevos escoltas del patriarca, lo habían retenido cuando pretendía marcharse con su familia a Hospitalet.

—Sé que te has quedado sin un benefactor que te costee los cuidados que tanto necesita Amelia. Estando mi hijo desaparecido y sin provisiones de que vuelva y se enfrente a la ley, no tienes a quien acudir para que compre las costosas medicinas.

Jaime, impertérrito, de pie frente a la mesa de caoba completamente cubierta de papeles, miraba con cara de póquer al abogado. Este, al darse cuenta que el chófer no iba a decir nada, siguió con su monólogo.

—Bien, entiendo que tengo razón, así que te propongo algo. Dejaré que Camila y Amelia se marchen con tus padres, allí vivirán tranquilas y serán felices. Aunque me temo que tú no podrás acompañarlas, pues la granja será el primer lugar en el que te busquen ahora que eres un fugitivo de la ley.

—¿Y dónde quiere que vaya?

—Eso no es asunto mio, pero visto que no tienes problemas con raptar y maltratar a chicas jóvenes, podrías unirte a esas cuadrillas de bandoleros que rondan por la sierra.

Aunque Emilio lo hubiera dicho con sorna, a él no le pareció del todo mala idea. Claro estaba que no era su primera opción, pero el abogado tenía razón, ahora era un fuera de la ley y como tal no podía dejarse ver, así que quizá marcharse a las montañas y enfrentarse a los ricos y poderosos como el que tenía ahora delante, no sería peor que estar encerrado en la cárcel de por vida o colgado de una soga.

—¿Qué pasará con mi familia sin un hombre que las cuide?

—Yo me haré cargo de ellas, al menos en lo que respecta al tema económico. Cada cierto tiempo les haré llegar una cantidad suficiente de dinero para que no les falte de nada y Amelia tenga los mejores cuidados, pero a cambio deberás firmar una declaración jurada de tu puño y letra, auto inculpándote de todos los crímenes cometidos entre Guillermo y tú.

—Pero eso no es así, usted sabe tan bien como yo que solo era un peón, que el auténtico artífice y autor de esas muertes fue su hijo.

—Lo sé, lo sé, pero no tiene porque enterarse nadie más. Lo único que pretendo con esto es tener una garantía por si alguna vez se te ocurriera contarle esto a alguien. Como bien sabes mi única intención desde un primer momento ha sido siempre mantener el buen nombre de esta familia incólume.

Emilio se levantó y se plantó junto a la ventana mirando al lago orgulloso de como habían terminado las cosas entre el ayuntamiento, la iglesia y él después de finiquitar las obras y dejar que el agua corriera a las demás granjas por debajo de Villa Carmen. Sin apartar la vista del jardín informó a Jaime de una noticia que le hacía especial ilusión.

—No sé si sabrás que mi hija Victoria, va a casarse con un buen hombre. El hijo de un potentado médico que además oposita para ser alcalde de la gran ciudad de Barcelona.

Jaime no lo expresó abiertamente, pero aquella nueva le causaba la misma o más alegría que al abogado. La chica siempre había sido para él como una hermana pequeña, eran casi de la misma edad y cuando vivían en la ciudad condal, fueron muchos los momentos de juegos y risas que compartieron, así que cualquier cosa que le hiciera feliz a ella, le colmaba de gozo a él también.

—Así pues —siguió diciendo Emilio—, no me puedo permitir en estos momentos un escándalo, ¿lo comprendes verdad?

Jaime lo entendía perfectamente, si algo se podía decir sobre Emilio Caba, era que anteponía el buen nombre de los suyos a todo lo demás. Sin otra opción que aceptar aquel chantaje, el chófer tuvo que acceder a la petición. Allí mismo, sobre papel vitela, escribió su sentencia de muerte.

—Te prometo que lo guardaré en un lugar seguro donde nadie tenga acceso a él, siempre que cumplas con tu parte y mantengas la boca cerrada.

Aquello no tranquilizó a Jaime que sabía lo traicionero que podía llegar a ser el patriarca de los Caba, aunque si con ello protegía a su familia, hasta la vida habría entregado en ese mismo instante.

Se marchó de la mansión con las pocas pertenencias que tenía sin mirar atrás, solo deseando no volver a encontrarse jamás con aquel hombre porque se creía capaz de acabar con su vida por haberle robado su futuro junto a su familia.

María llegó al Hospital de la Santa Cruz de la calle San Pedro de Vic, algo desorientada, débil y bastante desnutrida. Siguiendo las indicaciones de Jaime, dio un nombre falso y cuando le preguntaron por su dolencia, la chica aseguró estar infectada con una potente toxina conocida como Botulismo. Tras varios análisis, reconocimientos y consultas de expertos médicos, concluyeron que la muchacha estaba perfectamente sin síntomas ni secuelas de haber padecido dicha enfermedad, así que en un par de días de cuidados, descanso y buena alimentación, se recuperó por completo y fue dada de alta.

Regresó de inmediato a Arbúcies junto a su tía y se dedicó por completo a su cuidado y a la fabricación de quesos, creando su propia marca que se extendería hasta convertirse en pocos años, en una de las más vendidas en todo el territorio catalán.

A Dolors Tuneu la encontraron vagando por un paraje cercano a Taradell, bastante desorientada tras haberse escapado de la cabaña en la que llevaba encerrada varias semanas. Al parecer su vigilante tuvo un descuido y se dejó la puerta abierta, momento en que esta aprovechó para huir.

Poco después se sabría que la propia Leonor fue quien dio la orden de dejar libre a la muchacha a cambio de no ser recluida en un manicomio con presas comunes, sino en el frenopático de Nuestra señora de Montserrat, a diez minutos de Barcelona. Un lugar mucho más lujoso y preparado para acoger a la burguesía catalana. Allí vivió los restantes veinte años de su vida, en una pequeña casita, atendida por una asistente personal, entre árboles frutales y el canto de los pájaros, recordando a diario su fracaso.

A principios de septiembre de 1904, un hombre moreno, alto y apuesto, desembarcaba del *Principessa Mafalda* en el puerto de Madero de Buenos Aires. Su primer gesto fue el de sacarse el reloj de bolsillo para mirar la hora, pero enseguida recordó que ya no lo tenía. Unos meses antes, sin posibilidad de acceder a sus ahorros o poder pedir dinero a nadie que conociera, se vio obligado a entregar su única posesión valiosa a Nadir, conocido como el Judío, a cambio de una cantidad suficiente para poder comprarse aquel billete y vivir sin holguras durante un tiempo. Parte del dinero lo gastó durante su larga convalecencia mientras se recuperaba de los dos disparos recibidos en el brazo derecho. Uno le atravesó el bíceps y el segundo le partió el codo, dejándole la extremidad completamente inutilizada y colgada de un cabestrillo de por vida.

A pesar de todas las vicisitudes para llegar hasta allí, ahora se sentía feliz y lleno de vida. Después de un tiempo malviviendo en la clandestinidad y casi perder las ganas por seguir adelante, el recuerdo de Lola y la ilusión de volver a verla, le dieron fuerzas para estar hoy en ese lugar. Sabía por los periódicos que la escultora vivía en la capital argentina y estaba embarazada. Según sus cálculos y sabiendo que con su marido no había podido tener descendencia, imaginó que el niño era suyo, así que sin nada que lo retuviera en España, embarcó en el trasatlántico esperando reencontrarse con ella.

Fuentes de información

Cloude Bernard

https://es.wikipedia.org/wiki/Claude_Bernard

Información sobre el Doctor Bartolomé Robert

<https://es.wikipedia.org/wiki/Patolog%C3%ADa>

https://ca.wikipedia.org/wiki/Bartomeu_Robert_i_Yarz%C3%A1bal

<http://lameva.barcelona.cat/bcnmetropolis/es/calaixera/biografies/lama-dreta-del-doctor-robert/>

Información sobre el Botulismo

http://www.codem.es/Documentos/Informaciones/Publico/9e8140e2-cec7-4df7-8af9-8843320f05ea/4d558d0c-845d-40d8-95cd-d846593362a0/866df21c-0689-4a29-a1d4-59a5fc60570f/Paciente_Sospecha_botulismo_t.pdf

<http://www.scielo.cl/pdf/rci/v20snotashist/art11.pdf>

https://es.wikipedia.org/wiki/Clostridium_botulinum

https://www.youtube.com/watch?v=jww8nG-db_M

<https://www.analesranf.com/index.php/mono/article/viewFile/549/567>

Información sobre el Doctor Heinrich Hermann Robert Koch

https://es.wikipedia.org/wiki/Postulados_de_Koch

https://es.wikipedia.org/wiki/Robert_Koch

Toxicología

<https://es.wikipedia.org/wiki/Toxicolog%C3%ADa>

https://es.wikipedia.org/wiki/Mateo_Orfila

Instrumentos para una autopsia

<http://biotecnologiaenlamedicinaforense.blogspot.com.es/2011/10/herramientas-utilizadas-en-una-autopsia.html>

Coches de caballos

<http://caminoslibres.es/articulos-y-entrevistas/los-transportes-de-viajeros-en-el-siglo-xix/>

<http://expresionesveterinarias.blogspot.com.es/2013/09/nombres-de-carruajes-y-sus-conductores.html>

Moda masculina época victoriana

<http://traslospasosdebeaubrummell.blogspot.com.es/2014/06/epoca-victoriana-y-la-moda-masculina-de.html>

Drogas y remedios del siglo XIX

<http://www.taringa.net/posts/imagenes/16552255/Opio-Heroina-Cocaina-los-medicamentos-del-siglo-XIX.html>

<http://elmodo.mx/el-modo-del-modo/farmacia-del-siglo-xix-de-la-experimentacion-a-la-charlataneria/>

Evolución de la medicina del siglo XIX al XX

<https://books.google.es/books?id=Z16nDAAAQBAJ&pg=PA108>

Balneario de la Font Picant

<http://www.sanhillari.cat/files/pdf/concursos/moragues/2015/EI%20tur>

http://www3.udg.edu/acces/Premis_Recerca/premis2004/treballs_rece

<http://hemeroteca.lavanguardia.com/preview/1907/08/09/pagina->

[5/33421542/pdf.html?](http://hemeroteca.lavanguardia.com/preview/1907/08/09/pagina-5/33421542/pdf.html?)

[search=hotel%20espa%C3%B1a,%20sant%20hillari%20sacalm](http://hemeroteca.lavanguardia.com/preview/1907/08/09/pagina-5/33421542/pdf.html?search=hotel%20espa%C3%B1a,%20sant%20hillari%20sacalm)

Víctor Balaguer - Al pie de la Encina

http://dugi-doc.udg.edu/bitstream/handle/10256/4138/colonies_estiuejants.pdf?sequence=1

Arbúcies

<https://ia800204.us.archive.org/15/items/alpiedelaencinah00bala/alpie>
https://ca.wikipedia.org/wiki/Llista_de_monuments_d%27Arb%C3%B
<https://es.wikiloc.com/wikiloc/view.do?id=9384808>
http://www.toponimia-arbucies.cat/assets/llocs_sencer.pdf

Sant Hilari

<http://www.11setembre1714.org/Biografies/Moragues-Mas-Josep-frame.htm>

Lola Mora

https://es.wikipedia.org/wiki/Lola_Mora

El pozo

https://es.wikipedia.org/wiki/Antonio_Maura#Pensamiento
https://es.wikipedia.org/wiki/Manuel_Allendesalazar_y_Mu%C3%B1
<https://www.cultura10.com/cual-es-la-diferencia-entre-lago-y-estanque/>

Primer vehículo en Barcelona

http://www.eldiario.es/hojaderouter/tecnologia/triciclo_Bonet-automovil-Espana-Francisco_Bonet_0_602639934.html

Como crear una vacuna

<https://es.wikipedia.org/wiki/Vacuna>

Armas

<http://svahistoria.blogspot.com.es/2012/11/el-mosqueton-mauser-espanol-modelo-1943.html>

<https://www.stockarmas.com/los-fusiles-mauser-modelo-espanol/>

<https://www.stockarmas.com/pistolas-utilizadas-por-el-ejercito-espanol-durante-el-siglo-xx/>

Bibliografía

La Colònia de Salou : 1864-1963 : Heredat Baurier

Autor: Josep Maria Rovira

Publicado por el Ajuntament de Roda de Ter, 2003

Santa Eugènia de Berga: història i vida d'un vell poble osonenc

Autor: Antoni Pladevall i Font; con textos de Pere Casas i Font, Agustí

Dalmau i Font

Publicado por el Ajuntament de Santa Eugènia de Berga, 1997

Les Masies de Roda: història del nostre poble : [1805-2005]

Autor: Josep Ma. Rovira i Montells

Publicado por el Ajuntament de les Masies de Roda, 2005

Agradecimientos

Al Ayuntamiento de Santa Eugènia de Berga por facilitarme la consulta de los archivos y libros.

Al Ayuntamiento de Sant Hilari Sacalm por su amabilidad al facilitarme documentación gráfica para la mejor visualización del pueblo en el siglo XIX y XX.

Le doy las gracias con un cariño especial a la señora Marcè Carbó i Colomer por abrirme su casa y contarme de primera mano detalles de su familia y de Villa Carmen, con un entusiasmo y vitalidad que siempre recordaré.